

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA
Departamento de Filología Española IV



**LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN
CENTROAMERICANA (1960-1990)**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Héctor Miguel Leyva Carias

Bajo la dirección de la doctora

Marina Gálvez Acero

Madrid, 2002

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA
SECCIÓN DE FILOLOGÍA HISPÁNICA II
DEPARTAMENTO DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

T E S I S

LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN CENTROAMERICANA
(1960-1990)
(NARRATIVA DE LOS PROCESOS REVOLUCIONARIOS CENTROAMERICANOS
1960-1990)

Héctor Miguel Leyva Carías

Directora: Dra. Marina Gálvez Acero

Madrid, 1995

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
Notas.....	20
1. Los procesos revolucionarios centroamericanos.....	25
Notas.....	49
2. Evolución de la narrativa social centroamericana.....	56
2.1 Realismo social.....	56
2.2 Narrativa revolucionaria y <i>post-boom</i>	70
Notas.....	88
3. Novelas de guerrilleros.....	97
3.1 <u>Trágame tierra</u> de Lizandro Chávez Alfaro... 108	
3.2 <u>El Valle de las hamacas</u> de Manlio Argueta.. 120	
3.3 <u>Una grieta en el agua</u> de David Escobar Galindo..... 134	
3.4 <u>Caperucita en la zona roja</u> de Manlio Argueta..... 136	
3.5 <u>¿Te dio miedo la sangre?</u> de Sergio Ramírez. 139	
3.6 <u>Los demonios salvajes</u> de Mario Roberto Morales..... 145	
3.7 <u>Album familiar</u> de Claribel Alegría..... 149	
3.8 <u>Despierta, mi bien, despierta</u> de Claribel Alegría..... 155	
3.9 <u>La mujer habitada</u> de Gioconda Belli..... 163	
3.10 <u>El esplendor de la Pirámide</u> de Mario Roberto Morales..... 170	
Notas.....	176
4. El personaje del guerrillero bajo otras perspectivas. 183	
4.1 <u>El desertor</u> de Alfonso Enrique Barrientos..... 185	
4.2 <u>El árbol de los pañuelos</u> de Julio Escoto..... 186	
4.3 <u>Timbucos y Calandracas</u> de Jorge Eduardo	

III

Arellano.....	189
4.4 <u>En el San Juan hay tiburón</u> de Fabián Dobles.....	191
4.5 <u>Eran las doce y de noche</u> de Argentina Díaz Lozano.....	191
4.6 <u>El último juego</u> de Gloria Guardia.....	192
4.7 <u>Pobrecito poeta que era yo...</u> de Roque Dalton.....	193
Notas.....	200
5. Narrativa Testimonial.....	202
5.1 Testimonios de los procesos revolucionarios centroamericanos.....	242
5.1.1 Testimonios de dirigentes revolucionarios....	244
5.1.1.1 <u>Miguel Mármol</u> Roque Dalton (ed.)	245
5.1.1.2 <u>Secuestro y Capucha</u> de Salvador Cayetano Carpio.....	252
5.1.1.3 <u>Las cárceles clandestinas de El Salvador</u> de Ana Guadalupe Martínez...	258
5.1.1.4 <u>Carlos, el amanecer ya no es una tentación</u> de Tomás Borge	262
5.1.1.5 <u>Los días de la selva</u> de Mario Payeras	267
5.1.1.6 <u>La montaña es algo más que una inmensa estepa verde</u> de Omar Cabezas.	273
5.1.1.7 <u>Canción de amor para los hombres</u> de Omar Cabezas	280
5.1.1.8 <u>No me agarran viva</u> Claribel Alegría y D.J. Flakoll	291
5.1.1.9 <u>Nunca estuve sola</u> de Nidia Díaz	295
5.1.1.10 <u>La paciente impaciencia</u> de Tomás Borge	301
5.1.2 Testimonios populares.....	314

IV

5.1.2.1	<u>Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense hoy.</u> Margaret Randall (ed.)	314
5.1.2.2	<u>Ser madre en Nicaragua</u> Roser Solá y María Pau Trayner (eds.)	319
5.1.2.3	<u>Ejecuciones extrajudiciales en zonas rurales bajo el gobierno del General Efraín Ríos Montt</u> Amnistía Internacional (ed.)	321
5.1.2.4	<u>Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia</u> Elizabeth Burgos Debray (ed.)	327
5.2	Las novelas testimonio de Manlio Argueta.....	346
5.2.1	<u>Un día en la vida</u>	348
5.2.2	<u>Cuzcatlán, donde bate la Mar del Sur</u>	361
	Notas.....	379
6.	Novelas Disidentes	387
6.1	<u>Los compañeros</u> de Marco Antonio Flores.....	401
6.2	<u>La diáspora</u> de Horacio Castellanos Moya.....	419
	Notas.....	440
7.	CONCLUSIONES.....	444
	Notas.....	457
8.	BIBLIOGRAFÍA.....	458
8.1	Narrativa de los procesos revolucionarios centroamericanos (1960-1990).....	458
8.2	Bibliografía General.....	460
8.3	APENDICE: Índice Bibliográfico de la Novela Centroamericana de 1960 a 1990.....	471

INTRODUCCIÓN

Dos tendencias son comunes en las regiones del Tercer Mundo ¹: los movimientos por la liberación nacional frente a las formas del neocolonialismo y las luchas por vencer la miseria e instaurar un orden social más justo y equitativo. Ambas tendencias han implicado tanto a la acción particular como a la actividad intelectual. El reto ha sido ofrecer una respuesta *endógena* ² -nacida desde el interior de las sociedades tercermundistas- a los problemas del subdesarrollo, frente a unos patrones *exógenos* -venidos de las metrópolis- que han demostrado su ineficacia al contribuir a perdurar históricamente la subordinación y la desigualdad.

A pesar de los movimientos independentistas, las antiguas colonias han seguido sometidas a las fuerzas del capitalismo sin haber conseguido superar la pobreza. La vinculación de las economías de estos países al mercado internacional, aunque generó una expansión económica, no supuso un concomitante bienestar para las mayorías, por el contrario, agravó en muchos casos los problemas sociales ³. Los movimientos nacionalistas han buscado revertir unos modelos de sociedad hasta ahora orientados hacia el exterior -extractivos- y sustentados por unas clases dominantes beneficiarias que han salvaguardado los

intereses hegemónicos. La intención ha sido renegociar las relaciones con las metrópolis y reestructurar las sociedades para orientarlas hacia la satisfacción de las necesidades básicas internas.

La actividad intelectual en las regiones del Tercer Mundo ha sido coherente con el proyecto anti-colonial pero su reto no ha sido meramente la independencia sino la creatividad. Se ha rechazado la simple imitación, la copia o el injerto. Frente a la idea de que la transferencia de conocimientos desde el exterior resolverá los problemas, se ha planteado la necesidad de una producción interna; se ha reconocido la necesidad de ser originales frente a unas situaciones originales y se ha asumido que es desde los propios contextos -desde las propias realidades y culturas nacionales- desde donde mejor pueden gestarse las respuestas a unos problemas que son también nacionales.

La creatividad intelectual, en el terreno de la ciencia, la tecnología, la literatura y las artes, ha supuesto una voluntad de poder, un intento de incidir en la historia de las sociedades que se ha ejercido contra la hegemonía ideológica y política de las clases dominantes y las metrópolis. Como señala el estudioso mexicano Pablo González Casanova:

"Crear dentro o fuera de lo nacional o hispanoamericano

plantea el problema de crear dentro o fuera de una clase dueña de un poder establecido, de una cultura dominante, o dentro y fuera de las clases emergentes, el poder naciente, la cultura nueva"⁴

El proyecto anti-colonial en Hispanoamérica -aunque no todos los países de este continente pueden considerarse tercermundistas y algunos estudiosos prefieren el calificativo de países del Sur para referirse a ellos- no ha sido entendido como un simple regreso a las culturas autóctonas y una renuncia a la razón, tal como lo planteara el escritor francés Alain Finkielkraut refiriéndose a casos concretos en Asia y Africa⁵. Más que simple tribalismo, hay en el fondo un impulso hacia el progreso y la modernidad, hacia un desarrollo que pasa necesariamente por la reivindicación de lo autóctono pero que no supone el rechazo del pensamiento y la cultura occidentales en lo que tienen de valioso.

En este sentido, el discurso crítico se construye con el colonizador y contra él⁶; desde una cultura mestiza y unos lenguajes mezclados se persigue el conocimiento que conduce a la liberación⁷. Como señala González Casanova "el discurso creador no se organiza sólo con el poder como prohibición... [hay] una voluntad de verdad como voluntad de poder, una disciplina intelectual que se junta a la disciplina política en medio de contradicciones"⁸.

Ángel Rama, refiriéndose particularmente a los escritores hispanoamericanos, señaló que su papel creativo se encuentra inserto en un fenómeno global de *transculturación*, en un proceso de transición de una cultura a otra que supone la perduración y la apropiación, la pérdida y la generación de elementos culturales. Este proceso, escribió Rama:

"Revela resistencia a considerar la cultura propia, tradicional, que recibe el impacto externo que habrá de modificarla, como una entidad meramente pasiva o incluso inferior, destinada a las mayores pérdidas, sin ninguna clase de respuesta creadora. Al contrario, el concepto se elabora sobre una doble comprobación: por una parte registra que la cultura presente de la comunidad latinoamericana (que es un producto largamente transculturado y en permanente evolución) está compuesta de valores idiosincráticos, los que pueden reconocerse actuando desde fechas remotas; por otra parte corrobora la energía creadora que la mueve, haciéndola muy distinta de un simple agregado de normas, comportamientos, creencias y objetos culturales, pues se trata de una fuerza que actúa con desenvoltura tanto sobre su herencia particular como sobre las aportaciones provenientes de afuera. Es justamente esa capacidad para elaborar con originalidad, aún en difíciles circunstancias históricas, la que demuestra que pertenece a una sociedad viva y creadora..."⁹

El discurso literario ha participado del esfuerzo de elevar a la conciencia la identidad y la historicidad hispanoamericanas. En una de sus vertientes más importantes ha encarnado una energía política que arranca del propósito común de los habitantes del continente de percibirse a sí mismos en su dinámica histórica y cultural. Es un discurso que ha perseguido una realidad que se escapa o se oculta y cuyo conocimiento anticipa el poder. Es una empresa dirigida contra el silencio

y la ideologización, contra las simplificaciones y deformaciones foráneas, y contra el autoritarismo y las aberraciones del discurso oficial. Los movimientos por la liberación nacional y la justicia social, encuentran su correlato literario en estas luchas por el ejercicio y la expresión de una conciencia crítica.

Como observa Mario Benedetti, sin embargo, el discurso literario no transita sólo por las rutas seguras de la certidumbre. La literatura y el arte -señala- más allá de las certezas suelen detenerse en plantear interrogantes de engorrosa respuesta y vacilaciones incómodas ¹⁰. Es un discurso predispuesto a la rebeldía que no evita en su camino enfrentarse a sí mismo, por cuanto los buenos propósitos no son ninguna garantía y las propias limitaciones y contradicciones deben superarse. No se desconocen, por tanto, las trampas de la conciencia crítica, en el sentido de que el enfrentamiento de lo falso puede conducir a nuevas falsificaciones, la desideologización a la reideologización, o el desvelamiento de una verdad al ocultamiento de otra. Como señala Pablo González Casanova "la lucha contra la lógica colonialista, contra la expresión del conquistador, implica a veces el propio ocultamiento, otras el poder"¹¹.

La historia de las sociedades centroamericanas, desenvolviéndose dentro de la dinámica característica de los

países pobres y periféricos, desemboca desde la década de 1960 en unas luchas armadas, políticas e ideológicas, por la revolución que se han extendido hasta nuestros días y en las que se ha encontrado firmemente implicada la literatura. El proyecto anti-colonial que vincula a Centroamérica con el Tercer Mundo, es el que ha conducido evidentemente a estas luchas, lo mismo que en última instancia al discurso crítico que desde las novelas y los textos testimoniales se ha formulado a partir de estos procesos y en torno a ellos.

En Centroamérica, los movimientos por la liberación y la justicia social se convierten en lucha armada como consecuencia de una crisis del modelo de sociedad pero no se llega a la violencia de forma mecánica sino a través de un proyecto deliberado y consciente, producto en buena medida de la actividad intelectual de las clases emergentes ¹².

Como se verá más adelante, el crecimiento de las sociedades dentro de un tipo de organización anti-democrática condujo también en Centroamérica a aumentar las desigualdades y a multiplicar los problemas sociales, lo cual creó las bases del conflicto, pero la violencia no estalló hasta que no triunfó la tesis de la transformación de la sociedad por la vía de las armas. Hizo falta, por tanto, una conciencia y una voluntad política que tradujera el descontento en lucha social ¹³.

Este cambio ideológico se produjo inicialmente entre los universitarios y los grupos de izquierda -lo que llevó a las prematuras guerrillas de los años sesenta- y después, más lentamente, en las organizaciones obreras y campesinas ¹⁴. A la larga, ambos movimientos, el uno armado y el otro político convergieron en una misma lucha revolucionaria, alentados entre otras cosas por la inflexibilidad política y la represión indiscriminada de los gobiernos.

Las empresas guerrilleras, durante más de una década fueron derrotadas una y otra vez, y llegó a pensarse que estaban condenadas a desaparecer, pero a finales de los años setenta y principios de los ochenta resurgieron con más fuerza, una vez ganado el apoyo popular.

Después de las derrotas de los años sesenta, las organizaciones guerrilleras se replantearon sus estrategias políticas y militares, y sin abandonar sus objetivos iniciales sobrevivieron en la clandestinidad ganando sólo poco a poco una mayor repercusión a nivel nacional. Al mismo tiempo, se comenzó a producir el ascenso de la participación popular en las organizaciones y luchas sociales ¹⁵, siguiendo de alguna forma los pasos de los guerrilleros. La respuesta de los gobiernos fue recurrir de nuevo a los mecanismos de violencia para reprimir las protestas populares, lo que no condujo a otra cosa sino a la unificación definitiva de ambos movimientos en torno

a unos mismos objetivos revolucionarios.

El derrocamiento del régimen de Anastasio Somoza en Nicaragua en 1979 y las ofensivas revolucionarias a nivel nacional de la década del ochenta en El Salvador y Guatemala, revelan hasta qué punto amplios sectores de la sociedad se unieron y apoyaron en Centroamérica la propuesta de los guerrilleros.

Con el paso de los años, por tanto, las guerrillas se llegaron a convertir en guerras de grandes proporciones en las que se vieron implicadas las naciones por entero. Como lo señalan Robert R. Armstrong y Janet S. Rubin, dos investigadores norteamericanos refiriéndose a El Salvador, lo ocurrido se enmarca efectivamente dentro de los parámetros de una guerra, en el sentido de que decidir el rumbo de la historia común fue llevado a su extremo más dramático: a un vasto enfrentamiento a muerte.¹⁶

El lugar de la literatura en estos conflictos ha sido privilegiado. La narrativa revolucionaria, particularmente las novelas y los textos testimoniales, ha acompañado desde el principio este proceso y se ha transformado con él, desde el momento en que los jóvenes de las universidades emprendieron las luchas armadas hasta los tiempos en los que las guerras se extendieron a las ciudades y el campo y parecen ahora acercarse a su final. Habiendo estado en juego una confrontación de

naturaleza ideológica, puede decirse que esta lucha fue librada también, aunque de forma especial, en el terreno de la literatura.

Situada en términos generales del lado de los revolucionarios o nacida desde el interior de sus organizaciones, esta narrativa ha rebatido permanentemente el discurso oficial. Ha roto el silencio, ha sido denuncia y relato de la violencia, ha servido de arma y ha alimentado la esperanza. Pero también ha ofrecido un espacio para pensar y discutir las propias luchas revolucionarias. En estos textos se han evaluado las derrotas, las dimensiones del compromiso individual, las vacilaciones y los temores. En ellos también se han formulado, como señala Benedetti, preguntas incómodas y difíciles contradicciones. Habiendo sido expresión del proceso histórico, han narrado y debatido apasionadamente unos hechos concretos, y al hacerlo han sacado a relucir voluntaria o involuntariamente, la experiencia de fondo tras esos hechos.

Esta narrativa ha representado la contraparte literaria y testimonial de los procesos revolucionarios pero no como un superficial registro episódico sino con mucho de lo que ha conllevado de experiencia social e individual y de aventura moral e intelectual.

Sin embargo, a pesar del dramatismo de los acontecimientos

históricos, el papel jugado por la literatura no le ha venido del todo impuesto por ellos. Como se verá más adelante, las características de esta narrativa se encuentran conectadas a un largo proceso literario, comenzado al menos desde finales del siglo pasado.

Coherente con el proyecto anti-colonial, la narrativa centroamericana pasa en el siglo XX de enfrentarse a las inclinaciones extranjerizantes del modernismo hacia la formulación progresiva de un realismo social -que es la forma que en este caso cobra la gestación de una conciencia crítica. Al llegarse a la década del sesenta, la tendencia dominante en la narrativa centroamericana sigue siendo la de unas obras literarias cada vez más comprensivas e integradoras de las realidades nacionales. Con la narrativa revolucionaria, este proceso lejos de interrumpirse se intensifica. Después de recibir las influencias de la *nueva narrativa hispanoamericana* -que entre otras cosas supuso reentablar un diálogo con las formas vanguardistas de la literatura europea y universal- los textos narrativos que se ocuparon de los hechos revolucionarios, continuaron la tendencia realista, articulando los discursos en formas ahora aún más próximas a las experiencias individuales y sociales. Entre otras cosas, como se verá más adelante, a través de la narrativa revolucionaria acceden al espacio literario nuevos grupos y clases sociales, y se transita desde los planteamientos del realismo hacia los

de la testimonialidad.

De este modo, aunque los procesos revolucionarios inciden e incluso afectan las estructuras de esta narrativa, la autoconciencia que expresan es el resultado de una conquista largamente gestada. Directamente conectada con el pensamiento liberador, esta narrativa se empareja a partir de la década del sesenta con las propias luchas prácticas por la revolución y, como se decía antes, se transforma con ella.

El primer grupo de textos claramente reconocible dentro de esta narrativa es el de las novelas de guerrilleros. Un tipo de novela que surgió vinculado a ese momento decisivo para las sociedades en el que los jóvenes tomaron las armas.

Como se verá más adelante, a partir de la década del sesenta, pocos años después de que se produjeran los primeros enfrentamientos armados --suscitados dentro del clima de agitación revolucionaria que siguió al triunfo de la revolución cubana--, se comenzaron a escribir estas novelas que resultaron a su vez ligadas a otras manifestaciones literarias de las juventudes rebeldes de esos años en el continente. Estas novelas presentaron la experiencia del sujeto subversivo. En ellas aparecen jóvenes, generalmente de clase media y universitarios, enfrentándose en las montañas o en las ciudades contra los ejércitos gubernamentales. Pronto, por tanto, la

narrativa abrió un espacio a estos acontecimientos en los que se desafiaba el poder hegemónico. No obstante, no son las acciones armadas en sí mismas, sino los conflictos interiores de los personajes, los problemas concretos o las situaciones contradictorias en que se ven envueltos, lo que domina en la trama de las narraciones. Estas novelas revelan las contradicciones de clase de los guerrilleros, las limitaciones de una empresa de individuos aislados y en general las desproporciones entre los ideales que se abrazaban y las posibilidades prácticas de llevarlos a cabo.

Durante casi dos décadas, estas novelas que mostraban cómo se abría paso la tesis de la lucha armada, dominaron el panorama de la narrativa de los procesos revolucionarios. A través de ellas se renovaron los planteamientos narrativos de la novela social precedente. Un nuevo grupo social de jóvenes urbanos de clase media accedió en estos textos al discurso literario con un lenguaje influido por técnicas innovadoras, orientado hacia un realismo que ahonda en la interioridad de los personajes y que utiliza la propia habla coloquial.

Al despuntar la década de 1980, la extensión de la lucha social y de la violencia institucional a nivel nacional, creó nuevas situaciones en los procesos revolucionarios que incidieron también en la narrativa. Se comenzó a producir el auge de unas narraciones testimoniales basadas en las experiencias de

obreros, campesinos y combatientes que ampliaron en su conjunto el universo de textos narrativos sobre los procesos revolucionarios y que reflejaron claramente el aumento del caudal de la lucha social en la región.

El surgimiento de estos textos estuvo ligado en el plano discursivo al fenómeno más general de la narrativa testimonial en el resto del continente. Un fenómeno que estuvo orientado por la intención de incorporar la voz de los oprimidos y los excluidos del poder en el espacio de la cultura escrita y por la intención de reivindicar y contraponer al discurso oficial la historia concreta de las luchas de liberación.

Uno de los principios centrales de esta narrativa reside en el hecho de que son los protagonistas de los acontecimientos sociales, por sí mismos, o con el auxilio de un intermediario, los que narran lo ocurrido a partir de sus propias experiencias personales.¹⁷ Los linderos al interior de esta narrativa, sin embargo, son inestables, particularmente las fronteras entre la literatura y la historia ¹⁸. No obstante, como se verá después, es posible distinguir por un lado los testimonios propiamente dichos, que se escribieron a partir de transcripciones directas de entrevistas con personas reales o por el mismo testimoniante, y por otro lado, las novelas testimonio que recrearon artísticamente discursos que pudieron ser reales -recogidos en entrevistas o vivos en el tejido

social- pero que aparecen en los textos mediatizados por la ficción.

En Centroamérica, dentro de la narrativa testimonial, los textos más numerosos son los testimonios de dirigentes revolucionarios, en los que los propios autores narran su participación en la lucha armada, sus experiencias personales y acontecimientos relevantes en la historia del movimiento. Menos numerosos pero no por ello menos significativos son los testimonios populares -como el conocido texto de Rigoberta Menchú- en los que personas que no ejercen por sí mismas la escritura -obreros y campesinos- narran con el auxilio de un intermediario las injusticias y atropellos sufridos, el hambre o la violencia represiva, o su proceso de incorporación a la lucha revolucionaria. A estos se suman las novelas testimonio en las que también son los desheredados -y no los jóvenes de clase media de las novelas de guerrilleros- los protagonistas y los testigos de los hechos que ahora se cuentan: gentes del pueblo, hombres y mujeres, ancianos, familias o aldeas enteras involucradas en la dinámica de la violencia.

El surgimiento de estos textos que articularon una propuesta nueva y diferente con respecto a las novelas de guerrilleros, encerró implícitamente un replanteamiento crítico de la naturaleza y funciones del discurso narrativo revolucionario. En el terreno práctico fue necesaria una exhaustiva

autoevaluación -de la que no estuvo excluida la literatura- sobre las limitaciones y contradicciones de los guerrilleros, antes de que se pudiera llegar a alcanzar un verdadero aumento del caudal social revolucionario y el paso a la guerra popular. En el terreno de la narrativa, los textos testimoniales, comparados con las novelas de guerrilleros, muestran haberse transformado interiormente para ajustarse a las nuevas realidades del proceso social. Como se verá más adelante, esto requirió pasar de un modelo narrativo adecuado a la expresión de experiencias individuales propio de las novelas de guerrilleros, a otro como el testimonial especialmente concebido para expresar experiencias colectivas. Por otra parte, el auge de los textos testimoniales evidencia la tendencia de la narrativa hacia los hechos reales y vividos en detrimento de la ficción. Revela una demanda más extrema de realismo y de historia concreta, de información de primera mano o de visiones más inmediatas de los acontecimientos que no habían conseguido en esa forma las novelas de guerrilleros.

Un último grupo de textos es posible reconocer en la narrativa de los procesos revolucionarios centroamericanos. Se trata de unas novelas disidentes que expresaron el punto de vista de los desertores, de aquellos que habiendo sido revolucionarios dejaron de serlo.

Estas novelas, aunque representan cuantitativamente casos

aislados dentro del resto del conjunto narrativo, no pueden pasar desapercibidas ni asimilarse a otros grupos por cuanto articulan un discurso en muchos aspectos inédito y de sentido contrario al de los demás textos. No son novelas exactamente anti-revolucionarias pero se rebelan contra el discurso revolucionario, reconocen la necesidad de las luchas de liberación pero ofrecen de ellas una visión esencialmente crítica que contradice en puntos clave a los revolucionarios.

Son novelas dominadas por los enfrentamientos y desacuerdos de los subversivos entre sí y de estos con respecto a la práctica de la lucha. En ellas los desertores cuestionan las desviaciones de la empresa armada que a su juicio habían desvirtuado los ideales humanistas de la revolución, y también sus propias faltas personales y complicidades. En ellas se ve por primera vez el lado oscuro de la lucha, sus inmoralidades, sus crímenes y sus falsedades. No obstante, el hecho de que esta visión crítica provenga no del enemigo, sino de un ambiguo disidente revolucionario, de aquél que piensa que con decir la verdad le rinde un último acto de fidelidad a la revolución, hace de estas novelas unos textos que no por insumisos dejan de estar situados en el cauce de las luchas de liberación. Son los cabos sueltos de una narrativa predominantemente plegada a la visión revolucionaria positiva, que al articular una réplica de este tipo, buscaron forzar una reconsideración global del sentido de la empresa armada.

Con estas novelas se ha alcanzado una de las últimas formulaciones que ha conocido hasta ahora la narrativa revolucionaria. Vistos en su conjunto estos textos ofrecen una imagen compleja e intensa del proceso; vistos en su secuencia revelan haber recorrido un tiempo paralelo al de la trayectoria de la lucha revolucionaria.

Después de los últimos acontecimientos ocurridos en la región, es bastante probable que las luchas armadas cesen definitivamente. En Guatemala los enfrentamientos han continuado aunque se encuentran en curso unas negociaciones de paz; en El Salvador, la sangrienta contienda ha sido llevada al terreno político; lo mismo en Nicaragua, donde al triunfo militar siguió una agresión extranjera y a esta una derrota en las urnas pero donde a pesar de innumerables dificultades aún subsiste el proyecto sandinista.

En sentido estricto, la revolución fue la ilusión que alimentó más de treinta años de lucha pero que pese a todo no llegó a realizarse. La nueva situación pone ciertamente en peligro los esfuerzos acumulados por instaurar un orden social más justo y equitativo, aunque la actual convivencia formalmente democrática, parece que debiera ser más una alternativa que un obstáculo insalvable. Mientras subsista una situación colonial, unas condiciones de miseria y dominación, no resulta descaminado esperar que siga gestándose un pensamiento y una

acción anti-coloniales -aunque lo contrario tampoco puede excluirse como una posibilidad. Por lo que revela la narrativa revolucionaria, volver atrás, desandar el proceso seguido por el pensamiento crítico, parece difícil. Más probable parece que el legado de esta narrativa sea aprovechado creativamente y enriquecido con nuevas indagaciones que conduzcan a formulaciones más maduras,

* * *

En este trabajo se ve a Centroamérica -Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá- como una unidad. Los procesos armados ocurrieron en sentido estricto solamente en Nicaragua, Guatemala y El Salvador pero sus consecuencias afectaron a toda la región. Como señalan los analistas sociales¹⁹, los distintos países del istmo centroamericano recorren trayectorias políticas y sociales particulares pero dentro de las coordenadas de un espacio y una historia común. Fenómeno éste que se extiende al terreno de la literatura y de la cultura en general. Las coincidencias literarias se manifiestan de hecho por encima de las fronteras nacionales. La narrativa de la revolución se produjo en mayor cantidad ahí donde ocurrieron los procesos revolucionarios pero se produjo también en el resto de los países centroamericanos.

En este trabajo se expondrá lo que ha sido esta narrativa atendiendo a las correspondencias generales con el proceso social que le sirve de referente y a las particulares de los textos con las corrientes literarias en que se encuadran.

En los primeros capítulos se describe el marco histórico y literario con el triple objetivo de situar a esta narrativa en el contexto revolucionario, en la tradición de la novela social centroamericana y en la narrativa hispanoamericana contemporánea. A continuación se procede a clasificar los textos en grupos, atendiendo a la particularidades de cada modelo narrativo y a las coordenadas regionales y transregionales en que aparecen. Finalmente se analizan de forma pormenorizada cada uno de los textos, teniendo en cuenta su modalidad. Con todo ello se pretende trazar el desarrollo, la singularidad y especificidad de un proceso tan importante para la historia como para la literatura de estos países.

Notas de la Introducción

1. En un simposio sobre creación intelectual en el Tercer Mundo realizado con el patrocinio de la Universidad de las Naciones Unidas en Kyoto en 1978, se señalaba entre las conclusiones estas tendencias: "Tres tendencias significativas parecen ser comunes entre los pueblos y los países del Tercer Mundo: aspiración a una liberación nacional y la lucha por ella, la emergencia de la consolidación e integración política, y los principios de justicia distributiva e igualdad, esencia del socialismo ". Aquí se mencionan sólo dos de esas tendencias aunque la que se refiere a la integración política es también una aspiración de los países centroamericanos." Citado en ABDEL-MALEK, Anouar "Cultura y creación intelectual" en GONZALEZ CASANOVA, Pablo (Coord.) Cultura y creación intelectual en América Latina México, 2a ed. Siglo XXI eds., 1989 pXV.

2. Este término proviene de las conceptualizaciones de teóricos de la Universidad de las Naciones Unidas con respecto a la creación intelectual en el Tercer Mundo. Anouar Abdel-Malek lo plantea así: "...si se parte de una posición que plantea el desarrollo humano y social, fundamentalmente como un proceso de autoconfianza -a macronivel, en sociedades completas; y a micronivel en grupos humanos e individuos- aparecerá de inmediato que la clave está en la creatividad endógena (autoconfiante) contra la moda que prevalece de "transferencia" del conocimiento, que se remodelará de acuerdo, precisamente, con metas alternativas de desarrollo. Además de que esta creatividad, al contrario del exotismo o el orientalismo, está en el corazón mismo del propio proceso de pensamiento, es decir, la tecnología, la filosofía y la política social -junto con la cultura y las artes" Op. Cit. pXIV.

3. Como se verá más adelante, los estudios socioeconómicos de Centroamérica confirman marcos generales de interpretación como éste sobre la evolución social de los países del Tercer Mundo: "La crítica reciente a la concepción incrementalista del desarrollo capitalista dependiente, basado en la modernización industrialista, ha sido vigorosa e intensa y se ha fundado, sobre todo, en las evidencias empíricas reunidas en las dos últimas décadas, en que se ha registrado una considerable expansión económica sin un concomitante desarrollo social. Así se ha comprobado que esta mayor abundancia no ha traído consigo el bienestar a las mayorías de los países subdesarrollados, sino que con pocas excepciones el crecimiento productivo ha puesto en marcha una considerable concentración de la riqueza y el ingreso en beneficio de las capas más ricas y en desmedro de las más pobres, cuando no también de sectores que ocupan posiciones intermedias de la distribución del ingreso. Por consiguiente, la

mayor producción no ha implicado por necesidad una mejor distribución de sus frutos ni un bienestar social generalizado; por el contrario y en más de un caso, aquella ha significado un aumento de la injusticia social relativa puesto que se mantienen marginados de sus beneficios a vastos contingentes populares, integrados en parte por pobres subalimentados y desposeídos, subempleados y desempleados, semialfabetos y analfabetos que coexisten dominados por pequeñas minorías que disfrutan de un consumismo desenfrenado, en sociedades que en su conjunto no han superado los umbrales del subdesarrollo" GRACIERENA, Jorge "Creación intelectual, estilos alternativos de desarrollo y futuro de la civilización industrial" en GONZALEZ CASANOVA, Pablo (Coord.) Cultura y creación intelectual en América Latina Op. Cit. p3.

4. GONZALEZ CASANOVA, Pablo "Trazos del coloquio" en GONZALEZ CASANOVA, Pablo (Coord.) Cultura y Creación Intelectual en América Latina Op. Cit. pXVIII.

5. Refiriéndose a los pueblos que luchan por la descolonización y por reivindicar su cultura Finkielkraut dice: "Devueltos a sí mismos, los antiguos colonizados se descubren cautivos de su pertenencia, pasmados en la identidad colectiva que les había liberado de la tiranía y de los valores europeos. Apenas han dicho 'Hemos ganado', pierden ya el derecho a expresarse de manera distinta a la de la primera persona plural. Nosotros era el pronombre de la autenticidad recuperada, ahora es el de la homogeneidad obligatoria..." y añade "nadie se rebela contra sí mismo: la independencia encierra a sus beneficiarios en una unanimidad forzosa que sucede sin transición a la autoridad extranjera" FINKIELKRAUT, Alain La derrota del pensamiento Barcelona, 4ta ed. Ed. Anagrama 1988 p72. No parece que este haya sido el caso en Hispanoamérica, no sólo porque no se ha alcanzado plenamente la liberación sino porque la dirección del pensamiento ha sido flexible y crítica, y ha conocido de hecho las rebeliones contra sí mismo.

6. GONZALEZ CASANOVA, Pablo "Palabras introductorias" en Cultura y creación intelectual en América Latina Op. Cit. pX.

7. Ibid pXVIII.

8. Ibid pXIX

9. RAMA, Ángel Transculturación narrativa en América Latina México, Siglo XXI Eds. 1982 p34.

10. BENEDETTI, Mario Benedetti "La cultura del hombre de acción y la creación intelectual" en GONZALEZ CASANOVA, Pablo (Coord.) Cultura y creación intelectual en América Latina Op. Cit. p130, 131.

11. GONZALEZ CASANOVA, Pablo Op. Cit. pIX

12. Ver capítulo uno. En el presente estudio se sigue el perfil de la evolución de las sociedades centroamericanas y del proceso revolucionario que mayor consenso ha obtenido de los analistas. Entre otros muchos textos, se sigue en especial la obra de Edelberto Torres Rivas en lo que se refiere a la evolución política y social de la región: Crisis del poder en Centroamérica San José, EDUCA, 1981. Y la obra de Gert Rosenthal en lo que se refiere a la evolución económica: "Principales rasgos de la evolución de las economías centroamericanas desde la post-guerra" en Centroamérica, crisis y política internacional Op.Cit. pp19-38.

13. Ver TORRES RIVAS, Edelberto Crisis del poder en Centroamérica Op. Cit. p72 Ver Capítulo uno de este trabajo.

14. Esto que ocurriera en Centroamérica no es muy distinto de lo que ocurrió en Cuba. El papel de las clases medias en la revolución cubana y en la centroamericana revela la misma naturaleza política de ambos procesos, nacidos no mecánicamente de sus causas económicas y sociales. Hugh Thomas, en su voluminosa historia de Cuba, estudia cómo la revolución de 1959 es una continuación de la lucha estudiantil contra Machado de la década de 1930. Una lucha que comenzó siendo plural políticamente y anárquica en sus acciones y en la que se formaron los futuros líderes de la revolución. La lucha anti-dictatorial y nacionalista de entonces se convertiría después en una revolución socialista. Cuba. La lucha por la libertad 1762-1970 Barcelona, México, Eds. Grijalbo, 1974 3 vols. Edelberto Torres Rivas, al estudiar el proceso de gestación de la crisis centroamericana encuentra sus raíces, en los movimientos de oposición antigubernamentales de la región protagonizados por las clases medias entre 1930 y 1948. Dice Torres Rivas: "No fueron, sin duda, los campesinos quienes estuvieron en el centro de la ofensiva anti-oligárquica. En ese momento se comportaron, sin advertirlo, como el natural apoyo de sus enemigos de clase. Fue una constante desde entonces, la presencia política de profesionales y estudiantes universitarios, de elementos avanzados del artesanado urbano y de la burocracia política, de algunos medianos propietarios comerciales e industriales y, por su puesto y de primera importancia, la de grupos de intelectuales." "Reflexiones sobre la crisis y los sujetos del conflicto en Centroamérica" en La crisis centroamericana Op.Cit. p 33.

15. La referencia al ascenso de la participación de las clases populares en las luchas sociales en la década del setenta está basada en la información que ofrecen los investigadores sociales. Edelberto Torres Rivas señala como signos inequívocos de este

ascenso las huelgas y protestas multitudinarias suscitadas en esos años: En El Salvador la de los obreros del acero en 1967, la de educadores, en 1965 y 1972 que se convirtieron en huelgas generales; en Guatemala la marcha de 300 000 mineros de Ixtahuacan en 1977 y la provocada por el aumento del precio del transporte urbano en 1978; en Nicaragua las huelgas de obreros de la construcción y de sectores fabriles y de hospitales a partir de 1973. Como se verá en el Capítulo Uno de este estudio de estos movimientos de protesta se pasó a la integración de grandes organizaciones de masas y después a la incorporación de importantes contingentes de personas provenientes de las clases populares en las organizaciones armadas, lo que condujo a la transformación de los grupos guerrilleros en ejércitos. Crisis del poder en Centroamérica Op.Cit. p78

16. ARMSTRONG, Robert y Janet S. Rubin El Salvador. El rostro de la revolución 4a ed., San Salvador, UCA Editores, 1976 p64.

17. La definición de la narrativa testimonial que se asume en este estudio reúne las características esenciales con que se ha reconocido el género por distintos autores e investigadores que se han ocupado del mismo. Miguel Barnet, iniciador de esta narrativa en Hispanoamérica la identificó en los siguientes términos: "Lo primero en que reparé fue que la novela testimonio debía ser un documento a la manera de un fresco, reproduciendo o recreando... aquellos hechos sociales que marcaran verdaderos hitos en la historia de un país. Y que los protagonistas de la novela testimonio debían referirse a los mismos, jerarquizando, valorando o simplemente con su participación en ellos dándolos a conocer. "La novela testimonio: socio-literatura" (1969) Revista Unión No.1, 1969. Se cita por la versión que aparece como apéndice en Canción de Rachel Barcelona, Edit. Estela, 1970 p134. John Beverley después de advertir de la diversidad de textos que se incluyen bajo el género de testimonio dice: "Un testimonio es una narración -usualmente pero no necesariamente del tamaño de una novela o novela corta- contada en primera persona gramatical por un narrador que es a la vez el protagonista (o el testigo) de su propio relato. Su unidad narrativa suele ser una "vida" o una vivencia particularmente significativa (situación laboral, militancia política, encarcelamiento, etc." "Anatomía del testimonio" en Revista de crítica literaria latinoamericana año 13, n.25, Lima 1987 p9. Este asunto se discute más ampliamente en el Capítulo Cuatro de este estudio.

18. Esto se discute en el Capítulo Cuatro. Por ahora puede decirse, sin embargo, que los testimonios aunque se refieren directamente a los hechos históricos no los reflejan de una forma

transparente sino que suponen su reelaboración de acuerdo con objetivos revolucionarios que se manifiestan en el plano de la integración de los discursos. Los testimonios no son novelas pero al recurrir a la re-creación de los hechos y a su re-articulación ideológica involucran inevitablemente procesos literarios. De hecho, la reproducción que hacen de imágenes de la lucha social, el registro de experiencias no sólo exteriores sino interiores de los acontecimientos y la afección revolucionaria que provocan, han sido precisamente algunas de las cualidades - significativamente de orden literario- que les han granjeado a estos textos mucha de la amplia difusión que han alcanzado.

19. La concepción de Centroamérica como una unidad a pesar de las fronteras nacionales y de la diversidad de los fenómenos que afectan a cada uno de los países, es una idea compartida prácticamente en todos los estudios especializados sobre la sociedades de la región. En el terreno de la literatura, Centroamérica ha sido considerada como una subregión periférica con respecto a las metrópolis del continente -México o Buenos Aires por ejemplo. LOSADA, Alejandro "Articulación, periodización y diferenciación de los procesos literarios en América Latina" Revista de crítica literaria latinoamericana Año 9, n.17, Lima, 1983 p28. Los estudios que han considerado la literatura centroamericana en su unidad son también numerosos, los más importantes son: RAMIREZ, Sergio "La narrativa centroamericana actual" en Antología del cuento centroamericano, San José EDUCA, 1973 y ACEVEDO, Ramón Luis La novela centroamericana. Desde el Popol Vuh hasta los umbrales de la novela actual. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1982. El presente estudio sobre la narrativa revolucionaria confirma esta concepción. No sólo los procesos revolucionarios presentan un patrón de desarrollo común sino que los propios textos aún proviniendo de distintos países presentan coincidencias esenciales.

1. LOS PROCESOS REVOLUCIONARIOS CENTROAMERICANOS

El siglo XX representó para las sociedades centroamericanas un período de rápida transformación y crecimiento que no se tradujo, sin embargo, en un progreso equitativo y que condujo por el contrario a una situación de crisis que creó las condiciones que motivaron el surgimiento de las luchas revolucionarias.

Los estudios especializados ¹ señalan que sobre todo a partir de 1949 bajo los efectos de la posguerra europea, las sociedades centroamericanas experimentaron un proceso de expansión en su economía y en su población sin precedentes. Esta expansión se vio ceñida por la rigidez de unas estructuras políticas oligárquicas y "desnacionalizadas". Como resultado ocurrió una irónica paradoja: nunca fueron tan ricos los ricos ni tantos los pobres. Se alcanzaron las más altas cotas de producción que beneficiaron sólo a unos pocos y a una naciente clase media, mientras que con el crecimiento de la población se extendió la pobreza en graves proporciones.

Entre 1950 y 1978 la producción total del istmo casi llegó a duplicarse y la población casi se triplicó ². Los que antes eran pequeños poblados se convirtieron en ciudades, los caminos en carreteras; se multiplicaron las fábricas, las plantaciones

agroexportadoras, las centrales hidroeléctricas, etc.. Pero todo esto sin que se produjera una distribución justa de los beneficios y en la mayor parte de los países bajo el dominio de férreos regímenes de gobierno.

Desde la década de 1930 se instauraron dictaduras en Nicaragua con Anastasio Somoza, en Guatemala con Jorge Ubico, en El Salvador con Maximiliano Hernández y en Honduras con Tiburcio Carías. En aquellos países donde los rigores de la dominación se extendieron por más tiempo fue donde después estallaron con más violencia los conflictos sociales. En Nicaragua, la dinastía de los Somoza se extendió por más de cuarenta años, durante los cuales administró la prosperidad del país en su propio beneficio. En Guatemala, la posibilidad de un desarrollo equilibrado fue truncada con el derrocamiento de Jacobo Arbenz en 1954, lo que inauguró una cadena de gobiernos militares durante treinta años. Y en El Salvador, una tutela militar de medio siglo protegió el enriquecimiento de un puñado de familias.

Lo que se afianzó fue un modelo de sociedad centralizador y excluyente³. Las sociedades llegaron a ser más grandes y productivas pero los beneficios no se extendieron a la población.

Este modelo de sociedad fue patrocinado en gran medida por los

Estados Unidos de Norte América que, por proteger sus intereses económicos y estratégicos en la zona, respaldaron a las oligarquías y fomentaron los regímenes de fuerza. Como es sabido, intervinieron incluso directamente en la formación de los ejércitos y en la entronización de las dictaduras militares.

Desde el siglo pasado los Estados Unidos fueron extendiendo su hegemonía en la región a través de grandes empresas o compañías de distinta índole -fruteras, madereras, mineras, etc.- que pronto se hicieron acompañar por desembarcos de marines. Los dictadores, los militares y las oligarquías se convirtieron en sus aliados. En Nicaragua, por ejemplo, la presencia de los marines no cesó hasta que fue formada la Guardia Nacional, al frente de la cual figuró Anastasio Somoza. En Guatemala, el gobierno democrático de Jacobo Arbenz fue derrocado a raíz de un enfrentamiento con una de las compañías bananeras y por medio de una operación encubierta de la CIA que colocó a un militar en el poder ⁴.

En este período, al mismo tiempo que se modernizaron las infraestructuras productivas de los distintos países, crecieron los contingentes de pobres. Los campesinos sin tierra se movieron de un lugar a otro y de un país a otro ⁵, las ciudades se vieron rodeadas de barrios de miseria, los servicios públicos, los transportes y los hospitales se vieron

desbordados o quedaron obsoletos ⁶.

Si el progreso en el istmo centroamericano se midiera por el bienestar económico de la mayoría de la población, éste no se habría producido apenas en el presente siglo. El número de personas que superó el límite de la pobreza ha sido muy inferior al que creció por debajo. Según los técnicos ⁷, la cantidad de personas que no satisfacen sus necesidades básicas se duplicó entre 1950 y 1980, lo que significa que en términos absolutos existen más pobres ahora que antes en Centroamérica.

El proceso revolucionario que se ha vivido en la región en los últimos treinta años, no puede comprenderse si no es en el contexto de esta situación social. Los especialistas la definen como una crisis, en la medida en que los problemas aumentaron, se acumularon y agudizaron con el paso del tiempo.

Las clases medias, que fueron uno de los sectores favorecidos por el crecimiento de las sociedades, vendrían a jugar un papel decisivo. Estas clases crecieron con los procesos de urbanización e industrialización, la mayor parte se asimiló a las estructuras tecnocráticas y burocráticas del aparato productivo y estatal pero un pequeño sector, tal vez minúsculo al principio, adoptó una postura contestataria. Su reducido número contrastaría con su peso específico: serían jóvenes salidos de esas clases los que iniciarían las luchas

revolucionarias.

La lucha armada no fue un resultado natural de la situación de crisis que vivían las sociedades. Los graves problemas sociales pudieron degenerar en manifestaciones anárquicas de protesta social pero llegaron a cobrar la forma de un proceso revolucionario en virtud del proyecto político que abrazaran los jóvenes de clase media. Fue a partir de este proyecto, como se ha dicho antes que se consiguió traducir el descontento social en una lucha anti-oligárquica y anti-imperialista ⁸.

Las luchas guerrilleras que surgen al despuntar la década de los sesenta, aunque se dirigen a remediar la pobreza, no son solamente producto de ella. Representan el arraigamiento en la región de un proyecto de revolución. De un proyecto tal vez utópico -a juzgar por sus expectativas- pero coherente en sus planteamientos de transformación de la sociedad; inspirado por ideas marxistas y dirigido a corregir las fallas estructurales del sistema.

Cuando a principios de los años sesenta se inician las luchas guerrilleras en la región, ese proyecto había sido poco a poco gestado ya en otros lugares del continente y había triunfado en Cuba. Un proyecto de revolución del que, como señala Leopoldo Zea, careció la anárquica revolución mexicana, pero que se fue enriqueciendo con las distintas experiencias

revolucionarias que se suscitaron después -incluida la propia experiencia guatemalteca de 1948- y que fue llevado en Cuba hasta sus últimas consecuencias.

La revolución mexicana -dice Leopoldo Zea- "a diferencia de otras revoluciones careció precisamente de logos, de idea o ideal preconcebidos" ⁹. Se trató, en ese caso, de un estallido de la realidad, de una sublevación espontánea en la que cada cual buscó la satisfacción de su interés personal, en detrimento de los intereses de la nación.

Más tarde se gestaron revoluciones nacionalistas, como la que fuera aplastada en Guatemala en 1954, en las que ya prevalecieron los ideales de democracia y justicia social. La propia revolución cubana desde sus orígenes en la lucha contra Machado fue inspirada por estos ideales que después, decantados por la fuerza de los hechos -por el enfrentamiento con los intereses capitalistas nacionales y extranjeros y por las tensiones de la guerra fría- llegaron a cobrar la forma de un programa socialista ¹⁰.

En Centroamérica como en el resto del continente donde surgieron guerrillas marxistas no se trató de un "estallido de la realidad" aún y cuando la situación de las sociedades era crítica, sino de una empresa deliberada y consciente.

Es importante señalar, sin embargo, que también en Centroamérica en el inicio de los procesos revolucionarios se produjeron alzamientos armados no marxistas. Se trató de luchas antidictatoriales y nacionalistas en la más larga tradición del continente. En Nicaragua, uno de los primeros ataques contra Somoza fue emprendido por los conservadores y liderado entre otros por Pedro Joaquín Chamorro. Y en Guatemala fue un grupo de oficiales del ejército el que primero se levantó en armas. Estos alzamientos, sin embargo, o bien fueron neutralizados en poco tiempo o se sumaron a la tendencia principal de la lucha revolucionaria.

No obstante, es claro que fue el triunfo de la revolución cubana lo que indujo finalmente al arranque definitivo de las luchas revolucionarias en la región.

La experiencia cubana hizo valer la posibilidad de transformar la sociedad por la vía de las armas. Su ejemplo prendió como una chispa entre los jóvenes de las universidades y entre los miembros de los partidos políticos de izquierda.

El papel de los jóvenes en este proceso fue sin duda muy importante. Ellos fueron quienes bajo el influjo de la revolución cubana asumieron inicialmente la lucha armada y quienes forzaron un cambio en los programas y en la práctica de los comunistas ¹¹. Los partidos comunistas habían sido

formados en la primera mitad del siglo y operaban en la clandestinidad pero con un carácter más gremialista y reivindicativo que verdaderamente conspirativo. Se trataba de un comunismo moderado y de actividad eminentemente política. El giro hacia la alternativa de la lucha armada representó un momento difícil y provocó enconadas enfrentamientos al interior de esas organizaciones políticas.

En 1932 se había producido en El Salvador uno de los primeros grandes levantamientos comunistas del continente que, sin embargo, había concluido con una matanza en la que se calcula que murieron 30.000 obreros y campesinos. Los partidos comunistas vieron en este fracaso la consecuencia de una acción precipitada. Para 1960 la consigna era la de esperar a que estuvieran dadas todas las condiciones sociales, económicas y políticas, antes de empezar un proceso revolucionario. Los jóvenes, ya fuera desde dentro de los partidos o a través de las nuevas e independientes organizaciones guerrilleras, obligarían a los comunistas a adoptar actitudes más consecuentes con la lucha armada.

En las universidades, en cambio, la acogida al proyecto de una revolución armada fue más fácil. Desde los primeros años y hasta el presente los jóvenes estudiantes se unieron a las columnas guerrilleras y las universidades en general apoyaron esta iniciativa, dejaron de ser simples centros de formación

de profesionales para convertirse en núcleos de activa oposición antigubernamental ¹².

Los jóvenes salidos de las universidades llegarían a desempeñar cargos dirigentes en las organizaciones armadas y las propias instituciones universitarias llegarían a ser atacadas incluso militarmente por los gobiernos. El Frente Sandinista de Liberación Nacional que después ha llegado ha cobrar tanta importancia, fue fundado por jóvenes que antes habían participado en un círculo de estudio marxista en la Universidad de León de Nicaragua ¹³. Tal vez el caso más ilustrativo de los incontables ataques de las fuerzas militares y paramilitares contra profesores y estudiantes universitarios, es el de la Universidad de El Salvador, que desde una fecha tan temprana como 1960 ha sido asaltada por tropas del ejército varias veces y varias veces ha sido cerrada con considerables saldos de muertos y heridos ¹⁴.

En cuanto al desenvolvimiento de la lucha revolucionaria que entonces comenzara en Centroamérica, su historia ha sido azarosa y en parte se encuentra aún en documentos primarios, en testimonios, en la prensa o en la misma memoria de los protagonistas. Hará falta algún tiempo para que lo ocurrido salga plenamente a la luz. Pero la relevancia de los acontecimientos ha atraído con vivo interés la atención de investigadores nacionales y extranjeros cuyos aportes permiten

reconstruir ya la evolución general del proceso ¹⁵.

Como antes se adelantaba, tanto para los especialistas y los observadores como para los propios revolucionarios, la trayectoria de la lucha revolucionaria pasó de ser en el transcurso de treinta años la guerra de guerrillas que surgiera en la década del sesenta, a ser la guerra popular que desde la insurrección sandinista de finales de la década del setenta se viviera en la región.

A partir de 1958 y durante más de diez años se suscitaron en Nicaragua y Guatemala los primeros alzamientos guerrilleros que fueron repetidas veces sofocados por los ejércitos gubernamentales incomparablemente mejor preparados. Fueron los años de las improvisadas "invasiones" a Nicaragua que terminaron en desastrosas derrotas; del alzamiento frustrado de los oficiales del ejército guatemalteco y también los años de la fundación de los que serían después dos de los grandes frentes guerrilleros de la región: el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

Las guerrillas de los años sesenta fueron grupos reducidos de hombres mal armados, mal entrenados, sin conocimiento del terreno, sin suficiente apoyo popular e incapaces de sobrevivir en las montañas. Como señala Tomás Borge en su testimonio,

cayeron fácilmente derrotados a manos del ejército, antes de haber conseguido triunfos militares importantes y traicionados más de una vez por los propios campesinos.

En 1967, el mismo año de la muerte del Che Guevara en Bolivia, que marcó simbólicamente el revés histórico para los movimientos revolucionarios en todo el continente, las guerrillas en Centroamérica fueron también prácticamente aniquiladas. Los guerrilleros cayeron cercados en las montañas o torturados en las cárceles gubernamentales. En Nicaragua fue el año del fracaso de la campaña de Pancasán en que toda una columna sandinista fue masacrada por el ejército, murió en esa acción Silvio Mayorga uno de los fundadores del FSLN ¹⁶. En Guatemala, una gran ofensiva lanzada por el ejército acabó con los principales núcleos guerrilleros, un año antes había muerto el comandante de las FAR Luis Augusto Turcios Lima ¹⁷.

La alternativa de la lucha armada, sin embargo, ya había cobrado forma y aunque a esta primer oleada de alzamientos siguió un período de reflujo, el movimiento revolucionario resurgiría después con más fuerza.

Durante la primera mitad de la década de 1970 conscientes de los errores cometidos, de la poca formación militar y del escaso apoyo popular, los revolucionarios -sobre todo nicaragüenses y guatemaltecos- hicieron un intenso trabajo

político de masas en las ciudades y en el campo, buscaron establecer alianzas con otras organizaciones sociales, al tiempo que se preocuparon por fortalecer en la clandestinidad sus estructuras logísticas y militares.

En esos años la persecución de las llamadas "células subversivas" fue feroz y movió al exilio a muchos de sus integrantes. El Frente Sandinista enfrentó divisiones internas pero fue ganando simpatías entre distintos sectores de Nicaragua ¹⁸. En Guatemala se emprendió la tarea de formar nuevos grupos armados entre las poblaciones indígenas, esfuerzo que requeriría de casi diez años de trabajo antes de rendir sus frutos pero que conseguiría enraizar definitivamente la lucha por la revolución en ese país ¹⁹. En El Salvador surgieron entonces los primeros grupos armados -las Fuerzas Populares de Liberación 'Farabundo Martí' (FPL) y el Ejército Revolucionario de los Pobres (ERP)- aunque sus acciones, como en el resto del istmo, serían en sus inicios a baja escala ²⁰.

Mientras las organizaciones armadas atravesaban lo que según sus propios portavoces fue un "repliegue estratégico" o más propiamente un "proceso de acumulación de fuerzas", las organizaciones políticas populares, por su parte, comenzaron a ganar un cada vez más importante protagonismo social.

Se comenzaron a crear organizaciones aglutinadoras de masas en

torno a objetivos políticos muy próximos ya a las tesis del movimiento guerrillero.

En 1975 se produjo en El Salvador una toma masiva de la Catedral Metropolitana por parte de organizaciones de diversa naturaleza -campesinas, profesionales, etc.- en protesta por una masacre de estudiantes universitarios ocurrida ese año. Como resultado de ello se formó el Bloque Popular Revolucionario que reunió a todas las organizaciones que participaron en la manifestación ²¹. En Guatemala surgieron también agrupaciones semejantes como el Comité de Unidad Sindical y el Comité de Unidad Campesina que se constituyeron en máximos representantes del sindicalismo y el campesinado revolucionarios ²².

En estos años en que entre otras cosas se produjo la crisis del petróleo, las condiciones sociales se agudizaron aún más en Centroamérica ²³ sin que ello moviera a las clases gobernantes a implementar cambios significativos en la heredada estructura de dominación. Por el contrario, ante la protesta social se incrementó la represión con una brutalidad irracional. Organizaciones internacionales denunciarían a los gobiernos de Nicaragua, Guatemala y El Salvador por escandalosas violaciones de los derechos humanos y el propio gobierno de los Estados Unidos, durante la administración Carter, se vería obligado a condicionar la ayuda financiera a sus tradicionales aliados

centroamericanos a cambio del respeto de esos derechos ²⁴.

En los demás países de la región, a pesar de compartir semejantes condiciones sociales, no se suscitarían procesos revolucionarios de igual magnitud, tal vez debido precisamente a la adopción oportuna de reformas económicas o a la flexibilidad de las estructuras de participación política. En Costa Rica la revolución de 1948, a parte de favorecer la modernización económica y social del Estado, impidió el entronizamiento de una dictadura militar y permitió un relativo juego democrático ²⁵. En Honduras y Panamá se produjeron algunos estallidos de violencia que no llegaron a transformarse, sin embargo, en verdaderos procesos revolucionarios ²⁶. Esto en parte tal vez debido a que tempranamente en estos dos países se produjeron golpes de Estado encabezados por militares reformistas: por el Coronel Omar Torrijos en Panamá en 1968 y por el General Oswaldo López Arellano en Honduras en 1972 ²⁷.

A finales de la década de los setenta y en un lapso de tiempo sorprendentemente breve, las hasta entonces pequeñas organizaciones armadas recibieron un enorme apoyo popular.

A partir de 1978 -año en que se produce la primer gran ofensiva sandinista- grandes contingentes de la población en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, se unieron a la causa revolucionaria

de los grupos armados y los enfrentamientos cobraron el carácter de guerras de dimensión nacional.

Los guerrilleros habían conseguido ganar primero la complicidad y después el apoyo y la colaboración tanto en las montañas como en las ciudades. Al mismo tiempo las organizaciones populares habían dado vida a un fuerte movimiento social revolucionario y eran capaces de llevar a las calles a grandes cantidades de personas en manifestaciones y huelgas de protesta.

Las columnas guerrilleras, por lo general poco numerosas, se convirtieron en ejércitos revolucionarios y los hasta entonces enfrentamientos aislados se transformaron en una guerra permanente.

El aumento del caudal social de la lucha revolucionaria se debió en parte al éxito del trabajo político de masas y en parte también al recrudecimiento de la represión. Los reclamos económicos y sociales cada vez más imperiosos de amplios sectores de la población provocaron una escalada represiva sin precedentes. Esta violencia indiscriminada de los gobiernos, en lugar de acabar con las protestas lo que consiguió fue aumentar la simpatía y fortalecer el apoyo directo a las guerrillas.

Si antes las columnas guerrilleras pasaban enormes dificultades

para sobrevivir en las montañas pues les faltaban los alimentos o eran denunciadas por los pobladores, ahora consiguieron subsistir sin necesidad de contacto alguno con las ciudades y esos mismos pobladores se sumaron a sus filas. Los ejércitos gubernamentales castigaron de tal forma a los campesinos de las zonas en conflicto que muchos nuevos combatientes se unieron a las fuerzas revolucionarias huyendo simplemente de la represión.

Entre 1975 y 1980 las columnas de combatientes aumentaron su tamaño veinte veces o más. En ese período pasaron de tener alrededor de un centenar a tener millares de hombres, tanto en el campo como en las ciudades.

Los sandinistas reconocen no haber tenido más de 150 hombres armados en toda Nicaragua antes de la insurrección de octubre de 1977. Menos de dos años después contaron con aproximadamente 5.000 para que la revolución triunfara ²⁸. En El Salvador, los reducidos grupos armados que comenzaron a surgir apenas en 1970, contaron diez años después con 4.000 hombres para emprender la primer gran ofensiva contra el ejército.²⁹ Y en Guatemala después incluso de la dura contraofensiva del ejército de 1982 las fuerzas guerrilleras llegaron a contabilizar alrededor de 2.500 hombres ³⁰.

El caso de la revolución nicaragüense, ampliamente

estudiado,³¹ es ilustrativo de esta contundente suma de la población a la lucha revolucionaria. Somoza reprimió con tal brutalidad las insurrecciones sandinistas de 1977 y 1978, sobre todo a la población civil y a los jóvenes, que éstos no tuvieron otra alternativa que luchar por sus vidas. En cuestión de meses la estructura central del Frente Sandinista se vio desbordada por la inmensa cantidad de combatientes que se unieron a sus filas. En mayo de 1979 menos de un año después de ser derrotadas las ofensivas anteriores, los sandinistas lanzaron la ofensiva final y consiguieron colapsar todo el país. Una huelga general, apoyada por empresarios y obreros y una auténtica sublevación de la población en Managua fueron acompañados por enérgicos ataques armados a las principales ciudades del país. Por primera vez fueron los sandinistas los que ocuparon las ciudades y los militares se vieron desplazados a la periferia. El 29 de junio de 1979 los sandinistas y toda la oposición al somocismo celebraron la victoria en la plaza central de Managua.

En Nicaragua los sandinistas triunfaron gracias al decidido apoyo popular y a la sabia unificación de las fuerzas políticas y militares en contra de la dictadura. Ese ejemplo, justamente, vendría a ser lo que motivaría procesos de unidad semejantes en El Salvador y Guatemala.

En estos dos países, después del triunfo sandinista, las

distintas organizaciones políticas populares y los distintos grupos armados se aliaron en grandes bloques coordinados que presentaron un único y masivo frente de oposición. En El Salvador se formó en 1980 el Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) que reunió a todos los grupos armados, y el Frente Democrático Revolucionario (FDR) que aglutinó a todas las organizaciones políticas populares de tendencia revolucionaria. Lo mismo ocurrió en Guatemala en 1982: los grupos armados formaron la Unión Revolucionaria Guatemalteca (URNG) y las organizaciones populares el Comité de Unidad Patriótica (CGUP).

En El Salvador, menos de un año después de haberse celebrado esas alianzas de unidad, el Frente Farabundo Martí lanzó su primer ofensiva a nivel nacional.

En ese momento para todos era claro ya que no sería sólo una fuerza guerrillera sino la participación cada vez más comprometida de la población, un alto grado de organización y la unificación de esfuerzos, lo que podría conducir al triunfo de la revolución. Los grupos armados, aunque más numerosos que nunca, comenzaron entonces a considerarse a sí mismos sólo como una de las fuerzas de la lucha revolucionaria, como la vanguardia militar de un movimiento más amplio ³². Si en los últimos años los insurgentes fueron capaces de desencadenar ofensivas a gran escala, esto solo fue posible debido a que

gran parte del pueblo los apoyó y participó en la lucha.

A partir de 1982, sin embargo, se inició para el proceso revolucionario una nueva etapa más dura todavía.

Aunque para entonces todo parecía apuntar hacia un triunfo próximo de los revolucionarios, los acontecimientos comenzaron a dar un giro inverso. Se llegó en poco tiempo a lo que se ha llamado un "empate o bloqueo militar" ³³. Ni el apoyo popular, ni la fortaleza e inteligencia de los insurgentes fueron suficientes. La lucha popular revolucionaria tuvo que enfrentarse con la reacción de sus verdaderos adversarios: los Estados Unidos de América.

Las consecutivas administraciones republicanas de ese país, encabezadas por Ronald Reagan, volvieron a aplicar la "política del garrote" en Centroamérica ³⁴. En Nicaragua los sandinistas tuvieron que resistir la agresión de las tropas irregulares de la Contra financiadas por Washington durante ocho años. En El Salvador muy probablemente el Frente Farabundo Martí habría triunfado de no ser por el soporte aproximado de un millón de dólares diarios que recibió también de Washington el ejército gubernamental de ese país. En Guatemala, por el contrario, donde a partir de 1982 se aplicó la estrategia contra-insurgente de "tierra arrasada" ³⁵, el horror de la represión no mereció de los norteamericanos una oposición

comparable, antes bien un discreto silencio y ayudas al ejército.³⁶

En estos años la lucha social se intensificó en todos sus frentes sin que ello condujera a nada. Multitudinarias manifestaciones de protesta fueron repetidas veces reprimidas por los aparatos de seguridad y se multiplicaron los cementerios clandestinos en que acabaron innumerables líderes sindicales, estudiantiles y campesinos. La guerra recrudeció en las ciudades y en el campo e hizo más fuertes sus efectos sobre la población civil. Los ejércitos gubernamentales, convertidos desde hacía mucho tiempo en simples ejércitos contra-insurgentes, arrasaron indiscriminadamente con regiones enteras. Hubo bombardeos sobre la población civil, quema de cosechas, de aldeas y masacres de campesinos. Los guerrilleros atacaron la infraestructura del país, dinamitaron puentes, torres eléctricas, cerraron carreteras, etc. con el fin de boicotear la economía. Atacaron al ejército en sus cuarteles, les tendieron emboscadas permanentemente y les aniquilaron como objetivos militares. Secuestraron a personalidades importantes de cuyos rescates obtuvieron sumas millonarias y la liberación de prisioneros o cobraron a los civiles impuestos revolucionarios.

El costo humano llegó a alcanzar en la década de 1980 unas cifras desmesuradas. Sólo en diez años se produjeron en El

Salvador setenta mil muertos, en Guatemala desde la caída de Arbenz hasta entonces se contabilizaron en ochenta mil las víctimas de la represión gubernamental y en Nicaragua en cincuenta mil hasta la caída del somocismo, sin incluir las bajas de los dos bandos en la lucha contrarrevolucionaria ³⁷.

A lo largo de la década de los ochenta, los ejércitos gubernamentales se vieron duramente golpeados y fueron incapaces de acallar las armas de los ejércitos insurgentes. La lucha de los revolucionarios, sin embargo, se vio igualmente desgastada. No sólo por las bajas sufridas, sino también por los quebrantos de la moral. Sus militantes movidos desde un principio por ideales humanistas, se vieron implicados cada vez más en una guerra sangrienta y despiadada, y la población civil aunque apoyara su causa se vio acorralada entre dos fuegos y sometida a las durezas de una economía de guerra. Decenas de miles de personas abandonaron sus países y se formaron enormes campamentos de refugiados del otro lado de las fronteras.

Una nueva etapa de negociaciones y capitulaciones entre ambas partes contendientes se abrió a finales de los ochenta sin que hasta la fecha, sin embargo, pueda decirse que se ha llegado a resultados definitivos. En 1990 la derrota en las urnas de los sandinistas por parte de la Unión Opositora trajo consigo la desmilitarización de las fuerzas irregulares de la Contra aunque ello no haya evitado el resurgimiento posterior de

brotes de violencia; lo mismo que en El Salvador, donde los procesos de negociación condujeron a los acuerdos de paz de 1991 y a las elecciones de 1994 en las que participó por primera vez el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional como partido político pero donde no parece haberse aplacado un cruento revanchismo. En Guatemala, aunque las negociaciones parecen avanzar, la lucha armada simplemente no ha cesado.

A pesar de que las luchas armadas no hayan conducido a un pleno triunfo revolucionario, no parece tampoco que el consecuente derramamiento de sangre haya sido inútil. Las economías se han visto depauperadas pero se han producido cambios importantes en los sistemas políticos. Es claro que la lucha revolucionaria ha forzado a la larga modificaciones en las estructuras de gobierno. Los regímenes de fuerza han dado paso a gobiernos de elección popular. En 1985, con la celebración de elecciones en Guatemala, volvió a una relativa normalidad democrática el último país de la región -relativa por cuanto en 1993 se produjo el llamado "auto-golpe" del presidente Serrano Elías que terminó sin embargo por reconducir al restablecimiento de las instituciones democráticas. Esto hace suponer, que se ha producido un cambio en la mentalidad de las oligarquías y en la política exterior de los Estados Unidos para la región.

Las mismas élites siguen detentando el poder y las condiciones

de vida y de distribución del ingreso apenas han cambiado, algunas reformas sociales incluso han dado marcha atrás, con el fin de atraer de nuevo los capitales que habían huido. La guerra ha dejado en bancarrota las economías de la región que ahora se enfrentan a la necesidad de aplicar ajustes estructurales de duros efectos sobre las clases populares para conseguir reabrir las fuentes de financiamiento con los organismos de crédito internacional. Pero en el plano político, el sistema de elecciones ha abierto una posibilidad a los grupos de izquierda y a las organizaciones populares de incidir a mediano plazo en el gobierno de los países. Las organizaciones populares fusionadas con las que antes eran las organizaciones armadas, reinician ahora nuevas batallas en el terreno político. El Frente Sandinista perdió el poder por unas elecciones y por esa vía aspira a recuperarlo; lo mismo que el Frente Farabundo Martí que no consiguió derrotar a sus adversarios en la contienda electoral de 1994 pero que ha llegado a situarse como la segunda fuerza política de El Salvador. Y ese parece ser también el destino de los frentes revolucionarios en Guatemala, que antes de deponer las armas exigen en las negociaciones garantías para el pleno ejercicio de su participación política.

No es posible saber si los revolucionarios se mantendrán unidos durante mucho tiempo bajo las nuevas circunstancias o si se fragmentarán en múltiples fracciones y perseguirán proyectos

políticos diferentes -a la vista de las divisiones que ya se aprecian en su interior y de la nueva vigencia de ideas socialdemócratas entre los partidarios de sus filas. Pero por lo que ha ocurrido hasta las fechas más recientes puede decirse que aunque la tesis de la lucha armada parece estar condenada a desaparecer, la idea de una transformación profunda de las sociedades vive todavía.

Notas al Capítulo Uno

1. ROSENTHAL, Gert "Principales rasgos de la evolución de las sociedades centroamericanas desde la post-guerra" en Centroamérica. Crisis y política internacional 2a ed., México, Siglo XXI editores, 1985 p36.

2. Según el estudio citado, el producto interno bruto de todo el istmo creció a una tasa promedio del 5.3% anual, lo que llevó a que a finales de los años setenta, el producto por habitante excediera en casi un 80% al observado en 1950. La población total que en 1950 se contabilizaba en alrededor de ocho millones en toda la región pasó a ser en 1980 de más de veinte millones, lo que representó no sólo un importante impulso a las actividades económicas de la región sino también el aumento de la demanda de empleos, de tierras y de servicios. ROSENTHAL, G. Op.Cit. pp19,21.

3. Rosenthal define este modelo de sociedad centroamericana así: "...factores de orden estructural, de organización social y particularmente la concentración de la propiedad de los medios de producción, han contribuido a que persista una aguda desigualdad en la distribución del ingreso, desde luego con distintos grados entre países. En su manifestación dinámica existe evidencia de que ese modelo es concentrador -valga decir que las desigualdades tienden a ensancharse con el tiempo- y al parecer, excluyente, ya que no ha sido capaz de atenuar en forma significativa la pobreza extrema en la región, al menos en términos absolutos. " ROSENTHAL, G. Op.Cit. p30.

4. En junio de 1954 después de bombardeos dirigidos por la Agencia Central de Inteligencia norteamericana Jacobo Arbenz dimite de la presidencia de Guatemala y asume el poder el Coronel Castillo Armas.

5. La guerra de 1969 entre Honduras y El Salvador se debió entre otras causas a los problemas provocados por la emigración y repatriación de salvadoreños. Estructuras demográficas y migraciones internas en Centroamérica, San José EDUCA, 1978.

6. El crecimiento de la población impulsó las actividades económicas pero "ejerciendo presiones sobre el suministro de servicios, la explotación de la tierra y la capacidad del aparato productivo para ejercer empleo." ROSENTHAL, G. Op.Cit. p21

7. Si en 1950 el 75% de la población se situaba por debajo del umbral de la no satisfacción de las necesidades básicas y ello equivalía a 6 millones de personas, en 1980 ese número había crecido a 13.5 millones. El estrato de la población de ingresos medios también creció, llegó a triplicarse, pasó de aproximadamente 2 millones en 1950 a 6.5 millones en 1980 pero en términos absolutos la cantidad de pobres representa el doble de esa cifra. Para 1970 el 65% de la población no llegaba a cubrir sus necesidades básicas y de esa cantidad el 40% vivía en condiciones de extrema pobreza. Para ese mismo año el 50% de la población apenas obtenía entre el 17% y el 20% del ingreso total de la región, mientras que sólo un 5% de la población acaparaba más del 23%. ROSENTHAL, G. Op.Cit. pp30, 35 y 36.

8. Edelberto Torres Rivas ha sido quien ha subrayado el hecho de que los procesos revolucionarios en Centroamérica han sido el resultado de una voluntad y una conciencia política y no sólo el producto espontáneo de los problemas sociales: "[La crisis] -señala- viene a ser el resultado de un largo proceso de acumulación de conflictos no resueltos, de problemas creados por el crecimiento económico nunca satisfechos, de reivindicaciones políticas permanentemente pospuestas, de derechos reiteradamente violentados. No obstante, la noción de crisis como acumulación de problemas es cierta a medias, porque el límite no es estructural sino político, y por lo tanto no son las condiciones que pone la estructura las que por sí mismas provocan el terremoto social, sino la conformación de una voluntad colectiva, organizada y consciente, la que termina imponiéndolo. Por ello la política es el nivel donde la crisis se manifiesta, se desarrolla y se resuelve..." TORRES RIVAS, E. Crisis del poder en Centroamérica Op. Cit. p72. Donald Schulz, otro investigador destacado de la crisis centroamericana, comparte la opinión de Torres Rivas en el sentido de que el liderazgo y la inspiración política e intelectual de las luchas revolucionarias en la región, le correspondieron a sectores inconformes de la burguesía y la pequeña burguesía locales: "Revolutions are rarely made spontaneously, through mass uprisings. Most frequently, disenchanted elements from the bourgeoisie or petit bourgeoisie become declassé and provide the intellectual, inspirational, and organizational guidance necessary to mobilize traditionally fatalistic and passive lower classes behind the revolutionary cause. This is not, of course, to suggest that leaders do not sometimes emerge from the peasantry and proletariat --Salvador Cayetano Carpio [leader from El Salvador] is an obvious example--

but that these are the exceptions, rather than the rule." SCHULZ, Donald E. "Ten Theories in Search of Central America Reality" en SHULZ, D. y Douglas Graham (eds.) Revolution and Counterrevolution in Central America and the Caribbean Boulder and London, Westview Press, 1984 p 24.

9. ZEA, Leopoldo "Prólogo" a Proceso narrativo de la revolución mexicana de Marta Portal, Madrid, Eds. Cultura Hispánica, 1977 pp11-13. En este prólogo Zea expone más radicalmente las ideas que planteara años atrás en su libro Conciencia y posibilidad del mexicano México, Edit. Porrúa, 1952. En este último libro había escrito: "La acción de los revolucionarios mexicanos no ha tenido como fuente de inspiración abstracciones ideológicas ni filosóficas; por lo mismo la Revolución ha carecido de una filosofía... la única justificación se ha encontrado en los mismos hechos, en la realidad [de injusticia] que han tratado de reformar los revolucionarios" p26.

10. THOMAS, Hugh Cuba. La lucha por la libertad 1762-1970 Barcelona-México, Eds. Grijalbo, 1974.

11. La difícil transformación de los partidos comunistas y su implicación en la lucha armada constituye uno de los episodios mejor conocidos del proceso revolucionario centroamericano. A título ilustrativo de la situación vivida al interior de los partidos comunistas se transcriben las palabras de un dirigente del Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista): "Esa posición de decidir la lucha armada como la única solución posible no fue fácil en el seno del Partido... No podemos negar la intensa lucha que hubo, sobre todo siendo militantes revolucionarios... En América Latina, de hecho, se había difundido una línea de cierta moderación en la lucha revolucionaria. Prácticamente se silenciaba que los partidos comunistas deben luchar por el poder para la clase obrera y las demás masas trabajadoras del campo y la ciudad. Dentro de esas tendencias fuimos formados la mayoría del Partido y sus dirigentes. Por ejemplo, creíamos que previamente a dar un paso importante, debíamos asegurarnos que el máximo de las condiciones para ello tenían que haberse producido; y otros opinaban que los métodos relativamente pacíficos como las huelgas y las luchas reivindicativas políticas, económicas y sociales de las masas podrían por sí solas ir resolviendo determinadas situaciones e irnos abriendo paso hacia una situación insurreccional que produjera los cambios que se necesitaban y se necesitan." Citado bajo seudónimo en GONZÁLEZ, José y Antonio Campos Guatemala. Un pueblo en lucha Madrid, Edit. Revolución, 1983 pp192-194. Schafik Jorge Handal, Secretario del Partido Comunista Salvadoreño se expresa en términos semejantes con respecto al surgimiento del movimiento

revolucionario en su país: "Entre las causas que hicieron posible el surgimiento de organizaciones revolucionarias fuera de las estructuras del PCS (Partido Comunista Salvadoreño), tienen lugar importante los rasgos reformistas de su política... su incompreensión de los problemas y posibilidades prácticas para organizar y desarrollar la lucha armada... un documento aprobado por el Comité Central en marzo de 1968 prácticamente descartaba que se pudiera desarrollar la guerra de guerrillas..." Entrevista en HARNECKER, Marta Pueblos en armas Managua: Nueva Nicaragua, 1985 p121.

12. Un estudio parcial sobre el papel de las universidades y del movimiento estudiantil se encuentra en GONZÁLEZ, Paulino "Las luchas estudiantiles en Centroamérica 1970-1983" en Movimientos Populares en Centroamérica Coordinador Daniel Camacho y Rafael Mejívar. San José, EDUCA, 1985.

13. BORGE, Tomás La paciente impaciencia 4a ed. Managua, Edit. Vanguardia p61. El autor fue uno de los fundadores del FSLN junto con Carlos Fonseca y Silvio Mayorga.

14. El primer asalto a la Universidad de El Salvador se produjo en septiembre de 1960, hubo varios heridos, incluso autoridades universitarias; el segundo asalto se produjo en julio de 1975 las manifestaciones de protesta fueron ametralladas; en junio de 1980 se produjo un nuevo asalto, esta vez con uso de armas pesadas. ARMSTRONG, R. y Janet S. Rubin El Salvador. El rostro de la revolución Op.Cit. pp 77 y 155. El último ataque a una Universidad en El Salvador tal vez sea el asesinato de los sacerdotes jesuitas de la Universidad Centroamericana ocurrido en 1989.

15. Las fuentes más consultadas para la sinopsis de la historia inmediata de las luchas revolucionarias han sido ALEGRÍA, Claribel y D.J.Flakoll Nicaragua: La revolución sandinista. Crónica política 1855-1978 México, Ed.Era, 1982; ARMSTRONG, Robert y Janet S. Rubin El Salvador. El rostro de la revolución. 4a ed. San Salvador, UCA editores, 1989; BOOTH, John The end and the beginning. The Nicaraguan Revolution Colorado, Westview Special Studies on Latin America and the Caribbean, 1982; GONZÁLEZ, José y Antonio Campos Guatemala. Un pueblo en lucha Madrid, Edit. Revolución, 1983; HARNECKER, Marta Pueblos en armas Managua, Edit. Nueva Nicaragua, 1985; LEIKEN, Robert S. (ed.) Central America. Anatomy of Conflict New York, Pergamon Press, 1984; TORRES RIVAS, E. "Reflexiones sobre la crisis y los sujetos del conflicto en Centroamérica" en CAMACHO, D. (Coord.) La crisis centroamericana San José EDUCA, 1984; PERALES, Iosu

Chalatenango. Un viaje por la guerrilla salvadoreña, Madrid, Edit. Revolución, 1986; A.A. V.V. La política de Reagan y la crisis en Centroamérica San José, C.R. EDUCA, 1982; SHULZ, D. y Douglas Graham (eds.) Revolution and Counterrevolution in Central America and the Caribbean Boulder and London, Westview Press, 1984.

16. ALEGRÍA, Claribel y D.J. Flakoll Op.Cit. p183

17. GONZÁLEZ CAMPOS, J. Op. Cit. p72.

18. ALEGRÍA, Claribel y D.J. Flakoll Op.Cit p208, 253.

19. GONZÁLEZ CAMPOS, J. 157 y ss.

20. ARMSTRONG, R. y Janet S. Rubin Op. Cit pp69-70

21. Ibid p 72

22. GONZÁLEZ CAMPOS, J. p 217.

23. "En la década de los setenta la crisis agraria y las debilidades del mercado común se vuelven más visibles porque la crisis internacional acentúa localmente los rasgos críticos: decaimiento en el dinamismo del comercio intrazonal y estancamiento en la demanda externa de productos agropecuarios, caída en los precios del café y los otros bienes exportables; aumento de los déficit en granos básicos y, en suma, retroceso en la producción agropecuaria. Los aumentos en el precio de la gasolina y la política defensiva de los países desarrollados golpearon directamente la economía regional" TORRES RIVAS, E. "Reflexiones sobre la crisis y los sujetos del conflicto en Centroamérica" en CAMACHO, D. (Coord.) La crisis centroamericana Op.Cit. p31.

24. AMNISTÍA INTERNACIONAL Centroamérica Ed. Fundamentos, Madrid, 1983; ALEGRÍA, C. Y D.J. Flakoll Op. Cit. p263.

25. "En Costa Rica se desencadenó una revolución en 1948 para resolver una grave crisis política, de la cual no salió un aumento de la participación popular pero sí las condiciones para disminuir el peso político de las familias cafetaleras; la de Figueres fue una "revolución" dentro del orden, típicamente un movimiento reformista de clase media, que se institucionalizó rápidamente... El proceso político en Costa Rica transcurre por ello con notable estabilidad, lo que podría calificarse en algún sentido como en medio de contradicciones de clase no antagónicas." TORRES RIVAS, E. Crisis del poder en Centroamérica Op.Cit. p44

26. En Panamá se produjo una insurrección popular contra la presencia norteamericana en el Canal en 1964, en Honduras en la década de 1980 el Frente Popular Revolucionario "Cinchonero" realizó importantes acciones armadas antigubernamentales.

27. GANDASEGUI, Marco Antonio "La crisis centroamericana y el canal de Panamá" en CAMACHO, D. (Coord.) La crisis centroamericana Op. Cit. p198 CARIAS, Marcos La década de los setenta Tegucigalpa, Universidad Nacional Autónoma de Honduras, 1981.

28. Joaquín Cuadra Comandante del FSLN y Jefe del Estado Mayor del Ejército Popular Sandinista dice: "[En octubre de 1977] éramos un grupo muy reducido de personas pero teníamos acumulada una gran autoridad moral... en el Frente Sur éramos cincuenta compañeros armados, en el Frente Norte entre cincuenta y sesenta. En total éramos unos ciento cincuenta" Entrevista en HARNECKER, M. Pueblos en armas Op.Cit. p54. John Booth, un investigador de la revolución en Nicaragua calcula que para la ofensiva final que triunfara en 1979 el FSLN contaba con alrededor de 5.000 hombres frente a los 10.000 de la Guardia Nacional: "Although the national guard always remained numerically superior to the sandinista regulars, it dropped from a rough 2.5:1 advantage in early june to an edge of 1.8:1 or less by early July. The FSLN's numerical disadvantage was greatly offset by its masive popular support in organization, logistics, and combat. In almost every battle in a populated center, the front found its numbers multiplied several fold by volunteers" The end and the beginning. The Nicaraguan Revolution Colorado, Westview Special Studies on Latin America and the Caribbean, 1982 p174.

29. ARMSTRONG, Robert y Janet S. Rubin Op. Cit. p172. A mediados de la década de 1980 el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) declaraba contar con entre 6.000 y 8.000 hombres en armas y con más de un millón de simpatizantes, incluyendo cien mil milicias. LEIKEN, Robert S. "The Salvadoran Left" en LEIKEN, Robert S. (ed.) Central America. Anatomy of Conflict New York, Pergamon Press, 1984, p 5-8.

30. AGENCIA EFE 1985/1986 Madrid, Espasa Calpe, 1985. Según el investigador Gordon Bowen, en la década de 1960 sumados todos los grupos guerrilleros guatemaltecos, no habrían contabilizado más de 450 hombres. Durante la primera mitad de la década de 1970, estos grupos prácticamente habían desaparecido, sin embargo, en 1981, sólo el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) contaba ya con 1.200 combatientes. BOWEN, Gordon L. Guatemala: The

Origins and Development of State Terrorism en SHULZ, D. y Douglas Graham (eds.) Revolution and Counterrevolution in Central America and the Caribbean Boulder and London, Westview Press, 1984 p 281 y 291.

31. ALEGRÍA, Claribel y D.J. Flakoll Op.Cit. pp 394 y siguientes; BOOTH, John The end and the beginning. The Nicaraguan Revolution Colorado, Westview Special Studies on Latin America and the Caribbean, 1982.

32. El comandante salvadoreño Douglas Santa María planteó esta nueva concepción de la lucha en estos términos: "Nosotros partimos de que la guerra que libramos es una guerra de todo un pueblo. El Frente Farabundo Martí (FMLN) es la vanguardia, nada más y nada menos. Pero es todo el pueblo el que debe incorporarse a la guerra de liberación" Entrevista en PERALES, Iosu Chalatenango. Un viaje por la guerrilla salvadoreña, Madrid, Edit. Revolución, 1986 p79

33. Esta situación de "bloqueo" se produjo sobre todo en El Salvador. En Guatemala los movimientos revolucionarios no consiguieron rivalizar con los ejércitos gubernamentales de una forma semejante. No obstante, tampoco en Guatemala fue posible acallar las armas insurgentes y la situación de violencia se ha prolongado incluso más tiempo que en El Salvador.

34. A.A. V.V. La política de Reagan y la crisis en Centroamérica San José, C.R. EDUCA, 1982.

35. AMNISTÍA INTERNACIONAL Guatemala. Crónica de las violaciones de los derechos humanos. Madrid, Amnistía Internacional, 1987

36. "Despite Rios' excesses, U.S. military aid to Guatemala was restored in January 1983 'in light of human rights improvements', according to the State Department". BOWEN, G. Op. Cit. p 293.

37. Instituto de Estudios Políticos para Africa y América Latina Tercer Mundo Madrid, IEPALA, 1991 pp343, 378 y 492. En Nicaragua, sólo en la insurrección que culminó en 1979, murieron 40.000 personas. BOTH, John "The Revolution in Nicaragua: Through a Frontier" en SHULZ, D. y Douglas Graham (eds.) Revolution and Counterrevolution in Central America and the Caribbean Op. Cit. p308. En Guatemala, entre 1966 y 1976 murieron entre 20.000 y 30.000 personas, y sólo en 1981 entre 4.000 y 9.000. BOWEN, Gordon "Guatemala..." Op. Cit. pp 285 y 288.

2. EVOLUCIÓN DE LA NARRATIVA SOCIAL CENTROAMERICANA

2.1 Realismo social

Los conflictos armados constituyeron un tema obligado para la narrativa centroamericana que desde hacía mucho tiempo se había mostrado preocupada por los grandes problemas nacionales.

A lo largo del siglo XX la novela centroamericana había evolucionado siguiendo una tendencia común en todo el continente hacia el realismo social. El costumbrismo, el regionalismo, el cultivo cada vez mayor de temas políticos y sociales, antecedieron a la narrativa de los procesos revolucionarios.

Como lo señala Ramón Luis Acevedo, en la evolución de la novela centroamericana se observa una atención cada vez más despierta hacia la realidad inmediata, un movimiento progresivo hacia los temas nacionales, una creciente actitud de compromiso para con la sociedad y una utilización cada vez mayor de la novela como instrumento de análisis y discusión de la realidad ¹.

El momento inicial de lo que sería la novelística del presente siglo se encuentra comprendido entre 1890 y 1920. Un período de prolíficas realizaciones en el que los escritores exploraron

una amplia diversidad de alternativas narrativas. Se escribieron en ese lapso, las últimas novelas románticas y las primeras costumbristas, realistas, naturalistas y modernistas.

Carentes de una verdadera tradición literaria, libres de los encadenamientos históricos, los novelistas centroamericanos probaron cuantos rumbos les fue posible. En ocasiones, un mismo autor escribió novelas de distintos estilos o mezcló incluso varios en una misma narración ².

En las obras de estos años se tocaron asuntos políticos y sociales pero todavía el cultivo de una temática nacional no había triunfado definitivamente. Se suscitó incluso entre los modernistas de la región -como entre los del resto del continente- una postura cosmopolita que tendió a extraviar la literatura de la realidad inmediata del país. Una alternativa que fue muy sugestiva intelectualmente para muchos autores pero que terminó siendo rechazada. Serían los costumbristas los que acabarían por hacer valer en la literatura una actitud que puede llamarse ya de compromiso con respecto a la realidad nacional.

La gestación de esta actitud fue controvertida pues los autores llegaron a enfrentarse ³ mutuamente por su causa. Los cosmopolitas intentaron dar valía a su obra acercándola a la filosofía y el arte universales pero fueron acusados de

escapistas e imitadores. Todas las novelas del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, por ejemplo, se desarrollan en París y El evangelio del amor en el Bizancio del siglo XIV. En cambio los costumbristas, como el costarricense Joaquín García Monge, buscaron en estrechos ámbitos provincianos y en personajes populares las señas de identidad de la nación. No faltaron las críticas, sin embargo, que acusaron a su literatura de anti-estética y plebeya.

A la larga las posturas cosmopolitas encontraron cada vez menos partidarios mientras que la necesidad de vincular la literatura con la tierra llegaría a dominar prácticamente el panorama de la narrativa de la región. Para la mayor parte de los autores constituyó una tarea inevitable. Miguel Ángel Asturias -pensando en la situación del escritor guatemalteco e hispanoamericano en general- habló de un "encadenamiento" de la literatura a la tierra.

"El novelista europeo -dijo Asturias- se ha emancipado hasta cierto punto del medio telúrico. Puede por lo tanto dedicarse tranquilo a explorar los problemas complejos de la psicología individual. El ámbito del novelista latinoamericano, en cambio, sigue siendo en gran parte aquel viejo 'infierno verde' de plantas humanas de la escuela naturalista. De allí que nuestra novela se vea obligada a ser principalmente una geografía social y económica del continente. Su misión es recopilar, evaluar, criticar" ⁴.

Asturias vio esta situación como el resultado de una actitud de compromiso y de denuncia respecto de los graves problemas de la sociedad.

"Creo -dijo- que la función de nuestra literatura hasta ahora ha sido la de exponer el sufrimiento de nuestro pueblo. Creo que es difícil para este tipo de literatura ser puramente literaria, interesarse exclusivamente por lo bello o agradable para los ojos o los oídos " ⁵.

Esta concepción de la literatura no ha perdido vigencia en Centroamérica. La narrativa de los procesos revolucionarios, que representa una parte importante de la producción literaria más reciente, se ha escrito indudablemente bajo su influencia.

Los temas políticos y sociales que aparecieran esporádicamente al despuntar el siglo y tratados en novelas de los más diversos estilos comenzarían a ser cultivados cada vez más intensamente y dentro de las formas de un realismo cada vez más atento a las singularidades autóctonas. Ya en la década del sesenta sería propio de la novelística de la región encarar frontalmente la sociedad, denunciar el imperialismo, criticar los regímenes oligárquicos e incorporar como materia literaria la lucha de clases.

El anti-imperialismo fue uno de los temas que primero se hizo notar en las novelas centroamericanas. El problema (1899) del guatemalteco Máximo Soto Hall fue incluso una de las novelas iniciadoras de esta corriente en Hispanoamérica ⁶. Motivada por el clima reinante después de la guerra entre Estados Unidos y España ocurrida el año anterior, la novela denunció, por la vía de la ficción, el cada vez más fuerte expansionismo

norteamericano, lo que le ganó una importante repercusión en el resto de América.

El problema, sin embargo, fue una novela de perfiles todavía imprecisos, propios del momento que vivían las letras centroamericanas. En ella el anti-imperialismo es presentado dentro del marco de una historia sentimental: Julio, el protagonista, ve con indignación cómo su país ha sido invadido por la lengua y el comercio de la nueva potencia, pero no puede evitar enamorarse de Emma una norteamericana enérgica y pragmática. Emma, no obstante, preferirá casarse con otro norteamericano como ella. Despechado, Julio muere trágicamente al lanzar su caballo contra el tren en el que regresaban de luna de miel los recién casados ⁷.

En el fondo El problema es una novela de tema anti-imperialista pero escrita según el modelo de las novelas románticas de corte sentimental. Su importancia, sin embargo, fue haber abierto el camino a toda una corriente de novelas de protesta contra el imperialismo norteamericano que se escribirían después. La intervención de los Estados Unidos en Nicaragua durante los años veinte, las luchas de los obreros contra las compañías bananeras de los años cuarenta y cincuenta, lo mismo que la situación del canal de Panamá suscitarían nuevas y más violentas novelas anti-imperialistas.

El costumbrismo, por su parte, aportó al realismo social centroamericano la incorporación decidida de los personajes, el paisaje y la lengua vernáculos. Desde su aparición las novelas de la región fueron perdiendo progresivamente cierto carácter abstracto que tuvieran. Algunas de las novelas anteriores habían resultado demasiado distanciadas de la realidad y construidas según esquemas ideales de personajes y situaciones salidos de otros libros.

El Moto (1900) de García Monge fue la primer novela costumbrista centroamericana y en ella la mirada recayó ya plenamente sobre lo autóctono: sobre los campesinos, las maneras de hablar, las tradiciones populares, la vida cotidiana, los trabajos y el ambiente rural característico de los pueblos de la región. En esta novela dos jóvenes del campo, José y Cundila, se enamoran en fugaces encuentros robados a las tareas de la hacienda y en las pintorescas fiestas que se celebran en el pueblo ⁸.

Las novelas regionalistas heredaron esta tendencia a ajustarse a las realidades nacionales pero llegaron a ofrecer visiones más completas, totalizadoras y veraces de la sociedad que sus predecesores.

Con un tono vivamente polémico las novelas regionalistas encararon los problemas políticos y sociales que afectaban a

la sociedad en su conjunto. El nicaragüense Hernán Antonio Robleto, por ejemplo, narró en Sangre en el Trópico (1931) la sublevación armada de los liberales contra la usurpación del poder que habían hecho los conservadores en 1926. El salvadoreño Ramón González Montalvo narró con crudeza la situación que se vivía en el campo en su novela Las tinajas (1950) en la que presentó la violencia fratricida entre familias terratenientes y entre peones y patrones en el medio rural ⁹.

Dentro de la amplia corriente de este tipo de novelas de cuestionamiento social que se escribieron en el istmo, la que ganó sin duda una mayor repercusión fue El Señor Presidente (1946) de Miguel Ángel Asturias que denunció la dictadura de Estrada Cabrera en Guatemala ¹⁰. Mejor conocida que ninguna otra, en esta novela se recrea la atmósfera de despotismo de toda una época y el cinismo de un dictador capaz de hacer sufrir a sus esbirros los mismos padecimientos que antes ordenara para sus enemigos.

La publicación de esta novela de Asturias prácticamente coincidió con el surgimiento de las novelas bananeras, en las que se retomó la protesta anti-imperialista ahora basada en la denuncia de las condiciones de explotación de los trabajadores en las plantaciones de las compañías fruteras norteamericanas.

Mamita Yunai (1941) del costarricense Carlos Luis Fallas sería la primera de la larga lista de novelas de esta corriente. En ella el autor narró con espontaneidad los duros trabajos de los hombres que abrieron las líneas férreas y la faja de plantaciones fruteras en la costa atlántica de Costa Rica, y también los fracasados intentos de los obreros por ganar una participación política en el país.

Escrita por un antiguo obrero de las fincas bananeras y miembro del partido comunista de Costa Rica, Mamita Yunai incorporó la perspectiva de los trabajadores en la crítica de la situación social. En esta novela se muestra a través de su protagonista, Sibajita, cómo los trabajadores, llegados a las plantaciones con la ambición de enriquecerse, se descubren pasado el tiempo más pobres que antes y atrapados en un infierno. Se muestran también los fraudes escandalosos realizados por los partidos de gobierno en las elecciones. Sibajita siendo ya un hombre maduro interviene como delegado de un partido obrero en una recóndita mesa electoral en las montañas de Talamanca donde los gobiernistas valiéndose de la ignorancia de los indios de la zona intercambian licor por votos ¹¹.

Con la incorporación de la perspectiva de los obreros y de sus luchas, las novelas bananeras dieron forma a elementos que después serían esenciales en la narrativa revolucionaria. No aparece todavía una lucha armada por la revolución pero las

acciones reivindicativas, huelgas y protestas, son ya el germen de ello.

Prisión verde (1950) del hondureño Ramón Amaya Amador es un buen ejemplo de esta anticipación. En esta novela -como en la de Fallas- los personajes se descubren atrapados en un infierno, en la "prisión verde" de los bananales de las compañías norteamericanas. Pero aquí los trabajadores vislumbran una revolución. Los "campeños" se lanzan a una huelga que es desbaratada por el ejército y su líder, Máximo Luján, es asesinado. Al final, sin embargo, uno de los personajes dice:

"...hoy hemos sabido lo que es la realidad y ya no podremos volver a engañarnos. Debemos prepararnos para la próxima vez. ¡Soldaditos... Mandadores... Capitanes la próxima vez será distinta... el día que nos resolvamos no será para contestar con 'sopapos' y gritos a los tiros de fusil y los culatazos" ¹².

Estas novelas, en las que los autores narran experiencias sociales vividas en carne propia, anticipan sin duda la narrativa testimonial, aunque aquí los antiguos obreros apelan a la ficción. En los años recientes sería más común que los obreros recurran al relato directo.

Miguel Ángel Asturias también escribió, como es sabido, una trilogía de novelas bananeras pero desde otra perspectiva.

En Viento Fuerte (1950), Papa Verde (1954) y Los Ojos de los enterrados (1960) Asturias intentó superar los esquemas simples de las demás novelas del género que presentaban el problema bananero a partir de las contradicciones patrono-obrero e imperio-colonia, e incorporó el punto de vista de los norteamericanos, el hecho de que ellos también se vieron implicados en el drama e incluso intentaron remediarlo. La violenta intrusión de las compañías, fue vista por Asturias como una repetición de la historia, como una nueva conquista en la que, como en la española, ahora los recién llegados también se habían visto afectados y no habían faltado entre ellos nuevos Bartolomé de las Casas ¹³.

En términos generales, sin embargo, las novelas bananeras se situaron ya del lado de los explotados y a favor del cambio de la sociedad.

Con excepción de El Salvador, este tipo de novela fue cultivado en todos los demás países del istmo, incluido Panamá.

En la década del sesenta las nuevas novelas reaccionarían ante el desencadenamiento de los enfrentamientos armados, así como las novelas bananeras lo habían hecho frente a los conflictos suscitados por las compañías norteamericanas.

Las luchas revolucionarias comenzaron a ser abordadas en las

novelas centroamericanas por autores representantes del regionalismo anterior en obras como El desertor (1961) del guatemalteco Alfonso Enrique Barrientos y En el San Juan hay tiburón (1967) del costarricense Fabián Dobles, no obstante, sería una generación más joven de escritores la que desarrollaría con más propiedad estos asuntos y la que incorporaría innovadoras propuestas narrativas. Trágame tierra (1969) de Lizandro Chávez Alfaro establecería en cierto modo el puente entre las novelas anti-imperialistas anteriores y las novelas de guerrilleros al situar el origen de los conflictos armados en el interior de la sociedad bananera. El Valle de las Hamacas (1970) sería ya una novela de jóvenes sobre jóvenes que -como se expondrá más adelante- mostró los perfiles que caracterizarían a estos textos en los años siguientes.

Naturalmente, la narrativa de los procesos revolucionarios representó sólo una de las corrientes literarias -aunque no la menos importante- de las que pueden reconocerse en las últimas décadas en Centroamérica. Entre 1960 y 1990 se siguieron publicando en la región ¹⁴ novelas de protesta social como las que fueran propias de las décadas precedentes y surgieron, junto a los de las luchas revolucionarias, otros textos que actualizaron y renovaron desde otros ángulos, la narrativa del istmo.

En este período se siguieron publicando novelas que trataron

el tema de la injusticia en el campo en el más puro estilo regionalista como Barbasco (1960) del salvadoreño Ramón González Montalvo; que denunciaron los rigores de la explotación en las minas como Oro y miseria o las minas del Rosario (1966) del hondureño Matías Funes; que volvieron sobre el tema bananero como La paz del pueblo (1978) del costarricense Duncan Quince; o que denunciaron la presencia norteamericana en el Canal como Gamboa Road Gang, los forzados de Gamboa (1960) del panameño Joaquín Beleño.

Igualmente, los textos sobre los procesos revolucionarios coincidieron con otras novelas que surgieron vinculadas con nuevas tendencias del clima intelectual y político, y que actualizaron sus propuestas narrativas con respecto a las corrientes literarias internacionales. Estos textos conectaron con el existencialismo, con la novela psicológica o con vertientes particulares de la *nueva narrativa hispanoamericana*, y se ajustaron a las más recientes formas de vida del fenómeno urbano que trajera consigo el crecimiento de las sociedades centroamericanas.

Un grave acento de introspección psicológica y reflexión existencial distingue novelas salvadoreñas como El anzuelo de Dios (1962) de Hugo Lindo y especialmente novelas costarricenses como Murámonos Federico (1973) de Joaquín Gutiérrez, Ceremonia de casta (1976) de Samuel Rovinski, o Los

juegos furtivos (1968) y Las puertas de la noche (1974) de Alfonso Chase. En la obra del panameño Justo Arroyo, esta tendencia sufre un vuelco festivo: Dedos (1971) y El pez y el segundo (1979) además de incorporar ampliamente el humor y el erotismo, establecen relaciones intertextuales con las novelas de Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa.

Aprovechan la brecha abierta por la *nueva narrativa hispanoamericana* -particularmente en la dirección de Rayuela (1963) de Julio Cortázar o Tres tristes tigres (1965) de Cabrera Infante- un conjunto de obras centroamericanas que pueden calificarse como "novelas de lenguaje" ¹⁵. En estas novelas los discursos revelan las mentalidades de un estrato o de un grupo de la sociedad, como Itzam Na (1981) de Arturo Arias en la que se "escucha hablar" a jóvenes drogadictos de la clase alta guatemalteca; revelan, en el cruce caótico de hablas, la dinámica y los entramados ideológicos de amplios conglomerados urbanos como en Diario de una multitud (1974) de la costarricense Carmen Naranjo o Una función con móviles y tentetiesos (1980) del hondureño Marcos Carías; o buscan recoger en el flujo del lenguaje, el extenso devenir de la historia, como en Jaguar en llamas (1989) también de Arturo Arias.

Como puede apreciarse, durante estas décadas, la narrativa centroamericana ha evolucionado y se ha diversificado

rápidamente, siguiendo, en cierto modo, el mismo acelerado impulso hacia la modernidad que transformara las sociedades de la región en su conjunto. No obstante, es necesario decir, que a pesar de esta diversidad, la narrativa revolucionaria muestra haber sido una de las corrientes más significativas dentro de este contexto. Sin pretender extremar la repercusión de los textos de los procesos revolucionarios, que por lo demás se vieron favorecidos por la relevancia de los acontecimientos históricos de que se ocuparon y por haber reunido a un grupo de destacados autores del istmo, es evidente que incluso cuantitativamente constituyeron un número elevado.

De un listado de 248 novelas y testimonios publicados entre 1960 y 1990 -listado recogido durante la investigación bibliográfica de este estudio y que se incluye al final como un apéndice- 35 son textos de los procesos revolucionarios centroamericanos, es decir, un 14 por ciento del total ¹⁶. El resto de los textos se reparten en grupos de características diferentes. De una muestra de 145 títulos ¹⁷, cuyo argumento fue suficientemente identificado, el 34 por ciento pueden considerarse novelas de crítica social, el 24 por ciento novelas y testimonios de los procesos revolucionarios, el 15 por ciento novelas psicológicas o existencialistas y el 27 por ciento de distintos tipos. En este último grupo se incluyen las novelas de lenguaje, también novelas históricas, eróticas, humorísticas, de aventuras y otras, que no alcanzan por sí

solas el 5% pero que en conjunto representan un importante renglón.

En este sentido puede afirmarse, que siendo representativa la corriente de textos de la narrativa revolucionaria, los procesos por ella vividos, pueden arrojar luz, en términos generales, sobre el resto de la narrativa centroamericana contemporánea. Como las demás corrientes de textos, la narrativa revolucionaria ha participado en las últimas décadas de un proceso en el que las circunstancias históricas y las conexiones con las corrientes literarias hispanoamericanas e internacionales, condujeron a la formulación de nuevos planteamientos narrativos en la región.

2.2 Narrativa revolucionaria y *post-boom*

A partir de la década del sesenta, la narrativa centroamericana sufrió importantes transformaciones sobre todo bajo el influjo de dos fenómenos de resonancia continental: la revolución cubana y el *boom* de la literatura hispanoamericana. El surgimiento de las luchas revolucionarias -conectadas como lo estuvieron al triunfo cubano- trajo consigo un proceso de radicalización política, especialmente entre los sectores más jóvenes o emergentes de la clase intelectual, al mismo tiempo que las prestigiosas obras del *boom* provocaron una oleada de renovación en el terreno de los planteamientos literarios. La

narrativa de los procesos revolucionarios reflejaría estos cambios y los nuevos contextos sociales.

Con el surgimiento de unas luchas armadas que buscaban transformar completamente la sociedad, el conflicto central en esta narrativa pasó de ser el de la simple denuncia de la explotación -que era dominante en la novelística anterior- a ser el relato y discusión de las acciones revolucionarias mismas. Las situaciones de explotación de los pobres por los poderosos, típicas de las novelas sociales que se habían venido escribiendo hasta entonces, dieron paso a unas que presentan los enfrentamientos armados entre guerrilleros y ejércitos gubernamentales, y posteriormente a las escenas de campesinos que se incorporan a la lucha.

Por otra parte, las obras del *boom* que resquebrajaban los modelos narrativos de la novela tradicional, empujaron a los autores más jóvenes a incorporar nuevas técnicas y a buscar un lenguaje propio.

Antes de la década del sesenta, se produjeron en Centroamérica intentos de renovación de la narrativa tradicional pero como en otros países hispanoamericanos se trató de casos aislados. Hizo falta que a través del *boom* -que fue el momento culminante de un proceso comenzado al menos desde la década de 1940¹⁸- se agruparan y triunfaran un conjunto de notables obras

vanguardistas, provenientes de distintos puntos del continente, para que se llevara a cabo una más amplia transformación de la narrativa en Centroamérica.

Los esfuerzos de renovación de la narrativa centroamericana ¹⁹ pueden remontarse hasta las obras de Miguel Ángel Asturias Leyendas de Guatemala (1930) y Hombres de maíz (1949) que contribuyeron a fundar lo que después se llamaría el realismo mágico. Otros autores como el panameño Rogelio Sinán en A la orilla de las estatuas maduras (1946) o el guatemalteco Augusto Monterroso en Obras completas y otros cuentos (1959) habían reaccionado igualmente -aunque en narrativa breve- contra el regionalismo vernáculo y habían puesto en contacto sus obras con el surrealismo y el vanguardismo europeos. Algo semejante hizo la costarricense Yolanda Oreamuno, que incorporó técnicas tomadas de Proust, Joyce y Thomas Mann en su novela La ruta de su evasión (1949). Pero estos autores representaron excepciones dentro del panorama de la narrativa de la región. De ellos incluso sólo Miguel Ángel Asturias pasaría a figurar con alguna regularidad en las listas de los protagonistas del *boom*.

En consecuencia, los autores centroamericanos más jóvenes ²⁰, los que comenzaron a publicar en la década del sesenta, habrían de escribir sus obras enfrentados, por un lado, a la voluminosa corriente de novelas regionalistas y de protesta social que venía de antes -y que de alguna manera condicionaba su

respuesta-, y por otro, empujados fuertemente a renovar los planteamientos narrativos por el *boom*, por sus descubrimientos técnicos y sus afanes innovadores.

Esta narrativa que recibe el influjo del *boom* y reacciona ante él, vendría a ser parte de lo que se ha conocido como el *post-boom*. Pero, la respuesta de estos autores jóvenes, a pesar de encerrar una reacción contra la narrativa tradicional, vendría a ser diferente de la de los autores del *boom*, tanto por la naturaleza de las nuevas inclinaciones literarias como por las consecuencias del cambio mismo de las circunstancias históricas, ahora dominadas por los contextos de violencia y luchas revolucionarias. Esto incidió particularmente -como se verá a continuación- en que aún transformando profundamente las narrativas locales, los nuevos autores avanzaran más lejos por el terreno de la combatividad y los planteamientos políticos que por el de la experimentación formal.

En el plano literario, la narrativa de los procesos revolucionarios efectivamente consiguió incorporar las fórmulas expresivas de la novela contemporánea. Se hizo común la utilización de procedimientos como el collage o el monólogo interior que contribuyeron, respectivamente, a romper con las exposiciones lineales de las novelas tradicionales y a aproximarse a la manera como los individuos perciben la realidad y el tiempo. Se aprovecharon las posibilidades de

multiplicar las perspectivas del narrador en direcciones distintas de la omnisciencia tradicional, y se aprovecharon también las posibilidades abiertas por la liberación del lenguaje para, entre otras cosas, articular los discursos en formas más ceñidas al habla concreta de los personajes.

Esta tendencia a flexibilizar los esquemas narrativos -en parte motivada también por la intención de ajustar los textos a la expresión de nuevas realidades sociales- conduciría a su vez a la aparición y proliferación de las narraciones testimoniales, un tipo de texto que resultó novedoso en aspectos substanciales. El propósito de ofrecer documentos sobre la realidad social condujo -como se verá más adelante- a un replanteamiento de la ficción y del papel del autor.

En términos ideológicos y prácticos, sin embargo, la demanda de un compromiso social -sin que haya interpuesto directamente trabas a la innovación formal- supuso una fuerte influencia en los autores jóvenes.

Nunca como cuando se escribieron estos textos, llegó a ganar mayor vigencia la concepción del compromiso de la literatura y el escritor con su sociedad. Durante los años sesenta y con especial vigor en los setenta se produjo una amplia discusión en Centroamérica sobre el compromiso social. Se publicaron numerosos artículos sobre el papel del escritor o del artista

en el contexto de las sociedades dependientes y subdesarrolladas. Se discutió en torno a la importancia de una temática personal o social, o de una vocación regional o universal por parte de los creadores. Se habló de la literatura como de un arma ideológica de descolonización o como un instrumento de cuestionamiento de la realidad social ²¹.

Se partió de la convicción de que un verdadero intelectual sólo podía ser alguien que impugnara el sistema: el verdadero ejercicio de la inteligencia debía conducir a cambiar la sociedad. Y se llegó más lejos, se exigió que el escritor se comprometiera con la lucha revolucionaria.

El escritor salvadoreño Roque Dalton ofreció una de las versiones más radicales de esta concepción:

"...la situación moral del intelectual latinoamericano que ha llegado a la comprensión de las necesidades reales de la revolución sólo podrá ser resuelta en la práctica revolucionaria. Está obligado a responder con los hechos a su pensamiento de vanguardia so pena de negarse a sí mismo"²².

Dalton -como otros autores centroamericanos- llegó a convertirse en un poeta guerrillero y murió como tal. No obstante, Dalton no planteaba que fuera obligatorio que el escritor tomara las armas.

"...no queremos decir que un escritor es bueno para la

revolución únicamente si sube a la montaña o mata al Director General de Policía, pero creemos que un buen escritor en una guerrilla está más cerca de todo lo que significa la lucha por el futuro, el advenimiento de la esperanza, etc."²³.

En otras palabras, se trataba de un compromiso moral con la revolución que debía ser todo lo profundo y llegar tan lejos como fuera posible pero que no implicaba forzosamente la participación en acciones armadas. Con ello Dalton reconocía, aunque sólo en última instancia, la especificidad y la relativa independencia del trabajo intelectual.²⁴

Este debate se produjo en consonancia con uno más amplio que ocurrió en todo el continente y en el que participaron figuras importantes de la literatura hispanoamericana como Roberto Fernández Retamar, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa o Mario Benedetti, entre otros ²⁵. Como estos autores, los centroamericanos se inclinaron por conciliar la revolución con la innovación formal. Si en el plano social había que ser revolucionarios, había que serlo también en el plano literario.

Si el *boom* ²⁶ había sido un fenómeno de excepción, resultado de una promoción de autores que había llevado al mercado editorial un conjunto de obras largamente gestadas y de alta calidad literaria, los autores del *post-boom* ²⁷ vinieron a suceder a los representantes de aquel movimiento, de quienes aprovecharon sus aportes pero cuyas obras surgieron de nuevos

contextos sociales e históricos y presentaron unas nuevas señas de identidad.

La narrativa de los procesos revolucionarios encuentra correspondencias importantes con las obras de un conjunto de autores de este momento literario que Antonio Skármeta y otros críticos reconocieron como "los novísimos".

Skármeta definió a los novísimos -entre quienes él mismo se incluía- como una generación nacida alrededor del año de 1940 que se había visto influida por el contexto social modernizante inaugurado para Hispanoamérica con la post-guerra europea,²⁸ y que se había distanciado en su obra de los modelos típicos del *boom* para aproximarse a un lenguaje más coloquial y a unas formas de realismo más estrechamente vinculadas a las circunstancias inmediatas y a la experiencia personal de los autores²⁹. Para Skármeta, las obras de los novísimos fueron fundamentalmente la expresión de una generación joven, criada dentro del mare magnum de mercancías, *mass media* e innovaciones tecnológicas que trajera consigo el crecimiento de las ciudades en la segunda mitad del siglo. Su literatura surgió, según este autor, dentro del dinamismo y la tensión típicas de las nuevas urbes hispanoamericanas y resultó fuertemente influida por el cine, la televisión, el rock, el movimiento hippie, las drogas, la revolución sexual, los movimientos de liberación, etc. Fue una literatura, según Skármeta, "de muchachos habitantes de

ciudades" hasta entonces inexpresados literariamente ³⁰.

Por otra parte, si los autores del *boom* habían creado sus obras a partir de un lenguaje cuidado y refinado, y habían prefigurado a sus lectores entre un público selecto ya fuera en el continente o en Europa, los novísimos buscaron expresarse con el lenguaje de la cotidianidad -incluso valiéndose de las jergas vulgares- e intentaron reconectar con la gente de su edad, de su grupo social y de su país.

"Nosotros -escribió Skármeta- adolescentes callejeros, sumergidos en la música pop como los protagonistas de los filmes que amábamos en la banda sonora, volcados hacia las manifestaciones masivas tales como el deporte (al cual no interpretábamos como una alienada vulgaridad), el baile, la acción política; atraídos por las táctiles posibilidades de ayudar a profundizar la democracia, asediados por las imágenes televisivas... encontramos en el lenguaje coloquial la herramienta adecuada para trabajar la realidad. Abierta la palabra a las calles, a las cosas, al prójimo, el acto literario se democratizaba. Nuestro lenguaje crecía entre las perspectivas de la sociedad presionada al progreso por las fuerzas más oprimidas y sentía el país como una casa"
31.

Especialmente, señaló Skármeta, los novísimos buscaron en su literatura una "convivencia plena con la realidad" y evitaron "reformularla en una significación supra-real" como lo habían hecho los autores del *boom*. Se situaron lejos de lo que él calificó "la absolutización de un sistema alegórico" como en Donoso, tanto como de la "hipérbole mítica" de García Márquez o de la "refundación literaria" de Carpentier. Su literatura,

en cambio, buscó volver sobre la realidad con vehemencia: "donde ellos se distancian abarcadores, nosotros nos acercamos con la obsesión de un miope" ³². En otras palabras, si los autores del *boom* habían traspasado la circunstancialidad, con la intención de superar el regionalismo, los autores del *post-boom* volvían sobre ella con mayor intensidad aún.

Skármeta incluía entre su lista de novísimos al nicaragüense Sergio Ramírez -autor de una de las novelas de guerrilleros-, junto a José Agustín, Gustavo Sáinz, Jorge Aguilar Mora, Luis Rafael Sánchez, Manuel Puig, Reinaldo Arenas, Guidiño Keiffer, Miguel Barnet y Oscar Collazos ³³. En un ensayo posterior Ángel Rama ampliaría sensiblemente esta lista ³⁴ y entre los centroamericanos añadiría los nombres y las obras de Lizandro Chávez Alfaro y Manlio Argueta ³⁵.

Ángel Rama coincidió en su ensayo en los aspectos sustantivos señalados por Skármeta aunque para él, en la literatura de los novísimos no sólo eran visibles su realismo de nuevo cuño, su coloquialismo, las influencias de los *mass media* y del crecimiento de las ciudades sino en general un proceso de democratización de la cultura en el que nuevos grupos y nuevos sectores de las clases medias y las clases populares accedían al discurso literario. Según Rama, este proceso influyó en que las nuevas obras, a pesar de su apertura con respecto al regionalismo, fueran menos vanguardistas y menos totalizadoras

que las del *boom*, aunque, en cambio, resultaron mucho más combativas en términos políticos. Rama destacó aún más que Skármeta el "radical enfrentamiento contra el poder" como uno de los denominadores comunes más significativos de las obras de los novísimos.

"Si hubiera tenido que denominar -escribió Rama- a todos estos escritores atendiendo no al período histórico post-boom de los nuevos en que aparecen, sino a los que me parecen denominadores de sus plurales estéticas y de sus variados mensajes ideológicos, los habría llamado 'los contestatarios del poder'. Y si fuera forzoso apelar a esas denominaciones numéricas, tan enigmáticas fuera del momento, que se han ido aceptando en este siglo para soldar la literatura a la historia, diría simplemente que son 'los del 68', año de rabia y de esperanzas pero también de enormes frustraciones" ³⁶.

Otros críticos, como Juan Manuel Marcos, señalarían que este carácter más combativo de la literatura del *post-boom* debe verse asociado no a los signos de una desintelectualización ³⁷ sino más exactamente a los de un desacuerdo y un enfrentamiento contra la razón como razón del poder. Según se verá más adelante, Marcos plantea que muchas de las características del *post-boom* se desprenden de su negativa a legitimar la lógica de la dominación y a sus esfuerzos por articular una nueva razón.

La narrativa de los procesos revolucionarios centroamericanos, tanto las novelas de guerrilleros como la narrativa testimonial

y las novelas disidentes, coinciden históricamente y en muchos aspectos literariamente con estas características y tendencias de la literatura del momento.

Las novelas de guerrilleros fueron también unas novelas de una generación joven, inmersa en un contexto de violencia, que se ocupó de los problemas de su edad y de su tiempo. En efecto, la mayoría de los autores de estos textos -Manlio Argueta, Sergio Ramírez, David Escobar Galindo, Mario Roberto Morales, Gioconda Belli, Julio Escoto, Jorge Eduardo Arellano³⁸- nacieron alrededor de 1940 y comenzaron a escribir sus obras antes de los treinta años de edad. Habían crecido, por tanto, a la par que crecían y se transformaban caóticamente las ciudades centroamericanas. Un fenómeno, el de la urbanización, que a diferencia de Argentina o México -como señalara Ángel Rama- fue netamente nuevo en regiones marginales y de desarrollo tardío como ésta.

Fueron también unas novelas sobre la conflictiva y estridente cotidianeidad que abordaron con un realismo renovado y con un lenguaje próximo al de la calle, la actualidad del fenómeno guerrillero. Son menos evidentes en estas obras las influencias del rock, las drogas o el movimiento hippie, pero en ellas entran de lleno las jergas vulgares, la intensa y politizada vida universitaria, el sexo, el alcohol y el típico trajín urbano de los jóvenes. En cierto modo puede afirmarse que el

uso del monólogo interior y del collage -aparecidos en más de un autor, como se señalaba antes- resultaron procedimientos eficaces para expresar la cambiante subjetividad de los jóvenes, y las nuevas y caóticas experiencias de la vida urbana.

Fueron generalmente, además, unas novelas urgentes y fragmentarias, escritas sobre la marcha mientras se desarrollaba el proceso revolucionario. Recrearon para discutirlos hechos históricos particulares o acciones concretas, lo que les confirió un carácter polémico, pero sólo excepcionalmente ofrecieron panoramas más amplios. Normalmente son textos breves, de pocos personajes, cuya acción transcurre en un corto espacio de tiempo ³⁹.

La narrativa testimonial y las novelas disidentes, se distanciaron en puntos importantes de las características típicas de las novelas de guerrilleros, aunque sin romper del todo con ellas, y para estrechar vínculos, en cambio, con otras características de la literatura de los novísimos y con lo que *puede reconocerse más exactamente como tendencias generales del post-boom*.

El sello juvenil y en cierto modo individualista de las novelas de guerrilleros, deja de ser un rasgo distintivo que pueda atribuírsele a la narrativa testimonial. Los textos

testimoniales centroamericanos proceden de distintos grupos sociales y generacionales, y presentan panoramas más variados y más amplios en términos históricos de las luchas revolucionarias. No obstante, estos textos conectan con las novelas anteriores por compartir una misma preocupación por la realidad inmediata.

La narrativa testimonial surgió en Hispanoamérica -como se expondrá más adelante- para documentar los dramáticos acontecimientos históricos y como forma de expresión de los excluidos y los contestatarios del poder. No obstante, como lo sugiere Ángel Rama, puede verse con razón que fue la misma tendencia narrativa que condujo a los novísimos a buscar con vehemencia el contacto con las circunstancias del presente a través de nuevas formas de realismo, la que provocó la aparición y proliferación de unas narraciones ya testimoniales, en las que se incorporaron las voces de los propios protagonistas de los acontecimientos sociales. Esta tendencia que podría entenderse guiada por el propósito de reinstaurar el referente en el discurso, parecería intensificarse progresivamente. Si los novísimos se distanciaron de los modelos "hiperbólicos" o sobreelaborados de ficción, característicos de las obras del *boom*, los textos testimoniales buscaron distanciarse de la ficción misma ⁴⁰.

La literatura de los novísimos y la narrativa testimonial, como

señaló Ángel Rama, comparten por igual una demanda de autenticidad, en el sentido de que lo que persiguen no es un logro estético sino mayor realidad. La importancia de la obra viene dada no por su belleza, sino porque lo narrado es cierto y vivido. Esta idea, señaló Rama, tenía deudas con la "non fiction novel" de Capote, Mailer o Doctorow, por ejemplo, pero ya se prefiguraba en anteriores obras hispanoamericanas:

"Como el Eladio Linacero de El pozo, [-de Juan Carlos Onetti-] muchos narradores recientes pueden decirse 'es cierto que no sé escribir, pero escribo de mí mismo', otorgándole a este sesgo testimonial de lo auténticamente vivido (el 'yecu' bretoniano) una implícita potencialidad artística" ⁴¹.

En este sentido, la "irrupción" de las experiencias y de las realidades inmediatas, "de la historia en la página" -como señalara Saúl Sosnowski ⁴²- constituyen uno de los fenómenos distintivos del *post-boom* -aunque heredero sin duda de las viejas preocupaciones por el presente y las singularidades circunstanciales del regionalismo y el realismo anteriores.

En el caso de las novelas disidentes centroamericanas, lo que se produjo fue un severo giro ideológico que trastocó el optimismo revolucionario en frustración y desesperanza. Pero estas novelas siguieron surgiendo del meollo de los conflictos de esta narrativa: de las fricciones entre los individuos y su inmediata circunstancia histórica. Si en las novelas de

guerrilleros los problemas surgen de la participación de los personajes en los acontecimientos de la lucha revolucionaria, en las novelas disidentes surgirán de su ruptura con esa lucha. Por lo demás, la atmósfera juvenil y el tono insumiso y contestatario, representativo de la literatura de los novísimos y de la generación del 68, no desaparecen en estas novelas - aunque también es cierto, como se verá más adelante, que se establecen nuevos vínculos literarios, especialmente con la obra de autores de la Europa del este.

La crítica literaria ha señalado que el *post-boom* -dentro del que habría que considerar la narrativa de los procesos revolucionarios en su conjunto- ha terminado por configurar unas propuestas literarias finalmente distintas y alternativas con respecto a las del *boom*.

Como antes se adelantaba, para la crítica literaria el *boom* fue el producto de una élite culta que conquistó las metrópolis con una literatura universalizante, mientras que el *post-boom* surgía de sectores marginales o contextos periféricos con una literatura altamente regionalizada y estrechamente vinculada a circunstancias particulares. Si el *boom* había sido, según Ángel Rama, un "club exclusivista" ⁴³, es decir, conformado por un grupo muy reducido de autores -que oscila normalmente entre cuatro y quince nombres ⁴⁴- en el *post-boom* encuentran cabida autores que proceden -en términos de Skármeta- de

sectores emergentes "hasta entonces informados literariamente" ⁴⁵. En el *post-boom* se expresan con vigor la vida social y las culturas de grupos marginales y encuentran su lugar las obras de los antes excluidos -las de autores jóvenes, de bajas clases sociales o de regiones ignoradas.

Con el *post-boom* cambian de signo ciertas articulaciones relevantes del hecho literario. Si el *boom* se había decantado por los privilegios de la escritura, con el *post-boom* irrumpe la oralidad y la coloquialidad. Si el *boom* había sido un fenómeno de mercado que alentó -en términos de Jean Franco- la figura del "autor superestrella"⁴⁶, en el *post-boom* la función del autor se restringe y surgen formas cercanas a las del anonimato como la del compilador o transcriptor de la narrativa testimonial ⁴⁷.

En cuanto a las relaciones con el poder, como antes se adelantaba, críticos como Juan Manuel Marcos señalan que el carácter culto del *boom* tanto como su asimilación por el mercado y las metrópolis, no son casuales y que revelan en última instancia una postura política. Los textos del *boom* - llega a decir Marcos- encierran una "legitimación" e incluso una "apología" de "la racionalidad de lo establecido" ⁴⁸. Por el contrario, según este autor, el *post-boom* se distingue, por su impugnación radical del sistema y por el carácter

"excéntrico" ⁴⁹ e "inorgánico" de sus discursos. Por la vía de la "desnudez realista" -contraria a la mediatización de las realidades nacionales- y por la vía de la irrupción de las "hablas coloquiales" -contraria a su neutralización retórica- las obras del *post-boom* "carnavalizan" -en el sentido de Bajtin según Marcos- el discurso logocéntrico ⁵⁰.

Con estos argumentos, se ha buscado subrayar el hecho de que las nuevas obras suelen transgredir la cultura oficial, las convenciones de mercado y la lógica del poder. El *post-boom* parece perfilarse así, como un momento histórico en el que la literatura hispanoamericana se abre a nuevas razones y nuevas voces.

Notas al Capítulo Dos

1. ACEVEDO, Ramón Luis La novela centroamericana. Desde el Popol Vuh hasta los umbrales de la novela actual Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1982 pp131-132.

2. Ramón Luis Acevedo es quien ha estudiado este momento de surgimiento de la novela centroamericana del siglo XX: "Aunque este fenómeno ocurre en toda Hispanoamérica, sobre todo en regiones de menor desarrollo y de escaso contacto con Europa, en la América Central se intensifica. Para citar tan sólo unos ejemplos, en 1898 Carlos Gutiérrez publica la novela romántica Angelina, Ramón Salazar publica Conflictos, una de las primeras manifestaciones claras del realismo, y Enrique Gómez Carrillo inicia la novela modernista con La bohemia sentimental. Un año más tarde el guatemalteco Enrique Martínez Sobral comienza su ciclo de cinco novelas naturalistas que terminará en 1902, y Máximo Soto Hall publicará, aún apegado a las modalidades románticas El problema, la primera novela anti-imperialista en América Latina. Un año más tarde Joaquín García Monge inicia la novelística costarricense con El Moto e Hijas del campo imponiendo un realismo costumbrista de tendencia popular que sería una constante en Costa Rica". ACEVEDO, R.L. Op.Cit. pp65-66

3. En Costa Rica se llegó a producir una viva polémica en los periódicos en torno a estas alternativas. El conflicto fue planteado en los términos de un enfrentamiento entre los partidarios del nativismo entendido, como el cultivo de una temática autóctona y los del exotismo como imitación de la literatura extranjera, especialmente francesa. Ricardo Fernández Guardia dijo que "el tal nacionalismo" no le atraía "ni mucho ni poco" y que el pueblo costarricense estaba "desprovisto de toda poesía y originalidad": "Admiro muy de veras -dijo- a los que encuentran muchas cosas que decir de una india de Pacaca. Tanto más los admiro cuanto que no me siento con fuerzas para escribir diez líneas sobre el mismo asunto; porque ya sea por temperamento, mal gusto inveterado o perversidad natural, siempre he de hallar más interesante una parisiense o una de nuestras saladas josefinas, que la más apetitosa de esas robustas indígenas que, según veo, llegarán pronto a ser tan poéticas, como fama han tenido hasta aquí de buenas nodrizas, 'chichiguas', como diría un nacionalista". CASTRO RAWSON, Margarita. El costumbrismo en Costa Rica Cit.en ACEVEDO, R.L. OP.Cit. p91. García Monge, en cambio, fue de los que sostuvo con dignidad la posición contraria. Lo que a él le interesaba no era otra cosa

que la poesía del alma costarricense: "Yo no escribo para complacer a todos, ni en busca de aplausos. Escribo de raro en raro, porque siento la necesidad de darle expresión a ciertos estados del alma popular costarricense que me interesan y que deben recogerse, si en verdad queremos hacer la patria en lo que tenga de espiritual, en lo que revele un estado de civilización. Me interesa conocer el pueblo costarricense en lo íntimo: cómo imagina y crea, cómo reflexiona y redacta, cuál es su comprensión y su sentimiento de la familia, del niño, de los animales, del paisaje, de la justicia, de la amistad, de la proximidad, de la vida religiosa, de lo sobrenatural, de cuanto carece de importancia para el narcicismo literario" GARCÍA MONGE, J. "Declaraciones" en Obras escogidas 2a ed. San José, EDUCA, 1981 p29.

4. Cit. en HARSS, Luis Los nuestros Buenos Aires, Edit. Sudamericana, 1977 p116

5. Ibid

6. Según Luis Alberto Sánchez en su libro Proceso y contenido de la novela hispanoamericana Madrid, Gredos, 1953 y según Ramón Luis Acevedo en su obra citada esta es la primer novela anti-imperialista del continente.

7. Esta novela se anticipa al futuro y supone que los Estados Unidos han abierto un canal interoceánico en Nicaragua. SOTO-HALL, Máximo El problema 2a ed. Guatemala, Imprenta El Nacional, 1911.

8. GARCÍA MONGE, Joaquín. "El Moto" Obras escogidas, 2a ed., San José, 1981 pp399-440

9. ACEVEDO, Ramón Luis Op.Cit pp295-340

10. ASTURIAS, Miguel Ángel El Señor Presidente 5a ed. San José, EDUCA, 1984

11. FALLAS, Carlos Luis Mamita Yunai. San José, Imprenta Soley y Valverde, 1941

12. AMAYA AMADOR, Ramón Prisión verde (1950) Tegucigalpa, 6ta ed. Editorial Universitaria, 1990 p179

13. ASTURIAS, Miguel Ángel Viento fuerte 3a ed. Buenos Aires, Ed. Losada, 1962; Papa verde Buenos Aires, Losada, 1954, Los ojos de los enterrados 2a ed Buenos Aires, ed. Losada 1961. Ver también MENTON, Seymour Historia crítica de la novela guatemalteca

Guatemala, Edit. Universitaria, 1960.

14. Al final de este estudio se incluye una bibliografía de la novela centroamericana de 1960 a 1990. Algunos de los estudios panorámicos de la novelística más reciente en Centroamérica se encuentran en: "CENTRAL AMERICA PROSE FICTION BIBLIOGRAPHY" HANDBOOK OF LATIN AMERICAN STUDIES University of Florida Press, Gainesville Vols. 23-40, 1961-1978, University of Texas Press, Austin, vols. 42-48 1980-1986; ACEVEDO, R.L. "La novela centroamericana Actual: una trilogía representativa de la cosecha de 1988" Centroamericana, Milán, Bulzoni Editori, no.2 1991; CHASE, Alfonso Narrativa contemporánea de Costa Rica San José, Ministerio de Cultura, 1975; GALICH, Franz "El proceso narrativo guatemalteco posterior a Miguel Ángel Asturias" Revista Tzolkin año I, Vol. I no.21, Guatemala, 1987. A.A.V.V Panorama de la literatura latinoamericana Madrid, Edit. Fundamentos, 1971; MENTON, Seymour "La narrativa centroamericana 1960-1970" Revista Nueva Narrativa Hispanoamericana vol.2, no.1, enero 1972; MORALES, Mario Roberto "La nueva novela guatemalteca y sus funciones de clase: la política y la ideología" Tragaluz no.11, Tegucigalpa, 1986 pgs. 21-24.

15. Se asume el término de "novelas de lenguaje" en el sentido que le da Angela Dellepiane: "[...en ellas] el lenguaje tiene no ya una función intelectual, mediadora, nominativa sino una función trascendente... No se trata de comunicar información sino de explorar ese espacio particular que es el lenguaje". Esta autora reconoce en Rayuela (1963) de Julio Cortázar el origen de estas novelas y las sitúa con posterioridad a ese año. Agrega que en estos textos "lo puramente novelesco es casi inexistente, se renuncia a todos los valores clásicos, se rompe con toda definición de géneros en cuanto formas ajustadas a un orden de representaciones y la novela resulta así pura y simple manifestación de un lenguaje... la novela se vuelve una voz, los personajes no existen por sí mismos sino por lo que dicen. Son discurso. El mundo objetivo desaparece... lo real se limita a una estructura mental o mito o lenguaje" DELLEPIANE, Angela "La novela del lenguaje" en BLEZNICK, Donald W. Variaciones interpretativas en torno a la nueva narrativa hispanoamericana Santiago de Chile, Helmy F. Giacomani Ed. 1972 pp63-75

16. En este listado se ha pretendido incluir todas las novelas del período. A él se suman los textos testimoniales abordados en este estudio. Ver nota 14 de este capítulo.

17. Se toman estos 145 títulos como una muestra ilustrativa del panorama general de la narrativa centroamericana del período 1960-1990. Los argumentos de las obras fueron identificados por lectura directa de los textos o por referencias ofrecidas por otros autores. En el Apéndice se incluye también un listado de

los textos críticos que se utilizaron.

18. Ángel Rama señaló con razón que el *boom* no fue producto de una sola generación, ni sólo de los años sesenta sino resultado de un largo proceso: El *boom* -señaló- "venía desarrollándose en las letras latinoamericanas desde la generación vanguardista de los veinte y nos dotó de una serie de narraciones que muestran búsquedas en cuyo cauce se asienta la producción reciente". Rama recordó entre otras de estas obras precursoras Leyendas de Guatemala (1930) de Miguel Ángel Asturias. Según Rama, El *boom* se vio favorecido por una "repentina expansión del mercado" y "desperdigó en sólo un decenio", lo que "a lo largo de treinta o cuarenta años se había ido acumulando". RAMA, Ángel "El *boom* en perspectiva" en Más allá del boom. Literatura y mercado Marcha Editores, México, 1981, pgs. 75, 101.

19. El escritor nicaragüense Sergio Ramírez ha seguido con algún detenimiento estos esfuerzos de renovación en "La narrativa Centroamericana" Antología del cuento centroamericano 3a ed., San José, EDUCA, 1982 pp43-53.

20. Este relevo generacional fue común en todo el continente. El *boom*, habiendo difundido la obra de autores nacidos la mayoría entre 1900 y 1930, habría de ser seguido rápidamente por una generación más joven, nacida alrededor de 1940. Antonio Skármeta señalaría especialmente estas diferencias generacionales en "Al fin y al cabo es su propia vida la cosa más cercana que cada escritor tiene para echar mano" en AA.VV. Más allá del boom. Literatura y mercado Marcha Editores, México, 1981, pp263-286. Este ensayo se comenta más adelante en el texto. Las fechas de nacimiento de los autores generalmente reconocidos como miembros del *boom*, confirman este señalamiento: Miguel Ángel Asturias (1899), Alejo Carpentier (1904), Julio Cortázar (1914), Carlos Fuentes (1928), Gabriel García Márquez (1928), Mario Vargas Llosa (1936).

21. Algunos de los artículos sobre este asunto de autores centroamericanos aparecieron en la Revista Alero de la Universidad de San Carlos de Guatemala: CEA, José Roberto "Algunos problemas de la creación" mayo de 1971 pp14-16; FLORES, Marco Antonio "La difusión del libro en Centroamérica" octubre de 1971 pp21-35; CEA, José Roberto "Escribir en un país dependiente" mayo-junio 1975 pp69-73; CABRERA, Roberto "El artista en la sociedad centroamericana" mayo-junio 1975 pp64-68. Muchos otros trabajos de temática semejante fueron presentados como conferencias o en congresos de escritores: BAHR, Eduardo "El narrador en Honduras y sus contradicciones fundamentales" Primer Encuentro de Escritores de Honduras, Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Tegucigalpa, 1971; GUARDIA, Gloria "Aspectos de la creación novelística centroamericana" Primera Feria Centroamericana del libro hispanoamericano, 1979;

MONTEFORTE TOLEDO, Mario "El escritor y la política" Encuentro de Escritores de Guatemala, 1988; GONZÁLEZ DAVISON, Fernando "El escritor y los problemas socioeconómicos" Encuentro de Escritores de Guatemala" 1988.

22. DALTON, Roque y otros El intelectual y la sociedad México Siglo XXI editores, 1981 p23

23. Ibid p11

24. En defensa de la especificidad del trabajo intelectual, Dalton afirmaría en su novela Pobrecito poeta que era yo... -que se estudia más adelante- que tan importante como el compromiso social, era el compromiso intelectual de ofrecer una obra de verdadera calidad.

25. Este debate sobre la literatura y la revolución es bastante conocido. Comenzó a partir del caso del escritor cubano Heberto Padilla quien primero cuestionara la política de la revolución cubana en materia de cultura y fuera encarcelado y después se desdijera. En importantes revistas del continente aparecieron debates no sólo sobre este caso sino sobre el papel general del escritor y de la literatura en el continente que luego serían publicados en forma de libros. La editorial mexicana Siglo XXI editores publicó dos de estos debates. DALTON, Roque y otros El intelectual y la sociedad México Siglo XXI, 1981. COLLAZOS, Oscar, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa Literatura en la revolución y revolución en la literatura Siglo XXI, 1970.

26. En cuanto a la definición y la periodización del *boom*, en este estudio se siguen fundamentalmente los trabajos de Ángel Rama. De este autor es famosa la definición de este movimiento como un fenómeno de mercado y su discusión de la lista de autores considerados como parte del mismo -ver nota 44. Se mantiene presente de aquí en adelante la fecha de 1964 que Rama señaló como el momento más alto del *boom* y la de 1972 como la de su declive. Otros autores, como Juan Manuel Marcos, entienden que el *boom* se extiende desde la década del sesenta y a todo lo largo de la del setenta y que es el otorgamiento del Premio Nobel a Gabriel García Márquez en 1982 el momento que cierra el período. MARCOS, Juan Manuel De García Márquez al post-boom Madrid, Orígenes, 1986. Siguiendo a Rama y las ideas de Antonio Skármeta parece apropiado considerar tras los fenómenos del *boom* y del *post-boom* una sucesión de promociones de escritores. La promoción del *boom* -señaló Rama- se había iniciado en la literatura alrededor del año de 1940, mientras que la del *post-boom* nació -según Skármeta- alrededor de ese año. Mientras las obras de los autores del *boom* alcanzan su auge a mediados de la década del sesenta, las del *post-boom* comienzan a aparecer en esa década.

Según Rama el *post-boom* habría que considerarlo a partir de 1964 y hasta el presente. RAMA, Ángel "El *boom* en perspectiva" en AA.VV. Más allá del boom. Literatura y mercado Marcha Eds. México. 1981 pp51-111 y Novísimos narradores hispanoamericanos 1964/1980 México, Marcha Eds. 1981; SKARMETA, Antonio "Al fin y al cabo, es su propia vida la cosa más cercana que cada escritor tiene para echar mano" en AA.VV. Más allá del boom Op. Cit. pp263-286

27. El término post-boom fue acuñado provisionalmente pero no ha sido sustituido hasta ahora por uno más preciso. Con este nombre se entiende el período y las tendencias literarias que caracterizan las obras de los autores que siguen a los del boom, concretamente a partir de 1964. Se consideran protagonistas del post-boom autores nacidos alrededor del año 1940 y a partir de entonces. Ver nota anterior. La primera vez que se ha visto utilizar el término post-boom ha sido en las conferencias presentadas al congreso sobre literatura hispanoamericana del Wilson International Center, del Smithsonian Institute, Washington 1979, en el que participaron Ángel Rama, Jean Franco, Antonio Skármeta, Saúl Sosnowski, Jorge Aguilar Mora y 22 investigadores más. Las conferencias de este congreso se encuentran en AA.VV. Más allá del boom Op. Cit. Es especialmente importante en este trabajo el resumen de la discusión general realizado por Elizabeth Garrels, pp289-326

28. La post-guerra europea supuso para Hispanoamérica una expansión y modernización de sus economías y sus sociedades. La demanda internacional de productos hispanoamericanos que se suscitó durante esos años, entre otras cosas, aceleró los procesos de industrialización y urbanización, incluso en los países centroamericanos. ROSENTHAL, Gert "Principales rasgos de la evolución de las sociedades centroamericanas desde la post-guerra" en Centroamérica. Crisis y política internacional 2a ed., México, Siglo XXI editores, 1985 p19.

29. SKARMETA, Antonio "Al fin y al cabo, es su propia vida la cosa más cercana que cada escritor tiene para echar mano" en AA.VV. Más allá del boom. Literatura y mercado Marcha Editores, México, 1981 pp263-286

30. Ibid p268. Literalmente Skármeta dice que fueron unas obras "de muchachos habitantes de ciudades hasta entonces inexpressadas literariamente", lo cual es muy discutible si se toman en cuenta las novelas urbanas de autores como Carlos Fuentes o Vargas Llosa, por ejemplo.

31. SKARMETA, Antonio "Al fin y al cabo, es su propia vida la cosa más cercana que cada escritor tiene para echar mano" Op. Cit. p270.

32. Ibid p273.

33. Ibid p274.

34. RAMA, Ángel Novísimos narradores hispanoamericanos en marcha 1964/1980 Op. Cit. pp5,6. Para definición del post-boom y estudio de autores ver también MARCOS, Juan Manuel De García Márquez al post-boom Madrid, Orígenes 1986.

35. Ibid p34.

36. RAMA, Ángel Novísimos narradores hispanoamericanos en marcha 1964/1980 Op. Cit. p48

37. Rama habló de que en el post-boom eran visibles los signos de un "resquebrajamiento del discurso intelectual racionalizado" que caracterizara al boom, resquebrajamiento que él vinculó con el hecho de que la nueva literatura no provenía de los tradicionales sectores cultos del continente sino que, como resultado del proceso de democratización de la cultura, ahora procedía de autores de las bajas clases medias y de los jóvenes. "Fuentes o García Márquez -escribió Rama- leyeron la mejor narrativa norteamericana dentro del vasto conjunto de la literatura vanguardista mundial; los jóvenes posteriores vivieron el cine, la televisión, el rock, las revistas ilustradas, los supermercados, la droga, la liberación sexual, los drugstores que invadieron la vida latinoamericana con profunda incidencia en las capas populares" Op. Cit. pp23-4. Aquí olvidó señalar Rama que estos autores también leyeron a los del boom, de quienes fueron, como él mismo dice, sus "forzosos legatarios" y frente a quienes reaccionaron.

38. Dentro de la lista de autores de novelas de guerrilleros Argentina Díaz Lozano (1909), Fabián Dobles (1918), y Alfonso Enrique Barrientos (1921) pueden considerarse de una generación anterior, su literatura resulta inscrita dentro del regionalismo y en el caso de Díaz Lozano influida aún por el romanticismo sentimental. Claribel Alegría (1924), Lizandro Chávez Alfaro (1929) y Roque Dalton (1933) aunque cronológicamente pertenecerían a la generación de 1930 sus obras coinciden plenamente, sin embargo, con las de la siguiente generación.

39. Rara vez las novelas de guerrilleros pretendieron ofrecer visiones totalizadoras del fenómeno revolucionario. Siendo unas novelas urgentes y condicionadas por el desarrollo progresivo de los propios procesos revolucionarios, se encontraron prácticamente imposibilitadas de ofrecer visiones panorámicas. Dos novelas Trágame tierra de Lizandro Chávez Alfaro y ¿Te dio miedo la sangre? de Sergio Ramírez que se ocuparon del surgimiento de las primeras guerrillas, se remontaron en el tiempo para explicar la situación en que estaban involucrados los personajes; por este camino llegaron a reconstruir buena parte

de la historia del siglo veinte pero se detuvieron apenas en los inicios del proceso revolucionario. Su totalización se extiende hacia el pasado pero no hacia la historia presente del proceso. La narrativa testimonial, en cambio surgida una década después de iniciados los conflictos, consiguió ofrecer visiones más abarcadoras del proceso revolucionario. Así por ejemplo el testimonio La paciente impaciencia de Tomás Borge o la novela testimonio Cuzcatlán, donde bate la mar del sur de Manlio Argueta.

40. Rama señala que en la obra de los novísimos (Op. Cit. p27) se reduce la distancia entre el narrador y lo narrado, como de hecho ocurre en las novelas testimonio en las que, sin embargo, se sigue conjugando ficción y realidad. En los textos testimoniales propiamente dichos -como se expondrá más adelante- desaparece el plano de la ficción y el discurso pretende remitir directamente a la realidad.

41. Ángel Rama destacaba las cualidades y limitaciones de esta nueva narrativa y el hecho de que en su origen encerraba una reacción contra la literatura del boom: "esta toma de conciencia literaria nace de la desconfianza a las escuelas, discursos, corrientes, grupos, sobre todo nace de un espontáneo rechazo de la retórica que acecha insidiosamente a toda invención estética por original que haya sido en su irrupción primera. Lo vivido no es, obviamente, capaz por sí mismo de asegurar ninguna creación artística pero establece un campo de autenticidad y un universo experiencial que resguarda la voz propia y en apariencia liberan del peso de las ideologías que se disputan la sociedad, aunque realmente las enmascaran para que mejor se expresen" Novísimos narradores hispanoamericanos Op. Cit. p21 Rama adelantaba aquí uno de los problemas internos del género testimonial que después atraería la atención de los críticos, el hecho de que buscando reencontrarse con la realidad, con los lenguajes y los sujetos reales, esta narrativa se hacía polémica pero re-ideologizándose.

42. SOSNOWSKI, Saúl "Lectura sobre la marcha de una obra en marcha" en "La visión de los novísimos" Más allá del boom, literatura y mercado Op. Cit. p193

43. RAMA, Ángel "El boom en perspectiva" en Más allá del boom, literatura y mercado Op. Cit. p83.

44. Según John Beverly, coincidiendo en ello con Ángel Rama, las listas de autores del boom se caracterizan por su carácter variable. En el caso más reducido se consideran pertenecientes al boom un grupo de 4 o 5 autores: Fuentes, García Márquez, Cortázar y Vargas Llosa, que poseen sitio preferente, y un quinto nombre que a veces corresponde a Donoso, Borges, Carpentier, etc.

La lista ampliada suele tener alrededor de 10 o 15 nombres dentro de los cuales suelen aparecer normalmente Cabrera Infante, Lezama Lima y Asturias. Cit. en GARRELS, Elizabeth "Resumen de la discusión" Más allá del boom, literatura y mercado Op. Cit. pp293, 294.

45. SKARMETA, Antonio Op. Cit. p273.

46. FRANCO, Ángel "Memoria, narración y repetición: la narrativa hispanoamericana en la época de la cultura de masas" en Más allá del boom, literatura y mercado Op. Cit. p111

47. MARCOS, Juan Manuel De García Márquez al post-boom pp9, 17, 59.

48. Ibid p21

49. Ángel Rama hace la acotación siguiente respecto del carácter "excéntrico" atribuido al post-boom: "La palabra "excentricidad" puede leerse en varios registros, permitiendo vincular comportamientos literarios, humanos, políticos, económicos bien dispares pero que apuntan todos a una negativa del "centro" donde se consolida (institucionaliza) el poder, y donde por lo tanto se construye el discurso oficial que aspira a enmascarar la realidad cambiante." Novísimos narradores hispanoamericanos Op. Cit p38.

50. MARCOS, Juan Manuel Op. Cit. pp7-11.

3. NOVELAS DE GUERRILLEROS

Cuando durante la década de 1960 comienzan a publicarse las novelas de guerrilleros centroamericanas, éstas coincidieron particularmente con aquellas obras de temas y personajes revolucionarios que desde el triunfo de la revolución cubana comenzaron a circular en el continente. El mismo año de 1959 aparecieron las primeras novelas cubanas sobre la lucha contra Batista, El sol a plomo de Humberto Arenal y La novena estación de José Becerra Ortega que se anticiparían a lo que sería una abundante narrativa revolucionaria en las décadas siguientes en Hispanoamérica.

Algunas de estas novelas, en las que figuraron de forma explícita los revolucionarios contemporáneos, llegaron a ser bastante leídas y participaron de la corriente principal e internacional de la literatura del continente como Memorias del subdesarrollo (1965) del cubano Edmundo Desnoes, Cuando quiero llorar no lloro (1970) del venezolano Miguel Otero Silva o El beso de la mujer araña (1976) del argentino Manuel Puig. Las novelas de guerrilleros centroamericanas, aunque menos conocidas en general, algunas han tenido parecida repercusión, especialmente las que fueron publicadas en el extranjero, como Trágame tierra (1969) de Lizandro Chávez Alfaro, El valle de

las hamacas (1970) de Manlio Argueta o ¿Te dio miedo la sangre?
(1976) de Sergio Ramírez.¹

Estas novelas reflejaron, como se ha dicho antes, el protagonismo de una generación joven y unos semejantes contextos de violencia y agitación revolucionaria. No obstante, si en el plano histórico se ve ascender a los jóvenes a la palestra de los acontecimientos sociales, en el plano literario la narrativa mostró generalmente no unas luchas rutilantes sino los problemas prácticos y los conflictos interiores de unos personajes que sólo costosamente cumplían con los retos revolucionarios. No presentaron hechos de unas gestas épicas ni unas tumultuosas revueltas llenas de acciones memorables sino la situación difícil de unos personajes débiles enfrentados a las fuerzas del poder.

Las novelas de guerrilleros, en este sentido, ofrecieron más una imagen traumática que triunfalista de la lucha revolucionaria, y más una visión interior que simplemente episódica o exterior de los hechos.

La crítica literaria ² ha explicado el carácter de estas novelas como resultado de los conflictos de unos personajes que en realidad proceden de la propia sociedad burguesa contra la que se enfrentan: de unos jóvenes "pequeño burgueses" -dirá la

crítica- en parte confrontados a sí mismos y que encaran las consecuencias de convertirse en revolucionarios.

Ya en las primeras novelas de la revolución cubana, resultó clara la naturaleza de estos conflictos. Seymour Menton señala que en novelas como El sol a plomo (1959) de Humberto Arenal, La novena estación (1959) de José Becerra Ortega o Bertillón 166 (1960) de José Soler Puig los personajes son "estudiantes universitarios" surgidos de las clases medias -y en algún caso altas- de la sociedad y que "el tema insistente es el de la persecución despiadada a que eran sometidos por los sicarios de Batista ³.

La crítica ha señalado el hecho singular de que en la narrativa revolucionaria cubana, la mayoría de las novelas incluso después del triunfo de la revolución, se siguieron ocupando de la lucha contra Batista, de los personajes pequeño burgueses y de la sociedad anterior a pesar de los dramáticos cambios que se vivían en el presente de la isla.

José Rodríguez Feo, el escritor y promotor cultural cubano, fue uno de los primeros en señalar ese fenómeno: "[Los autores cubanos] -escribió en 1966- tienden a reflejar un mundo pasado, un mundo que ellos conocen y sufrieron de cerca" ⁴. La razón de que esto ocurriera así, según Rodríguez Feo, se debió a que "había falta mostrar las entrañas de esa sociedad que se estaba

aboliendo" y a la necesidad de "exorcizar ese pasado terrible que a muchos nos tocó vivir" ⁵.

En el caso cubano resultó singular este apego al pasado que en el fondo revelaba, sin embargo, unos vínculos inexorables con la sociedad y la literatura burguesas de los que tampoco se libró el resto de la narrativa revolucionaria del continente.

En Centroamérica estos vínculos fueron también claramente señalados por la crítica. Un estudio de Arturo Arias ⁶ sobre una novela indigenista de la década de 1940 -incluso anterior a las novelas de guerrilleros- se había detenido en mostrar de qué manera la novelística de la región se encontraba ligada a la ideología de las clases medias. En su trabajo sobre La piedra y la cruz (1948) de Mario Monteforte Toledo, después de aplicar los principios del análisis sociológico de Lucien Goldmann, Arias encontró que el punto de vista de la novela, aunque tratara el problema del indio, no era indígena, ni era tampoco el de los antagonistas del indio -patronos, terratenientes o ladinos- sino que, más bien, era el punto de vista de una clase media conciliadora. Una clase media que en 1944 había alcanzado el poder en Guatemala e intentaba sacar adelante el proyecto -después frustrado- de una nueva sociedad. Arias señaló que la novela buscaba un entendimiento entre el ladino y el indio, y que encontraba en la educación y el mestizaje la solución a uno de los problemas del país.

Expresaba, en consecuencia el proyecto de las clases medias, entonces gobernantes, de impulsar el progreso y la armonización de los conflictos sociales y raciales en Guatemala.

Mario Roberto Morales, más recientemente, aplicaría un enfoque sociocrítico semejante al de Arias a las novelas que habían comenzado a ocuparse de la lucha armada ⁷. Morales subrayó que sus propias novelas y las de otros autores guatemaltecos que trataban sobre la experiencia de los guerrilleros, no expresaban el sentir general de la sociedad con respecto a la lucha armada sino la forma como había sido vivida por el sector minoritario de las clases medias que se había comprometido con ella. Son -dijo- "expresión pequeño burguesa, urbana, de un grupo de capa media intelectualizado, universitario e ideológicamente radicalizado" ⁸. Morales coincide con otros críticos como Skármeta o Rama, en señalar que el surgimiento de estas novelas había sido el resultado de la convergencia desde la década del sesenta de factores como el proceso de insurrección armada, el proceso de urbanización y crecimiento de las clases medias, y las repercusiones literarias del boom de la novela hispanoamericana en Centroamérica ⁹.

Franz Galich, por su parte, al estudiar la narrativa guatemalteca posterior a Miguel Ángel Asturias -posterior a 1967, año en que Asturias obtuviera el Premio Nobel de Literatura- llegó a afirmaciones semejantes. Según Galich, la

lucha armada había acaparado y concentrado fuertemente la narrativa de su país: "no se puede escribir otro tipo de novela" -decía- pero al mismo tiempo añadía que era un tipo de narrativa que había recaído una y otra vez en los problemas de los jóvenes guerrilleros, en detrimento de una visión más totalizadora del fenómeno: "queda por escribir -decía- la gran novela de la lucha armada" ¹⁰.

Los problemas que aparecen en estas novelas, generalmente se encuentran relacionados con el compromiso de los personajes, con sus implicaciones ideológicas o sus riesgos. Las novelas suelen presentar los altibajos de los personajes en su proceso de conversión revolucionaria o las contradicciones entre su origen de clase -sus debilidades, su inexperiencia- y la templanza que de ellos demanda la lucha armada; tratan sobre la desproporción entre sus ideales y la realidad, o muy frecuentemente sobre las consecuencias de la brutal represión.

Ya Skármeta había señalado que la incertidumbre y el temor por la vida humana se habían convertido desde la década del sesenta en una constante de la literatura hispanoamericana, en estrecha relación con los contextos de violencia que a partir de entonces se vivieran en el continente -Skármeta aludía a fenómenos como la persecución de sandinistas por Somoza en Nicaragua, al clima creado con la masacre de estudiantes de la Plaza de Tlatelolco en México, a las consecuencias del golpe

de estado en Chile, a la represión militar en Argentina y Uruguay, etc.

"[Asaltada la sociedad] por el arbitrio de la violencia - escribió Skármeta- se introduce [...] la muerte y la represión como horizonte cotidiano... se impone un generalizado sentimiento de fragilidad de la existencia y se relativiza fuertemente la confianza en el ser humano. La inseguridad y la sospecha son los criterios para orientarse en las nuevas condiciones: la novia desaparece, el amigo es asesinado, el periódico es clausurado, los libros arden, los gobernantes y poetas se entierran bajo bayonetas, el padre queda cesante, el hermano parte al exilio. La cotidianeidad entera es dinamitada por la incertidumbre".¹¹

En las novelas de guerrilleros de hecho, la situación del sujeto suele definirse con respecto a los peligros de la violencia. Los personajes se debaten entre el compromiso con una revolución necesaria y el riesgo de perder la vida. En algunas novelas las vidas personales de los protagonistas se funden plenamente con la empresa revolucionaria, sus limitaciones pueden conducirlos al fracaso pero los ideales permanecen firmes. En otras, esa fusión es difícil, los rigores de la lucha hacen dudar a los personajes y la empresa vacila.

Desde el punto de vista narrativo, puede decirse que se trata generalmente de "novelas de prueba" -en el sentido que Mijail Bajtin le da a este término. Esto es, novelas que colocan en una situación crítica la integridad y la fortaleza de los personajes. Como señala Bajtin, lo que se pone en cuestión no

son los ideales sino los individuos. El personaje se encuentra en "la arena de lucha", lo que se comprueban son sus cualidades -"su valor, su fidelidad, su virtud, etc."- y son los acontecimientos mismos los que vienen a dar "la piedra de toque" de su personalidad.¹²

En términos de Jean Franco se trataría de novelas en cuya estructura narrativa se proyecta el individualismo burgués a través de "un modelo de empresa limitado al individuo". Según esta autora, en las novelas que presentan este modelo, el novelista lleva al texto no necesariamente a personas 'reales' "sino energías, deseos, [temores] y sueños... pero energías, deseos, [temores] y sueños que todavía son de los *individuos*" y en consecuencia aislados y marginados aún con respecto a la "totalidad social" ¹³. En las novelas de guerrilleros, aunque los personajes a veces son colectivos representan siempre a un reducido grupo social que se encuentra limitado no sólo por su carácter revolucionario sino por su edad. Las vivencias de estos personajes suelen estar relacionadas con problemas característicos de la adolescencia y de tal modo que en más de una novela los jóvenes aparecen situados en la coyuntura de formarse un proyecto de vida personal y abocados a la opción de la lucha armada.

Seymour Menton, al considerar la narrativa de la revolución cubana, asoció los personajes por su carácter conflictivo con

el existencialismo -una corriente intelectual ampliamente conocida en el continente desde décadas antes y que se viera fortalecida por la presencia del propio Sartre en Cuba en 1960.¹⁴ Aunque las novelas de guerrilleros centroamericanas no se desenvuelven dentro de una atmósfera de "absurdo" o "decepción", la forma de crisis individual que cobra el drama de los personajes pudo haber sido lateralmente influida por la literatura existencialista que ya había hecho sentir sus efectos en la obra de autores como Onetti, Carpentier o Fuentes y más cercanamente en la de centroamericanos como Hugo Lindo o Carmen Naranjo.¹⁵

Un modelo narrativo más general y extendido con respecto al cual resultan particularmente ajustadas las novelas de guerrilleros es el del héroe problemático. Allan Swingewood siguiendo la línea de reflexión que va de Hegel a Lukacs y Goldmann sobre personajes como el Quijote, Madame Bovary o Ana Karenina define al héroe problemático como aquel que "busca validar unos valores universales en un mundo que los niega".¹⁶ Para Hegel y Lukacs este personaje representa las contradicciones entre el espíritu del hombre y la realidad del mundo ¹⁷; para Goldmann, más recientemente, representa el choque entre la ideología del personaje -portavoz de un particular grupo social- y el conjunto hegemónico de la sociedad ¹⁸; pero en ambos casos, como señala Swingewood, se

trata de una "propuesta humanista" que fracasa enfrentada a la realidad ¹⁹.

Las novelas de guerrilleros plantean el conflicto en un contexto contemporáneo muy singular, pero recogen las consecuencias de una semejante escisión ideológica y práctica con respecto a la totalidad social.

Como los héroes de ficción de la literatura burguesa del siglo XIX, los guerrilleros de las novelas centroamericanas, son hijos de una sociedad que rechazan su sociedad. No obstante, a diferencia del héroe romántico, por ejemplo, que rechazaba la sociedad para salvar lo más puro de su individualidad, los guerrilleros comprometen sus vidas personales por hacer valer sus ideas y transformar la sociedad. Se debaten, como se ha dicho antes, entre su proyecto ideal de revolución y las dificultades para llevarlo a cabo.

El héroe problemático había aparecido en la novelística centroamericana ya en novelas como El problema (1899) de Máximo Soto Hall que antes se comentó ²⁰ y en la que el personaje romántico se negaba a aceptar, de hecho, la norteamericanización de su sociedad, pero para terminar finalmente suicidándose -optando en consecuencia por una acción sublime pero que en definitiva representaba una huida. En Puerto Limón (1950) del costarricense Joaquín Gutiérrez -una

novela atípica dentro del ciclo bananero- el personaje resulta semejante: repudia el mundo de despotismo e injusticia de la sociedad en la que le tocó nacer, pero en lugar de hacer algo por remediar la situación, huye de su país, sin rumbo cierto, en busca de un lugar imposible, de una patria para su espíritu²¹. En cambio, ya en Trágame tierra (1969) de Lizandro Chávez Alfaro, una de las primeras novelas de guerrilleros, el joven rechaza la sociedad bananera pero para unirse a los revolucionarios y redimirla. En esta novela, incluso después de que la mayoría de los compañeros del personaje mueren, éste cruza la frontera hacia su país a sabiendas de que ahí podía encontrar él mismo la muerte. Este último gesto, que se repetiría en ¿Te dio miedo la sangre? (1977) de Sergio Ramírez, revela no sólo el fuerte vínculo que une a estos jóvenes con su tierra²² sino el hecho de que se encuentran en un proceso de transición desde su antiguo mundo y su clase, hacia unas actitudes y unos comportamientos revolucionarios.

3.1 Trágame tierra (1969) de Lizandro Chávez Alfaro. ²³

El primer momento importante de la narrativa revolucionaria centroamericana, lo constituyó precisamente la publicación de Trágame tierra del nicaragüense Lizandro Chávez Alfaro y de El Valle de las hamacas del salvadoreño Manlio Argueta, dos novelas que mostrarían las características literarias que después se harían comunes en las novelas de guerrilleros.

Ambas novelas surgieron casi simultáneamente, Trágame Tierra fue publicada en 1969, un año antes El Valle de las hamacas había ganado un premio centroamericano de narrativa pero no se editó hasta 1970.

Para cuando se publicaron estas novelas ya las luchas armadas en Centroamérica se habían extendido notablemente y formaban parte importante del clima político de la región. Las columnas guerrilleras eran destruidas en las montañas y se producían asaltos de bancos en las ciudades y encarcelamientos y torturas de jóvenes subversivos. Para entonces ya era algo manifiesto que no se trataba de hechos aislados de violencia sino del surgimiento de unos verdaderos movimientos armados revolucionarios.

Aunque el propósito de estas dos novelas no fue simplemente recrear acontecimientos históricos, ambas presentan como referente real la campaña de El Chaparral, una de las incursiones armadas antisomocistas que fracasó en 1959 pero que alcanzó una importante repercusión por las circunstancias en que ocurrió. La columna guerrillera fue cercada y atacada por el ejército de Honduras en la frontera con Nicaragua, lo que provocó en éste último país una protesta estudiantil que fue a su vez ametrallada por la Guardia de Somoza ²⁴.

Como antes se ha dicho estas novelas encerraron una forma de participación en estos hechos. Trágame tierra posee todavía características de las novelas del regionalismo anterior pero plantea la situación en términos nuevos. La acción está ambientada, como en las novelas bananeras, en las zonas de las plantaciones fruteras, pero su protagonista Luciano, como se decía antes, es un joven que no sólo rechaza el mundo y los valores de sus padres sino que se integra a las guerrillas.

La novela intenta mostrar el conflicto generacional subyacente en la situación. Luciano no encaja en la moral ni en las costumbres de su familia que vivió al cobijo de las compañías norteamericanas, de las que sus padres fueron servidores. Su enlistamiento revolucionario, es el producto de esta ruptura familiar y de su descubrimiento del estado de servilismo y

postración del país en general. Como otros jóvenes de su generación, su rebelión parte de la indignación y la vergüenza. El Valle de las hamacas narra por su parte el tránsito de los jóvenes estudiantes de las universidades a las montañas. La aventura armada es presentada como el resultado de un proceso progresivo de radicalización política: las ideas recién adquiridas llevan a las protestas pacíficas que resultan inútiles y son atacadas con brutalidad por parte de los ejércitos. Acorralados y sin estar dispuestos a abandonar sus ideas de cambiar la sociedad, los jóvenes pasan a la lucha armada.

Aquí la violencia alimenta la violencia. La barbarie de los gobiernos confirma las ideas de los estudiantes que viéndose amenazados adoptan posiciones más extremas.

El Valle de las hamacas es una novela ya plenamente moderna, utiliza una diversidad de técnicas de la novelística contemporánea y ambienta la acción por primera vez en el escenario de las universidades.

A continuación se analizan estas dos novelas que -como se ha dicho- fueron las que de algún modo abrieron paso a las que vinieron después. A través de ellas la empresa individual y social que representaron las guerrillas entró de lleno en la narrativa de la región.

Trágame tierra sitúa la acción en los márgenes selváticos y fértiles del Río San Juan, y narra con un lenguaje introspectivo la vida de Plutarco Pineda y su hijo Luciano. El padre, sueña con el regreso de las compañías norteamericanas y la fabulosa apertura de un canal interoceánico a través del río y los lagos, mientras que el hijo, después de unirse a las guerrillas, es apresado y muerto. A esta muerte se suma otra, la de César un joven de alma sensible que rechazado por sus tratos con un homosexual había terminado cayendo en un alcoholismo lamentable y marginal.

Don Plutarco y su amigo Marcelo Barrantes -el padre de César- representan a la generación de los viejos. En noches tristes recuerdan sus correrías tras los caudillos que a principios de siglo se disputaron el poder en Nicaragua y los años de fasto y boato bajo la sombra de las compañías fruteras y madereras.

De los buenos tiempos de las compañías ya sólo quedan pueblos en ruina. La antes lujosa tienda y cantina del chino Siu Ling en El Rama, donde antes los mandamases criollos como Plutarco y Barrantes brindaban por la salud de los gerentes norteamericanos y por la muerte de Sandino y sus bandoleros, es ahora un misérrimo local con sus espejos descolorados y sus vitrinas pobladas de polvosas mercancías. Ya nadie viste trajes de lino blanco y corbatas, ya no corre el dinero por las calles. A Plutarco y Barrantes sólo les queda el recuerdo de

las juergas apoteósicas, de las borracheras con whisky y las mujeres compartidas.

Ambos personajes habían participado en importantes acontecimientos históricos del país. Plutarco, como hombre de confianza del General Estrella había recogido personalmente en la fragata Dubuque el aporte de la compañía norteamericana United Fruit a la revuelta que acabó con el gobierno de Zelaya en 1911. Barrantes, siendo un impresor, había servido por su parte al General Mina -un caudillo que había sido marginado por el General Estrella. Mina obligó a Barrantes a que imprimiera el secreto acuerdo Dawson, lo que puso en evidencia la ingerencia norteamericana en la política interna y trajo consigo graves disturbios que acabaron con la intervención de los marinos yanquis. Pasado el tiempo, todos estos conflictos se solventaron y reconciliados los caudillos con las compañías, Plutarco y Barrantes fueron justamente recompensados con cargos lucrativos.

Ahora, empobrecidos y perdido el poder, los viejos sueñan con lo que pudo ser. El caso de don Plutarco es patético: no ve el río que en realidad es, desnudo y solitario, sino el que fue y que todavía anhela.

"En el trasfondo de su visión, el río no era llanamente el eterno viaje de agua, ni el lecho de lodo que encauzaba el viaje, sino todo lo que a su vera había

flotado, antes que el mal de Panamá pasara por ahí y cubriera con su vaho quemante los inmensos bananales y quemara también la vida que pululaba a la sombra de los bananales. Bajo la ardiente indiferencia del sol, resentía el vacío dejado por motonaves y lanchones pintados de rojo, repletos de una verde tersura; los almacenes flotantes atracados frente a los campamentos; los avisos de corte de fruta, con el día y la fecha inscritos con tinta indeleble, clavados en la boca de las plantaciones; el agua pinta por el verdor de los racimos desechados; las talegas rebosantes de oro echadas al pie de los pagadores; el relumbrón de los machetes; el sudor bajo la lluvia; el jolgorio salpicado de balazos y blasfemias, el sábado y sus muertos; y el oro corriendo tan veloz y tan palpable como el río... Sería tan fácil, pensó el viejo... Sería tan fácil. Todo cambiaría, todo, si aquellos se animaran a decir 'ahora' ...eran sólo tres palabras mágicas: Hágase el Canal." (pp92- 93)

De regreso de unas jornadas por el río por donde ahora traficaba como un pobre vendedor de verduras y comestibles, Plutarco es puesto preso, interrogado y torturado por la Guardia Nacional. Su hijo Luciano ha sido capturado en otra parte del país bajo la acusación de bandolero y subversivo.

Luciano era el sobrenombre que el propio joven se había puesto, en rechazo del de Ronald con el que lo había bautizado Plutarco. Hacía tiempo que había dejado el hogar paterno, se había negado a aceptar el dinero que su padre se gastaba en educarlo en un internado jesuita en Managua y había decidido ganarse por sí mismo la vida. Primero trabajó como minero y después se había ido a Guatemala, desde donde había enviado las últimas y escuetas cartas.

El rechazo de la actitud servil de su familia y el descubrimiento en los libros de una historia nacional de vergüenza había sido lo que le había llevado a alistarse en la guerrilla.

"Luciano había adquirido el vicio de zambullirse en una historia fétida. Las primeras veces no resistía cinco páginas sin lanzar el libro contra la pared, contra el suelo, o su propia cabeza, movido por las rabietas de niño desilusionado... Con auténtica vocación de vicioso fue aprendiendo a soportar por más tiempo, más páginas, en aquella turbiedad que sin remedio había que aceptar como historia nacional; aprendiendo a ver en las inmensas obscenidades cometidas a la luz del día." (p140)

En su caso no fue el padecimiento en carne propia de la desigualdad económica y social, no fue la pobreza ni la lucha de clases lo que le empujó a la violencia sino su sentido de la moralidad.

El campamento, instalado a unos seis kilómetros de la frontera en territorio hondureño, había sido visto por algunos campesinos. Estaba bajo el mando de un pequeño hombre, el comandante García cuyas aptitudes militares eran superiores a sus aptitudes intelectuales y que esperaba la orden inminente de penetrar en territorio nicaragüense. No obstante, sin que ninguno de los inexpertos centinelas lo percibiera, el campamento fue cercado por tropas hondureñas y nicaragüenses desde ambos lados de la frontera. Los guerrilleros murieron acorralados entre los dos fuegos.

Por casualidad Luciano se encontraba en ese momento fuera del campamento, junto con otros compañeros de una avanzadilla de caza. Al ver la emboscada se dispersaron alocadamente. Luciano consiguió burlar el cerco escondiéndose en un agujero. Al anochecer salió de su escondite y fue entonces que prefirió internarse en Nicaragua bajo el peligro de ser descubierto y apresado, antes que huir con menor riesgo por Honduras. La Guardia nicaragüense, sin embargo, siguió su rastro y en un momento de grave dramatismo Luciano se vio obligado a matar a uno de sus enemigos.

Justo cuando Luciano, acorralado por los guardias va a tirar del gatillo, aparece un grave y elocuente párrafo en el que se intenta definir ese instante en el que se recurre a la violencia.

"...en ese momento un hombre recorre a la inversa lo que ha costado trillones de siglos recorrer en sentido contrario, y sin saltar etapas pasa sobre el orgullo de la especie, la evolución de la especie, el origen de la especie; cruza las primeras erupciones y los hielos y el universal estado gaseoso, más allá, por debajo de toda cosa definible, hasta situarse en el supremo punto muerto, y desde ahí dispara hacia su tiempo, ineluctablemente destructivo o creador, y destruye o se procrea no solamente en el vientre de una mujer sino en el sumo vientre de la especie a la que está confinado, para exaltar o escupir con su lava ígnea, devastadora, tantas veces para escupirla antes de alabarla, pero nunca desde la paz doméstica, y corre hacia ese supremo punto muerto que para crear o matar, por siempre será violencia." (p185)

La violencia significa desandar el camino recorrido por el hombre, volver a la animalidad. Sin embargo, como el sexo ese impulso primario puede ser también creativo. Utilizada en el buen sentido la violencia puede estar al servicio de la vida y ser justificada.

La valoración resulta ambigua. A caso atacar un orden como el somocista constituye un acto creativo y vital pero disparar contra un Guardia convierte a Luciano, aunque sólo sea por un instante en un animal.

Después de largos días a través de las montañas, Luciano llega descalzo y hambriento a un poblado. Ahí es traicionado por un vecino y finalmente apresado.

Las torturas y el miedo abatirán la moral de Luciano que descubre de pronto que nunca había tenido el temple necesario para ser un verdadero revolucionario. Se siente como un niño y se compara con sus demás compañeros.

"...tal vez ellos -se dice a sí mismo- tengan las verdaderas armas" (p251).

Pero tampoco sus compañeros eran revolucionarios ejemplares. La mayoría se había alistado siguiendo un impulso aventurero

o por simple casualidad y casi ninguno lo había hecho por convicción.

"Unos habían aceptado por la mera oportunidad de viajar, ya fuera a Honduras o al Nepal, porque se habían propuesto labrarse un prestigio de trotamundos. Otros por escaparse de la fábrica, de la escuela, de una mujer embarazada o de sí mismos. Algunos por no verse separados del grupo de amigos con quienes habían convivido en una casa de huéspedes, o por imaginar que al verlos regresar con un rifle al hombro los declararían beneméritos con derecho a pensión. Una quinta y reducidísima clase, porque antes o después de abandonar el país creía haber aprendido que existe una violencia destructora de violencia." (p159)

Esa es la razón última del fracaso de la guerrilla, su inconsistencia y su irreflexiva espontaneidad.

El caso de César es muy semejante al de Luciano su modo de ser y su sensibilidad terminan llevándolo también a la muerte.

César siempre había sido raro y había terminado ganándose el rechazo de su padre y su familia. De niño regalaba todo lo que tenía y cuando llegó a la adolescencia se sintió atraído por La Viqui, un homosexual negro que era objeto de burla en el pueblo. Un día su padre, casi lo mata después de sorprenderlo con un delantal y una escoba barriendo la covacha de La Viqui. La intención de César, desbordado por unos oscuros sentimientos, había sido la de ayudar al negro. Igualmente repudiado e incomprendido, César pasaba el tiempo borracho,

robaba el aguardiente del expendio de su padre y dormía entre periódicos viejos bajo las maderas de la casa.

La novela subraya el atormentado mundo interior de este personaje:

"Bajo el tejido de sus párpados, el humor vitrio se le volvía espacioso... se le poblaba de sedantes configuraciones evocadas por él: seres casi humanos, bisagras rotas, postes sicalípticos, nombres con flagelo, bocazas suturadas, nombres pirograbados sobre una uña, polvos efervescentes que volaban en espirales, pieles disecadas, alas, alas enormes de moscas en cielo, de padrinos decrepitos, lenguas cercenadas por castigo..."
(p60)

Cuando César se da cuenta de que el sargento del pueblo ha deshonrado a Amanda, la hermana de Luciano, decide vengarla. Desafía absurdamente al sargento y éste le mata.

César es víctima de su inadaptación, de un comportamiento anormal que contradice las costumbres. Es como Luciano un subvertidor del orden. Con sus gestos humanitarios intenta redimir ofensas y su sensibilidad es ya de por sí una protesta. Pero a él -a diferencia de Luciano- no le hicieron falta lecturas previas sino que esos gestos simplemente le nacieron.

César es el contrapunto psicológico de Luciano, es el signo de que algo más profundo está cambiando en la historia. Hay un

cambio en el material de que son hechos los hombres, una manera distinta de sentir.

Plutarco, una vez en libertad intenta liberar a Luciano. Para ello, sacrifica lo único que le quedaba, la legua de tierra a lo largo del río San Juan, por donde había soñado que pasaría el magnífico canal interoceánico.

Con el dinero obtenido Plutarco se marcha a Managua. Pero los acontecimientos siguen otro camino. Cuando llega a la ciudad Luciano había muerto ya, al tratar de fugarse de la cárcel, y le entregan tan sólo el cadáver.

De regreso en Bluefields, el cuerpo de Luciano es puesto junto al de César. La novela termina con el velorio de los jóvenes.

Mientras los viejos, Plutarco y Barrantes gozaron de riquezas y poder a cambio de su sometimiento a las compañías norteamericanas, Luciano y César nacieron bajo el signo de un tiempo nuevo más humano e idealista pero imposible. Los viejos fueron ambiciosos, prácticos, serviles y disfrutaron de cuanto pudieron. A los jóvenes, sin embargo, su sensibilidad los conduce a la muerte.

3.2. El Valle de las hamacas (1970) de Manlio Argueta.²⁵

En El Valle de las hamacas a diferencia de Trágame tierra, la transformación de los jóvenes aunque presenta también un fondo psicológico se muestra, sin embargo, en su contexto social.

En esta novela, la toma de las armas se ve como el resultado de un largo proceso en el que la represión gubernamental ha jugado un papel determinante. Los personajes viven los hechos ocurridos en El Salvador en 1960, cuando las cargas del ejército reprimieron brutalmente huelgas y protestas populares y líderes obreros y estudiantiles fueron perseguidos y torturados. La decisión de los jóvenes a favor de la lucha armada, por lo tanto, es el resultado de algo más que de un impulso personal, sus vidas se ven implicadas en un fenómeno social, en una dialéctica de la violencia que los envuelve.

Como en Trágame tierra en esta novela los jóvenes tampoco son capaces de enfrentarse a los ejércitos gubernamentales y mueren en el intento. Pero El Valle de las hamacas es una novela más optimista que la anterior. Aquí se reivindica expresamente el heroísmo y el reclamo de la utopía de los jóvenes.

El Valle de las hamacas es una novela breve, construida a partir de fragmentos de distintos tiempos y situaciones, que cuenta la historia de un grupo de jóvenes inexpertos e

idealistas que pasan de la lucha estudiantil universitaria en El Salvador a la lucha armada contra Somoza en Nicaragua, donde son muertos por la Guardia Nacional.

La novela presenta un montaje innovador, utiliza el collage y el monólogo interior, con lo que ofrece una versión de los hechos nacida desde la conciencia de los personajes.

La acción se desarrolla simultáneamente en San Salvador y en las montañas de Nicaragua aunque unos hechos ocurrieron antes y otros después. En unos de los fragmentos se asiste a la vida universitaria donde el amor, la amistad, los libros, las manifestaciones, la represión y las torturas se confunden. En otros fragmentos se asiste a la misión guerrillera: los preparativos, el difícil avance de la columna a través de las serranías, el hambre, la emboscada, la huida y la muerte.

Mientras en los episodios que se desarrollan en San Salvador, la vida de los jóvenes gira entorno a la pasión por civilizar el país, en los que ocurren en las montañas lo que domina su ánimo es el presagio del desastre, el miedo y la impotencia.

Algunos personajes se presentan individualizados como Rosario y Raúl que descubren el sexo y el amor, como Mauricio que se acerca tímidamente a los demás o como el escéptico Decanito. Pero en términos generales se trata de personajes colectivos.

Los perfiles psicológicos delinean unas características que son más de grupo que de individualidades aisladas.

Distintos fragmentos de la narración van ofreciendo los antecedentes de la vida de los personajes. Las tardes en el Café de la Academia, el bullicioso apartamento donde no cesaban las discusiones y los discos, la facultad, el radio periódico y el suplemento literario.

Mediada la novela aparece el nudo de la acción: la represión de las manifestaciones y las torturas, que provocan, no mucho tiempo después, la partida hacia las montañas. El ejército reprime una protesta estudiantil, agrediendo sin discriminación a cuanta gente se encuentra a su paso. Los soldados irrumpen dentro de la Universidad -violando su autonomía- y apalean no sólo a los estudiantes sino al rector y otros decanos. Estos hechos ocurrieron en San Salvador el 2 de septiembre de 1960 y han sido narrados también por otros autores ²⁶.

En esta novela los hechos se narran desde distintos puntos de vista. A las declaraciones de los esposos Ramírez ²⁷, dos personajes que simplemente pasaban por la calle cuando se vieron agredidos, se suman otros fragmentos de otros personajes que completan la imagen violenta de la represión. En uno de ellos, por ejemplo, se ve a Mauricio buscar desesperadamente -bajo los disparos y en plena desbandada de la multitud- a su

hermana Rosaura quien se ha refugiado junto con una amiga en una iglesia; en otro se ve a los militares golpeando a una señora de edad y persiguiendo a unas colegialas para abusar de ellas. Los fragmentos más intensos, sin embargo, son aquellos en los que se reproducen partes del monólogo de un personaje que ha sido torturado y recobra el conocimiento en una celda después de las manifestaciones. Las palabras angustiosas y delirantes de ese joven, que habían comenzado a aparecer desde el principio de la novela y que después se sabrá que se trataba del propio Raúl, se repiten a intervalos hasta el final como un dramático leit motiv.

La represión de las manifestaciones del 2 de septiembre marcan el antes y el después en la vida de los personajes. Pero también estos episodios poseen un valor temático. Septiembre es el mes en el que se celebra la independencia del país y en el que se conmemora a los héroes patrios. Las protestas populares realizadas ese mes, desconocían de hecho los festejos y desacreditaban el culto a personajes y valores tradicionales. Constituían un desafío al discurso ideológico oligárquico, al tiempo que sugerían que nuevos valores y nuevos héroes nacían en el país.

En la novela hay una atención dirigida hacia esa crítica de los héroes. Para los jóvenes estudiantes es claro que la historia oficial ha enterrado en el olvido a los enemigos del poder y

en su lugar ha recordado a los cómplices. Se ha ofrecido por lo tanto una versión invertida de la historia, en donde los antagonistas del poder, que en su momento fueron los defensores de las causas justas, permanecen deshonorados. Al menos así lo expresa Raúl en un extenso monólogo:

"...héroes entorchados con plumones de pájaros extraños uniformes militares cosidos con hilo de oro el pecho afuera y una mirada feroz sólo como iluminación a las víctimas hundidas en pantanos de excretorias y sus retratos colgados en las paredes de los palacetes oficiales... esa es la historia del país mientras los diferentes cuelgan de los árboles amenazados por los zopilotes en las montañas no sin antes haberles sacado la masa encefálica esto es indiscutible así pasa con aquellos que tratan de cambiar la atmósfera de hedor por supuesto que Morazán y Barrios no tienen la culpa ni Aquino cuando la salvaje feudo-burguesía los colgó en las ramas de los árboles y los sacerdotes de la molicie descansaban sus rosados culos en los sillones de palacio con una carcajada estentórea cortada por eructos involuntarios..." (pp34-35)

Para Raúl, la coerción, la represión y la violencia han sido los garantes de un orden social injusto y de una oligarquía ignominiosa. Cualquier empresa correctiva, cualquier asomo de liberación traspasa, por el mero hecho de serlo, el límite abyecto de la historia prefijada e incurre por ello en culpa de muerte.

En efecto, la persecución y la muerte es lo que les acarrearán las protestas callejeras a los obreros y los estudiantes.

En la novela aparece un siniestro personaje, un torturador de las celdas del lugar donde encierran a Raúl, que no es del todo un personaje ficticio ²⁸.

"Dos años antes el Gato le había sacado el corazón a un comerciante sólo porque este debía cierta cantidad de dinero a uno de sus jefes; abrió con un cuchillo el abdomen del viejo, metió la mano hacia arriba, sus uñas rompieron las vísceras hasta llegar al corazón y lo extrajo con fuerza. Todo eso había sido publicado en los diarios en denuncia hecha ante los tribunales por un exjefe resentido, acusado de otro crimen; pero el Gato no apareció nunca en los tribunales y se dijo que había muerto asesinado por unos ladrones en acto de venganza. Sin embargo, el Gato vivía en el interior de la policía, en los sótanos..." (p119)

Los jóvenes universitarios se descubren en una difícil encrucijada: conscientes de un orden social aberrante y de la necesidad de cambiarlo, se sienten en la obligación de hacer algo, algo que no sea superfluo sino significativo, pero ello los coloca de entrada ante la secular violencia represora. Es un acorralamiento, entre sus ideas y el ejército.

"Al fin no eres un animal sin inteligencia; pero vives este mundo y ordenan para que vivas como un animal sin inteligencia." (p109)

El miedo está siempre presente en sus discusiones pero en lugar de desanimarlos los inflama, los lleva a confiarse en unos principios y a sacar unas conclusiones para ellos irrefutables.

Así por ejemplo se entienden los argumentos con los que Raúl se defiende de los ataques intelectuales del Decanito.

"Para mí la fiesta no ha empezado... está mejor que seamos el culo del mundo pues no hemos recibido la primera mensajera de la civilización que es la guerra; fíjate en Europa: sus ciudades destruidas, sus mujeres violadas; y pensar que nosotros con un terremotito de cincuenta muertos hacemos la gran colecta nacional cuyo dinero se roban los organizadores. Lo que ha hecho Osorio o pueda hacer Lemus no es nada comparado con lo que han sufrido otros pueblos; cuatro millones de judíos, imagínate, veinte millones de rusos y otros más europeos. Nosotros no nos vamos a ahogar en un vaso de agua... El día que a nosotros nos metan en ghettos, que las ciudades centroamericanas sean blanco de los superbombardes, ese día tendremos derecho a discutir la militancia política. Fíjate bien, digo sólo a discutir". (p86)

Para los personajes, la acción revolucionaria y el compromiso son necesarios, aún y cuando traigan consigo la violencia, pues representan la lucha por la civilización.

"...se participa en política no para contraponerse a unos cuantos salvajes sino para construir con base a nuestra propia convicción; haciendo aunque sólo sea lo mínimo, de tal manera que en vez de diez flagelados sean cinco; en vez de que se roben dos millones para un hospital de pobres que se lo roben de las asignaciones para el whisky de las recepciones oficiales." (p86)

Los jóvenes armados se proponen imprimir un sentido de moralidad a la sociedad, rehacerla.

Poco a poco la narración comienza a retomar la situación vivida por la columna guerrillera en las montañas. Su misión era

cruzar la frontera de Honduras y recuperar un lote de armas enterrado en el norte de Nicaragua. Simultáneamente se insertan fragmentos de tiempos distantes, recuerdos infantiles o discusiones acaloradas que permanecen aún en la mente de los personajes. Esto crea un especial contraste, las imágenes líricas o subjetivas, que aparecen intemporalmente, se contraponen a las frías y objetivas descripciones de los últimos momentos de vida de los guerrilleros.

El avance a campo traviesa es cada vez más difícil. Jorge se queda atrás para ayudar a caminar a Tomasito quien resiente en la caminata de una vieja lesión en la rodilla, de cuando jugaba al fútbol. El resto del grupo acampa en una cañada, decisión táctica que resultará fatal. De pronto otro fragmento retrotrae la acción y se ve a unos niños jugando cruelmente a enterrar al más débil de ellos o se ve al Decanito burlarse de la supuesta empresa armada de sus amigos. En otro de esos fragmentos, aparece la imagen de un niño amedrentado e incapaz de conciliar el sueño.

Desde otro punto de vista, puede apreciarse en la novela una especie de lamento por la inocencia perdida. Uno de los relampagueantes fragmentos recuerda la tarde casi olvidada en que Raúl y Miguel partieron desde San Miguel, su pueblo de provincia, hacia San Salvador en su primer año de universidad. El camino que entonces emprendieron resultaría irreversible.

Ingresarían en un mundo, el de los libros y la lucha estudiantil, que los transformaría y del que en breve les sería imposible huir.

El mismo amor de Raúl y Rosaura se ve ensombrecido por los peligros de la militancia política. En una ocasión Rosaura intenta retener a Raúl, evitar tal vez que se vaya a Nicaragua, y le implora entonces que le cuente cosas de su infancia, que vuelvan a ese tiempo feliz e irrecuperable donde habría sido posible su amor.

"Cuéntame cuando respiras el aire del río, cuando matas a las hormigas y te quedas en el suelo como si nada hubieses hecho... Cuéntame todas las cosas que hacías y miraban tus ojos, como esas batallas de los escarabajos a la luz del sol y los lagartos subiendo por sobre los tejados y mirando con fijeza por los saledizos como gárgolas pestañeantes..." (pp52-3)

Lo más intenso de la novela esta teñido de este lirismo. Los personajes tienen una idea negativa del mundo, pero a la vez una sensibilidad inocente.

En el fondo, Raúl y sus compañeros no han dejado de ser niños, es su ingenuidad la que se estrella contra el orden establecido. Así al menos se los había advertido el Decanito, profetizándoles que, con ser absolutamente inofensivos su radioperiódico y su práctica política, podían sin embargo acarrear un brutal castigo: "...es como hacerle cosquillas a

los huevos de un oso con una pluma de ruiseñor" (p83). Y cuando partían hacia Nicaragua, convencidos de ser los abanderados de la vanguardia, después de advertirles que estaban tratando de "construir un nuevo mundo con cuatro fusilitos", el Decanito se burló de su ufano heroísmo diciéndoles que "una bandera sólo debería servir para confeccionar ropa interior"(p31).

Durante la noche, la Guardia Nacional abre fuego sobre el campamento que había sido fácilmente rodeado en la cañada. Al parecer, las gentes de un poblado donde se habían reabastecido de alimentos los habían delatado. Grandes reflectores ayudan a las ametralladoras a acabar con los guerrilleros. La mayor parte de la columna muere en la emboscada sin haber logrado cumplir ni siquiera a medias su misión.

Este fracaso, sin embargo, no es visto ni antes ni después como una tragedia. Se trata de unas muertes en combate, pero de unas muertes llenas de esperanza.

Raúl y sus compañeros se sabían irracionalmente obcecados, incapaces de ver la realidad inmediata pero deslumbrados por un futuro posible:

"El fanático es un ciego con una idea en desarrollo, decían; pero el nuevo fanático era otro tipo de ciego, su ceguera sólo afectaba la visión de su alrededor, aún puede ver más allá... es como un largo túnel cuyo extremo

de luz se retira como si fuera una distancia con elasticidad." (p133)

El fanatismo es presentado como una forma de idealismo. Los personajes son conscientes de la insensatez de su empresa pero insisten en ella, firmemente convencidos de que para cambiar la trayectoria de la historia hacía falta precisamente la fe en la utopía.

"El motor que mueve a ese ferrocarril que llaman historia no es lo que aprendes en tus inercias intelectuales {Decanito}; lo que transforma al mundo es esa adolescencia en función social que mueve sus aspas en contra del viento y a favor del viento, como el viento del mar que viene del mar y va a dar al mar..." (p111).

La novela descubre en esa pasión que contradice el orden, la esperanza del país. Por ello recuerda a los héroes olvidados: a Morazán, a Barrios, a Anastasio Aquino y también a los primeros, a los príncipes indígenas que desafiaron en absoluta desigualdad a los conquistadores españoles:

"Don Pedro era un valiente por cuanto sobrepuso sus armas a la magia de los aborígenes; así, cuando vio volar a uno de los jóvenes príncipes no se desmayó sino que levantó el arma a la altura de los ojos y apretó el disparador; el joven príncipe dio una vuelta sobre los balsamares buscando un lecho donde caer, tropezó en el aire, herido de muerte con un aguijón en las alas y un trazo de sangre en la mañana de la demostración; desde entonces quedó un arcoíris para todos los que sueñan..." (p133)

Los jóvenes que ahora mueren en las montañas también en enfrentamientos desiguales no son otros que los descendientes de aquellos indígenas.

"Desde el primer día la oposición antilógica, el reto como conspirativa mortandad; una calidad heresiarca hasta la estupefacción; desde la especie primigenia como si un nuevo valor nos llevara a la destrucción o a la construcción..."(p138)

Por casualidad Raúl, Mauricio y Jorge sobreviven a la emboscada del ejército e intentan escapar. En la huida, sin embargo, Mauricio muere al caer en un barranco cuando ya había pasado el peligro y sólo los otros dos consiguen salir con vida de Nicaragua.

* *

Como se ha dicho antes Trágame tierra y El Valle de las hamacas presentan unas características básicas que con variaciones y desarrollos particulares, serían comunes al resto de las novelas de guerrilleros.

La estructura del argumento en ambas narraciones está construida a partir de tres situaciones fundamentales que llevan desde la refutación de la sociedad, a la conversión ideológica y de ahí a la acción revolucionaria.

Estas situaciones, e incluso su encadenamiento completo tal como aparece en Trágame tierra y en El Valle, se encuentran en otras novelas de guerrilleros.

El orden social es rechazado en su totalidad en cuanto que se encuentra desvirtuado por la injusticia y la inmoralidad. Los ataques están dirigidos contra la clase gobernante que es responsable de "una historia de vergüenza", como se señala en Trágame tierra y de "la corrupción y la barbarie" como se plantea en El Valle. En el resto de las novelas del ciclo se producen variaciones en los matices de las críticas a la sociedad, en la medida en que éstas se encuentran ligadas en cada caso a las ideas y las experiencias individuales de los personajes. En el fondo, sin embargo, estas críticas son coincidentes.

La conversión ideológica se consuma cuando los personajes funden sus vidas personales con la causa revolucionaria. En ese momento los protagonistas rompen con el papel social de su clase para asumir uno contestatario y subversivo. En Trágame tierra y en El Valle el tránsito se presenta sin conflicto, en otras novelas los personajes vacilan.

La acción armada resuelve en el plano práctico, la vocación revolucionaria de los personajes. Es la instancia en la que estos ven enfrentados sus ideales con la realidad y se les

hacen evidentes sus limitaciones personales, su incapacidad militar o la falta de apoyo popular. El fracaso de esta acción no representa, sin embargo, el fin de la lucha revolucionaria sino la necesidad de que ésta sea replanteada. En las novelas más positivas, como en El Valle de las hamacas, un fuerte optimismo se sobrepone a la muerte de los personajes.

En términos generales, puede decirse, que la trayectoria de los jóvenes de las novelas se desarrolla a contracorriente de la sociedad, es el resultado del choque de su historia personal con el orden social.

Trágame tierra y El Valle vinculan esta trayectoria a la adolescencia, a la psicología y las actitudes propias de esa edad. Este planteamiento se repite en otras novelas, lo mismo que el reconocimiento del valor fundamental del impulso subjetivo y emotivo que conduce a la acción revolucionaria.

El discurso anti-oligárquico, tanto como el carácter heroico de los personajes, las imágenes que los exaltan o el reconocimiento implícito de la nobleza de su causa evidencian con toda claridad la vocación revolucionaria de las propias novelas. Los autores, como se ha dicho antes, se encuentran situados del lado de los jóvenes guerrilleros. Las censuras y los cuestionamientos, funcionan como el contrapeso crítico, e invitan a la reflexión.

3.3 Una grieta en el agua (1971) de David Escobar Galindo.²⁹

En 1970 el salvadoreño David Escobar Galindo publicó Una grieta en el agua una novela que planteó el problema de la adolescencia de los guerrilleros, en unos términos semejantes a los de Trágame tierra y El Valle de las hamacas.

En Una grieta en el agua los personajes, situados ante la violencia que ellos mismos han promovido, descubren la vena juvenil, inconsciente y espontaneísta, que ha alimentado sus acciones.

La novela saca a relucir la psicología de los personajes en un momento de gran dramatismo. Se detiene en los instantes precisos en que una célula subversiva ha realizado un secuestro. Mientras los jóvenes retienen a un banquero en los sótanos de una casa, las dudas asaltan a la cabecilla, a Claudia, que se descubre de pronto atrapada en la situación que ella misma ha contribuido a crear. La policía puede matarlos por lo que han hecho o ellos pueden verse obligados a matar al banquero.

Claudia había actuado hasta entonces con un temple de líder que la había enorgullecido, confiada en la causa justa que la movía

actuar. Pero una vez implicada en un verdadero hecho de violencia sus convicciones se conmueven.

"No, no es lo mismo hablar -piensa Claudia- no era lo mismo leer libros con todo lo golpeantes que pudieran ser; no era lo mismo discutir alrededor de varios huacales de chilate y buñuelos bañados en miel, que sentir este sabor espeso -a ceniza- en el fondo de la boca..."(p96)

Claudia se da cuenta de que ella y sus compañeros se iniciaron como subversivos siguiendo unos ideales, pero se pregunta hasta qué punto había habido en ello un simple impulso juvenil. Habían fundado la célula una tarde, en la hacienda de uno de ellos y después de una abundante comida. Hijos de empleados públicos o de medianos terratenientes su actitud le parece ahora demasiado personal. Sus ideas políticas y sus acciones le parecen más la consecuencia de la búsqueda de un sentido para sus propias vidas que una respuesta social a una situación social.

"¿Seremos absurdos cronómetros simplemente lanzados a caminar, contra un aire huidizo y arenoso?. Y cada minuto que pasa es uno menos; cada minuto que pasa sin saber cuál es el sentido, cuál es la razón de todo esto, es una pérdida dolorosa, una gota que se apaga en la arena, y la vida es ese chorro hundiéndose en la porosidad sin raíces..." (p114)

Claudia advierte que queriendo vivir no han hecho más que convocar a la muerte. Recuerda unos versos de Quasimodo:

"Soy tal vez un niño
que teme a los muertos,
pero que a la muerte llama
para que lo libere de todas sus criaturas:
los niños, el árbol, los insectos:
de todo cuanto alberga corazón de tristeza."(p161)

El secuestro llega a convertirse en unas interminables horas de angustia para Claudia. Sus compañeros abandonan la casa y ella se queda sola al frente de la situación. La novela termina sin que se sepa cómo acabaron los acontecimientos. Cae la noche y la espera promete prolongarse aún más.

3.4 Caperucita en la Zona Roja (1977) de Manlio Argueta.³⁰

En 1977 el mismo autor de El Valle de las hamacas, Manlio Argueta, publicó su segunda novela Caperucita en la zona roja en la que volvió a ocuparse de los estudiantes subversivos. Aquí los jóvenes aparecen en un momento más avanzado de la lucha armada. Su iniciación en los conflictos ha quedado atrás y su militancia revolucionaria con el paso de los años ha comenzado a trastornar por completo sus vidas personales.

La novela presenta, en un complejo collage, la percepción atropellada de los acontecimientos que viven los personajes.

Alfonso y Caperucita se habían enamorado en una casa de huéspedes en la que coincidieran por casualidad en los primeros años de universidad, pero bajo la persecución permanente y las obligaciones de la lucha, su amor comienza a destruirse. Con otros estudiantes, Alfonso había participado en la publicación de un periódico clandestino, pero al resultar incesantemente acosados por los servicios de inteligencia del ejército, sus fáciles optimismos iniciales se ven sometidos a una dura prueba.

Alfonso se separa de Caperucita, a quien deja embarazada, para ir a unirse a las columnas armadas de las montañas. Una vez allá, sin embargo, termina enfrentándose con sus compañeros.

La evaluación de los fracasos y la imputación de responsabilidades habían hecho surgir enconadas divisiones en el interior del propio movimiento revolucionario. La novela se detiene en hacer ver el enfrentamiento mantenido entre las tendencias militares y las tendencias políticas del movimiento.

Siendo más un intelectual que un militar, Alfonso es partidario de la acción política, cree que el movimiento está obligado a ganarse el más amplio apoyo popular posible, aún y cuando éste no fuera siempre armado. No obstante, para el comandante de su columna, sólo contaban los hombres en armas, sólo la guerra era para él lo que podía hacer la revolución.

"...es necesario el pueblo todo -piensa Alfonso- he ahí el problema. Y el mío en particular. Manuel sostiene que la revolución debe hacerse con los cojones; yo digo que debe ponerse un poco -para ser modesto, un poco- de cerebro..." (p121)

Después de más de una década de fracasadas luchas guerrilleras, el comandante, sigue sosteniendo que "todo pueblo es una mierda si no tiene un fusil en la mano"(p123).

Alfonso termina castigado en una prisión subterránea que, como piensa él mismo, había sido construida en principio para los enemigos. El encarcelamiento de este personaje alude directamente al caso real del poeta revolucionario Roque Dalton, que unos años atrás había sido en efecto hecho prisionero y muerto por sus propios compañeros.

En la ciudad, Caperucita sobrevive al ametrallamiento de una manifestación por parte del ejército. Un nutrido grupo de estudiantes había sido acorralado en un puente cuando protestaba por el cierre de la Universidad. Estos hechos fueron reales, ocurrieron en San Salvador en 1975. El ejército escogió estratégicamente el puente y esperó a que la manifestación estuviera atrapada antes de disparar. ³¹

Los amigos de Alfonso, que continuaban publicando el periódico, son traicionados por el hermano de uno de ellos y apresados por el ejército.

Pasado el tiempo Caperucita da a luz una niña y cruza cartas imaginarias con Alfonso que por su parte hace lo mismo desde su cárcel subterránea.

"Hasta que no se está jineteando el caballo -piensa Alfonso- no nos damos cuenta de lo serio que son estas cosas... de mesón en mesón, de bus en bus, en la calle, te pegan un balazo y punto; sale tu foto en el periódico, un muerto más, adiós poemas queridos, vida cotidiana. Los muertos en las páginas de los periódicos, un cementerio tipográfico" (p213).

Comparada con El Valle de las hamacas -la anterior novela de Manlio Argueta- esta última resulta mucho más sombría. Si antes se había presentado la lucha de los jóvenes guerrilleros como el despertar de una esperanza histórica, ahora se intenta subrayar que lo más duro no es comenzar la revolución sino mantenerse fiel a ella.

3.5 ¿Te dio miedo la sangre? (1977) de Sergio Ramírez.³²

En 1977 Sergio Ramírez publicó ¿Te dio miedo la sangre? una obra que volvió a ocuparse de los sucesos de El Chaparral y de las primeras incursiones guerrilleras en Nicaragua. Con Trágame tierra y El Valle de las hamacas esta novela termina de conformar una especie de trilogía sobre esos hechos.

En ¿Te dio miedo la sangre? se recorre de un modo singular prácticamente toda la historia de Nicaragua bajo la dictadura hasta llegar a esas incursiones. La novela busca poner de manifiesto la gran importancia que tuvo el peso del somocismo en la aparición de esos improvisados amagos de rebelión. Para los personajes, los atropellos del dictador y sus esbirros, sumados a un sinnúmero de otras inexplicables calamidades, terminaron convirtiendo esas décadas de dictadura en una insoportable pesadilla. Los rebeldes de esta novela toman las armas en un gesto desesperado por librarse de esa situación.

La novela vuelve a los escenarios rurales siguiendo el curso de las vidas de los protagonistas. Como en un caleidoscopio van apareciendo distintas imágenes de tiempos pasados que se resuelven en un mismo presente. Todo ocurre simultáneamente. Taleno y sus hijos recorren como pobres buhoneros todo el país buscando fortuna; el Coronel Catalino López sobrevive a una emboscada de los hombres de Sandino y se convierte en un fiel servidor de la dictadura y en uno de sus verdugos; el doctor Rosales, que ganara limpiamente las elecciones para presidente, ve cómo el dictador se las roba con toda impunidad; en Guatemala un grupo de exilados planea amargamente incontables planes de rebelión; y en un bar a las orillas del lago Managua el trío Los Caballeros canta canciones tristes.

Una de las más elocuentes imágenes de dolor en la novela es sin duda la que presenta a la mujer de uno de los hombres de Sandino apegada a la cabeza decapitada de su marido. La resistencia irracional de esa mujer a aceptar su desgracia, resume de algún modo la actitud general del resto de personajes ante los padecimientos sufridos bajo la dictadura.

"No se apartó del cadáver -cuenta el Coronel Catalino López- ni cuando ordené acabar de desprenderle la cabeza para meterla en cal viva dentro de una alforja; al ver que se llevaban la cabeza tuvo un sólo instante de vacilación, decidiendo si se quedaba a velar el cuerpo o se movilizaba detrás de la cabeza; pero escogió la cabeza y se puso a montar guardia a la orilla de la alforja, ya amarrada en ancas de mi cabalgadura. Por leguas de leguas aguanté el tufo de la cabeza... y el llanto de perro apaleado de la mujercita que se puso en marcha a la cola del caballo sin aflojarnos nunca el paso ni dejar de gemir..."(p11)

La aventura de los jóvenes revolucionarios, situada aquí dentro del amplio marco de la historia del país, no presenta -como en otras novelas- la mediación de los libros ni de la universidad. Pero, en cambio, saca a la luz, con especial atención la carga emotiva y subjetiva que condujo a las rebeliones. La situación concreta es presentada en unos términos muy semejantes a los que fueron comunes en las demás novelas, los personajes son impulsivos e irreflexivos y el fracaso de sus empresas armadas es por ello estrepitoso.

Los hermanos Rosales, que son dos de los principales promotores de las incursiones armadas, se inician en ellas movidos por la indignación ante las injusticias que el dictador hiciera pasar a su familia y también movidos por otras fatalidades inconscientemente asociadas a ello. El episodio más traumático en su familia había sido el robo de las elecciones nacionales al abuelo, el doctor Rosales, quien terminó loco, dando su discurso de toma de posesión a las vendedoras de los mercados. Pero también había muerto el padre de una extraña y maligna enfermedad, y poco tiempo después el coronel Catalino López les había confiscado por deudas no pagadas la hacienda que tenían; no conforme con eso el mismo coronel les robó un concurso de belleza que había ganado la hermana menor. Es contra la suma de este conjunto indiscriminado de desgracias que los personajes terminan sublevándose.

Los giros rocambolescos de la historia familiar se confunden con los de la historia del país. El humor negro y la ironía de la novela muestran el lado burlesco de los hechos, aunque muchos de ellos poseen un referente real en la historia de Nicaragua. Las fraudulentas elecciones que se mencionan en la novela recuerdan las ocurridas en 1947. Y el comportamiento infantil del coronel Catalino López, imagen simbólica del dictador, recuerda la personalidad bien conocida de Anastasio Somoza ³³.

Los hermanos Rosales mueren al fracasar la aventura armada. Carlos muere en una primera intentona de revuelta en la que unos pocos revolucionarios, confiados en que iban a hallar el apoyo de muchos patriotas, se encontraron una vez emprendidos los ataques, prácticamente solos ante la Guardia Nacional. Mauricio muere después de un segundo intento de rebelión. Esta vez el grupo de revolucionarios fue sorprendido por el ejército del país vecino antes incluso de que hubieran penetrado en territorio nicaragüense. Mauricio y otros con él, huyen hacia Nicaragua donde la Guardia, sin embargo, los persigue por todo el país con un descomunal despliegue de fuerzas hasta que finalmente, delatados por una campesina, caen muertos a manos de uno de los hombres del coronel Catalino López.

A pesar de lo inverosímil de estas precarias invasiones, muchos de los detalles que aquí están ficcionalizados fueron ciertos. Los revolucionarios más de una vez pecaron de exceso de confianza en el apoyo de la población y de hecho la Guardia Nacional los persiguió ahí donde estuvieran con un alarde de fuerzas.³⁴

Al final, el balance de las peripecias de los personajes es negativo para todos. En la misma aventura armada de los Rosales muere también la mayoría de los exilados que estaban en Guatemala. Taleno, que de joven buscara fortuna como buhonero, llega a conseguirla bajo la sombra del coronel Catalino pero

sólo a cambio de perder al único de sus hijos que le quedaba, que muere como revolucionario. Para el propio coronel tampoco acaban bien las cosas. Los exilados, antes de morir, tuvieron la oportunidad de vengarse de él. La casualidad llevó al coronel a Guatemala y ellos en un burdel lo sometieron a innombradas vejaciones. También el trío de Los Caballeros acaba mal, deja de existir después de que uno de sus integrantes es asesinado en un pleito de cantina.

¿Te dio miedo la sangre? junto con Trágame tierra son las dos únicas novelas de guerrilleros que presentaron amplias visiones históricas de lo ocurrido. En ambas el recorrido comienza con el siglo para llegar a explicar el inicio de las primeras revueltas revolucionarias. Como las novelas del *boom*, estas aspiraron a ser totalizadoras -lo que no ocurriría en el resto de las novelas de guerrilleros, más espontáneas y fragmentarias.

En ambas novelas, al contar la vida de los personajes -la de la generación de los padres de los protagonistas- se recorren los acontecimientos más significativos de la historia del siglo en Nicaragua -aquellos en los que los personajes se vieron envueltos. En Trágame tierra se buscó mostrar cómo la historia del país se había entretejido en la sucesión de las distintas generaciones. En ¿Te dio miedo la sangre?, como se puede apreciar, se buscó totalizar la vivencia de las décadas de la

dictadura para mostrar que las revueltas de los jóvenes constituyeron su desenlace natural.

3.6 Los demonios salvajes (1978) de Mario Roberto Morales.³⁵

En 1978 el guatemalteco Mario Roberto Morales publicó Los demonios salvajes, una novela cuya acción vuelve a estar situada en los ambientes urbanos y universitarios que fueran más comunes en este tipo de novelas. Aquí el conflicto central es el de un joven que habiendo querido ser un revolucionario no consigue llegar a serlo. Walther, salido del mundo feliz e irresponsable de los jóvenes de clase media, es tocado en su sensibilidad social e intenta unirse a un grupo subversivo pero su cobardía, su apego a su vida personal y a las comodidades de su clase le impiden tomar las armas.

En la novela la historia es contada por las voces de los distintos personajes que intervienen, pero sobre todo por Roberto, uno de los amigos de juventud de Walther. Roberto recuerda en un tono festivo los desenfrenados años de colegio y universidad que vivieran juntos, y se compadece de Walther que pasado el tiempo sigue sufriendo los quebrantos morales de sus contradicciones.

Gran parte de la novela se va en la memoria divertida e irreverente de los años juveniles. Se reviven multitud de anécdotas: las clases de inglés con Miss Bianchi a quien la manada de amigos trataba de ver por debajo de la falda; los castigos del severo director y las profecías del profesor de matemáticas que anunciaba la llegada del comunismo; los enamoramientos tortuosos; los paseos a toda velocidad en automóvil o las narraciones de las borracheras, pleitos de cantina y aventuras en burdeles.

Una vez en la universidad, mientras el grupo de amigos sigue siendo igualmente irresponsable, Walther comienza su aventura de revolucionario.

Entra a estudiar medicina y descubre, como practicante en los hospitales públicos, los sufrimientos y miserias de la gente. Haciendo trabajo de proyección social en los barrios marginales, Walther queda impresionado ante las extremas condiciones de pobreza de los pobladores:

"...un bote grande sobre una hoguera. Algo hervía adentro, algo comible o bebible, siete niños, todos por tierra, uno con la pierna fracturada y sin caminar desde hacía varios días, los demás forzados a permanecer ahí por la lluvia, estaban terrosos, tristes -a metro y medio ya costaba distinguirlos con nitidez entre las ráfagas de humo... " (p83)

El descubrimiento de la pobreza, indesligablemente unida a la muerte, es lo que lleva al personaje a comprender el dramatismo de la vida. Un día llega a la morgue el cuerpo de un mecánico vecino suyo al que debe practicar una autopsia. Ante ese cadáver, que él mismo debía herir y manipular, su conciencia sufre un vuelco decisivo. Los pobres venden los cadáveres de sus muertos para que ellos, los futuros médicos, puedan hacer sus prácticas. Ese mismo día Walther busca a David, un guerrillero que conociera en la universidad y le pide que lo acepten en el movimiento.

Raras veces en la novela aparecen las palabras de Walther pero en este momento, en el que se produce el despertar de su conciencia social él mismo refiere lo que entonces sintiera:

"...en verdad, en verdad te digo, amor mío, que acá la muerte tuvo razón de subirse a los árboles y constituirse en objeto de la ética..." (p84)

El movimiento armado le ofrece la oportunidad a Walther de convertirse en revolucionario y lo someten a prueba. El miedo lo asalta, sin embargo, desde el primer momento. Por tres veces consecutivas los miembros de su célula lo llaman para que participe en una acción armada. Para suerte suya, en las tres ocasiones la acción es cancelada antes de realizarse. En la última ocasión Walther no encuentra valor suficiente y se niega a participar. Como resultado es echado de la organización.

El suceso marcó inevitablemente a Walther pues lo que en un primer momento naciera como una conciencia social acaba para él en mala conciencia. Su cobardía le devuelve otra vez a su mundo y a la vida cotidiana de los de su clase.

"Siempre había tenido miedo de decir no voy, y esa vez fui capaz de decirlo. Pudo más el miedo. Después David desapareció... y mi crisis llegó a su cima. Luego en la incertidumbre, pasaron los días y las noches, hasta que llegó inexorable, la tranquilidad de clase, las contradicciones de clase, los equívocos, las palabras... Todo se resolvió en un crisol de oro..."(p161)

Algo del revolucionario que quiso ser, sin embargo, permanecerá en su interior al acecho, a la espera de que él mismo vuelva a revivirlo. La novela termina mostrando a Walther en una exasperante paz conyugal. Su mujer le presiona para que se convierta en un hombre de éxito, mientras él sigue recordando su cobardía.

Esta es probablemente la novela que mejor ilustra el modelo bajtiniano de las "novelas de prueba" que antes se mencionara como ajustado para comprender la estructura narrativa de estos textos. En efecto, lo que la novela revela son las cualidades del personaje -su origen de clase, su sensibilidad, su falta de valor- ante la "prueba de fuego" de las armas -perfilada aquí con especial claridad. Pero si se atiende a la naturaleza de las acciones revolucionarias propiamente dichas de las demás novelas de guerrilleros -intentos de invasión, desafío del

ejército, secuestro, etc.- todas generalmente poseen este carácter de prueba para el personaje y constituyen, como señalara Bajtin, la "piedra de toque" de su psicología y su moral.

3.7 Album Familiar (1982) de Claribel Alegría.³⁶

Durante la década de los ochenta aparecieron tres novelas, Album familiar (1982), Despierta, mi bien, despierta (1986) de la salvadoreña Claribel Alegría y La mujer habitada (1988) de la nicaragüense Gioconda Belli, que siendo novelas de guerrilleros son también novelas de mujeres. Estas novelas se inscribieron claramente dentro de la literatura feminista de la región, no sólo por haber sido escritas por mujeres y porque las protagonistas de la ficción también lo son, sino porque contribuyen a crear una ideología positiva de la mujer.³⁷

El sólo hecho de que las autoras hayan sumado su punto de vista en la novelística de guerrilleros -hegemónicamente masculina- es ya un rasgo significativo, en cuanto que ello implica una superación de la tradicional inhibición de la expresión del discurso femenino. Pero más importante parece ser el hecho de que las protagonistas de estas novelas rompen con los roles tradicionales de sumisión y proponen unos modelos de comportamiento libres y activos. No quiere decir esto que las protagonistas profesen una ideología feminista integral, de

hecho su dependencia de los hombres es todavía grande, pero la evolución general de sus vidas se realiza en la dirección tenida como la más importante para la mujer. En este sentido, estas novelas deben leerse en una doble clave: la de la narrativa revolucionaria y la de la literatura femenina.

Album familiar es una novela corta que centra su atención en el momento justo en que se produce la conversión de una mujer para la causa revolucionaria. La protagonista es Ximena que descubre tarde la revolución pero que llega a estar dispuesta a cambiar su vida por ella.

La acción se desarrolla en París durante las mismas horas en que en Nicaragua un comando guerrillero toma por asalto el Palacio Presidencial. A pesar de la distancia, la causa de la revolución sandinista alcanza a Ximena a través de un primo suyo, Armando, un exilado nicaragüense que vivía ahí.

La novela muestra a Ximena llevando una vida gris en Europa. Se mantiene en buenas relaciones con su marido, un francés, pero vive agobiada por los problemas y los recuerdos familiares. Recientemente le han comunicado que un tío excéntrico y prepotente ha sacado sin motivo los huesos de su padre del mausoleo familiar. Nacida en la rama pobre de la familia Ximena había tenido que sufrir desde su infancia los atropellos incontables del rico tío Sergio. Estos desagradables

problemas ensombrecen la imagen amorosa que Ximena guarda de su tierra, un mundo que recuerda envuelto en la magia y la sabiduría de las palabras de su nana indígena Chus Ascat. Como emigrante que es, Ximena se encuentra fuera de lugar en Europa y quisiera reconciliarse con lo que ha dejado atrás.

Armando irrumpe intempestivamente en casa de Ximena a raíz de los hechos que en ese momento ocurrían en Nicaragua y sin habérselo él propuesto termina por cambiar la vida de ella.

La toma del Palacio Nacional ocurrió efectivamente el 22 de agosto de 1978 y marcó de alguna forma el arranque de la segunda y definitiva etapa de la lucha antisomocista³⁸. En la novela, Armando hace seguir paso a paso esta acción a Ximena a través de las noticias de la televisión, mientras él mismo le va haciendo comprender el sentido de la revolución. Pasado un día, la toma del Palacio ha acabado exitosamente para los rebeldes con el pago de un rescate millonario y la liberación de decenas de prisioneros de las cárceles. Para Armando, su exilio ha terminado pues decide regresar inmediatamente a Nicaragua a unirse de nuevo a las columnas armadas. Ximena, impresionada por todo lo que ha descubierto a través de Armando acabará uniéndose también a la empresa.

Armando le explica la situación de Nicaragua bajo la dictadura de Somoza y las perspectivas de los revolucionarios; le expone

el significado de lucha de clases que tiene la revolución; le ofrece incluso explicaciones clasistas del problema familiar que ella ha sufrido a causa del tío Sergio; le hace ver que al interior de su familia a pesar de ser parientes se reproducían los mismos conflictos de toda la sociedad entre poderosos y débiles. Pero sobre todo le cuenta de la crueldad del régimen y las torturas que él mismo padeciera antes de salir del país.

El pasaje más intenso de la novela es cuando Armando intenta explicarle el sentido que para él tiene el compromiso revolucionario.

"...la verdadera revolución -le dice- es la interna, esa revolución solitaria, íntima, que nos impulsa a dar el paso que sólo puede ser dado en silencio, por voluntad propia... de ahí en adelante no te importa tu pellejo; lo has dejado como una ofrenda a los que sobrevivan..." (p49)

Ximena, viendo lo que hombres como Armando están dispuestos a hacer por los demás, comprende lo mezquina y egoísta que ha sido su propia vida, y lo pequeñas e intrascendentes que resultan sus tragedias familiares comparadas con el drama de la sociedad.

Cuando Armando le pide una fuerte cantidad de dinero para poder regresar a Nicaragua, ella se lo concede aún sabiendo que su economía quedará en la ruina y que su marido se enfurecerá. Y

cuando Armando le pide que ocupe el puesto de representante del movimiento revolucionario en París ella acepta también, sabiendo que a partir de entonces su vida ya no volverá a ser igual. Aceptar ese cargo significa aceptar convertirse ella misma en una revolucionaria.

Desde el punto de vista femenino, la incorporación de Ximena a través de Armando al movimiento revolucionario, revela su tímida dependencia de los hombres, pero el desafío de su marido, sus decisiones independientes y el proyecto de vida que determina comenzar entonces, la orientan hacia su libertad y su realización personal.

Al final, Ximena queda exhausta en la banca de un parque después de lo mucho que ha vivido en tan breve espacio de tiempo. Siente ahora que su vida cobra un sentido que hasta entonces le había faltado y que sus grandes problemas se han disipado.

"Igual que todos estos africanos e hindúes, pensó, nada tenemos que hacer aquí. Debo también arrancarme la familia, mis temores, mis obsesiones pueriles..." (p56)

Después de sus conversaciones con Armando, Ximena se inclina por darle una dimensión social a unos problemas que antes sólo eran personales. Ahora ella no piensa en una venganza contra el tío Sergio sino en una justicia más amplia.

"Que los muertos entierren a sus muertos. Mientras tanto debo ayudarle a Armando, intentar hacer algo por el enorme pudridero de Centroamérica: ese sepulcro blanqueado donde los tíos Sergios y los Somozas se ocupan de quitarles a los pobres hasta el aire y acumulan riquezas a sus expensas para desaparecer al fin podridos por la gangrena" (p59).

Por otra parte, la propia Ximena se sorprende del cambio tan repentino que ha dado:

"Increíble cómo se puede cambiar en una noche. Algo pasa y ¡plaf! das una vuelta por el aire y cuando vuelves a caer ya no eres la misma. La vida puede y debe producir choques eléctricos, no tiene por qué ser una rutina letal y sin sentido" (pp56,57).

La vida personal de Ximena encuentra un verdadero significado cuando descubre la revolución. La fusión de su destino con el destino colectivo representa para ella su doble realización, como mujer y como revolucionaria.

No pasa desapercibido en esta novela, el ambiente alejado de los conflictos que rodea a la protagonista -un personaje por lo demás menos joven que los otros y que por su condición económica se puede entender que pertenece a una clase media relativamente acomodada. Tampoco hay una atmósfera de temor, ni de riesgo por la vida por parte de la protagonista. En este sentido puede decirse que esta novela presenta características atípicas, con respecto al relato más frecuente de las demás novelas -aunque en el fondo coincide en trazar la trayectoria

que lleva desde la sociedad burguesa hacia la empresa revolucionaria.

3.8 Despierta, mi bien, despierta (1986) de Claribel Alegría³⁹

En cierto modo, esta misma trayectoria es la que se narra en la siguiente novela de Claribel Alegría. En Despierta, mi bien, despierta la protagonista, que aquí es claramente una mujer de la clase alta, se enamora de un joven poeta revolucionario y su vida se trastorna. A diferencia de la novela anterior, en ésta la acción se encuentra situada en medio del terror y la violencia, y la protagonista resulta alcanzada por ellas.

El escenario es El Salvador a finales de la década de 1970, al que la novela consigue integrarse fluidamente con claras referencias históricas y a través de un montaje flexible y unos diálogos dinámicos que hacen que el discurso íntimo de la protagonista sea cruzado por otros discursos de distintas procedencias sociales.

Además del feminismo y la revolución, la historia de la mujer de esta novela se asocia también con el arte. Para Lorena, su aventura con el poeta revolucionario representa su liberación como mujer, el despertar de su conciencia social y la

realización de una vocación personal por la literatura, vocación que hasta entonces ella había postergado.

La novela comienza en *media res* y a partir de un texto -una novela que escribe Lorena- que encaja dentro del texto mayor dominado por la narración monológica en segunda persona también de Lorena.

Se sabe por sus propias palabras que tiene cuarenta y dos años, que está casada con un rico empresario y hacendado con quien tiene dos hijos que estudian en Europa y que sus días transcurren entre los cursos libres de literatura que recibe en la Universidad y las visitas a su madre en un pueblecito campesino cercano a la ciudad.

Cuando la acción empieza, su mundo muestra ya claros signos de desestabilizarse. Se encuentra enfrentada a su marido que se opone a que vaya a la Universidad; su vida social y sus propias ideas han comenzado a circular en sentidos contrarios: en la dirección tradicional de su vida hogareña y burguesa, y en la nueva de las ideas revolucionarias y la lucha social. Al mismo tiempo, en sus ratos libres, escribe una novela sobre sus relaciones ilícitas con Eduardo, el joven poeta.

Ocupan un lugar especial en la novela estos desenfadados encuentros amorosos en los que los amantes mezclan el sexo con

el vino, la música y la poesía. Para ambos, sus citas representan un espacio de libertad personal. Eduardo, que es el responsable de una publicación subversiva, hace también a un lado sus obligaciones para verse con ella, lo cual - naturalmente- no es visto con buenos ojos por sus compañeros.

A pesar de haber estado casada durante veintiún años, Lorena dice haber descubierto hasta entonces el verdadero sentido de la sexualidad, y siente un rechazo profundo hacia su marido y hacia los prejuicios machistas en virtud de los cuales le fuera negado ese placer.

En el transcurso de aproximadamente un mes -entre el 25 de julio y el 30 de agosto de 1977, según va anotando Lorena en un diario personal- puede apreciarse cómo la violencia va cerrando sus círculos entorno a ella. Un hombre es asesinado en una carretera poco después de que ella pasara en automóvil, víctima aparentemente de un asalto común. Unos días más tarde, en Suchitoto, el pequeño pueblo donde vive su madre, se enteran de que quince trabajadores de una plantación de caña fueron asesinados por haber hecho una huelga.⁴⁰ Lorena se conmueve ante estos hechos pero su asombro ante la magnitud de la violencia que la rodea aún habría de crecer. Pasados tan sólo unos días, un diario norteamericano revela que nueve guerrilleros habían sido guillotinado en una instalación para destazado de reses propiedad de Ernesto, su propio marido.

Lorena, que cree conocer bien a Ernesto, no piensa que éste tenga responsabilidad alguna, y en cambio está casi segura de que el culpable es Fernando, un siniestro empleado. Para Lorena no puede haber sido otro sino este personaje que reúne sólo cualidades negativas: a pesar de haber salido de las clases populares es contradictoriamente un obcecado anticomunista, ignorante y cruel, y además un machista libidinoso. La certeza de que él es el responsable, le viene a Lorena de haberle visto poco antes cuando se presentara en su casa para chantajearla. Él la había sorprendido con su amante en un bar, lo cual le había dado pie para tomarse libertades con ella. Despechado, este personaje le delatará después ante su marido.

El episodio de los guerrilleros decapitados establece una clara referencia ⁴¹ con respecto a la realidad del momento en que se sitúa la novela, y es vinculado además a la figura histórica de Monseñor Oscar Arnulfo Romero. En la ficción, Lorena preocupada por la noticia de esas muertes acude a él, que es amigo de la familia y reconocido defensor de los derechos humanos. En vista de que la prensa nacional guardaba silencio y no divulgaba lo ocurrido, Monseñor -que ya se había enterado por otras fuente- le dice que ha decidido denunciar los hechos públicamente en una homilia próxima. Sin que sea narrado en la novela, es sabido que Monseñor sería asesinado después por revelar casos como éste.

A raíz de este encuentro, Lorena se ofrece voluntariamente para colaborar con la labor de Monseñor Romero, asumiendo de este modo un compromiso más serio con sus ideas sociales.

Su vida personal, sin embargo, sufre un giro radical poco después, cuando a través de un anónimo Fernando pone al corriente a su marido de su relación con el joven poeta. Esto provoca una escena violenta en la que su marido la insulta y abofetea. Lorena decide entonces abandonar la casa y acabar con su matrimonio.

Su vida, por tanto, llega al momento prefigurado e inevitable en que la anterior duplicidad ya no tiene cabida y en que ella debe asumir su propio camino. Es una decisión, además, que debe tomar sola. Su amante se ha ido a cumplir una misión clandestina y no encuentra con quien hablar. Empaca unas maletas y se va a casa de su madre, a quien tampoco encuentra. En su soledad, Lorena reflexiona sobre lo que le ocurre. Antes había sido consciente de que su mundo personal se transformaba:

"A veces siento como si estallaran terremotos dentro de mí... como si mis placas terrestres estuvieran en desacuerdo y chocaran las unas contra las otras constantemente..." (p54)

Sentía, según sus palabras, que poco a poco era "expulsada de sí misma". Ahora sabe que la "mascarada" ha terminado y que debería ser capaz de asumir su propia personalidad:

"Siempre me fascinaron las máscaras, los bailes de antifaces... me sentía más libre escondiéndome detrás de ellas y ahora se han vengado, se apoderaron de mí. Me resulta difícil saber cuál es mi propio rostro." (p63)

No obstante, Lorena se siente contenta y finalmente liberada:

"Eres libre, libre, te habías salido de la línea recta que te habían enseñado a caminar y descubrías que las desviaciones eran peligrosas pero mucho más estimulantes." (p66)

Frente a su marido, que la ha humillado, siente la plena satisfacción de al menos haberle sido infiel, de haberle "puesto bien los cuernos" (p58). A su amante no piensa exigirle nada, sabe que ella envejecerá pronto y quiere simplemente vivir el momento: "este ahora que es todo lo que tengo" (p64). En cuanto a su nuevo compromiso con sus ideas sociales, sabe que ella cada vez más se parece a Quique Alvarez, otro conocido de la familia tenido por todos por un "traidor de su clase" (p34). Esto no significa, sin embargo, que Lorena hubiera dejado de ser completamente lo que era, a fin de cuentas una mujer individualista. Confiesa que en el fondo desearía huir idílicamente con Eduardo a Europa. Este viaje, que antes

acariciara para ella sola, ahora quisiera compartirlo con él pero siempre como un disfrute personal:

"Me gustaría ir con él a una ciudad llena de parques donde nadie nos conociera, llena de plazas y de puentes y ver pasar los barcos. A París, por ejemplo. A París en otoño y ver caer las hojas muertas." (p71)

Al día siguiente, que por casualidad es el de su cumpleaños, su madre y las cariñosas criadas de la casa la levantan de la cama cantándole *Las mañanitas*, la canción de la que se extrae el título del libro -Despierta...- que con toda claridad alude al proceso interior seguido por el personaje.

Sin embargo, no todo ha terminado entonces. Después de un día apacible en casa de su madre y después de su clase en la Universidad, Lorena encuentra en el asiento de su automóvil y envuelta en hojas de periódico, la cabeza de su amante. Lorena había pensado pasar a buscarlo por su apartamento por si había regresado, o para dejarle una nota. El hecho monstruoso de encontrar su cabeza era algo que jamás habría esperado:

"La cabeza de Eduardo, con los cabellos revueltos y el rostro lívido te miraba con ojos desorbitados." (p81)

Este descubrimiento cierra la novela. Como los otros subversivos, Eduardo ha sido decapitado por las sierras del marido. Como antes, pudo ser él o pudo ser el empleado. En todo

caso es un evidente castigo para ella. A partir de este momento, Lorena no podrá ser feliz, aún conquistando su liberación.

Comparada con la novela anterior, en ésta hay un mayor realismo, la violencia forma parte de la trama y la aventura personal, como se decía atrás, resulta directamente vinculada al acontecer concreto. Aunque trata sobre una semejante transformación de la conciencia social de un personaje de la sociedad burguesa, los planteamientos son más complejos, la trayectoria no es tan lineal y los cambios del personaje son paulatinos y relativos. La narración apunta en distintas direcciones, hacia la liberación femenina, hacia la realización personal a través del arte, del compromiso social o del amor, y tras todo ello hacia una especie de vitalismo.

Es importante además, el auto-cuestionamiento de la naturaleza del relato, de su individualismo y su carácter sentimental. La propia Lorena, en tanto que escribe una novela sobre su aventura, va haciendo observaciones acerca de su trivialidad comparada con los dramáticos hechos de violencia social de que ella misma es testigo:

"Qué absurdo. Decapitan a nueve hombres en San Salvador, supuestamente en el matadero de mi marido y yo empeñada en escribir una insulsa novela de amor" (p49).

"¿Qué interés puede tener la historia de una señora burguesa casada con un millonario que de pronto despierta a la realidad porque se enamora de alguien que no es de su clase" (p80).

Este tipo de observaciones señalan los límites del individualismo del texto que la propia novela intenta superar y hacen explícita una búsqueda de formas narrativas más abarcadoras de la realidad social.

3.9 La mujer habitada (1988) de Gioconda Belli.⁴²

La mujer habitada narra también la historia de la conversión revolucionaria de un personaje de clase alta. La novela está basada en hechos reales y está dedicada póstumamente a Nora Astorga, quien participara en 1978 en el secuestro y muerte del General Reynaldo Pérez Vega. Este hecho y otros también reales, son libremente recreados ⁴³. El interés se centra sobre todo en las transformaciones que se producen en la conciencia y en las actitudes de la protagonista, una mujer surgida de la aristocracia nicaragüense.

El título de la novela hace referencia a un elemento mítico que se entreteje con la narración de los acontecimientos. A un discurso que viene del pasado a encontrarse con Lavinia, la protagonista. Este discurso recoge la voz de una mujer india

y guerrera que cuenta su vida, la lucha con los españoles y cómo siglos después ha renacido en un naranjo del patio y en la conciencia misma de Lavinia. Esta voz la acompañará sin ella saberlo, en su proceso de incorporación a la insurrección y constituirá implícitamente una apología del renacimiento cíclico de los héroes.

Cuando la novela comienza, se sabe que Lavinia ha regresado de Europa donde había sido enviada a estudiar por su familia pero por serias diferencias con el enrarecido mundo de sus padres, ella se había independizado y ejercía su profesión. Antes de iniciarse en la revolución, por tanto, Lavinia ya era un personaje inconforme.

Lavinia entra en contacto con el movimiento subversivo a través de Felipe, su novio, a quien conociera en la empresa de construcción donde ella trabajaba como arquitecta. Ella desconocía que Felipe pertenecía a la organización pero una noche él se presenta en su casa con Sebastián, un importante dirigente revolucionario que pocas horas antes había sobrevivido a una emboscada de la policía. Al ver desangrándose a Sebastián, Lavinia acepta darle refugio empujada por un elemental humanitarismo. Sin quererlo, sin embargo, ella da un primer paso en un camino sin retorno hacia su compromiso con la revolución.

A diferencia de la novela de Claribel Alegría, aquí el amor por un revolucionario no se convierte en compromiso social sino por casualidad. En realidad, Felipe le había ocultado deliberadamente a Lavinia sus actividades subversivas con el fin de evitarle peligros. A pesar de este importante incidente quiso, sin éxito, seguir manteniéndola al margen. Lavinia, sin embargo, profundamente impresionada ante el descubrimiento de la violencia, reacciona compulsivamente contra ese gesto de sobreprotección.

Desde ese momento se desencadena en ella su transformación interior. Se da cuenta de que hasta entonces había sido indiferente a la situación social del país, que su concepción del mismo era falsa e idealizada, que había ignorado la violencia armada y la violencia de la miseria que la rodeaban.

Movida por una angustiosa curiosidad intenta comprender mejor la situación y los objetivos de los revolucionarios. Ante el hermetismo de Felipe, se dirige a Flor, una enfermera también militante, que había atendido a Sebastián en su casa. Ella le facilita libros y propaganda del movimiento.

Su interés se acrecienta al descubrir el heroísmo con que sus nuevos amigos intentan cambiar el orden de cosas.

"¿Sería lícito pensar así? se preguntó, ¿recrear el mundo, rehacerlo de la nada? Peor, pensó, peor que de la nada; ¿rehacerlo desde el lote donde se echa la basura, el terreno baldío donde se acomoda la chatarra y los desperdicios? ¿Sería lícito, racional que existieran en el mundo personas capaces de inventarlo todo de nuevo con tanta determinación; desglosando la tristeza en menudos párrafos, delineando la esperanza punto por punto como en el programa del movimiento...?" (p104)

A diferencia de los personajes de Claribel Alegría, Lavinia recorre su camino hacia la revolución en solitario, ayudada apenas por otra mujer.

Imperceptiblemente Lavinia comienza a colaborar cada vez más con los subversivos y su simpatía hacia ellos crece poco a poco. En un momento dado ella se siente ya cómplice de la revolución pero no puede evitar que la asalten dudas y verse sumida en dolorosas contradicciones morales y psicológicas.

En una ocasión, en un hospital público y frente a las colas de gentes pobres que esperan, se le impone con toda claridad la enorme distancia que la separa del pueblo con el que ha pensado comprometerse. Ve las hileras de pies sucios y rotos, "grotescos" en su miseria y los compara con los suyos de una cuna más acomodada.

"...finos, blancos, asomando por la sandalia de tacón, la sandalia marrón suave, cuero italiano, las uñas rojas. Eran lindos sus pies. Aristocráticos. Cerró de nuevo los ojos. Ella se había comprometido a luchar por los dueños de los pies toscos, pensó. Unirse a ellos. Ser una de

ellos. Sentir en carne propia las injusticias cometidas contra ellos. Esa gente era "el pueblo" del que hablaba el programa del movimiento. Y sin embargo, allí junto a ellos en la sala de emergencia sucia y oscura del hospital, un abismo los separaba. La imagen de los pies no podía ser más elocuente. Sus miradas de desconfianza. Nunca la aceptarían pensó Lavinia. ¿Cómo podrían aceptarla alguna vez, creer que se podía identificar con ellos, no desconfiar de su piel delicada, el pelo brillante, las manos finas, las uñas rojas de sus pies...?" (pp146,147)

El devenir de los acontecimientos vendría a favorecer las decisiones de Lavinia y su afirmación como militante.

De su opinión primera de que los subversivos eran una especie de "quijotes tropicales" pasa a admirarlos por su valor y por una especie de sabiduría desapasionada que advierte en ellos -sobre todo en Sebastián que es ya un hombre maduro. Le compara con un robusto árbol e incluso le parece percibir un "ruido de hojas" cuando camina. Esta asociación de los revolucionarios con los árboles está emparentada con la vuelta a la vida de la guerrera india en el naranjo del patio y en la propia protagonista. Alude a la doble presencia, humana y mágica, detrás de cada revolucionario.

Lavinia es integrada definitivamente en el movimiento y se familiariza con todas las complicadas reglas de seguridad que debe seguir. Toma un sobrenombre y es incluso entrenada militarmente. Pero no será hasta después de la muerte de

Felipe, su novio, que ella se sentirá realmente una militante y preparada para participar en una acción armada.

Como fuera frecuente en el resto de novelas de este tipo, aquí el proceso de conversión revolucionaria es largo y conflictivo, y se produce en un ambiente de peligro y muerte.

Por casualidad Lavinia queda situada en una posición estratégica para el movimiento subversivo. Un importante General del ejército contrata los servicios de la agencia de arquitectos donde ella trabaja para que prepare los planos y dirija la construcción de su nueva casa. Lavinia es nombrada por el jefe para que realice ese trabajo. A pesar de sus reticencias iniciales, pues se trataba de un conocido verdugo de la dictadura, -del General Vega responsable de las operaciones de contrainsurgencia en el país- Sebastián y los demás miembros del movimiento le hacen ver lo importante que resultaba tener acceso a cualquier información sobre los hombres del Estado Mayor y la obligan a aceptar.

Lavinia hace los planos para la compañía y entrega copias a los subversivos que comienzan a concebir un posible asalto de la casa.

Durante las tareas de construcción y al tener que relacionarse con la familia del General, Lavinia llega a sentir repulsión

hacia la élite gobernante -vulgar y corrupta- con la que siempre se había codeado y hasta había tolerado.

Los subversivos deciden tomar la casa, el día mismo de su inauguración, pero excluyen a Lavinia. Un día antes de la acción muere Felipe. Se le había encomendado que robara un taxi para utilizarlo como transporte y el conductor se había resistido y le había herido mortalmente con un disparo. Lavinia ve morir a Felipe. Conmovida e indignada suplica a Sebastián que le permita tomar el lugar de su novio en la acción.

Durante el asalto la entereza y el eficaz desempeño de Lavinia resultan admirables, incluso para ella misma. La casa es tomada con importantes personalidades dentro, a las que retienen como rehenes. La operación resulta exitosa pues por primera vez la dictadura se ve obligada a negociar con los subversivos.

No obstante, cuando todo parece a punto de resolverse, Lavinia se ve obligada a disparar contra el General Vega quien a su vez dispara contra ella y ambos mueren. En el fugaz instante en que jala del gatillo, sin embargo, ella toma conciencia por primera y única vez de todo lo que en su sangre había renacido y que le anunciara en su inconsciencia la voz de la india.

"Lavinia sintió en el tumulto de sus venas, la fuerza de todas las rebeliones, la raíz, la tierra violenta de aquel país arisco e indomable..."(p137)

En el momento crítico, la misma india ha ayudado a Lavinia a jalar del gatillo, con lo que se cumple el mito del renacimiento de los héroes.

Como para los personajes de Claribel Alegría, para Lavinia su experiencia revolucionaria la había llevado por el camino de su realización personal. Lavinia, sin embargo, muere pero esto no representa un fracaso. Con su muerte cobra vida un destino histórico. La novela hace ver la revolución como algo que sobrepasa los destinos individuales que la alimentan. A pesar de su muerte, queda en ella la satisfacción de haber sido un eslabón de la cadena que enlaza a los combatientes de todos los tiempos; la lucha revolucionaria sobrevivirá a su muerte y otras experiencias como la suya se repetirán.

3.10 El esplendor de la pirámide (1986) de Mario Roberto Morales.⁴⁴

Durante la década de los ochenta, junto con estas novelas de mujeres, se publicó también El esplendor de la Pirámide (1986) de Mario Roberto Morales, una novela que volvió a tener un punto de vista masculino pero que continuó ahondando en problemas semejantes.

Estas cuatro novelas son en realidad pocas para toda una década. Para entonces, como más adelante se comentara, ya el auge de la narrativa testimonial era significativo, mientras que el número de las novelas de guerrilleros comenzaba a decrecer.⁴⁵

A diferencia de las novelas de mujeres anteriores, El esplendor de la Pirámide, segunda novela de Mario Roberto Morales, se centra no en la conversión revolucionaria sino en las vacilaciones del personaje. En esta novela se narra una historia de amor en la que la guerra junta a dos personas para después separarlas violentamente. Aquí los desgarramientos de las vidas personales provocados por las vicisitudes de la guerra ponen a prueba la fe en la revolución y la entereza del personaje.

La historia se desarrolla en México donde un revolucionario guatemalteco, llegado ahí a cumplir una misión clandestina, conoce a Pirámide, una joven mexicana que le da alojamiento. Entre ambos se produce una doble atracción, de parte de ella hacia la lucha del revolucionario y de él hacia el modo de vida agradable y placentero de ella. Se enamoran y por un instante sus mundos se tocan pero luego cada uno es devuelto a su lugar y el amor se rompe.

Al revolucionario le cautiva la ligereza y desenfado de Pirámide y sobre todo su apacible hedonismo. El estilo de vida de ella es despreocupado y relajado, librado a sus apetencias personales. Para ella la política y los conflictos sociales no constituyen sino un trasfondo lejano. Es además una mujer sexualmente desinhibida que trata de liberarse de la sombra de su exmarido. Es ella quien se ofrece al revolucionario en un gesto que se convierte después en amor verdadero.

El le hablará de su guerra que en ese entonces atravesaba unos tiempos difíciles. Los guerrilleros guatemaltecos habían conseguido volver a asentarse en las montañas y libraban duros enfrentamientos contra un ejército cada vez más genocida. La población indígena de las sierras era atropellada y asesinada por las operaciones de "tierra arrasada" del ejército. Desde las ciudades se colaboraba con las guerrillas y él estaba vinculado a la lucha a través de una de las redes logísticas de apoyo.

Interesada por el mundo de violencia en que él se mueve, Pirámide le pregunta ingenuamente si cree en Dios. Él, en esa ocasión, le revela una de sus creencias más profundas.

"El Poder Superior puede ser (...) la historia misma y sus tendencias, su ritmo, su vocación revolucionaria..."
(p37)

Cree que si alguna divinidad existe, ésta se encuentra en la historia, en esa fuerza dotada de designio positivo que transforma a los hombres y a las sociedades para llevarlos hacia situaciones cada vez mejores.

Este principio, sobre el que descansa su militancia revolucionaria, será el que se verá puesto a prueba en los acontecimientos que entonces sobrevienen.

Un mes después de vivir juntos, el revolucionario asiste a una cita con un contacto. La cita resulta una trampa porque el otro compañero guatemalteco ya había sido capturado. Los policías mexicanos obligan al revolucionario a que les entregue a Pirámide que es también encarcelada. El sentimiento de culpa se apodera de él y se lamenta profundamente por haber involucrado a la joven.

Después de ser golpeado y su compañero torturado, teme que, víctima de su absoluto desconocimiento, Pirámide sea maltratada inútilmente o violada por los interrogadores. En un intenso monólogo, busca justificar lo que hace pasar a la joven y, sin otra fe que sus creencias revolucionarias, recurre a ellas.

"...la Historia es nuestra, la tendencia universal va con nosotros, aunque en este momento pareciera que todo se voltea..." (p130)

La razón que justifica los sacrificios por la revolución se encuentra, según él, en el designio positivo de la Historia. Los sufrimientos personales sólo en apariencia son derrotas, pues la suma de todos esos esfuerzos se encadenan irreversiblemente hacia algo mejor. Sus palabras llegan a ganar un sentido casi religioso.

"Recuerda a Lao Tse: La gran perfección tiene que aparecer imperfecta para que sea infinita en su efecto...La gran rectitud tiene que aparecer quebrada... el claro sentido aparece oscuro, el sentido de progreso aparece como regreso..."(p130)

"...el sacrificio no tiene por qué ser siempre un sufrimiento, debe ser más bien motivo de gozo interior..."(p124)

Los planteamientos en que encuentra fuerzas este personaje son semejantes a los que antes habían aparecido en las otras novelas, pero aquí resultan ensombrecidos por la situación en que se evocan. Aunque para el revolucionario son totalmente válidos y él se confirma en ellos, para Pirámide resultarían extraños. Ella es inocente y ajena a la lucha.

El encarcelamiento se prolonga por varios días. Él enfrenta con inteligencia los interrogatorios y consigue evitarse los malos tratos sin revelar información importante. El otro guatemalteco se muestra, sin embargo, más duro y es torturado.

Pirámide no sufre ningún daño y poco después es puesta en libertad bajo la advertencia de no volver a establecer contacto con el revolucionario.

Una vez concluidos los interrogatorios, los dos guatemaltecos son expulsados de México. El revolucionario sube al avión sin haber podido hablar con Pirámide. Unos días después le escribe una carta desde Costa Rica. La novela termina sin saberse si hubo respuesta.

La policía mexicana no hace más que devolver a cada uno a su lugar. A Pirámide a su apartamento y su vida sosegada y a él a su vida clandestina de guerrillero.

La esfera del disfrute de la individualidad y la del compromiso social, que son en definitiva los mundos que se tocan, resultan en esta historia irreconciliables. No sólo lo que es válido en un ámbito puede no serlo en otro, sino que las fuerzas que mueven esos mundos parecen tirar en sentidos contrarios.

Notas al Capítulo Tres

1. Trágame tierra fue publicada por la Editorial Diógenes de México, El valle de las hamacas por Editorial Sudamericana de Argentina y ¿Te dio miedo la sangre? por Monteavila Editores de Venezuela.
2. Con respecto a la narrativa cubana: MENTON, Seymour La narrativa de la revolución cubana Madrid, Playor, 1978; RODRÍGUEZ CORONEL, Rogelio "La novela de la revolución cubana en sus primeros años" Novela de la revolución y otros temas La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1983; con respecto a la crítica de las novelas centroamericanas, las referencias se presentan más adelante en el texto.
3. MENTON, Seymour La narrativa de la revolución cubana Op. Cit. pp14, 15
4. FEO, José Rodríguez cit en MENTON, Seymour La narrativa de la revolución cubana Madrid, Playor, 1978 p21.
5. Id. p21
6. ARIAS, Arturo Literatura y sociedad durante la revolución guatemalteca 1944-1954 La habana, Casa de las Américas, 1979.

7. MORALES, Mario Roberto "La nueva novela guatemalteca y sus funciones de clase: la política y la ideología." Tragaluz número 11, Tegucigalpa, 1986 pp21-24.
8. Id p26.
9. Id p27.
10. GALICH, Franz "El proceso narrativo guatemalteco posterior a Miguel Ángel Asturias" Izolkin año I, Vol. I, número 21, Guatemala 1987 p167
11. SKARMETA, Antonio "Al fin y al cabo, es su propia vida la cosa más cercana que cada escritor tiene para echar mano" en AA.VV. Más allá del boom, literatura y mercado México, Marcha Eds. 1981 p283.
12. BAJTIN, Mijail "Hacia una tipología histórica de la novela. La novela de educación y su importancia en la historia del realismo." en Estética de la creación verbal. México, SXXI, 1982. pp202, 203, 206.

13. FRANCO, Jean "Memoria, narración y repetición: la narrativa hispanoamericana en la época de la cultura de masas" en AA. VV. Más allá del boom, literatura y mercado Op. Cit. p121.

14. MENTON, Seymour Op. Cit. pp20, 24, 43.

15. MENTON, Seymour p43. El propio Menton señala la presencia del existencialismo tanto en Onetti, Fuentes y Carpentier como en autoras centroamericanas como Carmen Naranjo. Esto último en MENTON, Seymour "La narrativa centroamericana (1960-1970)" Nueva Narrativa Hispanoamericana 2:1, enero 1972 Madrid p127.

16. SWINGWOOD, Allan Novela y revolución México, Fondo de Cultura Económica, 1988 p61.

17. Lukacs influido por el pensamiento de Hegel definió al héroe problemático y a la novela en los siguientes términos: "Lo heroico se hace polémico y problemático: ser héroe no es ya la forma natural de existencia de la esfera de la esencia, sino un levantarse por encima de lo meramente humano, tanto de la masa como de los propios instintos... La novela es la epopeya de una época para la cual no está ya sensiblemente dada la totalidad extensiva de la vida, una época para la cual la inmanencia del sentido de la vida se ha hecho problema pero que, sin embargo, conserva el espíritu que busca totalidad, el temple de la totalidad." No puede perderse de vista que se trata de una de las obras pre-marxistas de Lukacs. LUKACS, G. "Teoría de la novela" en El alma y las formas y la Teoría de la novela, Barcelona, Eds.Grijalbo, 1970 pp311 y 323.

18. Goldmann redefinió el héroe problemático en términos sociológicos: "Siendo la novela la búsqueda degradada de valores auténticos en un mundo inauténtico, ha de ser necesariamente y a la vez una biografía y una crónica social... La forma novelesca es en efecto la transposición al plano literario de la vida cotidiana en la sociedad... El carácter colectivo de la creación literaria proviene del hecho de que las estructuras del universo de la obra son homólogas a las estructuras mentales de ciertos grupos sociales o en relación inteligible con ellos..." GOLDMANN, Lucien Para una sociología de la novela Madrid, Edit. Ayuso, 1975 pp20, 24 y 226.

19. SWINGWOOD, Allan Novela y revolución Op. Cit. pp61-73.

20. El problema de Máximo Soto Hall se comentó en el apartado 2.1 de este estudio.

21. GUTIÉRREZ, Joaquín Puerto limón (1950) 2a ed. San José, 1968.

22. Las novelas de guerrilleros se escribieron más bien en la línea del personaje civilizador que triunfara en las novelas regionalistas. Son herederas de la actitud nacionalista de engrandecer la patria; herederas de las novelas de Rómulo Gallegos y sus epígonos centroamericanos; herederas de aquel personaje que era un hombre culto que dejaba la ciudad o regresaba de Europa para irse al campo a luchar contra el monte: su monte -como en El solar de los gonzagas (1924) del guatemalteco Carlos Wyld Ospina o en Las tinajas (1950) del salvadoreño Ramón González Montalvo. Cfr. ACEVEDO, Juan Ramón La novela centroamericana. Desde el Popol Vuh hasta los umbrales de la novela actual. Río Piedras, Pto. Rico, Edit. Universitaria, 1982 p278, 341. Como los personajes de estas novelas, también los guerrilleros aman profundamente su país. En este caso, sin embargo, conciben su entrega a la revolución como un compromiso supremo; como un compromiso que por presuponer el sacrificio de la propia vida, llega a presentar, en más de una novela un tinte místico -como en Album familiar (1982) de Claribel Alegría o El esplendor de la pirámide (1986) de Mario Roberto Morales. Estas novelas se estudian más adelante.

23. CHÁVEZ ALFARO, Lizandro Trágame Tierra México, Editorial Diógenes, 1969. 289pgs. Lizandro Chávez Alfaro (Nicaragua, 1929) Su primer obra Los monos de San Telmo(1963) recibió el Premio Casa de las Américas en la rama de cuento. Ha publicado también Trece veces nunca(1985) y Balsa de Serpientes(1986).

24. Los sucesos de El Chaparral funcionan como una referencia histórica del discurso literario. En la práctica se produjeron tres distintos intentos de "invasión", uno en 1958 liderado por un antiguo hombre de Sandino y otros dos en 1959, uno encabezado por conservadores como Pedro Joaquín Chamorro y otro por los izquierdistas y futuros fundadores del FSLN que sería el que sufriría la derrota en El Chaparral. ALEGRÍA, Claribel y D.J. Flakoll Nicaragua: la revolución sandinista. Crónica política: 1855-1979 México, Edit. Era, 1982 pp146-165

25. ARGUETA, Manlio El Valle de las Hamacas (1970) 2a edición San José, Costa Rica, EDUCA, 1976. Manlio Argueta (El Salvador 1935) El Valle de las hamacas obtuvo en 1968 el primer premio de narrativa del Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA); su segunda novela Caperucita en la Zona Roja obtuvo el premio Casa de las Américas en Cuba en 1977; su tercer novela Un día en la vida ganó el Premio Nacional de El Salvador. Ha publicado también Cuzcatlán donde bate la Mar del Sur (1986). Estas novelas se estudiarán en el Capítulo Cinco de este estudio.

26. Los hechos del 2 de septiembre fueron la culminación de una ola represiva desencadenada por el Coronel Lemus para reprimir un fuerte ascenso de las luchas populares. Lemus que había llegado al poder con un espíritu dialogante terminó siendo tan represivo como sus predecesores. Fue depuesto a raíz de estos hechos por otros militares. ARMSTRONG, R. y J.S. Rubin: Op.Cit. p47; ALEGRÍA, C. y D.J.Flakoll "La Encrucijada Salvadoreña" Revista Presente 2a Etapa números 144 a 151, enero-diciembre de 1989, Tegucigalpa, Honduras. Estos hechos fueron narrados también por Roque Dalton en Pobrecito poeta que era yo...(1976).

27. Estas declaraciones incorporadas a la novela proceden de documentos reales, según lo ha manifestado el autor en distintas conferencias sobre su obra. En tal sentido debe considerarse este procedimiento como un recurso de intertextualidad y en conexión con lo que después sería la narrativa testimonial.

28. En las crónicas de los sucesos de la época se destaca el caso de Urías Orantes, un famoso esbirro que con tormentos asesinaba por igual a presos políticos y a reclusos comunes. Se cuenta que en una "operación de limpieza" dirigida contra los ladrones "asesinó personalmente a más de trescientos infelices delincuentes cuyos cadáveres fueron arrojados al río Lempa" Cit. en ALEGRÍA, C. y D.J. Flakoll: Op.Cit. 1989 n.144-151, p11.

29. ESCOBAR GALINDO, David Una grieta en el agua Segundo Premio Centroamericano de Novela Breve "Rafael Osejo, San José, Costa Rica, 1971. David Escobar Galindo (El Salvador, 1944) ha publicado Una grieta en el agua (1971), Los sobrevivientes (1980) y La estrella cautiva (1985).

30. ARGUETA, Manlio Caperucita en la zona roja La Habana, Premio Casa de las Américas, 1977.

31. ARMSTRONG, R. y J.S. Rubin El Salvador. El rostro de la revolución. San Salvador, UCA editores, 1976 p76

32. RAMIREZ, Sergio ¿Te dio miedo la sangre? (1977) Barcelona, Edit. Argos de Vergara, 1983. Sergio Ramírez (Nicaragua, 1942) ha publicado tres novelas Tiempo de fulgor (1970), ¿Te dio miedo la sangre? (1977) y Castigo Divino (1989).

33. Las elecciones de la novela recuerdan a las que Somoza arrebató a Enoc Aguado en 1947. ALEGRÍA,C. y D. J. Flakoll La revolución sandinista Op. Cit. pp130 y ss.

34. La novela mezcla los hechos reales de las distintas invasiones que se produjeron en Nicaragua. La de El Chaparral y también la de los conservadores. Ver nota 24 de este capítulo. La invasión emprendida desde Costa Rica en mayo de 1959 en la que participó Pedro Joaquín Chamorro y otros conservadores fracasó debido entre otras cosas a que al llegar a Nicaragua encontraron a sólo tres personas en lugar de la tropa prometida. A pesar de ello ingresaron en territorio nicaragüense pero no pudieron escapar de la Guardia. ALEGRÍA, C. y D.J. Flakoll: Op.Cit. 1982 pp 148 y ss.

35. MORALES, Mario Roberto Los demonios salvajes, Guatemala, Premio Centroamericano 15 de Septiembre, 1978. Mario Roberto Morales (Guatemala, 1947) ha publicado el libro de cuentos La debacle(1969) y las novelas Obraje (1971), Los demonios salvajes (1977) y El esplendor de la Pirámide (1986).

36. ALEGRÍA, Claribel Album Familiar (1982) 2a ed., San José de Costa Rica, EDUCA, 1984. Claribel Alegría (El Salvador, 1924) ha publicado Cenizas de Izalco (1966), El Detén (1977) y Album Familiar (1982).

37. Dentro de los múltiples estudios sobre la literatura femenina y sus presupuestos puede verse CANEPA, Gina "La literatura femenina latinoamericana" en ACTAS. Literatura y sociedad Asociación de Estudios de Literaturas y sociedades de América Latina, Geissen/New Chatel, 1986 pp69-70.

38. La toma del Palacio Nacional fue un golpe espectacular del FSLN. El edificio fue asaltado con toda la cámara de diputados dentro, incluidos varios ministros y familiares de Somoza. ALEGRÍA, Claribel y D.J.Flakoll La revolución Sandinista Op.Cit. pp321-335

39. ALEGRÍA, Claribel Despierta, mi bien, despierta San Salvador, UCA Editores, 1986.

40. Las palabras de la campesina que le cuentan a Lorena estos asesinatos, alteran con su carácter popular y en cierto modo testimonial, la homogeneidad de su discurso de una forma que ilustra la progresiva permeabilidad de su individualidad con respecto a la realidad social: "Fue en el ingenio de Las Colinas. Hicieron una huelga porque querían que se les pagara el aguinaldo igual que hacían con los mandadores. El patrón les dijo que llegaran al día siguiente, que iban a platicar. Cabal, así jué. Toditos se juntaron y llegaron tempranito. Ni machete llevaban. Allí no más les cayó la Guardia con ametralladoras... Mi marido y otros dos se les dejaron ir a los guardias y allí los remataron más después. Un conocido mío que trabaja en la

Guardia dice que él vio los cadáveres, que unos tenían como una capucha de plástico. A esos los envenenaron" (p18-19). Con este ejemplo puede verse cómo las novelas de guerrilleros fueron incorporando fragmentos de textos testimoniales. Ya en El valle de las hamacas de Manlio Argueta se observó una intertextualidad de este tipo (ver nota 27 de este capítulo). Cuando se publica Despierta, mi bien, despierta, sin embargo, se encontraba en pleno auge la narrativa testimonial, de modo que resulta más plausible en este caso la influencia de la testimonialidad en esta novela.

41. El episodio parece ser histórico. La novela cita como fuente Los Ángeles Times del 17 de agosto de 1977. Es curioso, sin embargo, que la novela aunque situada con precisión en su momento histórico no mencione el Estado de Sitio vivido en el país a lo largo de casi todo ese año. ARMSTRONG, Robert y Janet S. Rubin El Salvador. El rostro de la revolución San Salvador, UCA Editores, 1989 p96.

42. BELLI, Gioconda (Nicaragua 1948) ha publicado dos novelas: La mujer habitada Managua, Edit. Vanguardia 1988, y Sofía de los presagios Managua, Edit. Vanguardia, 1990. Ganó el premio Casa de las Américas de poesía con su libro Línea de fuego (1978).

43. En esta novela se fusionan y se transforman literariamente dos hechos bien conocidos de la revolución sandinista: la toma de la casa del empresario José María Castillo Quant, ocurrida en 1974, y el asesinato del General Reynaldo Perez Vega ocurrido en 1978. La casa del empresario fue asaltada el día que se celebraba una fiesta de alta sociedad, por una célula guerrillera integrada no sólo por hombres sino también por mujeres. Fue uno de los primeros operativos exitosos del Frente Sandinista. El asesinato del General ocurrió con la participación de Nora Astorga una abogada y militante del FSLN. ALEGRIA, Claribel y D.J.Flakoll La revolución sandinista Op.Cit. pp231-234 y 313-315.

44. MORALES, Mario Roberto El esplendor de la Pirámide San José, Costa Rica, 1986. Premio Certamen Latinoamericano de EDUCA 1985.

45. Entre 1969 y 1988 se ha podido registrar que se publicaron diez novelas de guerrilleros que son las que se han estudiado hasta aquí. A ellas habría que sumar, con las reservas del caso, siete novelas más que se ocuparon también de los guerrilleros aunque desde otras perspectivas y que serán estudiadas en el capítulo siguiente. En total 17 novelas en más

de dos décadas, mientras que, sólo entre 1978 y 1989 se llegaron a publicar 16 textos testimoniales -testimonios y novelas testimonio-, lo que indica claramente una sucesión más o menos acelerada de un modelo narrativo por otro.

4. EL PERSONAJE DEL GUERRILLERO BAJO OTRAS PERSPECTIVAS

El esplendor de la pirámide fue una de las últimas novelas de guerrilleros que se publicó durante la década de los ochenta. Comparada con las primeras novelas de la década del sesenta, resulta claro que siguió presentando, el mismo tipo de conflictos de fondo. No obstante para entonces habían transcurrido casi veinte años y las novelas de guerrilleros comenzaban a menguar frente a la proliferación de las narraciones testimoniales.

La poca cantidad de novelas de guerrilleros en la década del ochenta -cuadruplicadas por los textos testimoniales¹- puede ser interpretada como un signo de agotamiento y -como ya se dijo- como consecuencia de un proceso histórico en el que el paso a una nueva situación de la lucha armada -la guerra popular- resultó acompañada de un nuevo género de textos.

No se han considerado hasta aquí, sin embargo, algunas novelas escritas mayoritariamente durante las décadas del sesenta y el setenta, que difieren en puntos significativos de las demás pero que se mantuvieron ligadas al mismo personaje. Estos textos a pesar de que sus características fueron poco comunes, aumentan el peso específico de las novelas de guerrilleros dentro del conjunto de la narrativa revolucionaria en general

y contribuyen también -cuantitativa y cualitativamente- a revelar la importancia que revistió el fenómeno guerrillero mismo en las sociedades de la región.

Como señala Seymour Menton, la cantidad de novelas sobre unos mismos hechos es un índice particularmente persuasivo para conocer la densidad histórica que pudieron revestir esos hechos para la sociedad que los vivió.²

En las novelas de guerrilleros, como se puede apreciar, existe una relativa homogeneidad en cuanto a los temas y las situaciones narradas. Todas comparten el protagonismo de un mismo tipo de personaje y la acción está vinculada con hechos presentes de las luchas revolucionarias. Pero la figura del guerrillero y su problemática fue abordada también a través de otros planteamientos narrativos. En algunas novelas los guerrilleros aparecen de una forma simbólica: se presentan personajes y se narran hechos del pasado que aluden al presente histórico. En otras aparecen los guerrilleros pero como personajes secundarios y sus acciones son enfocadas desde otros puntos de vista o reinterpretadas según la experiencia de otros personajes.

4.1 El desertor (1961) de Alfonso Enrique Barrientos.³

En 1961 el guatemalteco Alfonso Enrique Barrientos publicó El desertor una novela en la que a través de la narración de las peripecias de una banda de revolucionarios -típica de los primeros años del siglo- el autor se refirió indirectamente a los primeros alzamientos que se produjeron en Guatemala en 1954 y 1960. La novela narra la historia de un desertor del ejército que junta un grupo de hombres en las montañas de un imaginario país de América e intenta derrocar a una camarilla de militares corruptos que se ha adueñado del gobierno. No es una columna de jóvenes guerrilleros la que ahí aparece sino una tropa de hombres a caballo que se hace acompañar de mujeres y cargadores como las que fueron propias de las guerras civiles o como las de la revolución mexicana. Pero la alusión es clara a los alzamientos que se produjeron al interior del propio ejército de Guatemala en esos años y que constituyeron el arranque del movimiento revolucionario en ese país ⁴.

El desertor, como se dijo al principio de este estudio, fue la primer novela de la década del sesenta en que aparecieron los revolucionarios. Ante lo reciente de unos acontecimientos que no revelaban todavía sus perfiles característicos, el autor - formado él mismo en la tradición de la novela regionalista- se valió del modelo general de las novelas de la revolución mexicana para ocuparse de ellos.

4.2 El árbol de los pañuelos (1972) de Julio Escoto.⁵

En El árbol de los pañuelos del hondureño Julio Escoto y en Timbucos y calandracas del nicaragüense Jorge Eduardo Arellano los guerrilleros aparecieron también de una forma simbólica. No obstante, en estas novelas los planteamientos simbólicos no son el resultado de las dificultades para abordar una situación poco conocida, como en El desertor, sino que responden a la intención deliberada de establecer una relación entre dos acontecimientos históricos que, siendo distintos, se explican entre sí.

En ambas novelas se restituyen héroes reales del pasado que lucharon por las causas del pueblo y que permanecían más o menos en el olvido. No aparecen los guerrilleros del presente pero se revive a los que pudieron ser los guerrilleros de otro tiempo.

Este tipo de formulación narrativa que plantea paralelismos históricos, fue frecuente en la novelística del *boom* de la literatura hispanoamericana. En Centroamérica resulta original dentro de lo que fue el contexto general de la narrativa revolucionaria. Como se ha visto antes, la mayoría de los autores se refirieron de una forma directa a los hechos de la realidad inmediata. En este sentido, estas novelas constituyen una excepción frente al "realismo desnudo" y el rechazo de las

formas sobre-elaboradas de ficción que Skármeta señalaba como una de las características distintivas de los autores del *post-boom*.

El árbol de los pañuelos es una especie de continuación mítica de la historia de los hermanos Cano, dos soldados liberales que fueron fusilados a mediados del siglo pasado en Honduras acusados por todo un pueblo de brujos.

Los dos hermanos habían tratado de poner una escuela en el pueblo de Ilama y habían tratado de ayudar a los campesinos a progresar enseñándoles a leer y escribir, y a utilizar nuevas técnicas de cultivo. Ciertas casualidades hicieron que se les imputaran infundadamente algunas muertes que habían sido naturales, hasta que un día todo el pueblo, junto con el cura, los condenó a muerte y fueron fusilados.

El caso fue recogido en un proceso judicial de la época y convertido en novela por el hondureño Ramón Amaya Amador en 1959⁶.

Julio Escoto tomó como punto de partida la novela de Amaya Amador y a partir de ella narró con la perspectiva del realismo mágico la que pudo ser la historia de Balam, el hijo de Cipriano Cano.

Frente a la alternativa de un realismo objetivo, la novela de Escoto se hace eco de la visión mítica de los mayas -cuyos descendientes siguen habitando la zona de Ilama-, y presenta la acción en un ambiente sobrenatural en el que se confunden los tiempos y las situaciones.

Balam es criado por sus abuelos y carga toda su vida con la duda de si es o no el hijo de un brujo. Su propio nombre revela esta dualidad: Balam significa al mismo tiempo 'tigre' y 'brujo' en lengua maya. Movido por fuerzas que lo dominan emprende la tarea de vengar a su padre. Y lo venga con sangre. A cada momento, sin embargo, lo asaltan las dudas de que si lo que hace será correcto, y de si el odio es una solución.

"Bebió rencor en los pechos de su madre... Sabe que ha matado, seducido, hecho daño pero no sabe exactamente por qué. Simplemente el impulso le corroía la conciencia, le agotaba la voluntad y lo hacía. Pero a Balam no le fue explicado su deber. El sólo recibió odio por lección y ese odio era precisamente su deber..." (p111)

Balam con su venganza intenta restituir un estado de armonía que fuera truncado con los fusilamientos. Pero al mismo tiempo se da cuenta de que nada bueno puede nacer de la violencia.

Evidentemente, Balam se encuentra relacionado con los jóvenes enmontañados del presente por la relación de estos con la figura de civilizadores de los Cano, pero sobre todo por esta

duda común. Por la incertidumbre de si el hombre debe dejarse llevar siempre compulsivamente hacia la violencia y contestar al odio con odio.

4.3 Timbucos y calandracas (1982) de Jorge Eduardo Arellano.⁷

Timbucos y calandracas no puede considerarse una novela del realismo mágico, es una novela histórica pero con un acabado sentido alegórico. Rescata para la ficción lo que fuera un levantamiento agrarista del siglo XIX en Nicaragua, cuyos paralelos son muy evidentes con respecto la situación revolucionaria contemporánea.

La novela consigue reconstruir una detallada imagen de la Nicaragua de la época: la vida política, las luchas civiles y también las fiestas, las costumbres y creencias de la tierra.

La acción ocurre en un momento de gran confusión, en el que los conservadores y los liberales se disputaban el poder, y los norteamericanos y los ingleses arribaban al país también disputándose. En ese momento se produce un levantamiento en la ciudad de Rivas al mando de Inocente Gallardo, quien le declara la guerra al gobierno e intenta establecer una especie de comunismo agrario con los campesinos.

"Yo el General Gallardo -dice en su discurso- les prometo que lucharé sin tregua para obtener esa libertad a que tenemos derecho, para destruir las haciendas de los timbucos que mantienen en la opresión, en los calabozos, en la desgracia a nuestros campesinos. Guiado por mi maestro Blanc, sueño con una sociedad basada en la comunidad de la tierra y en la justicia social, aspiro a una nueva república sin ricos ni pobres, a la igualdad que debe regir a todos los hombres." (p15)

Gallardo con su tropa ataca sin posibilidades de éxito a las fuerzas del gobierno y termina derrotado. Es colgado y expuesto públicamente para escarnio de todos.

"Y fue colgado del palo de mamón, bajado su cadáver y arrastrado por las calles polvosas, cortada su cabeza y expuesta sobre un poste en la esquina norte de la plaza. Y allí permaneció sesenta y dos horas hasta que los rifleros de la División Nacional con su experta puntería, la desbarataron" (p132)

Este personaje es un guerrillero del pasado en todas las facetas de su personalidad. Su empresa está inspirada en las ideas del socialismo utópico de la época; es rebelde e insensato como los jóvenes del presente y muere por sus ideales a manos de las fuerzas del gobierno.

Ambas novelas, como puede observarse, encuentran en la Historia a los héroes no oficiales y plantean de una forma alegórica los problemas ideológicos y prácticos de los guerrilleros del presente. En estas novelas los guerrilleros siguen siendo los protagonistas de la acción. Pero en la novelística

centroamericana, como se adelantaba antes, también aparecieron los guerrilleros como personajes secundarios. La importancia del fenómeno revolucionario que afectó directa o indirectamente a todos los países de la región y a los distintos sectores de las sociedades, suscitó la aparición de novelas que se ocuparon de ese fenómeno desde otros puntos de vista y no sólo a partir de la experiencia de los jóvenes armados.

4.4 En el San Juan hay tiburón (1967) de Fabián Dobles.⁸

El punto de vista de los países vecinos es el que apareció en En el San Juan hay tiburón de Fabián Dobles, una novela en la que el protagonista es un hacendado costarricense que muere al intentar ayudar a ingresar a Nicaragua a un grupo de rebeldes. La intención de esta obra es formular una advertencia sobre las consecuencias que una colaboración demasiado estrecha con la lucha antisomocista podría acarrear a los costarricenses. Es una novela muy ligada a las circunstancias que se vivían en ese momento en Costa Rica pues de hecho el presidente de esa época, José Figueres, y el partido Liberación Nacional, colaboraban con la lucha anti-somocista.

4.5 Eran las doce y de noche (1976) de Argentina Díaz Lozano.⁹

En Eran las doce y de noche de la hondureña Argentina Díaz Lozano y en El último juego de la panameña Gloria Guardia el

punto de vista que predomina es el de los gobernantes del país enfrentados ante el desencadenamiento de los fenómenos de violencia.

En Eran las doce y de noche la visión que se ofrece de los hechos intenta ser ecuánime y está basada en acontecimientos ocurridos en Guatemala. Los guerrilleros son presentados como jóvenes idealistas que hacen uso de las armas al no encontrar otro camino por el cual incidir en la conducción de la sociedad. Los grupos paramilitares y anti-comunistas son responsabilizados de los desmanes represivos, de las torturas y otros actos de violencia irracional. La novela tiene como protagonista a la esposa del Presidente que ve cómo su marido, a pesar de sus intenciones honestas, es incapaz de controlar la situación de anarquía que se ha desencadenado. El propósito de la novela es apuntar hacia las instituciones democráticas como la única vía posible para dirimir los conflictos.

4.6 El último juego (1977) de Gloria Guardia.¹⁰

En El último juego el protagonista es un funcionario del gobierno panameño que participa en las negociaciones del canal con los Estados Unidos y que es víctima de un asalto guerrillero a su casa el mismo día en que celebraba una fiesta con importantes personalidades invitadas. La novela está basada en un hecho real¹¹ e indaga en las repercusiones morales y

psicológicas de la violencia social en la vida de las clases gobernantes. La narración está construida como un extenso monólogo interior. El episodio de violencia obliga al funcionario a replantearse el sentido de su vida personal y pública, y en esa revisión implica necesariamente a los demás miembros de su clase, al gobierno y la legitimidad misma de lo que hacen. El funcionario llega a la conclusión de que no ha vivido una vida propia, de que no tiene ideas ni principios que guíen su actuación pública y de que no ha representado tampoco hasta entonces los intereses del país.

En estas últimas tres novelas, al perder protagonismo el guerrillero, pierden también preeminencia los elementos característicos de su conflicto interior. No es lo que ocurre, sin embargo, en Pobrecito poeta que era yo... de Roque Dalton, una novela en la que a través de la figura de otro personaje, la del escritor, aparece una problemática comparable a la del guerrillero.

4.7 Pobrecito poeta que era yo... (1976) de Roque Dalton.¹²

Esta novela trata sobre la situación del escritor en las sociedades centroamericanas. Aunque aparecen aquí poetas que participan en acciones armadas, no son esas acciones el motivo central de la trama. Los guerrilleros no son los protagonistas pero como ellos, los escritores se encuentran enfrentados ante

los problemas del compromiso social. La novela plantea los conflictos entre la libertad intelectual y las obligaciones morales y sociales de los escritores; entre los intereses del creador y las demandas de la sociedad. Unos conflictos que se corresponden en gran medida con los que enfrentan los guerrilleros entre sus vidas personales y la lucha social.

Pobrecito poeta que era yo... es una novela construida como un complejo y voluminoso collage que presenta la vida de distintos escritores en medio de la situación de violencia de El Salvador. Más que contar una historia, la novela busca abrir un espacio de contradicciones entre las distintas opciones vitales, éticas y estéticas de los escritores. Sus modos de vida, sus actitudes con respecto a la sociedad y sus propósitos literarios, los enfrentan entre sí y revelan sus problemas ideológicos y existenciales.

La novela parte del supuesto de que el escritor debe ser un revolucionario, pero asume que entre ese supuesto y la vida de los escritores se abre un espacio de problemas no resueltos. El autor ideal, aquel capaz de conciliar plenamente el más ambicioso ejercicio intelectual con el más sincero y concreto compromiso social no existe. Las virtudes de unos revelan los defectos de otros. Cuando buscan emplearse a fondo intelectualmente se alejan de la sociedad, cuando asumen un

compromiso con la sociedad sus ideas y su literatura se empobrecen o se falsean.

Para Alvaro y Arturo lo importante es hacer una buena literatura y saben perfectamente que no lo conseguirán por el simple hecho de ocuparse de los temas o de la realidad nacionales. Someterse por completo a la tradición de la literatura del país implicaría renunciar a la creatividad e incluso a la inteligencia. Mario les da la razón:

"Hacer literatura en nuestros países implica cierto grado de traición a la patria. Pero si nos circunscribimos a la tradición nacional damos un salto al pasado y a la idiotez disfrazada de ingenuidad o de modestia" (p282).

De ahí que sus ojos estén puestos en la literatura universal y que se autocongratulen cada vez que consiguen romper el cerco provinciano de su país. Al final de una fructífera jornada de trabajo dice Alvaro:

"...un día bien aprovechado por mí, un escritor cada día menos salvadoreño, cada vez más bienaventuradamente cosmopolita [autor] de narraciones de ficción..."(p88)

Roberto ha asumido un compromiso concreto y se ampara en él. Es un poeta guerrillero. Arriesga su vida en acciones armadas y en su poesía está dispuesto a escribir para la causa social. Su imagen ante los demás es admirable pero en el fondo, él sabe

que su actitud ha conducido su creación literaria a un callejón sin salida. En una conferencia dice creer en la literatura social:

"...quizás lo más importante... es lograr que la poesía... se convierta verdaderamente en un instrumento eficaz del hombre medio y del hombre de la casa y de la calle en su lucha por reivindicar para sí mismo el mundo que le rodea la sociedad en que está inmerso..."(p136)

Pero se da cuenta al mismo tiempo de las limitaciones que la literatura social le impone a su obra. Se ve enfrentado como los demás autores ante un país subdesarrollado y analfabeto y por encima de eso, como es su caso, debe ceñir su trabajo a las directrices ideológicas impuestas por el partido.

"No me quedará otro remedio que escribir para mis colegas, estos devastadores rayos portátiles colgando de los dedos con tarjeta de identificación y todo, los grandes idiotas salvadoreños que jamás leerán a los surrealistas porque Stalin dijo quién sabe qué, ni a Michaux ni a Julio Cortázar porque para qué meterse en problemas..."(p129)

Roberto se contradice pero en el fondo se conforma. No es un hombre muy inclinado a sufrir por sus problemas ideológicos. Es todo lo opuesto de Mario, un alcohólico y poeta metafísico, que no puede separar sus dudas existenciales de su vida personal.

Para Mario la escritura literaria no obedece a razones estéticas ni políticas, para él la literatura es una "búsqueda de la verdad", es un camino hacia un sentido, hacia una explicación que reconcilie el sufrimiento del hombre con el mundo.

"La poesía no es un fin en sí y ni siquiera en otros. La poesía es sólo el vehículo de las emociones y las emociones sólo uno de los múltiples vehículos para llegar a la suprema verdad. Si esa verdad está emparentada de alguna manera con Dios o una especie de Dios, es Dios el único competente. Y porque yo no hablo un lenguaje divino sino humano. Y porque se trata de la salvación del hombre y no de la salvación de Dios, que nunca habría podido estar en peligro. Eso es todo y por eso tengo los peores problemas..."(p228)

La idea de la literatura que tiene Mario es indesligable de su vida personal, de sus depresiones morales y sus recaídas alcohólicas. Paradójicamente su crisis individual lo conduce a ocuparse de los problemas más universales del hombre. Pero su camino conduce a otro tipo de extravío pues los problemas que él plantea a fuerza de ser extremos parecen no tener cabida en la sociedad.

"Y a la pregunta que inquiere por la solidez
de los cimientos
todo se esfuma
porque el ritmo loco del mundo no resiste la mínima duda
y porque uno debe morir sobre la marcha como los peces"
(p262)

Mario morirá acuchillado presumiblemente en un pleito de cantina y su cuerpo aparecerá en la morgue municipal.

Las vidas de estos personajes y sus encontradas posiciones intelectuales reflejan en conjunto la figura de un personaje único, la del escritor salvadoreño que no acaba de encontrar, entre las distintas alternativas posibles, el lugar de su literatura y de su vida en la sociedad.

Como se decía antes, el problema de fondo es muy semejante al de los guerrilleros. Mientras estos se ven en la disyuntiva de conciliar su vida personal con la lucha social, los escritores deben resolver lo que ha de ser su ejercicio intelectual entre la libertad y el compromiso, entre dejarse llevar por las motivaciones personales de su literatura o por los requerimientos de su sociedad; entre una literatura que se ocupe de los temas nacionales y los problemas concretos del país o que se ocupe de los temas y los problemas universales del hombre.

En la novela todos estos asuntos quedan sin respuesta. Los personajes son literalmente arrollados por la situación de violencia. Una ola represiva desencadenada por los militares, por el General Lemus en 1960 -que es el momento en que se encuentra situada la acción- alcanza a los escritores. Unos terminan en la cárcel, otros son desaparecidos. Resultan

afectados no sólo los revolucionarios sino también los hasta entonces indiferentes. Alvaro, por ejemplo, se solidariza con sus amigos y denuncia los hechos por la televisión, con lo que suscita el cierre de su programa por parte del gobierno.

La polémica literaria aunque es lo fundamental, no lo es todo en esta novela. Así como consigue interiorizar en la vida de los escritores, la novela muestra el país a través de sus ojos. Una imagen dramática de una sociedad sumida en la pobreza y marginal, tiranizada por los gobernantes y por la ignorancia.

Los dilemas de los escritores se ven empequeñecidos ante la grave situación de violencia que vive el país. Sus mundos especulativos, sus dudas y argumentos intelectuales, quedan desvirtuados ante los embates de las fuerzas sociales.

Notas al Capítulo Cuatro

1. Durante la década del ochenta se ha podido registrar que se publicaron cuatro novelas de guerrilleros y dieciséis narraciones testimoniales. Para una cuantificación más detallada de estas novelas comparadas con los textos testimoniales ver nota 45 del capítulo anterior.

2. Refiriéndose al hecho de que la narrativa de la revolución cubana había sido poco estudiada y con la intención de justificar el estudio de muchas obras de calidad menor, Seymour Menton decía: "Un análisis de la narrativa, sobre todo, puede proporcionar ese ingrediente afectivo tan indispensable para una total comprensión de la historia". Citaba al autor cubano Ezequiel Vieta para respaldar su idea: "La historia no emociona ni horroriza, habla al intelecto, no a los sentimientos. Particularmente aquella que, para ser científica, se ciñe a un método y ordena con los datos objetivos. Pero, y he aquí quizá la necesidad del arte, las experiencias vitales del ser humano no son exclusivamente de índole intelectual: existe en ellas un intenso componente afectivo que las completa y a veces llega a determinar el contenido de ellas..." Y finalmente, contestándose a la pregunta de si valía la pena salvar del olvido obras de valor menor, se decía: "La justificación está en que a menudo las obras de arte menores resultan bastante importantes por la luz que proyectan sobre determinadas tendencias y rasgos nacionales, y que por su cantidad pueden dar testimonio de la vitalidad de un movimiento. Por otra parte, todas las novelas y cuentos, no importa su calidad, contribuyen a recrear la historia del período." MENTON, S. Narrativa de la revolución cubana. Madrid, Playor, 1978 pp9-10

3. BARRIENTOS, Alfonso Enrique El Desertor Guatemala, Eds. Círculo Literario n.3, 1961.

4. El derrocamiento de Arbenz había colocado a los militares en la cima del poder y orillado a la demócratas. Por otra parte, dentro del mismo ejército se habían producido importantes sublevaciones, una dentro de la misma Academia Militar en 1954 y otra de oficiales en 1960 de mayores repercusiones. GONZÁLEZ, José y Antonio Campos Guatemala un pueblo en lucha Op.Cit. 1983 p76

5. ESCOTO, Julio El árbol de los pañuelos (1972) 3a ed. San Pedro Sula, Honduras, 1991. Julio Escoto (Honduras 1944) ha publicado cuatro novelas El árbol de los pañuelos (1972), Días de ventisca, noches de huracán (1980), Bajo el almendro... junto al volcán (1988) y Pobre Morazán pobre (1992).

6. AMAYA AMADOR, Ramón Los brujos de Ilamatepeque (1959).

7. ARELLANO, Jorge Eduardo (Nicaragua, 1946) Timbucos y Calandracas Managua, Ediciones Primavera Popular, 1982.

8. DOBLES, Fabián En el San Juan hay tiburón San José Costa Rica, Edit. L'Atelier, 1967. Fabián Dobles (Costa Rica, 1918) su obra literaria es extensa. A partir de 1960 ha publicado las siguientes novelas Los leños vivientes (1962), En el San Juan hay tiburón (1967), Aguas turbias (1983).

9. DÍAZ LOZANO, Argentina (Honduras 1909) su obra literaria es extensa. Entre las novelas publicadas a partir de 1960 se cuenta Fuego en la ciudad (1966) y Eran las doce... y de noche México, Costa Amic Editores, 1976.

10. GUARDIA, Gloria (Panamá) El último juego San José Costa Rica, EDUCA, 1977. Premio Centroamericano de Novela 1976.

11. En la contraportada de la novela se indica que se trata de un suceso real, sin embargo, no ha sido posible encontrar evidencia histórica que lo confirme.

12. DALTON, Roque Pobrecito poeta que era yo... (1976) 4a ed. San José, EDUCA, 1989. Esta novela posee un importante fondo autobiográfico que aquí no se comenta. Esta novela fue publicada póstumamente después de que el autor fuera asesinado, acusado injustamente de traidor por sus propios compañeros. Algunos de los argumentos para quitarle la vida fueron su inverosímil escape de una prisión clandestina de la policía política de El Salvador. Este hecho se encuentra narrado en la novela. Los miembros del Ejército Revolucionario de los Pobres reconocieron después su error: "Dalton no debió nunca ser ejecutado porque no podemos asegurar que fuera un traidor, tampoco se puede justificar su ejecución por sus posiciones pequeño burguesas." Una reproducción de este comunicado se encuentra incluida en: TIRADO, Manlio La crisis política El Salvador, México, Ediciones Quinto Sol, 1980 p50.

5. NARRATIVA TESTIMONIAL

El año de 1980 marca el inicio del auge de la narrativa testimonial en Centroamérica. Antes se habían publicado obras precursoras como Miguel Mármol (1972) de Roque Dalton ¹, Las cárceles clandestinas de El Salvador (1978) de Ana Guadalupe Martínez ² y Secuestro y capucha (1979) de Salvador Cayetano Carpio ³ pero en 1980, en un sólo año, se publicaron tres importantes narraciones testimoniales centradas todas ya en el proceso revolucionario en curso: La primera novela testimonio Un día en la vida de Manlio Argueta; el primer testimonio de un dirigente revolucionario sobre la lucha guerrillera en Nicaragua Carlos, el amanecer va no es una tentación de Tomás Borge; y la primera recopilación de entrevistas a mujeres - obreras, campesinas y combatientes- que participaran en la revolución sandinista Todas estamos despiertas, testimonios de la mujer nicaragüense de hoy de Margaret Randall ⁴. A partir de ese momento los testimonios centroamericanos no cesarían de publicarse y recibirían en repetidas ocasiones el premio Casa de las Américas de Cuba que había llegado a convertirse en una especie de tribuna de la narrativa testimonial en el continente ⁵.

Este florecimiento de la narrativa testimonial se vio favorecido -como se ha dicho antes- por la situación histórica

del momento, por el ascenso de la participación popular en la lucha social, por el triunfo contra Somoza en Nicaragua y en general por la expansión del fenómeno revolucionario en la región. Para entonces los procesos revolucionarios llevaban diez y veinte años desde que habían comenzado y las narraciones testimoniales abrieron una vía de expresión a las experiencias que se habían vivido y un medio para guardar su memoria.

Los testimonios, a través de las vivencias personales de los protagonistas, se propusieron ofrecer la intrahistoria concreta de los procesos revolucionarios: los datos, las fechas, los nombres de las personas que habían participado en uno u otro hecho, las circunstancias específicas en que ocurrieran y todo un dilatado corpus de información. Las novelas testimonio, por su parte, ofrecieron una interpretación literaria del mismo proceso social, como antes lo habían hecho las novelas de guerrilleros, pero ahora buscaron ajustarse a la nueva situación histórica y favorecieron la expresión de la experiencia anónima de las clases populares en el proceso revolucionario.

La crítica literaria latinoamericana e internacional vino a ocuparse de la narrativa testimonial con gran interés -como no lo había hecho con las novelas de guerrilleros. Consideró los testimonios como un tipo de textos que venía a rivalizar con las formas de la narrativa social que habían sido propias de

la novela del *boom*. Como se ha dicho antes, la tendencia hacia un realismo cada vez más extremo durante el *post-boom*, condujo a la aparición de este nuevo tipo de textos que articuló un discurso contestatario desde una proximidad a los hechos y a los sujetos del conflicto en cierto modo inédita hasta entonces. La crítica destacó que los testimonios buscaban expresar la experiencia de la historia de los sujetos subalternos⁶ desde su propia perspectiva con el consecuente desplazamiento de la figura del autor -del "ego autorial"- que fuera típica de la novela del *boom*⁷.

Se ha señalado entre los antecedentes de la narrativa testimonial, la obra de antropólogos como Oscar Lewis o Ricardo Pozas que incorporaron el discurso de los sujetos de sus investigaciones como material fundamental en sus obras. Oscar Lewis en Los hijos de Sánchez (1961) se ocupó de la cultura de la pobreza en México y para ello reprodujo en su libro las entrevistas que previamente había grabado con sus informantes. Ricardo Pozas casi una década antes había recreado de forma semejante la vida de una comunidad Chamula a partir de la narración directa de un indígena en su obra Juan Pérez Jolote (1952). El cubano Miguel Barnet retomó esta trayectoria en Biografía de un cimarrón (1966), obra en la que recogió el relato de la vida de un antiguo esclavo rebelde que participara en las luchas independentistas cubanas. Fue Miguel Barnet quien acuñó en Hispanoamérica el término "novela testimonio" para

referirse a este tipo de obras, en el sentido de que en ellas se buscaba fundir el valor documental y científico de la entrevista etnográfica, con el valor estético de las autobiografías literarias. Los trabajos de Barnett ⁸ suscitarían una importante discusión que llevaría al replanteamiento de su propuesta y a una mejor definición de los linderos del género pero representaron un estímulo notable al desarrollo de las narraciones testimoniales en el continente.

Esta vertiente antropológica del género fomentó el cultivo de testimonios populares. A través de un intermediario, se recogió en estos textos los discursos de los protagonistas sociales que no podían ejercer o no ejercían por sí mismos la escritura. En Centroamérica esta modalidad fue utilizada para difundir la experiencia de obreros y campesinos en el proceso revolucionario. Pero también proliferaron los testimonios de dirigentes revolucionarios escritos por los propios revolucionarios bajo la modalidad de auto-testimonio que excluyó la figura del intermediario y que tuvo una distintiva temática de carácter político militar.

Para este último tipo de narrativa testimonial fueron un antecedente de especial importancia los documentos, memorias y diarios de campaña de la revolución cubana que se divulgaron después de 1959. Sobre todo las obras del Che Guevara La guerra de guerrillas (1960), Pasajes de la guerra revolucionaria

(1963) y Diario de Bolivia (1967), que representaron los escritos de un revolucionario en los que él mismo daba cuenta de su propia experiencia con una triple intención: histórica, política y estratégica. Como señala John Beverly, la extensión de las luchas guerrilleras en el continente trajo consigo la proliferación de este tipo de textos como una forma de documentación y propaganda de la lucha armada y como un tipo especial de "literatura de cuadros" en el interior de las organizaciones revolucionarias ⁹.

En 1970 se creó en Cuba el "Premio Testimonio" de Casa de las Américas que, como se adelantaba antes, llegó a convertirse en una de las principales instancias de promoción de las narraciones testimoniales.

A partir de 1970 los testimonios comenzaron a multiplicarse dentro y fuera de Cuba, impulsados como señala Elzbieta Sklodowska por "la urgencia de documentar los dramáticos acontecimientos históricos". Se escribieron no sólo novelas sino testimonios que documentaron los movimientos estudiantiles y de los grupos de izquierda en todo el continente. Hubo testimonios sobre acontecimientos como la matanza de estudiantes en la plaza de Tlatelolco en México, sobre el golpe de Estado en Chile, sobre la represión durante la dictadura militar en la Argentina, sobre los propios procesos de lucha

armada que surgieron tanto en Venezuela o Colombia como en Perú y en Centroamérica, etc.¹⁰.

Aunque las narraciones testimoniales habían venido publicándose desde hacía más de una década, no fue sino después de la publicación de dos testimonios de gran resonancia -Si me permiten hablar (1978) de la campesina boliviana Domitila Barrios y Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia (1983) de la conocida indígena guatemalteca- cuando la crítica literaria comenzó a ocuparse con interés de este nuevo tipo de textos. Elzbieta Sklodowska señala el año de 1983 como el inicio de la consagración del género testimonial por parte de la crítica¹¹.

En 1966, en el ensayo inaugural del género, Miguel Barnet apuntaba la necesidad de que estos textos nacieran de los testigos de excepción de la historia social. Para él, los testimonios debían ser "un documento a la manera de un fresco" que reprodujera o recreara "aquellos hechos sociales que marcaran verdaderos hitos" en la vida de un país¹². La intención era hacer cristalizar una visión de la historia nacida desde el interior mismo de los hechos, y por lo tanto una visión nacional. Los testimonios debían ser escritos contra toda óptica foránea "exotista, paternalista, colonizadora", de tal manera que proyectaran una "mirada desde adentro, desde el yo latinoamericano, desde el nosotros latinoamericano"¹³.

Particularmente los testimonios habrían de ofrecer la versión de la historia de los oprimidos, tendrían que "quitarle [al hecho histórico] la máscara con que ha sido cubierto con la visión prejuiciada y clasista", tendrían que "revelar la otra cara de la medalla" ¹⁴, la "historia de los hombres sin historia", y desde este punto de vista también habrían de rechazar la historia oficial, la escrita por los vencedores y los grupos hegemónicos.

Esta concepción es la que ha prevalecido entre los autores de los testimonios en Hispanoamérica. Margaret Randall, una de las destacadas testimonialistas, hizo una definición del testimonio semejante a la de Barnett para un manual del Ministerio de Cultura Sandinista en 1979 ¹⁵. Para ella, en el testimonio "un informante relata un hecho que ha vivido, un sobreviviente [...] entrega una experiencia que nadie más puede ofrecer". Se abre la posibilidad, dice Randall, "de hacer historia por primera vez en la historia", desde el punto de vista de los dominados ¹⁶.

La crítica ha resaltado estas características de los testimonios y las ha visto como el resultado de una lucha por el poder. Hugo Achugar señala que "el carácter de 'historia otra' o de 'historia alternativa' que tiene el testimonio sólo parece posible cuando los 'silenciados' o 'excluidos' de la historia oficial intentan acceder a la memoria o al espacio

letrado" ¹⁷. La reacción de los testimonios, señala Achugar, no se dirige propiamente contra los hombres de letras sino contra el poder. En los testimonios -dice- "se representa la lucha por el poder de aquellos sujetos sociales que cuestionan la hegemonía discursiva no de los letrados en sí, sino de los sectores sociales e ideológicos dominantes y detentadores del poder hegemónico, político, cultural y social que han controlado hegemónicamente la ciudad letrada" ¹⁸. Como señala René Jara y John Beverly, uno de los propósitos centrales de la narración testimonial es la denuncia: "surge de una experiencia vivencial de represión, pobreza, explotación, marginación, crimen, lucha", es una "narración de urgencia", "su punto de vista es desde abajo" y "siempre implica un reto al statu quo" ¹⁹.

Otra de las características distintivas del testimonio que ya señalara Miguel Barnet y que ha sido destacada por la crítica, es la que se refiere al desplazamiento del ego autorial. Privilegiar la palabra de los sujetos sociales -de los obreros, los campesinos, los combatientes- supone, señala Barnet, una "supresión del yo, del ego del escritor o del sociólogo, o para ser más justos, la discreción en el uso del ego, en la presencia del autor" ²⁰. No se trata simplemente, añade Barnet, de que el autor desaparezca, sino de crear a través de un acto solidario un autor colectivo: "el autor debe despojarse

de su individualidad sí, pero para asumir la de su informante, la de la colectividad que éste representa" ²¹.

Esta situación del autor en las narraciones testimoniales ha traído una transformación del género tradicional de las autobiografías. Las narraciones testimoniales son autobiográficas en la medida en que el sujeto que habla cuenta su vida o sus experiencias pero su finalidad no es trazar la trayectoria de un individuo sino la de la colectividad que representa. Como señala John Beverly, la autobiografía tradicional parte de una postura individualista en la que el sujeto narrador busca "manifestar la singularidad de su experiencia" ²². Por el contrario, el testimonio busca afirmar la identidad de clase, de grupo, de etnia a que pertenece el narrador protagonista; no es la narración de un "triunfo personal" sino de una experiencia colectiva ²³. Hugo Achugar señala que "mientras la autobiografía es un discurso acerca de la 'vida íntima' o interior, el testimonio es un discurso acerca de la 'vida pública' o acerca del 'yo en la vida pública'" ²⁴. Para Doris Sommer la distinción radica en que, a diferencia de la singularidad de la autobiografía, el testimonio expresa "un sujeto plural y una historia plural" ²⁵.

George Yúdice se ha ocupado -aunque sucintamente- de la obra de la poeta y novelista salvadoreña Claribel Alegría para

mostrar un ejemplo de la transformación sufrida por las formas de literatura autobiográfica burguesa hacia las formas testimoniales. En el conjunto de la obra de Alegría hay un cambio de la poesía a la novela y finalmente al testimonio; Yúdice reconoce en ello una evolución desde posturas individualistas hacia posturas cada vez más solidarias. Este proceso alcanzó incluso su obra narrativa, que siguió transformándose en la misma dirección. Mientras en la novela Cenizas de Izalco (1966) la protagonista busca su realización personal a través del arte como un problema estrictamente individual, en No me agarran viva (1987) la autora abandona este tipo de problemática personal y asume la de un sujeto colectivo: la de las mujeres revolucionarias de El Salvador. Este cambio se debe indudablemente al compromiso de Alegría con el movimiento revolucionario, pero supone en el plano narrativo una reformulación del papel del autor. En No me agarran viva Alegría asume el papel de transcriptor de relatos y en todo caso el de reportera de unos hechos. Así pues -señala Yúdice- Alegría "supo combinar su voz con las otras para la formación de un nuevo sujeto" ²⁶.

Yúdice, sin embargo, no reconoce en su análisis la existencia de otra etapa que debe considerarse intermedia en la obra de Alegría representada por Album familiar (1982) y Despierta, mi bien, despierta (1986) -novelas ya comentadas en este trabajo- que presentan la conversión revolucionaria de mujeres de la

sociedad burguesa; es decir unas obras en las que ya se formulaban posturas solidarias, aunque dentro de un estado de la subjetividad individual en crisis.

Desde otra perspectiva, Frederic Jameson ha visto el testimonio dentro del marco de las relaciones literarias entre el Primer y el Tercer Mundo. El testimonio, señala Jameson, representa a la vez una importación y una transformación de lo que en principio fuera una forma narrativa europeo-occidental de producción de subjetividad burguesa. Según este autor, este tipo de textos ha venido a sustituir las formas del bildungsroman, o novelas de formación, que se escribieran en el Tercer Mundo, en las que el protagonista -'tercermundista'- accedía a su realización personal a través de su asimilación a la cultura europea occidental. Según él, el testimonio plantea una trayectoria contraria, que parte de la identificación del sujeto con la colectividad a la que pertenece y busca la expresión de una identidad social. Según Jameson el testimonio implica "despegarse de la piel muerta de una vieja subjetividad y abrirse paso hacia una nueva forma de anonimato" ²⁷. Esta identificación -dice el autor- no significa una despersonalización sino muy al contrario, está asociada con la conquista de una identidad política de los sujetos del Tercer Mundo enfrentados a la hegemonía del Primero

Hasta aquí la revisión de algunos de los más significativos aspectos planteados por la crítica, permiten derivar una concepción más o menos consensual del testimonio como un texto que busca expresar la 'voz del otro', de los subordinados o de los subversivos a través de un nuevo tipo de narración histórico-autobiográfica. Esta concepción ha sido ampliada y en cierto modo enriquecida a partir de la problematización de algunos de sus principios fundamentales. Hay que decir que la recepción de los testimonios no ha tenido un beneplácito unánime. Ciertos críticos han destacado las limitaciones y las contradicciones del género, pero sus análisis -a pesar del escepticismo- no conducen en general a un rechazo, sino a una apreciación más ajustada y a una formulación más precisa de sus características.

La crítica más escéptica ha abierto un espacio de cuestionamiento ahí donde los testimonios demandaban un pacto o un voto de confianza por parte del testimoniante o del lector. Los análisis de estos aspectos han recaído en aquellos textos en los que aparece la figura del intermediario. Estos textos se fundan en un pacto de fidelidad según el cual el autor interpuesto o editor ha de respetar el testimonio original que transcribe. En la práctica, sin embargo, los testimonios revelan que esta fidelidad sólo es relativa, pues el texto final no suele ofrecer la versión -palabra por palabra- que el testimoniante ofreciera. El intermediario se

permite orientar la entrevista a partir de preguntas y reproducir 'sólo lo esencial' o, por el contrario, 'ampliar' y también reorganizar y modificar el discurso oral del testimoniante, para ajustarlo a las convenciones gramaticales y a los hábitos y normas de la comunicación escrita y la cultura del libro. Esta manipulación y re-elaboración del discurso constituye por sí misma una especie de operación literaria que no puede realizarse sin afectar al testimonio en su conjunto. Si en la concepción y articulación del discurso han intervenido dos personas, ¿quién en definitiva se expresa en el discurso?, ¿qué puntos de vista se proyectan?, ¿qué legitimidad tiene un texto así construido?. Elzbieta Sklodowska ha planteado este tipo de problemas que presenta el testimonio mediatizado o de intermediario en los siguientes términos:

"La imposibilidad de establecer quién en realidad habla en el testimonio pone en tela de juicio la naturaleza receptiva del lenguaje a la vez que sitúa la palabra en función de la posición ideológica de varios sujetos hablantes. La arbitrariedad del signo lingüístico, la selección del material y el montaje -implícitos en cualquier discurso- afloran en el testimonio a nivel ideológico, mientras que la cuestión de la fidelidad a la voz del otro llega a ser un problema ético para el gestor del testimonio... El acto de habla espontáneo de un representante del pueblo está moldeado de acuerdo con los principios del texto culto"²⁹.

Los análisis que se han realizado siguiendo esta dirección han conseguido hacer ver que los testimonios en los que interviene un intermediario no recogen una transcripción simple de la "voz

del otro" y que la función mediatizadora implica no sólo una alianza sino también tensiones entre los modos de expresión y los puntos de vista del testimoniante y del transcriptor.

Antonio Vera León señala que el testimonio mediatizado se desenvuelve en medio de las oposiciones entre la oralidad y la escritura: entre el discurso oral de un sujeto marginado sobre su experiencia particular y el discurso escrito -o reescritura- de un editor que busca darle un valor representativo a esa experiencia. La oralidad rivaliza con la escritura, lo individual con el valor general o colectivo, y la situación marginal del testimoniante con la autoridad jerárquicamente superior del transcriptor.

"De ahí -apunta Vera León- que el texto testimonial pueda leerse como el lugar de tensiones irresueltas entre los relatos que lo integran y como el lugar donde se negocia un relato que documenta la vida del otro, así como las formas de contarla"³⁰.

La puesta en entre dicho del papel del intermediario ha llevado a algunos de estos críticos a intentar deslegitimar en su conjunto la validez de los testimonios como documentos históricos. Vera León a pesar de afirmar que estos textos son el producto no de una imposición sino de una negociación entre el testimoniante y el transcriptor, llega a afirmar que éste último inventa el relato enteramente:

"La intervención del transcriptor en el relato del narrador informante implica la re-escritura, la apropiación y la invención del relato de vida de éste y por ende la construcción de su identidad" ³¹.

Elzbieta Sklodowska, de igual modo, después de afirmar que lo característico de este tipo de narraciones testimoniales son sus "poderosas tensiones ideológicas" y que "resulta imposible aventurar definiciones o buscar una poética homogénea" ³², llega a sugerir, sin embargo, que todo en el testimonio está dominado por la voz no del 'otro' sino del editor transcriptor:

"¿Puede haber en realidad como quiere convencernos Barnett una 'supresión del ego del escritor'? ¿O al contrario, tendrán razón los que perciben en el testimonio mediatizado nada más que un discurso de ventriloquia donde se oye solamente la voz del editor?" ³³.

Este tipo de señalamientos aunque funcionan como advertencias ante una recepción acrítica del testimonio, terminan perdiendo de vista, sin embargo, lo que es central en su objeto de estudio: el encuentro del marginado y del editor, de ambas voces y circunstancias, en el discurso.

Un sector importante de la crítica ha reaccionado ante la orientación disolvente -o más exactamente deconstructivista ³⁴- del análisis de los testimonios con argumentos que han sido a la vez teóricos y políticos.

Doris Sommer advierte que el "escepticismo" ha funcionado como un prejuicio que ha llevado a los críticos a distanciarse de los testimonios, a no ver a los sujetos ni las implicaciones políticas de estos textos:

"El resultado es una cosificación del sujeto latinoamericano, una distancia que parece ser más condescendiente que respetuosa; incita a una permisividad teórica en lugar de incitarnos a aprender estrategias políticas de aquellos que consideramos como los 'otros'"
35.

John Beverly señala que la crítica escéptica "diluye la capacidad del testimonio de 'reconstruir la verdad' de lo subalterno" y que ello esconde consciente o inconscientemente una refutación política de estos textos del Tercer Mundo. Beverly responsabiliza de este rechazo a la Universidad Norteamericana: un lugar donde -según él- "ha sido posible desarrollar prácticas de solidaridad con el Tercer Mundo" pero donde también "hay el peligro [...] de ser un medio de recuperación de información en principio no muy diferente de la CIA" 36.

En el terreno de la reflexión teórica, Doris Sommer señala que las ambigüedades que crea la intervención de un mediador en el proceso testimonial forman parte de todo un conjunto de características -como los silencios, los distanciamientos y las incoherencias políticas e ideológicas en que suele incurrir el

propio testimoniante- que convierten el discurso en algo esencialmente inestable. No obstante, Sommer ve en esta inestabilidad no la causa de una desautorización sino una vía de impugnación de las formas de pensamiento occidental, en cuanto que proyectan deliberadamente una "ironía" y una "distancia juguetona entre los testimonios y cualquier coherencia pre-establecida" ³⁷.

"El [testimonio] lanza las estructuras aparentemente estables del pensamiento occidental hacia un estado de flujo continuo en el cual los significantes son simplemente desestabilizados" ³⁸.

Esta defensa, sin embargo, termina yendo en contra de los mismos testimonios porque los concibe como un tipo de discurso infantil que no aspira a la coherencia. Lo mismo puede decirse de la defensa que hace George Yúdice cuando sostiene que en el testimonio carece de sentido determinar su verdad o ficción en tanto que lo importante en ellos es que establecen una práctica comunicativa de re-afirmación de los lazos ideológicos que unen a una comunidad en lucha:

"Más que representación, estos textos enfocan las maneras en que diversos grupos oprimidos de mujeres, campesinos, indígenas, trabajadoras domésticas, fieles, squatters, etc. practican su identidad no sólo como resistencia a la opresión sino también como cultura afirmativa."

"El testimonio no responde al imperativo de producir la verdad cognitiva -ni tampoco de deshacerla- su modus

operandi es la construcción comunicativa de una praxis solidaria y emancipatoria"³⁹.

Aún aceptando que los testimonios, en efecto, contribuyen a fortalecer la comunión de colectivos en lucha, es necesario tener presente que en ellos se articulan posiciones ideológicas que orientan la acción y que hacen acopio de información con la intención de documentar los hechos sociales. Su finalidad por lo tanto no es simplemente enfática o lúdica sino sobre todo historiográfica y política -aún cuando ello suponga la construcción de discursos heterogéneos.

Sommer se aproxima a una concepción más ajustada del testimonio cuando ve la causa de su anormalidad en su naturaleza eminentemente política. Según ella, las tensiones que afloran en el testimonio se deben a que éste no es la expresión de uno sino de varios sujetos que se alían y entran en conflicto a pesar de perseguir una misma finalidad:

"[El testimonio] crea el espacio para lo que Mikhail Bakhtin llamó heteroglosia, el campo (de batalla) del discurso donde las revoluciones son forjadas, no dictadas, a través del conflicto. En términos de teoría política... se trata de una estrategia para establecer una hegemonía socialista basada en coaliciones, en oposición a la insistencia en una política leninista centralizada en el partido."⁴⁰

Siguiendo esta misma dirección Hugo Achugar formula una concepción más clara y acorde con la naturaleza del testimonio

cuando lo ve como el resultado de un encuentro entre el subalterno con lo que él llama el 'letrado solidario'. Achugar asume como punto de partida que en el testimonio se encuentran los discursos de ambos participantes pero guiados por la intención del transcriptor de respetar lo dicho por el testimoniante. En este proceso se persigue una fusión que no anula la identidad del testimoniante ni tampoco la del transcriptor sino que crea un nuevo sujeto de la enunciación situado en el punto de convergencia de sus intereses discursivos y políticos.

"El testimonio latinoamericano contemporáneo supone dos enunciaciones y sobre todo dos enunciados [...] supone la coincidencia del uno y del Otro en el mismo espacio. El primer enunciado establece un espacio que el segundo recorre, vuelve a correr intentando la mimetización o la fusión con el Otro, con el enunciado 'enunciado' por el Otro. El testimoniante y el mediador enuncian un discurso que siempre presupone dos textos: el primario o proto-testimonio [...] y el definitivo o testimonio escrito. El primero en la abrumadora mayoría de los casos oral y el segundo escrito. [Se trata entonces] de 'enunciados duplicados'. Una narración y dos enunciados, uno oral y otro escrito; dos individuos y quizás un sujeto" ⁴¹.

De acuerdo con esto, los testimonios son de hecho textos heterogéneos que conquistan, sin embargo, nuevas formas de coherencia. Achugar sostiene que los testimonios preservan la 'otredad' en el sentido de que lo Otro está representado tanto por el testimoniante iletrado como por el mediador letrado: entre ambos construyen un sujeto y un discurso que se define por contraposición a un sujeto central que ejerce la hegemonía

del poder. Es decir, el testimonio se autodefine como discurso de la otredad en cuanto que es un discurso contestatario.

"[Los testimonios] presuponen la constitución y participación de un sujeto social complejo (letrado más voz marginada) en la esfera pública...

La heterogeneidad consistiría no sólo en la preservación del Otro sino también en el hecho de que la noción del Otro presupone un yo central homogeneizador contra quien el Otro erige tanto su historia como su discurso."

Achugar hace ver que la intervención de un mediador en el paso de la oralidad a la escritura no disuelve necesariamente, ni busca disolver la experiencia del Otro en el testimonio. Por el contrario, el mediador está de algún modo también situado del lado del Otro en cuanto que se enfrentan ambos al 'sujeto central'. La heterogeneidad del discurso (las tensiones y conflictos entre estos dos participantes) se producen sí, pero del lado del Otro y en contra del poder.

Achugar señala que el hecho de que el letrado no sea él mismo un subalterno no significa que no pueda ejercer el papel de 'sujeto enunciador'. Con su escritura los letrados han dado cuenta muchas veces en la historia literaria del continente de la condición del Otro y al mismo tiempo de su propia condición:

"De hecho el letrado solidario siempre ha dado cuenta y continúa dando cuenta, mediante la historia, la

biografía, la memoria y hasta mediante la misma novela del Otro y de sí mismo".⁴³

La transcripción en el proceso testimonial debe valorarse dentro de unos parámetros semejantes a los que se aplican a la valoración de la traducción, pues en ambos casos se trata del paso de un código comunicativo a otro. Las condiciones en que se realiza una traducción contemplan la posibilidad de una traición del texto original pues suponen su re-escritura y su re-creación por parte del traductor. No por ello las traducciones son necesariamente falsas y el hecho de que el texto resultante sea distinto, heterogéneo o construido en colaboración entre dos sujetos, no da pie para presuponer la inexistencia del texto original o la suplantación de la voz del autor por la del traductor.

En el caso de los testimonios mediatizados puede decirse que tienen la oportunidad de sobrevivir a la transcripción como los textos de lenguas extranjeras a la traducción.

Sí el grado de validez de una traducción se determina por su correspondencia relativa con el texto original, lo mismo debe ser válido para los testimonios. Si en el testimonio hay una finalidad histórica y política, demostrar que se trata de un testimonio ilegítimo requerirá probar que los hechos que narra el texto final son otros de los que originalmente se narraron

y que la intención ideológica y política apunta en direcciones distintas de las del testimoniante. Señalar las condiciones de heterogeneidad del discurso o las probabilidades de error no son suficientes para negarles validez a los testimonios.

La presencia del transcriptor es un accidente del proceso testimonial y no la causa de su desautorización. Como señala Hugo Achugar, lo singular del testimonio no es que se ocupe de los marginados sino que a pesar de sus conflictos haya conseguido preservar la voz del Otro y abrir un lugar para ella en el espacio letrado como no lo habían conseguido otros textos en el pasado ⁴⁴. Elzbieta Sklodowska, si bien rechaza la figura del mediador en los testimonios populares, no objeta el valor ni la singularidad de la voz del Otro en los auto-testimonios, al contrario, pareciera inclinarse por considerar que esta es su versión legítima ⁴⁵. De igual forma Antonio Vera León reconoce el valor de los testimonios cuando expone su génesis como parte del proyecto de los revolucionarios del continente de reivindicar a los marginados. Según Vera León los testimonios son el producto, en el plano narrativo, del propósito revolucionario de entregar el poder y los medios de producción a los pobres.

"Tanto el testimonio centroamericano, como el escrito en el cono sur, como el surgido en Cuba a raíz de la revolución de 1959 se modelan sobre el proyecto revolucionario de poner a los productores en el control de los medios de producción como el medio de erradicar la dominación y la

represión producida por la modernidad capitalista. De ahí que en tanto discurso revolucionario, el testimonio proponga la reconstrucción de los modos de narrar con el objeto de dar la palabra al 'pueblo'." ⁴⁶.

Los estudios más interesantes de la narrativa testimonial son los que han llevado el análisis al terreno de los hechos y la investigación de campo. La naturaleza de estos últimos estudios no ha sido propiamente literaria sino sociológica o factográfica pues su intención ha sido determinar el grado de veracidad de los testimonios. Sus conclusiones han sido importantes porque han permitido deslindar sobre bases firmes los terrenos de la ficción y de la historia, y en consecuencia los de la literatura y el documento dentro de la narrativa testimonial.

David Stoll y Marc Zimmerman a través de investigaciones distintas se ocuparon del testimonio de la indígena guatemalteca Rigoberta Menchú con el objeto de determinar su validez histórica. Ambos investigadores recurrieron a la recopilación en el terreno de testimonios de otros informantes que permitieran refutar o confirmar el de Rigoberta.

David Stoll, después de contrastar distintos testimonios no pudo refutar el de Rigoberta pero encontró indicios suficientes para pensar que en su relato, sobre una base de hechos reales, ella había añadido elementos ficticios.

Stoll fundamenta sus afirmaciones en un análisis del episodio de la muerte del hermano, según fuera contado por la testimoniante. Ella narra en su testimonio que su hermano fue secuestrado y torturado, y después quemado y fusilado -junto con otro grupo de jóvenes- en una plaza pública en el pueblo de Chájul en el altiplano guatemalteco. Diez años después Stoll recogió relatos de los vecinos del pueblo en los que manifestaron no recordar que las víctimas hubiesen sido quemadas en la plaza, aunque sí confirmaron el hecho de que hubieran sido torturadas y fusiladas. La investigación prueba la veracidad del testimonio de Rigoberta pero al mismo tiempo le da pie a Stoll para sugerir que en el relato la testimoniante recurrió a la 'invención literaria' ⁴⁷.

Como señala John Beverly ⁴⁸, las discrepancias podrían deberse al olvido de los vecinos que fueron entrevistados diez años después de los sucesos, o a una insuficiente investigación pues el propio Stoll afirma que su trabajo no es concluyente. No obstante, los indicios son suficientes para considerar la posibilidad de que, si bien los informantes se proponen decir la verdad sobre sus experiencias, recurren o pueden recurrir a alteraciones en su discurso con la intención de hacer más persuasivo su mensaje.

Marc Zimmerman, por su parte, consigue hacer evidente la particular articulación ideológica del testimonio de Rigoberta

Menchú al compararlo con el testimonio de un indígena no revolucionario. El punto de partida de este investigador es considerar que sobre una misma realidad se pueden articular discursos diferentes.

Zimmerman compara el testimonio de Menchú con el de Ignacio Bizarro Ujpan ⁴⁹ para probar que mientras el primero expresa una ideología maya-católica-comunista, el segundo expresa la ideología protestante, propia de la clase dominante. Ambos testimonios se refieren a situaciones y hechos vividos por los indígenas guatemaltecos en los últimos años pero suelen ofrecer versiones distintas y a veces contradictorias con respecto a un mismo suceso. Así por ejemplo, mientras para Rigoberta los trabajos en las fincas de café representaron una explotación inmisericorde, para Ignacio, que se desempeñara como caporal en esas fincas, representaron una experiencia agradable; mientras Rigoberta encuentra la fortaleza de su pueblo en su identidad cultural, Ignacio considera su cultura indígena como una rémora y un motivo de debilidad; mientras Rigoberta considera que el mayor mal de la población indígena es la explotación social, Ignacio considera que es el alcoholismo; y mientras Rigoberta cree que personas de su pueblo están siendo secuestradas y asesinadas por pelear por sus derechos contra un régimen represivo, Ignacio cree que ser comunista es un delito que justifica la muerte y que en muchos casos no se

trata de ajusticiamientos por razones políticas sino más bien de venganzas personales ⁵⁰.

La investigación de Zimmerman parece sugerir que para cada testimonio revolucionario podría encontrarse otro 'reaccionario' que le sirviera de réplica. Pero en definitiva esto significa afirmar algo que ya se sabía, que los testimonios revolucionarios articulan una ideología revolucionaria. Su aporte es importante, sin embargo, porque prueba que los testimonios recurren a la elaboración ideológico-formal de su referente, lo cual representa una de las operaciones características de la creación literaria. Como en el caso de la investigación de David Stoll, la de Zimmerman permite determinar el umbral literario de los testimonios.

De acuerdo con estas investigaciones la literariedad de los testimonios comienza ahí donde se hace uso de la invención y se recurre a la elaboración ideológica. Los testimonios, por tanto, no están exentos de cualidades literarias, lo cual no los convierte, sin embargo, en obras de ficción.

Desde una posición disolvente, la sola presencia de cualidades literarias podrían bastar para desautorizar los testimonios en cuanto que registro fiel de la experiencia. Pero como se ha visto, las investigaciones de campo como la de Stoll y Zimmerman comprueban que es una cualidad definitoria de estas

narraciones su valor factográfico. Si estos autores consiguen señalar el umbral literario de los testimonios, es sólo porque es posible determinar ampliaciones, configuraciones o desviaciones en el discurso con respecto a los hechos concretos que le sirven de referencia. Estos investigadores pueden someter los episodios narrados en los testimonios a un tipo de análisis que sería improcedente para las obras de ficción en cuanto que estas tratan no de personas reales sino de personajes y situaciones creados por un autor.

Los testimonios son documentos históricos cuya información puede ser verificable, a diferencia de las novelas cuya información puede ser solamente comparable con la realidad.

Los estudios sobre la ficción ⁵¹ han demostrado que ésta -la ficción- es una propiedad central de la literatura que incide en la articulación global de los textos literarios y en su ingreso en un plano comunicativo distinto del de los textos históricos. Según Antonio García Berrio, la ficción es "uno de los elementos clave de la estructura del hecho literario [...] por su capacidad de organizar la obra literaria como representación" ⁵². La construcción ficcional -señala Berrio- "afecta a la totalidad del hecho literario, al conjunto de sus dimensiones semióticas: sintáctica, semántica y pragmática" en la medida en que no se trata de discursos de la realidad sino de su duplicación: "esto supone que podrían ser reales pero que

no aparecen inscritos en el universo de lo existente por lo que a sus referentes respecta" ⁵³.

El discurso ficcional se caracteriza porque crea un campo interno de referencia e instauro una realidad imaginaria en el texto que puede ser más o menos semejante a la realidad efectiva. Por el contrario, el discurso histórico no presenta otro plano de referencia que el de la propia realidad concreta. Como señala Tomás Albaladejo:

"La estructura de conjunto referencial del texto histórico, como la del texto científico, está constituida por elementos pertenecientes a la realidad efectiva, mientras que la del texto producido por el poeta la forma un conjunto de elementos que no está situado en dicha realidad, a la cual sin embargo podría pertenecer" ⁵⁴.

Los teóricos coinciden en señalar que mientras en los textos históricos se selecciona la realidad que es comunicada, en los textos de ficción se produce o se crea ⁵⁵.

No se trata, sin embargo de que la realidad esté excluida del texto literario o que éste produzca irrealidad, pues en la mayoría de los casos (en las ficciones realistas) los textos literarios producen realidad por la vía de la imitación de la realidad efectiva ⁵⁶. Lo importante es reconocer que existe una diferencia esencial (ontológica señala García Berrio) entre

los seres, actividades y procesos del texto de ficción y los del texto histórico ⁵⁷.

Felix Martínez Bonati ha ofrecido ejemplos plásticos que son perfectamente aplicables a la distinción de los testimonios en cuanto que documentos históricos, de las novelas en cuanto que obras de ficción. Según Martínez Bonati, la diferencia radica en que mientras las personas a que se refieren los textos históricos pertenecen al mundo de la experiencia, los personajes de los textos literarios pertenecen al mundo de la representación:

"Si leemos apropiadamente un relato que es historiográfico, sabemos que ese relato teóricamente y en principio no es la única fuente de información acerca del individuo allí representado. Pues si tal individuo puede o pudo darse en el modo de la percepción externa, ha podido originar otras imágenes, memorias, huellas. Y así es actitud consecuente que, si el individuo nos interesa, busquemos otras fuentes de información acerca de él. Diversos textos, imágenes u obras sobre un y el mismo individuo real son en principio posibles. El individuo ficticio, en cambio, no tiene más presencia posible que la de la obra única que lo representa; no puede dar origen a otras fuentes de información primaria; no puede haber dos textos diferentes e independientes el uno del otro sobre un y el mismo individuo ficticio...

"Y es que la paradoja fundamental [del texto literario] reside en el hecho de que entramos en el mundo de la ficción sabiendo que se trata de ficciones, de individuos inexistentes, cuya realidad es ilusoria y está para siempre fijada en una representación aspectual. Y sin embargo, una vez dentro de ese mundo, lo vivimos como si fuese parte del mundo real y poseyese todas sus cualidades básicas. Si así no fuera, por lo demás, no habría allí ni ilusión, ni ficción" ⁵⁸.

La literatura crea, por tanto, una realidad paralela pero distinta de la realidad concreta. Naturalmente, el mundo de los textos literarios alude al mundo real pero a diferencia de los textos históricos su referencia está mediada por el plano de la ficción. Si las ficciones realistas recurren a la imitación de la realidad efectiva, lo propio en la lectura de estos textos es el re-conocimiento de esa realidad, a diferencia del conocimiento directo que proponen los textos históricos ⁵⁹. Y si lo propio de los textos literarios es construirse a partir de arquetipos o estereotipos que resumen o generalizan los rasgos singulares de personas y hechos, lo propio en su lectura es considerar su representatividad y no una improcedente verificabilidad ⁶⁰.

La ficción, por tanto, traza una frontera que es válida para distinguir los testimonios de las novelas pero la existencia de esa frontera presupone también sus transgresiones. Si un texto es propuesto como histórico su universo de referencia será la realidad efectiva, pero puede darse el caso -como antes se ha visto en los testimonios- que un texto a pesar de ser histórico involucre elementos ficticios. Situación del todo comparable a la de aquella gran cantidad de novelas que suelen incorporar referencias concretas a hechos históricos y personas reales dentro de la trama de la ficción.

Tomás Albaladejo propone reconocer que los textos de ficción y de no ficción están sometidos a una 'legalidad convencional' que permite comprender estos casos. Según Albaladejo, la ficción supone un proceso de elevación semántica con respecto a la realidad efectiva de tal modo que un texto traspasado cierto límite se sitúa del lado de la ficción; ya dentro de la ficción existe aún el límite de la verosimilitud que puede o no ser rebasado por el texto y que supone un distanciamiento incluso mayor de la realidad efectiva. Este es el principio central de lo que Albaladejo ha definido como la 'ley de los máximos semánticos' ⁶¹. Su importancia es clave -como señala García Berrio ⁶²- para comprender el fenómeno ficcional. Según este modelo, la ley a que se acoge un texto determina la naturaleza de su universo referencial y en consecuencia determina la globalidad de su sentido.

Estas leyes semánticas descansan fundamentalmente en instrucciones de lectura que remiten a uno u otro universo referencial. La ley funciona como un principio dominante que organiza y homogeneiza las referencias del discurso. Cada texto puede pertenecer sólo a un tipo de categoría pues sólo puede existir un principio dominante de referencia. De este modo los textos establecen su propia legalidad: son no ficcionales, ficcionales-verosímiles o ficcionales-inverosímiles dependiendo de su principio de organización dominante ⁶³.

En el caso de aquellos textos históricos (como los testimonios) que involucraran algún elemento fictivo, no podrían considerarse como textos de ficción por cuanto se construyen a partir del supuesto de una alusión directa al mundo de la realidad efectiva. Así como tampoco las novelas construidas bajo el supuesto de una alusión a un mundo ficcional podrían dejar de considerarse como tales por involucrar referencias a hechos históricos ⁶⁴. Albaladejo considera que en las novelas la integración de elementos provenientes de la realidad efectiva (referencias a lugares, personas o hechos reales) funcionan como un refuerzo de la verosimilitud realista. Mientras que los elementos de ficción que pudieran aparecer en un texto histórico representan elementos falsos con respecto a su ley de referencia (fidelidad) a la realidad efectiva.

"El grado cero de la ficción se da en los textos en los que no hay ningún elemento ficcional... no quiere esto decir, sin embargo, que haya de ser considerado provisto de ficción un texto histórico en cuya estructura de conjunto referencial esté presente algún elemento semántico no existente en el mundo real efectivo, pues, al estar regida esa estructura por un modelo de mundo tipo I [modelo de referencia a la realidad efectiva] será aquel un elemento falso, excluible de acuerdo con tal modelo de mundo" ⁶⁵.

Albaladejo califica con razón de falsos aquellos elementos que en un texto histórico no son fieles a la realidad. Pierde de vista, sin embargo, que la fidelidad suele ser siempre relativa y que lo más frecuente es que los textos históricos den cuenta

de hechos ciertos pero re-elaborándolos ideológicamente, enfatizando o ignorando determinados aspectos o añadiendo y suprimiendo elementos, como es la situación que muy probablemente ocurre en los testimonios tal y como antes se ha expuesto.

En todo caso, como bien señala Albaladejo, las desviaciones del texto histórico con respecto a la realidad efectiva -suponiendo que se pudieran demostrar- no convertirían a ese texto en un texto de ficción. Para ello haría falta que su modelo de referencia fuese ficcional y entonces se trataría de otro tipo de texto (novela o drama por ejemplo) pero no histórico.

Las consideraciones que hasta aquí se han hecho sobre la ficción son necesarias para trazar, en último término, los límites que existen en el interior mismo de la narrativa testimonial. La distinción entre documentos históricos y novelas sirve para diferenciar a los testimonios de las novelas testimonio. En Centroamérica, como antes se ha dicho, junto a los testimonios de campesinos, obreros y combatientes, aparecieron novelas testimonio como las de Manlio Argueta, sobre la participación popular en la lucha revolucionaria.

Los testimonios y las novelas testimonio comparten la finalidad de expresar la voz del Otro -de los marginados y subordinados- y están contruidos como narraciones autobiográficas. No

obstante, mientras el discurso de los testimonios proviene de personas reales y posee un valor factográfico, el discurso y los personajes de las novelas testimonio se encuentran mediatizados por la ficción.

Los testimonios nacen como resultado de entrevistas concretas a individuos involucrados en los acontecimientos sociales, y suponen la transcripción más o menos elaborada de su discurso. En otros casos son auto-testimonios escritos por los propios individuos. Las novelas testimonio, en cambio, aunque en su origen provengan de discursos recogidos de la realidad, son en última instancia recreados por el autor como discursos y personajes ficcionales que buscan representar de forma paradigmática los hechos sociales.

El término de novela testimonio fue aplicado por primera vez por Miguel Barnet -como se apuntó antes- tomando en consideración las características de su propia obra y la tradición literaria en que se inscribía. Barnet aplicó el término a todo el conjunto de su obra en virtud de que encontró en ella características indiferenciadas de una forma narrativa que él reconoció como socio-literaria. Elzbieta Skłodowska, sin embargo, se ha encargado de analizar detenidamente los textos de este autor para determinar que mientras Biografía de un cimarrón (1966) es propiamente un testimonio porque recoge "la transcripción del discurso de un sujeto real", La canción de

Rachel (1969) deja de serlo porque "implica la ficcionalización del elemento más importante del testimonio -el sujeto hablante"⁶⁶. Mientras en Biografía de un cimarrón Barnet se atuvo al discurso y los hechos de la vida del anciano Esteban Montejo, en La canción de Rachel, el autor creó un personaje de ficción que propuso como representativo de las coristas de los clubs nocturnos de Cuba. Barnet no creó de la nada este último personaje pues se basó en entrevistas previas con seis coristas, pero la elaboración de su material, en este caso, supuso la creación de un modelo arquetípico: una Rachel de ficción.

El término novela testimonio busca definir esa fusión de lo documental y la ficción que distingue esta modalidad narrativa.

La novela testimonio se caracteriza por un extremo mimetismo realista. Más que reflejar la realidad, este tipo de novela ha buscado la transparencia, la más exigente fidelidad a lo real. En las novelas testimonio el discurso de los personajes aparece como si en efecto hubiera sido ofrecido en una entrevista o en una declaración judicial, como si no se tratara de una obra de ficción sino de la transcripción de un discurso hablado concreto. Pero el hecho de que ese discurso haya sido finalmente recreado por el autor implica que este último no ha abandonado del todo su papel y que sigue ejerciendo su autoridad y su inventiva personal.

En la novela testimonio, sin embargo, se sigue produciendo en términos relativos ese "desplazamiento del ego autorial" que Miguel Barnet y la crítica señalaran como característico del género. En la novela testimonio, también el autor limita sus funciones y asume un papel que quiere ser sólo de intermediario, de portavoz de unos personajes populares que a través de él narran sus vidas y las de sus familias. Pero se trata, sin duda, de una figura literaria, de una forma retórica de incorporar la voz popular. La adopción de esta modalidad supone un movimiento de la figura del autor a los márgenes del texto, de un texto que ya no es la expresión de un individuo - que pudiera ser el autor- sino de colectivos con los que él se identifica.

Como ha señalado la crítica literaria, frente a las formas burguesas de la novela que expresan los conflictos del individuo y su singularidad con respecto a la masa, la narrativa testimonial expresa los conflictos de los colectivos sociales y las relaciones de identificación y solidaridad que en su interior se producen. Para las novelas testimonio de Manlio Argueta, por ejemplo, es válido lo señalado por John Beverly:

"...el eje [...] no es tanto el héroe problemático de la novela [burguesa] -para recurrir al concepto de Lukacs- sino una situación social problemática que el narrador testimonial vive o experimenta con otros... El narrador testimonial recupera la función metonímica del héroe

épico, su representatividad, sin asumir sus características jerárquicas y patriarcales. Interpela al lector como alguien que comparte o simpatiza con su situación, es decir, como también un igual, un compañero"⁶⁷.

Las novelas testimonio descienden de la tradición literaria del realismo y de la novelística social, y se caracterizan por convertir la figura del personaje testigo en el narrador representante de un colectivo social, que de este modo encuentra una forma de expresión.

Elzbieta Sklodowska, sin embargo, considera que las novelas testimonio implican una traición del principio fundamental de la narrativa testimonial porque recurren a la ficcionalización⁶⁸. Si como antes se ha visto Sklodowska rechaza incluso la figura del transcriptor en el proceso testimonial, menos podría esperarse que aceptara la figura del creador de ficción. Sus argumentos, sin embargo, son inaceptables pues rechazar la ficción autorial supondría rechazar un elemento central de la tradición de la novela misma⁶⁹.

El escepticismo de Sklodowska se basa en la suposición errónea de que la autenticidad de un discurso sólo puede estar garantizada en los testimonios directos, espontáneos y no mediatizados. Sklodowska, aunque recurre a la lingüística del discurso, desconoce uno de sus principios básicos, aquel que plantea que así como no existen palabras aisladas, tampoco

existen discursos aislados, de modo que todo discurso se encuentra mediatizado (condicionado por los demás discursos y por los códigos ideológicos) incluso desde su origen. No sólo se construyen frases a partir de una lengua preestablecida sino que se construyen discursos a partir de los códigos ideológicos vigentes en el medio social. En consecuencia, no existen discursos absolutamente individuales y sí en cambio un fenómeno permanente de fusiones y reactualizaciones. Una narración testimonial, por tanto, será auténtica si respeta -como se ha dicho antes- las singularidades del habla del testimoniante, los hechos sociales a que se refiere y especialmente si respeta su ideología.

Skłodowska señala que el autor de las novelas testimonio le arrebató al testimoniante "la autoridad con respecto a su propia vida" al abrogarse el derecho de recrearla y narrarla⁷⁰. Pero eso es lo que ha hecho la mayoría de los novelistas: convertir las vidas de las personas en personajes que el lector reconoce, lo cual no ha falseado necesariamente el referente, por el contrario en muchas ocasiones lo revela o ilumina.

Uno de los principios en que descansa la literatura de autor⁷¹ consiste en suponer que un discurso figurado o ficticio es capaz de ofrecer una representación válida de las experiencias individuales y sociales. En otras palabras, que el discurso ficticio tiene la posibilidad, como el factográfico, de ofrecer

una versión de la realidad, una interpretación que dé cuenta de su significado de fondo.

En la investigación de Marc Zimmerman sobre el testimonio de Rigoberta Menchú que antes se comentó, quedó probado que es posible construir discursos distintos con sentidos a veces contrarios a partir de una misma realidad. Pero esa investigación podría ser completada con la comparación de discursos relativamente homogéneos -en su sentido y en su interpretación de los hechos sociales- producidos, sin embargo, por personas distintas y bajo modalidades narrativas distintas. Es el caso, por ejemplo, de la comparación posible entre el testimonio de Rigoberta Menchú y las novelas testimonio de Manlio Argueta. Aunque Rigoberta no haya podido leer las obras de Argueta y aunque estas últimas hayan sido obras de ficción, muestran coincidencias importantes entre sí, sobre todo con respecto a la interpretación básica del proceso de la incorporación de las clases populares a la lucha social en Centroamérica. Como se verá más adelante, en ambos casos se presenta a los campesinos bajo unas semejantes condiciones de miseria y explotación, y los cambios ideológicos que en ellos se producen, sufren en un momento dado el efecto de la represión gubernamental, elemento que se considera desencadenante en los distintos textos de la incorporación popular a la lucha revolucionaria.

Las novelas testimonio de Argueta y el testimonio de Menchú se articulan, por tanto, a partir de una compatible ideología popular revolucionaria, que influye a su vez en el hecho de que tracen también en términos semejantes la evolución histórica del proceso social.

En conclusión, las novelas testimonio son, sin duda, un tipo de texto resultado de una alianza solidaria entre el autor y las clases populares, de una forma semejante a como en los testimonios el transcriptor intermediario se alía también con esas clases. En tal sentido, puede considerarse a ambos tipos de textos, contruidos a partir de dos voces: la popular y la 'letrada', sin que ello deba implicar necesariamente su desautorización.

En Hispanoamérica, las novelas testimonio conectan con lo que el crítico peruano Antonio Cornejo Polar ha llamado la tradición de las literaturas heterogéneas ⁷² que aparece ya en la obra de autores como Garcilaso el Inca, que continúa a través de toda la historia literaria del continente y atraviesa la obra de autores de este siglo como Juan Rulfo. Es decir, aquella tradición literaria en la que los autores a pesar de provenir de un estrato social más o menos privilegiado, han buscado interpretar y ser los portavoces de la realidad y los problemas de las masas marginadas. Heterogénea pero que busca una armonía, una identificación entre representantes de grupos

sociales distintos. En la práctica esta fusión ha resultado difícil o conflictiva pero no por ello ha falseado siempre la realidad. Precisamente con el testimonio y la novela testimonio parece haberse alcanzado, pese a las críticas al respecto, el mayor grado de realismo. Intento que se inscribe, por otra parte, dentro de esa tendencia que ha mostrado un gran número de fórmulas narrativas en estas últimas décadas en el continente, hacia el hiperrealismo.

5.1 Testimonios de los procesos revolucionarios centroamericanos

Desde su aparición en Centroamérica las narraciones testimoniales se convirtieron en un medio a través del cual fue surgiendo un discurso hasta entonces inédito sobre la experiencia clandestina de los líderes de la lucha armada y sobre la experiencia anónima de los sectores populares en los procesos revolucionarios. Un discurso histórico, en principio inmerso en los espacios de los insurgentes y los oprimidos con el que se buscó hacer públicas las luchas de liberación centroamericanas.

Los procesos revolucionarios, que han representado en el plano social e histórico una réplica de la sociedad, han encontrado en la narrativa testimonial una nueva forma de expresión. Si

en el plano práctico los gobiernos y los ejércitos se propusieron acabar con el movimiento armado y con el movimiento popular, esto se tradujo en el plano de los discursos en una situación de censura y silencio. Las novelas de guerrilleros habían roto ese silencio y habían dado a conocer el fenómeno revolucionario que de otro modo difícilmente habría encontrado espacios de difusión. Pero las novelas aportaban una visión literaria, una representación a través de la ficción que necesariamente dejaba por fuera muchos de los hechos y de las incidencias particulares del proceso. Los testimonios ofrecieron una nueva forma narrativa abierta a las experiencias y a la expresión directa de los sujetos sociales que permitió sacar a la luz gran parte de la historia concreta y acallada del proceso social.

Los testimonios surgen ligados a los procesos sociales pero subsidiariamente encierran también una réplica contra las novelas. Aunque primordialmente los testimonios constituyen una reacción contra el poder hegemónico contra el que se dirigía la totalidad de la lucha, vinieron a disputar de hecho, un espacio narrativo ocupado casi exclusivamente hasta entonces por la novelística. Trajeron consigo una mayor demanda de historia concreta en detrimento de la ficción, y una revalorización de las experiencias más colectivas en lugar de las más individuales. Se multiplicaron con gran velocidad y acabaron con el privilegio de narrar el proceso revolucionario

que hasta entonces tenían las novelas. Bajo su influencia se provocaron cambios, incluso, en la novelística, pues al calor de sus planteamientos surgirían, como se ha expuesto antes, las novelas testimonio.

Por estas razones, aunque los testimonios, en sentido estricto, no sean novelas, no pueden dejar de considerarse en este estudio. Además de su importancia textual e histórica, como se ha apuntado, estos textos involucran elementos literarios y procesos de elaboración discursiva e ideológica que deben ser rastreados. Sin pretender hacer aquí su análisis exhaustivo que requeriría no sólo de la crítica literaria sino histórica y sobre todo factográfica -en lo que compete a la comprobación *in situ* de los hechos narrados- es necesario hacer al menos una relación sumaria de los testimonios centroamericanos que ilustre su aparición y desarrollo tanto como sus características temáticas y narrativas más relevantes.

5.1.1 Testimonios de dirigentes revolucionarios

Los primeros testimonios que se publicaron en Centroamérica y que llegarían a ser los más numerosos, fueron de dirigentes revolucionarios o en términos generales de los cuadros más calificados del movimiento.

Estos testimonios suelen tener como eje central, el propósito explícito de reconstruir la historia de los procesos revolucionarios, especialmente de la lucha armada, a través de la experiencia de los autores. No obstante, los testimonios precursores, el de Miguel Mármol (1972) recogido por Roque Dalton y Secuestro y Capucha (1966) de Salvador Cayetano Carpio, presentan una singularidad distintiva: ambos se refieren al pasado lejano del proceso revolucionario, a la insurrección de 1932 en El Salvador y a la represión en las cárceles de ese mismo país en la década de 1950, respectivamente. Lo propio de las narraciones testimoniales centroamericanas, en cambio, iba a ser ocuparse de la historia inmediata y del presente de la lucha, como en Las cárceles clandestinas de El Salvador (1978) de Ana Guadalupe Martínez que se situó ya en la década del setenta.

5.1.1.1 Miguel Mármol. Los sucesos de 1932. (1972) Roque Dalton (ed.) ⁷³.

El testimonio de Miguel Mármol es singular dentro del conjunto de las narraciones de dirigentes revolucionarios centroamericanos porque no se presenta bajo la modalidad de autotestimonio. Miguel Mármol fue un comunista de extracción popular que llegó, sin embargo, a ser líder del movimiento obrero de El Salvador y que pudo escribir por sí mismo su

testimonio -como lo hiciera Cayetano Carpio, también salido de las filas artesanales del movimiento. No obstante, fue Roque Dalton, un escritor de profesión, el que recogió sus palabras, de tal modo, que en este texto quedó involucrado el intermediario-transcriptor, una modalidad testimonial que en adelante sería más bien distintiva de los testimonios populares.

El propósito de escribir una narración de naturaleza testimonial quedó explícita ya en este texto precursor del género en la región. Roque Dalton advertía en el prólogo del libro que las características de construcción del texto se derivaban de ese género que había comenzado a ganar auge en Cuba y en otras partes; declaraba haber leído las obras entonces recientes de Miguel Barnet, Oscar Lewis y Jan Myrdal, y señalaba con extrema claridad los objetivos que perseguía:

"-...dilucidar hechos políticos desconocidos dentro del proceso de lucha revolucionaria del pueblo salvadoreño...
-Enfrentar el testimonio presencial de un revolucionario [...] a las versiones reaccionarias que se han hecho ya tradicionales y oficialmente históricas...
[Hacer una] denuncia abierta e inocultable contra el imperialismo y las clases dominantes salvadoreñas..." (p32)

Dalton añadía otros objetivos como el de recuperar las enseñanzas que ofrecía el pasado de la experiencia revolucionaria o mostrar el carácter propio y nacional que la lucha había cobrado en El Salvador. Desde el punto de vista

narrativo, sin embargo, se destaca el propósito declarado por Dalton de seguir a través del testimonio una vía alternativa a la literatura:

"...deseché la primera trampa insinuada por mi vocación de escritor frente al testimonio de Miguel Mármol: la de escribir una novela basada en él o la de novelar el testimonio. Pronto me di cuenta de que las palabras directas del testigo de cargo son insustituibles. Sobre todo porque lo que más nos interesa no es reflejar la realidad sino transformarla." (p34)

Dalton se inclina por la opción testimonial después de advertir, lo que para él eran las ventajas del género. Dalton concluye que si en el fondo, lo que está verdaderamente en juego es la discusión sobre los hechos históricos y no la creación de una obra de arte, reproducir la versión literal de las palabras del testigo resultaba más idóneo que su reelaboración literaria. Desde el punto de vista de los autores de novelas testimonios, que se inclinaron por una versión literaria, la opinión de Dalton sería discutible: aún cuando lo que verdaderamente interese sea la discusión sobre los hechos o precisamente por serlo, la novela podría ser igualmente idónea porque ser una obra de arte no excluye necesariamente su valor como instrumento de conocimiento.

No obstante, el propio Dalton fue consciente no sólo de las ventajas que ofrecía la narrativa testimonial sino también de

sus inconvenientes. Se preocupó por dejar explícita, por ejemplo, su participación en la construcción del texto:

"No soy un testigo frío e imparcial de un testimonio que hay que ubicar en un mundo de compartimientos estancos de casillas clasificatorias. Soy un militante revolucionario inmerso en la historia que Mármol nos ha comenzado a narrar y comparto en absoluto la pasión vital del narrador por llevar esa historia en su fase actual, al cauce de las masas populares" (p32)

Con ello Dalton señalaba la naturaleza política del texto y hacía explícitas incluso su directrices ideológicas:

"El rigor que [busco] no es tanto el científico-técnico, como el político, tanto a nivel expositivo como interpretativo y sobre la base de que el autor trata de guiar su labor dentro de los principios del marxismo leninismo." (p32)

Dalton concebía claramente el testimonio como resultado de la colaboración entre dos sujetos que pueden incluso tener diferencias políticas o ideológicas entre sí pero que coinciden en perseguir un objetivo común. Dalton dice no coincidir con el comunismo más o menos stalinista de Mármol:

"Puedo decir en términos generales que no comparto necesariamente todos los puntos de vista de Mármol [...] lo cual no obstaculiza [...] el esfuerzo por extraer experiencias, conclusiones, hipótesis de trabajo de las realidades históricas [...] que se desprenden del testimonio de Mármol." (p13)

Dalton confiesa no haber usado grabadoras en las entrevistas y haber escrito el testimonio a partir de un extenso dictado tomado a mano. Por ello se detiene en aclarar su papel de intermediario y su concepción de que la validez del testimonio que ofrece depende no sólo de la fidelidad a las palabras del testimoniante sino también, y más allá de eso, de la fidelidad al proceso histórico mismo a que el texto en su conjunto se refiere y del que en definitiva depende el movimiento revolucionario en el que tanto Mármol como él participaban.

Con este extenso prólogo, Dalton se adelantó a los cuestionamientos que efectivamente se harían después a las narraciones testimoniales. Al asumir la naturaleza política del texto, Dalton demandaba una actitud despierta de parte del lector y situaba el terreno de la discusión no sólo en el plano meramente narrativo del testimonio sino en el de la valoración y análisis de los hechos históricos mismos.

El texto propiamente dicho, ofrece la narración de Miguel Mármol sobre la gestación del movimiento obrero salvadoreño en las primeras décadas del siglo XX a partir de su participación en los gremios de zapateros y después como líder del Partido Comunista. Este movimiento fue pionero en Centroamérica y condujo en 1932 a uno de los más importantes intentos de insurrección popular del istmo. Intento que, sin embargo,

fracasó y trajo consigo la matanza de obreros y campesinos que hiciera el ejército del General Maximiliano Hernández Martínez.

En su testimonio Mármol narra su infancia en el pequeño pueblo de Ilopango; sus primeros contactos con las ideas comunistas a través de los maestros zapateros de la capital; su viaje en barco a la Unión Soviética para el Congreso de la Federación Sindical Roja de 1930; su regreso a El Salvador, el ascenso esperanzador y festivo del movimiento popular y su derrumbe en 1932.

Mármol se detiene largamente en narrar las circunstancias que condujeron al intento de insurrección: el estado de indignación general entre las clases populares después del golpe de estado contra el presidente electo Arturo Araujo y la fatal precipitación popular que, carente de coordinación estratégica y de armas provocó -incluso antes de que se declarara el alzamiento- la represión encarnizada del ejército. Entonces murieron miles de obreros y campesinos e importantes dirigentes comunistas como Agustín Farabundo Martí -de quien mucho tiempo después tomaría su nombre la alianza militar revolucionaria salvadoreña. El propio Mármol relata haber sido llevado al paredón y haber sobrevivido milagrosamente a su fusilamiento. La represión desencadenada desde ese momento, desbarataría el movimiento popular por largos años. Mármol narra el difícil resurgimiento de la actividad comunista bajo el acoso pertinaz

del ejército, un acoso que lo llevaría a él mismo a las cárceles del General Hernández Martínez en 1934 y después al exilio en Guatemala en 1944.

En el testimonio de Mármol, aparecieron elementos que después se volverían constantes en la narrativa testimonial de la región: el esfuerzo por rescatar la historia del movimiento tanto en sus grandes acontecimientos como en sus pequeños detalles, la permanente evaluación crítica y estratégica, la denuncia de la represión del ejército y de los atropellos sufridos en las cárceles, y sobre todo, la voz popular -fluida y desembarazada de formalismos estilísticos.

Hay en el texto, igualmente, pasajes irrepetibles de excepcional singularidad, que hacen pensar en una posible colaboración entre el testimoniante y el escritor conocedor de su oficio que era Roque Dalton: por ejemplo, el relato del viaje a Europa, la narración trepidante de la insurrección de 1932, o el retrato del déspota delirante Maximiliano Hernández que inspirara el personaje de Gabriel García Márquez en El otoño del patriarca. Si no en el texto, al menos en la conducción de la entrevista, la influencia de Dalton debió ser decisiva para que Mármol desarrollara con detalle y extensión estos pasajes.

5.1.1.2 Secuestro y Capucha (1979) de Salvador Cayetano Carpio⁷⁴.

Años antes de que se conociera el testimonio de Miguel Mármol, Salvador Cayetano Carpio había hecho pública su experiencia en las cárceles entre 1952 y 1954 bajo el gobierno del General Oscar Osorio, en un breve relato que circuló con un tiraje limitado en El Salvador en 1966⁷⁵.

A diferencia del de Mármol, este relato no parece haber sido influido por las obras fundadoras del género testimonial en el continente, baste tomar en cuenta que Biografía de un Cimarrón, el primer libro de Miguel Barnet, se publicó ese mismo año de 1966. En este sentido, el testimonio de Carpio podría parecer un producto simple de la situación social y de la experiencia personal que él viviera. Pero aunque las condiciones objetivas para el surgimiento de una narrativa testimonial ya estuvieran dadas entonces, como así lo hace pensar este texto, y aunque de hecho presenta unas características narrativas del todo extrañas a las que serían corrientes después, esto no supone que fuera un resultado espontáneo de los hechos sino que sus referencias textuales fueron otras, vinculadas al reportaje periodístico y a ciertos procedimientos de la narrativa de ficción como se verá más adelante.

El texto de Carpio aunque surgido de forma relativamente independiente de la corriente principal de la narrativa

testimonial, ha sido considerado, por su contenido histórico y su intencionalidad política, no sólo como un testimonio sino como uno de los primordiales del proceso revolucionario salvadoreño.

Es significativo, además, el hecho de que el testimonio de Carpio aunque conocido al interior del movimiento revolucionario de su país, sólo alcanzó resonancia a nivel regional cuando fue publicado por la Editorial del Consejo de Universidades Centroamericanas en 1979, es decir, cuando entraba en alza la narrativa testimonial en el istmo.

En los primeros años de la década de 1950, momento en el que se sitúa el relato, Cayetano Carpio era un dirigente de los gremios panificadores, de El Salvador. Entonces fue encarcelado y torturado como él mismo narra. Posteriormente, a finales de la década del sesenta, llegaría a ser Secretario del Partido Comunista de su país y a principios de los años setenta se convertiría en el fundador de una de las primeras organizaciones guerrilleras. En 1983 se vería implicado en serios conflictos al interior del movimiento armado, después de ser acusado de haber ordenado la muerte de otra comandante revolucionaria, -hechos que, aparentemente, tuvieron como consecuencia el que entonces se quitara la vida⁷⁶.

En su testimonio, Carpio se refirió a los hechos ocurridos en 1952 cuando el General Osorio decretó un estado de sitio en el país, partiendo de la falsa suposición de que se preparaba una conspiración contra su gobierno. Entonces -narra Carpio- cayeron en las cárceles obreros, estudiantes y profesionales de distintas tendencias políticas que fueron considerados "enemigos de la democracia".

Carpio recrea con un propósito de denuncia las torturas que sufriera tanto él como su esposa y sus demás compañeros encarcelados. De acuerdo con su testimonio, los torturadores cubrían su cabeza con una capucha de hule que le dificultaba la respiración, mientras lo golpeaban salvajemente hasta provocarle ataques de asfixia. Empleaban una varilla de hierro -"látigo"- con la que le azotaban las plantas de los pies y todo su cuerpo hasta amoratarlo completamente. En otras ocasiones le amarraban por la espalda de pies y manos, y lo colgaban de lo alto, de modo que al recibir los golpes se balanceaba -como una "piñata"- dañándose extremosamente los tendones que soportaban el peso.

Carpio quiere poner al descubierto las interioridades desconocidas del estado de sitio de 1952. No sólo se refiere a la primera etapa de torturas sino al posterior ocultamiento de los presos políticos. Aún después de haberse confirmado en los interrogatorios y torturas que había sido infundada la

presunción de una conspiración anti-gubernamental, los prisioneros no fueron puestos en libertad. En un momento dado - según Carpio- las torturas fueron suspendidas y, sin embargo, él y sus demás compañeros comenzaron a ser diseminados y llevados de una cárcel a otra por todo el país con el objeto de ocultarlos de la intervención judicial que demandaba su *habeas corpus*. Poco a poco los presos fueron siendo desterrados o consiguieron huir al exilio. El propio Carpio huyó junto con otros cuatro reclusos pero fue recapturado. Finalmente, transcurridos dos años de permanecer ilegalmente recluido - "secuestrado"- y después de una huelga de hambre, Carpio fue liberado por resolución judicial en diciembre de 1954.

El testimonio de Carpio, escrito años antes de que su autor pasara a convertirse en dirigente de la lucha armada, es una constatación vivida en carne propia -según declara él mismo- de las falacias de la democracia salvadoreña, en la que los militares ignoraban los más elementales derechos civiles y pasaban por encima del sistema jurídico para reprimir con los medios más oprobiosos a los opositores políticos. Carpio no llama a la lucha armada en este testimonio ⁷⁷ pero se preocupa por dejar perfectamente clara la impracticabilidad de la participación política de oposición en su país. Para Carpio, la abyección que se vivía en las cárceles era la prueba del trastorno irracional y de la decrepitud a que había llegado la sociedad oligárquica.

El texto está dirigido implícitamente a los obreros, estudiantes y campesinos del movimiento popular, a quienes Carpio quiere entregar tanto sus reflexiones políticas como dar a conocer la situación de los opositores en las cárceles.

Desde el punto de vista narrativo, resulta significativa la construcción retórica del discurso. Carpio sitúa la narración en un presente histórico: no como el relato de hechos acabados sino como un relato activo, vivido en el presente. Este recurso otorga dinamismo al relato pero es justamente lo que más lo distingue del resto de narraciones testimoniales que se escribirían después y que evitarían este tipo de fórmulas literarias tradicionales.

Carpio, como si se tratara de un reportaje de acción o de un relato de suspenso se preocupa por recrear plástica y dinámicamente las distintas situaciones; presenta la acción según se desarrolla y evita adelantar información, o resumirla sumariamente, con la intención de crear expectación en el lector. Otros testimoniantes -como se verá más adelante- recurrirían a la recreación de impresiones personales, pero en este testimonio, como en las novelas de aventuras, el autor no se limita a dar a conocer su versión de unos hechos del pasado sino que busca revivirlos en el lector valiéndose de una escritura efectista -si así puede llamarse a los recursos que él utilizó.

Vale recordar aquí que las novelas bananeras Mamita Yunai (1941) de Carlos Luis Fallas y Prisión verde (1950) de Ramón Amaya Amador, que también anticiparon la narrativa testimonial como se dejó apuntado antes, recurrieron de un modo semejante a procedimientos narrativos después infrecuentes para hacer más persuasivo el relato de sus experiencias personales dentro de las coyunturas sociales. Como en el texto de Carpio, en esas novelas los autores no pudieron incorporar los modelos textuales de la narrativa testimonial que se desarrollarían en el continente a partir de la década del sesenta, y se valieron, por tanto, de recursos y géneros literarios tradicionales. Esto lleva a considerar la estrecha dependencia de los textos no sólo con relación a los hechos de la realidad concreta sino con respecto a las alternativas que se encuentran abiertas en un momento dado en la tradición literaria. No obstante, mientras los antiguos obreros bananeros vertieron sus experiencias dentro del modelo de ficción propio de las novelas anti-imperialistas y de protesta social de las décadas del cuarenta y cincuenta, Carpio utilizó solo ciertos procedimientos literarios, provenientes de diversas fuentes, y optó por situar la acción en el plano de la referencia directa a la realidad histórica. De este modo, su texto se distancia por sus procedimientos narrativos pero se aproxima por su estilo referencial a los testimonios de obreros, campesinos y combatientes que aparecerían en Centroamérica a partir de la década del setenta.

5.1.1.3 Las cárceles clandestinas de El Salvador (1978) de Ana Guadalupe Martínez ⁷⁸.

A diferencia de los testimonios de Miguel Mármol y de Cayetano Carpio, el de Ana Guadalupe Martínez fue el primero en ocuparse -como se ha dicho antes- de la lucha revolucionaria en curso. Este último es un testimonio que sin perder la intención histórica de los anteriores, posee un carácter a la vez formativo e informativo. Está especialmente dirigido a los cuadros militares revolucionarios de El Salvador como un documento sobre las circunstancias inmediatas de la lucha y como una fuente de datos valiosos tanto sobre el funcionamiento de los aparatos represivos como sobre las operaciones mismas del movimiento armado. Es un testimonio que incluye capítulos enteros sobre formación ideológica, política y estratégica, y que hace acopio de materiales de diversa índole (fotografías, retratos hablados, recortes de periódicos, planos dibujos, etc.) que más que ilustrar el texto le sirven de soporte expositivo e histórico.

En un prólogo redactado por uno de los comandantes superiores del Ejército Revolucionario de los Pobres (E.R.P.) ⁷⁹ se hacen explícitos los propósitos testimoniales del texto: "escribir la historia de la revolución, desde las trincheras mismas del combate" y se añade una protesta -singular por infrecuente-

contra los intelectuales que hasta entonces se habían ocupado del proceso revolucionario "desde cómodos escritorios":

"Hay mucha experiencia concreta que se ha perdido al no ser procesada y transmitida por los militantes, y otra buena parte ha sido deformada en su esencia al ser elaborada por los intermediarios intelectuales izquierdizantes que la ajustan no a las necesidades de la revolución sino de la ficción y la teorización pequeñoburguesa de la revolución."
(p16)

En el texto, Ana Guadalupe Martínez narra de una forma lineal, directa y simple, su detención ilegal, los siete meses de prisión en las cárceles clandestinas de la Guardia Nacional y su liberación a consecuencia del secuestro del financiero Roberto Poma.

Este testimonio continúa, en cierto modo, la discusión en torno a la represión sufrida en las cárceles por los prisioneros políticos que iniciara de forma incipiente Miguel Mármol y que desarrollara especialmente Cayetano Carpio. Ana Guadalupe señala desde los capítulos iniciales del libro y como si se tratara de una ampliación o actualización de los testimonios anteriores, los cambios que la Guardia Nacional había llevado a cabo en cuanto a las técnicas de tortura que se practicaran hasta entonces a los prisioneros. Las torturas que conociera Mármol y Carpio habían sido cambiadas por unas más sofisticadas pero no por ello menos brutales. Reporta el uso del pentotal o suero de la verdad y el haber sido sometida a largas sesiones

de choques eléctricos aplicados en todo el cuerpo pero especialmente en sus genitales; reporta igualmente la aplicación de técnicas psicológicas en los interrogatorios y en la conducción misma del cautiverio, y la reclusión de los prisioneros en condiciones de extrema inmovilidad e incomodidad -vendados los ojos y atados de pies y manos en camas sin colchón durante largos períodos de tiempo. Ana Guadalupe subraya la intención de los torturadores de no eliminar de inmediato a los prisioneros y de dejar en ellos las menores huellas del maltrato físico con vistas a una colaboración a largo plazo. Por otra parte, los miembros de los organismos represivos buscaban protegerse de una posible intervención judicial y evitar crear innecesariamente mártires o héroes revolucionarios. Por otra parte, este testimonio fue el primero de una mujer combatiente en el que se narró desde el punto de vista femenino, lo que representó para las mujeres el abuso sexual y la violación en las cárceles.

Un elemento nuevo aparece en este testimonio y es el de la autorrecriminación por parte de la testimoniante. Según Ana Guadalupe Martínez, las torturas la obligaron a ceder información, aunque mínima y escasamente útil. Estas declaraciones poseen un carácter confesional y al mismo tiempo ideológico pues al reconocer sus debilidades como faltas, la combatiente legitima las normas de comportamiento revolucionarias. Ana Guadalupe añade en su defensa, que a pesar

de todo nunca ofreció información importante. Para prueba de ello señala que entre la información vital del movimiento, se guardó siempre de revelar lo referente al secuestro de Roberto Poma en cuya planificación ella había estado implicada y que conduciría tiempo después, sin poder haberlo previsto, a su propia liberación.

Ana Guadalupe se extiende en narrar su larga permanencia en las cárceles y la convivencia con los demás presos políticos: la vida cotidiana, los esfuerzos conjuntos por mantener alta la moral y las argucias con que conseguían paliar los rigores y las privaciones. Su testimonio termina con la narración del secuestro del financiero, con amplias descripciones de los planes operativos y de las acciones mismas por parte de los que participaron en la acción, y con varios capítulos evaluativos sobre la situación política, la situación de los presos, y el futuro de la lucha revolucionaria.

Su testimonio fue escrito en un momento difícil para los revolucionarios salvadoreños, que atravesaban entonces irreconciliables divisiones internas. Un año antes, esas divisiones habían llevado a la muerte de Roque Dalton. La propia detención de Ana Guadalupe fue el producto de una delación por parte de un integrante de una de las facciones en pugna, quien meses antes que ella había caído preso. En esos años la Resistencia Nacional (R.N.) se había separado del ERP

y la policía aprovechaba el conflicto para que los militantes de las distintas organizaciones se delataran entre sí.

Ana Guadalupe observa que esas divisiones que se habían provocado por diferencias ideológicas, minaban el movimiento armado en su conjunto, lo cual resultaba especialmente evidente en las cárceles, donde todos los subversivos, no importaba de que organización provinieran, eran tratados por igual como enemigos del gobierno. Ana Guadalupe envía en su testimonio un llamado a la necesaria unidad entre las fuerzas revolucionarias -unidad que se produciría, de hecho, poco tiempo después. De este modo aunque Ana Guadalupe se somete en la mayor parte de su testimonio a las líneas ideológicas de la dirigencia de la fracción armada de su movimiento, en este mensaje formula una opinión política personal que iba contra ellas. Con esto, Ana Guadalupe inaugura en la narrativa testimonial centroamericana un elemento de discusión o de doble réplica -con respecto a la sociedad dominante por un lado, y por otro con respecto al propio movimiento- que se repetiría en testimonios posteriores.

5.1.1.4 Carlos, el amanecer ya no es una tentación (1980) de Tomás Borge ⁸⁰.

Carlos, el amanecer ya no es una tentación (1980) de Tomás Borge y Los días de la selva (1980) de Mario Payeras fueron dos

textos al parecer escritos simultáneamente que, a pesar de referirse a hechos revolucionarios distintos -el primero a acontecimientos vividos en Nicaragua y el segundo en Guatemala- guardan, sin embargo, semejanzas importantes en cuanto a sus características generales: expresan cada uno a su manera una maduración de la lucha revolucionaria y una maduración del género testimonial mismo. Ambos textos fueron escritos después de haber sido superada la etapa del fracaso guerrillero y ya con la experiencia ganada que les daba a los revolucionarios el haber participado durante décadas en el enfrentamiento armado.

Desde el punto de vista del género testimonial, los autores llegaron a una plena conciencia de que sus textos eran documentos sobre una experiencia colectiva de la que ellos ofrecían, sin embargo, una interpretación personal. Son textos que como corresponde al género testimonial, evitan la narración de una aventura individual pero que no dejan por ello de explotar ampliamente las experiencias personales de los autores y de los demás compañeros.

Es significativo el hecho de que ambos textos busquen eludir el 'yo' de los autores en la estructuración del discurso: Borge narra las primeras incursiones en Nicaragua durante la década del sesenta -en las que él participó personalmente- pero siguiendo como hilo conductor la vida de su compañero de armas

Carlos Fonseca Amador; Payeras, por su parte, narra la reinstalación del movimiento armado en el Quiché durante la década del setenta pero escudándose tras un sujeto plural, tras un 'nosotros' indiferenciado que representa al grupo.

Al mismo tiempo, sin embargo, estos dos textos se propusieron registrar con especial interés, aunque siempre dentro del marco de los hechos históricos, la experiencia más íntima del proceso revolucionario: vivencias, impresiones o instantáneas de acontecimientos cotidianos, en los que los autores encontraron, al parecer, la substancia más representativa del proceso.

Estos textos sugieren la posibilidad a su vez, de indagar las cualidades literarias del género testimonial en este afán de registrar la experiencia más interior de los hechos, en esta elaboración auto-consciente de la experiencia subjetiva que en cierto modo y en ciertos pasajes se aproxima a la escritura impresionista.

Carlos, el amanecer ya no es una tentación fue un texto escrito por Tomás Borge en la cárcel donde permaneció desde 1976 hasta 1978. Su libro recoge la memoria de unos instantes para él privilegiados sobre lo que fuera el nacimiento de la lucha revolucionaria en Nicaragua. Es un libro escrito a partir de breves fragmentos que recorren un tiempo que va desde 1934, año de la muerte de Sandino, hasta 1977 año en que muriera Carlos

Fonseca Amador. El surgimiento de la lucha revolucionaria se muestra como un renacimiento del ideario y del espíritu de Sandino entre unos jóvenes provincianos y apasionados que entonces cursaban sus años de colegio y Universidad. Borge enfatiza la importancia de este proceso en el que poco a poco las ideas los fueron llevando a los hechos:

"En verdad lo que ocurrió fue un desplazamiento del conocimiento escrito sobre la lucha de Sandino a la carne, los huesos y las palabras" (p33,34)

Según recuerda Borge, fue Carlos Fonseca el descubridor de Sandino y sus ideas en polvosos libros de Matagalpa. Lo cual lo convirtió, a los ojos de sus jóvenes compañeros, en el líder ideológico.

Borge recrea la figura de su amigo, con ese estilo singular que antes se ha señalado. En uno de los pasajes, por ejemplo, lo hace a partir de los recuerdos juveniles de las tardes de discusión intelectual en los espacios provincianos de la Nicaragua de mediados de siglo:

"En ese instante apareció Carlos Fonseca. Llegó hasta nosotros con sus ojos bruscos, míopes y azules; contundente, serio, cordial, de pantalones blancos brincacharcos, los gestos extensos... con un libro bajo el brazo... Las primeras reuniones fueron en el patio de Lala, con sombras de pájaros, jocotes y naranjas. Descubrimos a Tomás Moro, a John Steinbeck; después el hallazgo de Marx y Engels, localizados en la polvosa librería del poeta Samuel Meza..." (p16)

Borge sigue en su narración los pasos de Carlos Fonseca como quien sigue el camino del líder a través de distintos acontecimientos que vivieran juntos. Recuerda fugazmente las primeras invasiones rebeldes de 1958 y 1959, la fundación del Frente Sandinista a la orilla de un río en territorio hondureño, la tragedia de la Campaña de Pancasán, la muerte heroica de Julio Buitrago cercado en una casa de Managua por el ejército somocista; el entrenamiento de campesinos en la montaña y más adelante la propia muerte de Carlos Fonseca.

Borge destaca el liderazgo de Carlos Fonseca no sólo por haber sido el conductor ideológico del grupo revolucionario original sino sobre todo por haber sido bajo su influjo que el FSLN consiguió superar los fracasos guerrilleros de los años sesenta. Carlos Fonseca -según Borge- no abandonó "su armoniosa terquedad" y siguió trabajando "con paciencia, juntando voluntades, enfrentándose al peligro y a las contradicciones domésticas" (p53). Fue gracias a su empeño y planificación, que los sandinistas superaron las concepciones 'foquistas' - limitadas a las posibilidades de acción del grupo guerrillero- y concibieron la ampliación de la base social y de los frentes políticos del proyecto revolucionario -estrategia que con el tiempo conduciría a la victoria.

Al final del libro, Borge transcribe la versión de los testigos de la muerte de Carlos Fonseca, según la cual murió por efecto

de una granada enemiga y su cuerpo fue después decapitado por los guardias somocistas.

Roberto Fernández Retamar escribe el prólogo de este testimonio, en el cual destaca sus cualidades literarias ⁸¹ y compara el escrito de Borge con otras famosas obras del continente hechas también en las cárceles -como *El presidio político en Cuba* (1871) de José Martí o *La historia me absolverá* (1953) de Fidel Castro-, obras testimoniales, según Retamar, en las que "la verdad encontró una encarnadura que ya quisieran para sí muchas obras literarias de pura aspiración a la belleza" (p8).

5.1.1.5 Los días de la selva (1980) de Mario Payeras ⁸².

En Los días de la selva Mario Payeras narra los años que van de 1972 a 1976 cuando uno de los primeros grupos de combatientes de lo que después sería el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) ingresó a Guatemala a través de la selva fronteriza con México y llegó a instalarse en las sierras del Quiché. El testimonio narra las grandes dificultades que encontraron los guerrilleros para establecerse en la zona y cómo con el tiempo, sin embargo, las primeras bases revolucionarias comenzaron a multiplicarse y a extenderse por

el territorio hasta que llegó a ser posible reiniciar la lucha que prácticamente se había detenido ahí desde 1967.

El testimonio de Payeras presenta semejantes cualidades literarias que el de Borge. El transcurso de los hechos es presentado como una cadena de múltiples episodios cotidianos recreados cuidadosamente con un lenguaje sugestivo. La trayectoria de los revolucionarios se traduce en un proceso de aprendizaje continuo de conocimientos y destrezas sobre el medio, la selva, la supervivencia o la práctica revolucionaria misma; descubrimientos valiosos producto de encuentros irremplazables con la realidad:

"Cuando ascendía el sol y cesaba el bullicio de las primeras horas, en la mañana sólo quedaba el lamento de la espumuy. En algunas zonas, el rugido de los saraguates o los clarines de las pavas en su trayectoria marcaban la línea del horizonte. Era el momento en que parábamos a comer lo que habíamos guardado del desayuno. Al atardecer tenía lugar el escándalo final de loros y guacamayos, hora de acarrear leña, encender fuego y colgar hamacas. Comenzaban las horas en que las especies del aire hacen silencio y principian los ruidos de los mamíferos nocturnos. La noche húmeda del trópico se llenaba de chillidos de pizotes, de toses de micoleones y de autocríticas de militantes. Cerca de los ríos, hasta el amanecer, la medida del tiempo dependía del canto intermitente del caballero o atajacaminos. Al día siguiente una rutina idéntica. Conforme marchábamos íbamos dejando atrás árboles grandes con bullicio de micos. Luego de varias semanas del mismo horario zoológico, la selva comenzaba a darnos la impresión de un océano, sin itinerarios definidos ni puntos de llegada. Tras nosotros sólo quedaba el revoloteo de las grandes mariposas selváticas." (p26)

Mario Payeras describe lo que fue para unos jóvenes venidos de la ciudad, el descubrimiento de la selva como un organismo vivo con el que poco a poco se fueron confundiendo, y sobre todo, el descubrimiento de las dimensiones del tiempo de la selva y del tiempo de los campesinos, regido por plazos astronómicos o por los períodos de siembra y cosecha, y en consecuencia más por las estaciones que por las horas y los días. Unas dimensiones temporales a las que debió ajustarse la empresa armada. El texto de Payeras es en gran medida un testimonio sobre el aprendizaje de la paciencia, elemento estratégico que vendría a ser decisivo para el EGP. Llegados con la urgencia de iniciar cuanto antes la lucha, estos revolucionarios comprendieron, ante la evidencia de la realidad, que el tiempo de las armas debía ser aplazado hasta cuando se hubieran sentado unas bases más sólidas, hasta que los campesinos hubieran comprendido el sentido de la lucha y la apoyaran:

"No podía construirse una verdad a balazos cuando los protagonistas mismos ni siquiera se explicaban el fenómeno de la pólvora. Las armas debían esperar días más oportunos... Para esa época habíamos comprendido que la empresa iniciada sería asunto de años, y estaba bien que así fuera." (p43, 49)

Payeras narra este lento proceso de gestación de la lucha revolucionaria. Desde sus inicios a partir de un trabajo a penas distinto del de una labor de cooperación y educación con los campesinos, hasta la formación de comunidades

revolucionarias de base en distintos puntos de un área cada vez más extensa, y el desencadenamiento final de las primeras acciones armadas. Según Payeras, cuando los revolucionarios dejaban por establecida una comunidad, repetían la experiencia en otros territorios, llevándose consigo a algunos de los nuevos campesinos revolucionarios o enviándolos a que organizaran por sí mismos otras comunidades.

Cuatro años después, dice Payeras, era un secreto a voces que en la sierra se organizaba un ejército de pobres. Entonces, resultó imposible aplazar por más tiempo las acciones armadas propiamente dichas. Llegó un momento -dice el autor- en que la ofensiva militar del ejército era inminente y en que las propias bases del movimiento se abocaban a la lucha. Se tuvo que optar entonces por comenzar la actividad militar pero de tal modo que la reacción del ejército no fuera a ser superior de lo que se podía resistir en ese momento, previniendo, por tanto, que la respuesta gubernamental no fuera a ser desproporcionada y acabara con las bases que tan difícilmente se había conseguido formar. Entonces comprendieron, según Payeras, que las revoluciones no nacen de la simple voluntad de unos pocos, sino que es un "estallido fatal" producto del descubrimiento de las masas de las contradicciones de la sociedad: "un proceso regulado y dirigido por la conciencia" pero que termina irremisiblemente en "el enfrentamiento violento entre las clases antagónicas" (p79).

Es una constante en la narración de Payeras que la práctica conduzca a la reflexión y que se convierta el texto mismo en una memoria del aprendizaje revolucionario. En cierto modo, el testimonio recoge esa evaluación permanente de las acciones que por interés estratégico fuera característica de los grupos revolucionarios -se hace eco de las famosas sesiones de "crítica y autocrítica" que se celebraran periódicamente tanto al interior de las células de combatientes urbanos como en los campamentos de las columnas armadas de las montañas.

Uno de los pasajes más importantes del texto es la narración de Payeras de la primera acción armada de los revolucionarios: el ajusticiamiento de un terrateniente. El relato de este hecho, lleva inmediatamente después a evaluar sus repercusiones. Según Payeras la reacción del ejército consiguió golpear a las comunidades de base, mucho más fuertemente de lo que ellos -los dirigentes- habían previsto, sobre todo, porque no se había desarrollado hasta entonces una estrategia de auto-defensa entre las propias comunidades campesinas capaz de responder a las eventualidades de la represión. La narración de este hecho es importante por cuanto encierra un cuestionamiento de las estrategias, capacidades y responsabilidades de los dirigentes del movimiento. Payeras no llega a formular conclusiones claras al respecto pero en más de una ocasión deja entrever su asombro ante las paradojas a que conduce el uso de la violencia.

En el caso de la acción contra el terrateniente, Payeras deja sin resolver el problema que plantea el hecho de que el desencadenamiento de la lucha revolucionaria tenga que pasar necesariamente por la provocación de la represión en contra de los campesinos. Son más evidentes las dudas y evasiones de su discurso cuando narra los casos de ajusticiamientos, no de enemigos sino de aquellos que habiendo sido compañeros revolucionarios tuvieron que ser ejecutados acusados de traición. Payeras narra el caso de un compañero que fuera fusilado en los primeros días de campaña por haberse convertido, dentro del propio grupo, en un "enemigo" de la empresa revolucionaria y en un potencial delator; narra también el caso del fusilamiento de un campesino revolucionario que, habiendo caído en manos del ejército gubernamental, reveló los nombres de muchos colaboradores y denunció comunidades enteras que fueron por ello brutalmente reprimidas. Payeras deja claro que en estos casos no podía dejar de hacerse justicia pero él mismo se deja impresionar por la duda de si la pena de muerte era lo más apropiado:

"En otra época y otras condiciones, su suerte seguramente habría sido diferente; pero entonces no había alternativa. Conocía lo único que en meses de esfuerzo y sacrificio habíamos conseguido, y dejarlo salir, como él quería, significaba confiar a sus manos nuestra vida y la de quienes en la aldea velaban por nosotros. Quien había sido incapaz de sobreponerse a las privaciones del monte, seguramente sucumbiría también en la tortura. Lo fusilamos en abril, una mañana en que cantaban muchos pájaros." (p51)

Estas confesiones, aunque crean ambigüedad, en realidad persiguen un objetivo de sinceridad en el texto; pertenecen a esa labor de autocrítica que antes se ha mencionado. En su conjunto, el testimonio se encuentra disciplinado a las líneas ideológicas del movimiento revolucionario -de ahí que incluso al relatar los ajusticiamientos, el autor apele como justificación a la lógica de la supervivencia y a la mecánica inexorable de la lucha armada. No obstante, se permite hacer públicos hechos como estos, que en honor a la verdad, a juicio del autor, no debían permanecer callados.

El texto de Payeras, aunque fue escrito en unos años en que apenas resurgía la lucha revolucionaria guatemalteca, es un testimonio en el fondo optimista. No porque se hubiera triunfado militarmente sino porque los revolucionarios -en este caso el EGP- habían conseguido sobreponerse a sus limitaciones y encontrar lo que a su juicio era por fin el camino certero de la revolución.

5.1.1.6 La montaña es algo más que una inmensa estepa verde (1982) de Omar Cabezas ⁸³.

Hasta el triunfo de la revolución sandinista, los testimonios centroamericanos se publicaron bajo las condiciones que imponía la guerra clandestina. Hasta entonces las narraciones

testimoniales estuvieron sujetas a una reserva estratégica. Los autores tuvieron el cuidado de no revelar información que pudiera ser utilizada en contra del movimiento. Esa fue una de las razones que obligó a detener la narración histórica antes del presente revolucionario a testimoniantes como Miguel Mármol o Cayetano Carpio y fue también una de las razones que obligó a los demás autores a constreñir su relato a hechos ya conocidos por las fuerzas de seguridad del Estado y a no revelar datos que pudieran afectar acciones futuras del movimiento. Esta situación no cambió después de 1979 para los testimonios que se siguieron publicando en Guatemala y El Salvador. No obstante, en Nicaragua, el clima favorable para los sandinistas después del triunfo contra Somoza y la Guardia Nacional permitió que se vertieran testimonios con una libertad hasta entonces no conocida.

Los testimonios del nicaragüense Omar Cabezas gozaron por primera vez de esta libertad. En La montaña es algo más que una inmensa estepa verde (1982) y Canción de amor para los hombres (1988) Omar Cabezas pudo narrar con profusión de detalles lo que había sido su experiencia personal y la trayectoria del movimiento revolucionario desde su ingreso a las filas del Frente Sandinista a finales de la década del sesenta hasta el triunfo contra Somoza en 1979.

Estos textos se distinguen por lo extenso de su narración histórica y por lo profundamente personales que llegaron a ser. El autor, amparado en la premisa de que las experiencias individuales son parte innegable de la experiencia colectiva, dio rienda suelta a todo tipo de recuerdos en su discurso. Narró el proceso de su integración -y subordinación- a la organización y el movimiento sandinista pero se permitió trazar un límite entre la esfera de su 'yo' individual y la de los principios y fines de la empresa colectiva; entre su subjetividad irrenunciable y a veces rebelde, y su disciplina al movimiento -que en los hechos aunque no siempre interiormente, la mantuvo durante toda su militancia.

La fluidez de estos dos textos se vio favorecida por ser el resultado de la reproducción de una narración oral. El autor recurrió a la grabación de su discurso y a la posterior transcripción -se valió de forma refleja del método característico del registro de los testimonios populares. El lenguaje del libro es un lenguaje cotidiano, mezcla de jerga estudiantil y expresiones rurales. El autor habla en primera persona e interpela a un posible interlocutor prefigurado como un compañero. Es evidente que el autor quiso aprovechar, en lugar de su cultura literaria, sus habilidades de narrador oral. El resultado es, en la línea iniciada por Miguel Mármol, una liberación de los formulismos del estilo escrito, una reafirmación deliberada del lenguaje propio y una apertura a

la expresión de la experiencia revolucionaria a través de las peculiaridades del habla concreta de sus protagonistas.

A estas características de los textos de Cabezas, se suma el humor y el espíritu festivo que atraviesa todo su discurso, elementos que no habían aparecido antes en los demás testimonios -excepto tal vez y de forma discreta en el de Miguel Mármol.

La montaña es algo más que una inmensa estepa verde es un libro de iniciación revolucionaria que narra la transformación de un joven de ciudad en un hombre de armas. El autor cubre un período de su vida que va de 1968 a 1975: su ingreso al Frente Estudiantil Revolucionario (FER) y al Frente Sandinista en León; la vida universitaria, las manifestaciones, la formación política, el trabajo de agitación en los barrios populares de su ciudad y las primeras colaboraciones clandestinas con el movimiento armado. Sigue a ello la narración de su paso a las montañas, cuando ya se había graduado de leyes en la Universidad y había ganado cierta experiencia y triunfos significativos en el trabajo político-legal de la organización, pero en un momento en el que seguía siendo, a pesar de todo, un joven inexperto en el oficio de las armas.

La narración de su subida a la montaña está plagada de pasajes que lo muestran como un débil y desgarrado novato que sólo a

costa de un extremo esfuerzo consigue seguir adelante en su formación militar. Confiesa nunca haber pensado que la caminata a campo traviesa podría ser tan dura y que las distancias llegaran a ser tan largas; recuerda los rasguños sobre su piel desacostumbrada, las dificultades para caminar teniendo que llevar a cuestas la carga y la escopeta de caza que hacía las veces de fusil de guerra; recuerda los duros entrenamientos y las dificultades para sobrevivir alejados de la civilización; recuerda la primera vez que tuvo que alimentarse con carne de mono y cómo aprendió a dormir en hamacas prácticamente a la intemperie. Su relato llega a ser un atropellado anecdotario de su experiencia. En el fondo, sin embargo, sigue siempre el proceso progresivo de su desapego de la ciudad y su asimilación a la columna armada. Para Cabezas, se trató de un proceso de curtimiento, de endurecimiento físico y psicológico en el que llegar a convertirse en un guerrillero, en un hombre de montaña, equivalió en gran medida a convertirse en un hombre-animal: capaz de confundirse con la selva y sobrevivir en ella.

Cabezas insiste en que él procedía de la ciudad y que el más difícil de todos los obstáculos que debió superar, más que el esfuerzo físico o las limitaciones materiales, fue el de la soledad:

"Yo fui de los que, incluso, dije muchas veces en la guerrilla, ya a los meses de estar en ella, cuando te adaptás y te has convertido ya en un guerrillero, que lo

más duro no es la pesadilla del abra, no es la tortura de la falta de comida, no es la persecución del enemigo, no es que andés el cuerpo sucio, no es que andés hediondo, no es que tengás que andar mojado permanentemente... es la soledad, nada es más duro que la soledad. La soledad es algo horroroso, el sentimiento de soledad es indescriptible, y ahí había mucha soledad..." (p95)

Cabezas no se preocupa por ocultar sus debilidades o las del movimiento. Reconoce, entre otras cosas, que para los años en que él subió a las montañas, los sandinistas no eran si no un puñado de hombres sin posibilidades de éxito:

"evidentemente [éramos] un grupúsculo como decía la Guardia" (p26).

La franqueza de su discurso llega a ganar la apariencia de simple impudicia, como por ejemplo cuando habla de sus miedos, de los sueños de heroísmo o de su machismo. Cabezas cuenta tal cantidad de anécdotas personales que su individualidad por entero y también muchos secretos del movimiento quedan al descubierto. Cabezas habla de su pasión por las mujeres, de su debilidad por las fiestas de cumpleaños y las navidades, o de la abstinencia y la masturbación en los campamentos. A veces su discurso deja en mal predicado al movimiento o a él mismo pero aún siendo consciente de ello no se retracta:

"qué querés que te diga, ¿que te mienta? ¿por qué no lo voy a decir?" -expresa⁸⁴.

Cabezas es consciente de que si no sus hechos, su discurso es indisciplinado. Recuerda que en las manifestaciones que organizaba en los barrios populares, él introducía con éxito palabras vulgares en sus arengas: "no es lo mismo ir a hablar de la coyuntura histórica a un barrio, que decirles que los ricos con los reales que explotan se van a putear a Europa, ¿te das cuenta?" (p59). Cabezas es consciente de que su lenguaje es irreverente incluso para con las propias autoridades del movimiento. Recuerda, para el caso, que con sus demás compañeros guerrilleros gustaban de ponerles sobrenombres a los nuevos reclutas o a los colaboradores sandinistas en contra de la opinión de los máximos comandantes:

"Después nos dimos cuenta que Carlos Fonseca se ponía bravo con esas cosas..., ¿ves? no le parecía correcto ponerle a la viejitas sandinistas Reyes Magos, ni al chofer viejo Fitipaldi, ni Ice Cream al sordo, ni Uganda al asmático, al Comandante Fonseca no le gustaba eso..." (p178)

Esta irreverencia es signo de una tímida rebeldía que poco a poco se va abriendo paso en el discurso de Cabezas. En el segundo volumen de su obra, quedará perfectamente claro que sus diferencias con los dirigentes del movimiento llegaron a ser profundas y que su disciplina a lo largo de los años requirió de un esfuerzo especial.

Acabado su entrenamiento de más de un año, Cabezas recibe autorización de bajar a la ciudad a terminar de recuperarse de

una lepra de montaña y a someterse a una operación de apendicitis. Cabezas narra con entusiasmo su reencuentro con la ciudad, con los olores, las comidas y la gente. Después recibe la misión de comenzar una red de apoyo logístico -de colaboración de campesinos- en las sierras cercanas a Estelí.

Este primer volumen de su testimonio, termina cuando Cabezas y su compañero se encuentran en humildes casas a ancianos campesinos que habían colaborado con las tropas de Sandino y que esperaban desde hacía cuarenta años su regreso. El recorrido iniciático del texto termina aquí, cuando Cabezas es ya un hombre de armas integrado en el trabajo guerrillero y cuando se reconoce a sí mismo como un representante de una tradición ininterrumpida de lucha.

"Yo era un joven estudiante que había conocido a Sandino a través de los libros, había llegado a Sandino por el estudio del sandinismo, pero aún no había llegado a la raíz, a la paternidad verdadera de toda nuestra historia. Entonces, cuando yo encuentro a ese hombre y que me dice todo eso, yo me siento hijo de él, me siento hijo del sandinismo, siento que soy hijo de la historia, comprendo mi propio pasado, me ubico, tengo patria, reconozco mi identidad histórica" (p235).

5.1.1.7 Canción de amor para los hombres (1988) de Omar Cabezas

85

Canción de amor para los hombres retoma la narración en el punto en que quedara en La montaña, y cubre el período que va

de 1975 a 1979. Canción de amor, sin embargo, es un libro distinto, ya no recoge las memorias de un joven recluta sino la relación del trabajo militar de un jefe revolucionario. Aunque en términos generales es un libro más sombrío, no pierde, sin embargo, el sentido lúdico que tuviera el anterior.

Cabezas narra lo que fuera la apertura de la Ruta Augusto César Sandino, que le fuera encomendada por la dirección del movimiento cuando él recién había bajado de la montaña, y que tenía como finalidad extender una red de colaboradores campesinos y de bases logísticas desde los alrededores de Estelí y a lo largo de 300 kilómetros hasta el Río Golondrina, en el Departamento de Jinotega donde se encontraba la Brigada Pablo Ubeda (BPU), uno de los principales bastiones de la lucha guerrillera sandinista y donde el propio Cabezas se había formado militarmente. Esta nueva ruta debía crear una vía alternativa de abastecimiento, de llegada de pertrechos y hombres, que asegurara la sobrevivencia y la movilidad de la Brigada.

Cabezas revela su trabajo movido por múltiples propósitos -como se verá más adelante- pero entre otros por contribuir a la historia militar de la revolución sandinista. La información que aporta no habría podido darla a conocer antes pues habría traído consecuencias fatales para el movimiento. Cabezas identifica por sus nombres y apellidos a todos sus

colaboradores y sus combatientes -revela incluso el seudónimo de cada uno-; hace trazar en mapas la ubicación de las bases y los senderos de las redes logísticas y revela en cada momento los sistemas de operación, el estado de ánimo y el nivel de fuerzas del movimiento.

Cabezas no deja de aportar sus anécdotas personales -como en el libro anterior- pero ahora su narración sigue fundamentalmente la sucesión de los distintos momentos de trabajo: los primeros encuentros con los campesinos, el reclutamiento primero de individuos y después de familias enteras en territorios cada vez más extensos; la llegada de los primeros abastecimientos o de nuevos combatientes; la instalación de bases; los entrenamientos militares ahora bajo su dirección; la exploración de nuevos territorios y la extensión progresiva de la ruta.

Cabezas quiere hacer ver que durante años el trabajo militar fue un trabajo de hormiga, en el que se avanzaba pulgada a pulgada y en el que sólo muy lentamente se fue comunicando a los nuevos combatientes la experiencia guerrillera.

En el plano personal, Cabezas sigue el recuerdo de sus espaciadas visitas a la ciudad. El reencuentro con su mujer después de años de separación y las conversaciones que en esas ocasiones podía sostener con los dirigentes o con los

combatientes urbanos que lo ponían al corriente de todo cuanto ansiaba saber de la vida en la ciudad. Cabezas no abandona su lenguaje, a la vez franco y vulgar, ni su texto pierde esa característica de confesión personal que ya apareciera en el libro anterior. Ahora, sin embargo, son más frecuentes las decepciones que los entusiasmos. Se lamenta por los campesinos colaboradores suyos caídos por la represión, por los desertores siempre frecuentes, o por la muerte de sus combatientes.

Un amplio período del tiempo que cubre este testimonio se circunscribe dentro de lo que los sandinistas llamaron el "repliegue estratégico". Una etapa de la lucha en Nicaragua en que los sandinistas a penas sobrevivieron a la persecución de la Guardia, y en el que los muertos fueron muchos de su bando. El esfuerzo de los sandinistas para seguir adelante, frente a los reveses que representaban la muerte compañeros, como se desprende del testimonio de Cabezas, fue en estos años mayor. No obstante, es singular en el texto de Cabezas que, incluso para referirse a las muertes de compañeros, evita los formulismos de una retórica solemne. Cuando recuerda a sus amigos muertos lo hace con sentimiento pero al mismo tiempo con desenfado, recuerda que esas noticias las recibía a través de las radios nacionales:

"Cuando oigo el primer piripipipí, porque siempre los ponían varias veces seguidas, sin intervalos, entonces, cuando yo oigo el primer piripipipí sentí[a] al vergazo la

descarga de adrenalina. Oigo el piripipipí y pongo los músculos tensos, como cuando uno le dice a alguien: pegame aquí" (p114).

La tendencia al coloquialismo en el testimonio de Cabezas es una constante. Como en el libro anterior, en el que aparecían reflexiones sobre la soledad o sobre la montaña, en este aparecen sobre el hambre, sobre la noche, sobre la muerte, etc. No obstante, Cabezas aborda con humor el contenido serio de estos pasajes. En estos momentos pareciera que el autor tratara de seguir simplemente el hilo de unas ideas caprichosas nacidas en los tiempos de inacción o espera de la guerrilla:

"...pienso que si uno se baja más en la noche, si te hundís, si te metés más en ella, si te deslizás, podrías encontrarte con un gran bullicio. Y a lo mejor la noche por dentro es un mercado y por fuera es oscuro, pero como casi nadie entra en la noche, como ella no permite que se metan, la gente no sabe..." (p128)

Pero si en casos como éste, el autor busca disimular los evidentes ecos literarios de su discurso, en otros recurre a su ruda forma de hablar para resaltar sus conclusiones sobre la experiencia guerrillera:

"Yo te juro que cuando andábamos mareados por el hambre, inflamados a causa de la avitaminosis, me podían poner a la Rachel Welch en sus mejores tiempos junto a un trocito de carne podrida y yo no me hubiera tirado sobre la carne fresca de la Rachel Welch, sino sobre el pedazo podrido de carne" (p310).

A finales de 1977 la Ruta Augusto César Sandino quedó abierta, después de un recorrido a campo traviesa de más de dos años que los había llevado a divisar finalmente las estribaciones de las montañas de Jinotega donde se encontraba la Brigada Pablo Ubeda (BPU). Para entonces el camino había quedado apuntalado de bases guerrilleras, sin embargo, la BPU se encontraba ya prácticamente diezmada, después del acoso ininterrumpido del ejército. Los refuerzos comenzaron a circular por la nueva ruta pero Cabezas entonces llega a dudar de la utilidad de la empresa que tanto tiempo y trabajo había requerido.

En ese año, a diferencia de lo que ocurría a la BPU, el movimiento revolucionario en las ciudades había llegado a ganar un auge definitivo. El FSLN se había dividido en facciones o tendencias y mientras los "proletarios" -partidarios de la movilización de masas- y sobre todo los "insurreccionales o terceristas" -partidarios de acciones militares espectaculares, capaces de incitar a la insurrección- conquistaban triunfos importantes en las ciudades, los guerrilleros de la montañas como la BPU y la columna de Cabezas, se encontraban apenas sobreviviendo y sentando las bases de una revolución que en su terreno veían todavía lejana. Los guerrilleros de la montaña conformaban la "GPP", la línea dura del FSLN que apostaba por la Guerra Popular Prolongada como la única vía posible de la revolución. Cuando Cabezas se entera de los triunfos que obtenían las otras facciones (el secuestro del General Pérez

Vega, el levantamiento de Monimbó, la toma del Palacio Nacional, etc.) ocurridos precisamente en las ciudades, en ese medio al que él se sentía especialmente ligado; y cuando se percata de que los insurreccionales siguen una línea de acción que él mismo había propuesto seguir en el pasado sin que nadie atendiera sus razones, se llega a sentir de pronto marginado de la verdadera acción, situado en el lugar equivocado y sometido inevitablemente a la estrategia poco efectiva de sus dirigentes inmediatos. Cabezas habría querido ser un "insurreccional", no le habría importado ser acusado de "irresponsable aventurero" -como calificaban a los "insurreccionales" los miembros de las otras tendencias- pero haber estado en las ciudades, donde se había comenzado a ganar la lucha contra Somoza.

Cuando Cabezas advierte que la revolución está a punto de estallar, deja su campamento y se va a Honduras a buscar armas para sus hombres que le permitieran participar abiertamente en la guerra. Estando allá, sin embargo, los dirigentes máximos del movimiento -especialmente Tomás Borge- le encomiendan formar una escuela militar para el entrenamiento acelerado de los cientos de combatientes que día a día se sumaban al FSLN. Cabezas se siente entonces definitivamente marginado del campo de batalla y siente la tentación de traicionar a la GPP y pasarse con todos sus hombres a las filas de los

insurreccionales, pero por disciplina no lo hace y se conforma momentáneamente con las órdenes:

"Voy clarísimo que la historia me prensó, que la historia me comprimió. Voy consciente que estoy condenado a pasar mi vida así. Voy consciente que la historia está siendo ingrata conmigo. Ya sea por culpa mía o de la historia y voy cantando bajito aquella canción de Joan Manuel Serrat que dice: *Hazme un sitio en tu montura, caballero derrotado*" (p467).

Finalmente, sin embargo, a Cabezas le es permitido volver a Nicaragua con su columna, que para entonces se ha convertido en un ejército, y participar en la insurrección final como comandante del Frente Regional del Norte. No obstante, Cabezas no deja de sentirse marginado: en el frenesí de la recta final de la lucha, gente nueva, gente que no había conocido la vida en las montañas como él, se encuentra ocupando cargos dirigentes en el movimiento; además comandantes como Tomás Borge o Daniel Ortega le tratan con frialdad o simplemente lo ignoran, desconocen que él es el artífice de la Ruta Augusto César Sandino y de la red de bases logísticas que permitieron sostener y armar al ejército de voluntarios que desde 1977 se sumaron al Frente Norte. Desconocen simplemente quién es Omar Cabezas y el día del triunfo de la revolución no le conceden la palabra para dirigirse a la multitud victoriosa.

Esta insatisfacción vivida interiormente y sólo expresada al final de su testimonio, resulta esclarecedora de la

irreverencia que apareciera tímidamente en La montaña y de la intención general de Canción de amor. Desde este punto de vista, resulta evidente que Cabezas, al narrar con minucioso detalle lo que fue su participación y su trabajo militar -y el de todos sus colaboradores campesinos y combatientes que mencionara con nombres y apellidos-, ha querido dejar constancia de lo que fue su aporte a la revolución.

En cierto sentido puede decirse que en la obra de Cabezas se restituye el papel del individuo en la narración. No sólo porque el sujeto articula un discurso altamente personal y delimita la esfera de su subjetividad, sino porque puede identificarse esta vocación final del texto de alcanzar el reconocimiento de la posición del sujeto y sus subordinados en el contexto de la empresa histórica. En cierto modo, esta restitución del individuo parece atentar contra el carácter "anónimo" típico del género testimonial. No obstante, no puede afirmarse que esta obra vuelva a las formas de la autobiografía burguesa pues no trata, exactamente, sobre la singularidad del sujeto sino sobre una empresa colectiva dentro de la cual el sujeto reclama méritos por haberse subordinado precisamente a ella. Más claro parece el parentesco de esta obra con otras formas documentales del reclamo y la protesta. Por ejemplo, resulta difícil no ver la afinidad de la intención general de esta obra con la de las "relaciones de méritos" de los conquistadores españoles. Así como Bernal Díaz del Castillo

narró la conquista de la Nueva España con la finalidad de que la corona le recompensara sus servicios, así Omar Cabezas parece haber narrado la apertura de la Ruta Augusto César Sandino y su desempeño y el de sus hombres en la revolución, con la finalidad de que al menos no se ignorara la importancia de esa labor. Como en las relaciones de méritos, en el testimonio de Cabezas se hace historia de una empresa transindividual, en la que el valor de las acciones del sujeto viene dado por su sometimiento al proyecto general.

En todo caso, esta vena de protesta se entreteje con un entusiasmo sin límites puesto de manifiesto en la narración cuando esta se aproxima al relato de la ofensiva final revolucionaria. La entrada en combate es presentada como una catarsis en la que, después de años de espera y preparación, los comandantes como Cabezas consiguieron por fin romper fuego contra la Guardia Nacional. Cabezas sigue con un ritmo intenso el avance de sus tropas, la toma de Estelí y el cerco tendido sobre el último reducto de la Guardia en esta ciudad. Cumplida su principal misión, Cabezas se mueve por el norte y el occidente del país contribuyendo a la organización y dirección general de los combates; se entrega con anticipación al placer del triunfo; vuelve en un jeep requisado a su ciudad natal ya liberada; concede entrevistas a periodistas internacionales y se permite visitar a su hermano menor en las trincheras. Llegado el día de la victoria, Cabezas comparte la tribuna

principal con los máximos comandantes sandinistas aunque en un lugar secundario.

Su testimonio termina cuando años después él rinde un homenaje póstumo a su padre y sus dos hermanos caídos en la revolución. Este gesto que cierra la narración, es significativo por cuanto destaca ese momento en el que la esfera de lo familiar e individual se busca reconciliar con lo colectivo. Una vez cumplida la obligación con la patria y la revolución, Cabezas declara haber concedido tiempo a la familia y a la esfera de sus sentimientos personales.

El testimonio de Cabezas es un buen ejemplo de las posibilidades que el género testimonial abre a la expresión de los individuos dentro del marco de una mayor independencia ideológica. Sin llegar a traicionar las características formales ni los propósitos políticos típicos del género, el testimonio de Cabezas articula un discurso más personal, singularmente festivo y polémico. El hecho de que este texto haya sido posible después de acabada la situación de guerra, permite además, entrever el tipo de testimonios que podrían escribirse en Guatemala y El Salvador en tiempos de mayor libertad y de paz.

5.1.1.8 No me agarran viva (1987) de Claribel Alegría y D.J. Flakoll ⁸⁶

No me agarran viva (1987) de Claribel Alegría y D.J. Flakoll y Nunca estuve sola (1987) de Nidia Díaz, son dos testimonios breves del movimiento revolucionario salvadoreño que se caracterizan por su especial intención de contribuir al fortalecimiento de los vínculos ideológicos del colectivo en lucha. Ambos tratan sobre las experiencias de dirigentes salvadoreñas: el primero es un homenaje póstumo a la comandante "Eugenia" -Ana María Castillo Rivas- y el segundo es el relato de la liberación de la comandante Nidia Díaz de las cárceles de su país.

No me agarran viva tiene una clara función ejemplarizante. En esta obra, familiares, amigos y compañeros de armas, narran la vida de entrega y sacrificio a la revolución de Eugenia, una mujer especialmente querida en el movimiento y reconocida como un modelo de conducta paradigmático de las mujeres en lucha.

Este libro fue concebido como una reunión de voces en torno a la figura de Eugenia, como un encuentro en el que interviene su esposo, sus hermanas, otros militantes y comandantes como Ana Guadalupe Martínez o Nidia Díaz. Es decir, como una especie de diálogo entre representantes reconocidos del movimiento y como una comunión en torno a las experiencias cotidianas y los

valores revolucionarios puestos en evidencia en la vida de esta mujer.

La narración sigue un recorrido circular que empieza y termina con la muerte de Eugenia. Su vida, de acuerdo con la opinión de sus compañeros, fue la de una joven proveniente de una familia católica y acomodada que a través de la religión y el trabajo social de la Iglesia llegó a vincularse, una vez en la Universidad, con el movimiento revolucionario. De apariencia tímida -alta, delgada y de gruesas gafas- es apreciada, sin embargo, por su espíritu de trabajo, su valor y determinación. En el testimonio, como corresponde a un modelo ejemplar de militante, la figura de esta mujer queda claramente destacada y rodeada de una fuerte afectividad:

"El comentario de muchos era que les llamaba la atención de que a pesar de que ella tenía una contextura física frágil, en las misiones [...] que le tocaron, de grandes caminatas, grandes esfuerzos físicos, nunca flaqueó. Su fuerza moral, su convicción revolucionaria, la mística, hacía que se sobrepusiera a su flaqueza física. Se puede poner como ejemplo el caso de esa marcha de sesenta kilómetros para entrar al Frente..." (p147).

Por otra parte, el testimonio encuentra en Eugenia un ejemplo de la vida ordinaria de las mujeres combatientes: su desempeño en un movimiento en el que la mayoría eran hombres, su vida familiar, su matrimonio y la crianza de los hijos bajo las condiciones impuestas por la clandestinidad. Es un texto, en

este sentido, de claras preocupaciones feministas emparentado por ello con los demás testimonios de la mujer revolucionaria centroamericana.

A las voces que relatan la vida de Eugenia se unen otras voces que narran a su vez las experiencias de otras combatientes. Son pasajes muy breves pero cargados de información. Tulita Carpio, esposa de Cayetano Carpio, y la comandante "Ana María" -Mélida Anaya Montes- destacadas revolucionarias salvadoreñas, ofrecen en forma sucinta el testimonio de sus trayectorias revolucionarias; aparecen también testimonios sobre la vida de Marina González, una obrera textil, y sobre la muerte de Inés Dimas una dirigente sindical. Estos testimonios que recrean aunque sólo sea de forma resumida las vidas de otras mujeres, ponen en evidencia como se declara en el subtítulo del libro, que el propósito no es sólo rendir un homenaje a una combatiente ejemplar sino en general a "la mujer salvadoreña en lucha".

Claribel Alegría, junto con su esposo, D.J.Flakoll, elaboraron este libro a partir de una planificación y posterior re-estructuración de entrevistas grabadas, razón por la cual podría ser considerado como un reportaje testimonial. De hecho, gran parte de la responsabilidad de la obra recae en los autores que concibieron y presentaron la reunión de los testimonios como un conjunto coherente. Añadieron además

contrapuntos históricos y datos de diversa índole que completaron la información de los testimonios. Su papel, por tanto, es semejante al del intermediario en los testimonios populares, con la salvedad de que en este libro los autores se permitieron mayores libertades en la selección y composición del material.

De acuerdo con las distintas versiones de los amigos de Eugenia, que los autores en parte reproducen textualmente y en parte resumen, la muerte de Eugenia se produjo debido al estado de confusión en el interior del grupo armado -el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)- a que condujo la ofensiva guerrillera a nivel nacional de 1981. Los dirigentes del FMLN, según su propio relato, se vieron obligados a recurrir a Eugenia para que cumpliera misiones militares, cuando ella era más bien parte de los cuadros políticos del movimiento, especializada en el trabajo con campesinos. Bajo el fragor de los enfrentamientos, se produjeron errores de coordinación que llevaron a que Eugenia y otros compañeros fueran sorprendidos por la Guardia Nacional en una carretera, con un cargamento de armas que no habían podido entregar.

5.1.1.9 Nunca estuve sola (1988) de Nidia Díaz ⁸⁷.

En Nunca estuve sola Nidia Díaz -cuyo nombre real es Marta Valladares- grabó y después transcribió su testimonio, de una forma semejante a como lo hiciera Omar Cabezas. El asunto del libro lo constituyen los 190 días que esta comandante viviera en la cárceles de El Salvador -lo cual vincula su texto con los de Miguel Mármol, Cayetano Carpio y Ana Guadalupe Martínez que también trataron sobre las experiencias carcelarias en ese país. No obstante, el testimonio de Nidia Díaz carece del despliegue narrativo característico de esos otros testimonios. Aunque recorre toda su experiencia y recuerda episodios históricos importantes y personalidades destacadas de la lucha revolucionaria, su narración es simple y generalizadora. Más que la recreación histórica de los hechos, el propósito del libro es político y afectivo: la narración se sustenta sobre la celebración de la autora de su liberación. En sentido estricto, Nidia Díaz busca compartir su experiencia y rendir agradecimiento a sus amigos, a sus compañeros del FMLN y a las organizaciones nacionales e internacionales que hicieron posible el que su reclusión fuera más tolerable y que finalmente llegara a ser liberada.

Nunca estuve sola, por consiguiente, es como No me agarran viva un testimonio de comunión revolucionaria; de comunicación de experiencias y de estrechamiento de los lazos de solidaridad

entre los miembros y simpatizantes del movimiento revolucionario.

Nidia Díaz era, al momento de su captura, una de las comandantes del FMLN más conocidas por su participación en las negociaciones de paz que por primera vez se habían celebrado en el pueblo de La Palma en octubre de 1984. Los salvadoreños pudieron ver en esa ocasión a los dirigentes revolucionarios, encabezados por Guillermo Ungo y Fermán Cienfuegos, discutir con la delegación del gobierno la posibilidad -entonces lejana- de un alto al fuego. Meses después, en abril de 1985, Nidia Díaz cayó gravemente herida en una ofensiva contra-insurgente lanzada con fuerzas transportadas sorpresivamente en helicópteros contra las posiciones guerrilleras. Nidia Díaz narra su captura y la forma en que -gracias a ser una comandante conocida- se salvó de ser muerta de inmediato. Según su relato, los cuerpos de inteligencia la sometieron durante dieciséis días a interrogatorios ininterrumpidos, sin que mediara antes una atención médica suficiente de sus heridas.

Habiendo superado los interrogatorios, Nidia Díaz dice haberse librado de las torturas normalmente aplicadas a los demás combatientes debido a que el gobierno decidió hacer pública su captura a través de los medios de comunicación, con lo cual su caso debió pasar forzosamente a los tribunales y someterse al régimen jurídico.

Según Nidia Díaz, su rostro apareció en la televisión salvadoreña junto a los de otros dirigentes revolucionarios caídos en las cárceles y junto a los de traidores del movimiento, en un mensaje del gobierno que proclamaba el debilitamiento de las fuerzas guerrilleras. Este mensaje triunfalista -señala la testimoniante- se vería después contrarrestado con las imágenes de la salida victoriosa de la prisión no sólo de Nidia Díaz sino de un grueso contingente de presos políticos después del secuestro por parte del FMLN de la hija del presidente de la república, Inés Duarte.

La narración está cargada de emotividad y no se somete a un orden riguroso. Vuelve al pasado y avanza siguiendo una dirección incierta. El relato se torna envolvente dentro de una misma atmósfera de triunfo y fortaleza revolucionaria.

La autora reconoce "no tener madera de escritora" y haber dado privilegio a "lo ideológico" sobre lo narrativo:

"Me dicen que en el libro puse más mi ideología revolucionaria que mis [experiencias] personales. Pero es que en la cárcel, si no te agarrás a tus convicciones, te perdés. Uno no puede manifestar ninguna cosa personal a sus captores e interrogadores. Tampoco yo lo quería. Y después, eso mismo es lo que me fue saliendo al ponerme a escribir. Yo viví minuto a minuto la cárcel así, aguantando, resistiendo." (p8)

A pesar de reconocer que su testimonio es poco personal, Nidia Díaz incluye en él poemas enteros y dibujos hechos por ella misma en la cárcel. Varios de los dibujos reproducen tras unos barrotes a una mujer con los ojos vendados, herida y maniatada frente a un horizonte de luz y esperanza. Los poemas y canciones suelen hacer referencia a la firmeza revolucionaria:

"Que nada me desaliente,
que nada me desespere,
que un guerrillero es un toro
en medio de una tormenta"
(p42).

Nidia Díaz recuerda, una a una, las distintas visitas y entrevistas que tuviera durante su reclusión. Recuerda las conferencias de prensa brindadas a periodistas nacionales e internacionales, -pro-gobiernistas y pro-revolucionarios-; recuerda las visitas de su familia, de sus abogados defensores, de los representantes extranjeros de la Cruz Roja y de los distintos organismos de solidaridad internacional que le brindaron su apoyo. Recuerda también personas y sucesos del pasado: su actividad política en la Universidad, sus compañeros universitarios que después pasaron al frente; la masacre de estudiantes y la posterior toma de la catedral de 1975 en que ella estuvo involucrada; recuerda la muerte de revolucionarios, especialmente la de Felipe Peña, y hace referencia a acciones guerrilleras ocurridas durante su reclusión, como el asesinato de militares en la Zona Rosa de San Salvador o el ataque

exitoso contra uno de los cuarteles de entrenamiento anti-subversivo del ejército.

Esta articulación asistemática del discurso se ve acentuada por los múltiples interlocutores a que la autora se dirige. La autora interpela de una forma directa o figurada a las personas a que hace referencia su relato: a sus captores, a los delegados del gobierno y especialmente a sus compañeros, a sus familiares, y a los representantes de los organismos de solidaridad. En el caso de compañeros muertos se dirige a ellos como si estuvieran vivos e incluye un considerable cuerpo de citas aclaratorias previniendo el caso de los lectores amigos del extranjero menos familiarizados con el lenguaje y las interioridades de la situación política en El Salvador. Nidia Díaz, como también Omar Cabezas que en su primer libro incluyó un glosario de regionalismos, es consciente de que escribe para un público no sólo nacional sino internacional.

Esta conciencia a cerca del valor divulgativo del libro, es especialmente evidente en los pasajes del testimonio en que la autora se preocupa por dejar clara la concepción y los propósitos vigentes entonces del movimiento. Nidia Díaz da a conocer a la opinión pública, el hecho de que fueron los revolucionarios los que abrieron la iniciativa de una concertación con el gobierno; que los revolucionarios entonces creían y siguieron creyendo -como después se ha comprobado- en

una resolución pacífica del enfrentamiento armado, siempre que fueran cumplidas determinadas reformas estructurales en el sistema eleccionario nacional y en el ejército. La autora enfatiza el hecho de que si el conflicto se prolongaba, era por la intransigencia del gobierno a reconocer la necesidad de estas transformaciones. Con estas propuestas el movimiento revolucionario -en vista de que la guerra había llegado a una situación de bloqueo- renunciaba a uno de sus objetivos originarios más importantes -la toma del poder por la vía de las armas- a cambio de la paz y de una garantía de participación política en la vida del país.

En estas declaraciones, como en todo el relato de la prisión y liberación, se trasluce el propósito de fondo del testimonio de dejar una "constancia histórica". Constancia de la posición flexible de la guerrilla frente al gobierno y constancia también del agradecimiento personal de la autora por la solidaridad recibida.

Con respecto a la falta de un mayor desarrollo narrativo, la autora lo justifica por este propósito. Desde su punto de vista, dejar constancia histórica de los hechos, requería básicamente de su enunciación aunque se prescindiera de una más detallada recreación narrativa. Sin proponérselo, la autora identificaba la naturaleza "literaria" de los procesos de recreación narrativa de los hechos históricos en los

testimonios -para lo cual ella confesaba carecer de "talento"- y hacía explícita, por tanto, una opinión que sin duda coincide con los planteamientos que la crítica del género testimonial hiciera al respecto: que la literariedad de los testimonios reside en parte en la elaboración de los acontecimientos que hace el testimoniante en su discurso.

El 24 de octubre de 1984, Nidia Díaz fue puesta en libertad junto con 34 presos políticos de distintas cárceles del país que conformaron un grupo al que se sumaron 101 lisiados de guerra que bajaron de todos los frentes guerrilleros y que fueron evacuados juntos a Panamá y después a Cuba. A su vez los guerrilleros liberaron a la hija del presidente Napoleón Duarte y a 22 alcaldes que habían sido capturados. Nidia Díaz narra este canje de prisioneros que se conoció públicamente como operación "Basta el terror" y que representó un avance en la distensión de los enfrentamientos en El Salvador.

5.1.1.10 La paciente impaciencia (1989) de Tomás Borge ⁸⁸.

Tomás Borge publicó en 1989 su segunda y última obra testimonio -última también de un dirigente revolucionario en el período que cubre este estudio. La paciente impaciencia es una obra mucho más voluminosa que la anterior y con un mayor acopio de información. A diferencia de Carlos, el amanecer ya no es una

tentación, libro en el que Borge rendía homenaje a su amigo y líder, en éste Borge ofrece sus propias memorias consciente de ser el último sobreviviente de los fundadores del Frente Sandinista y con la autoridad que le inviste el ser uno de los comandantes máximos del movimiento.

En este texto, por tanto, Borge ofrece libremente su testimonio. En su libro anterior el autor había conseguido armonizar la referencia a la experiencia colectiva con sus impresiones personales, pero el carácter de homenaje y el casi anonimato desde el que escribió esa obra -escudado de algún modo tras un 'nosotros' colectivo como Mario Payeras en Los días de la selva- le había impedido narrar más ampliamente sus propias experiencias personales en el proceso revolucionario. Ahora, sintiéndose legitimado por una vida de compromiso con la revolución, Borge se permite hablar de sí mismo y de su vida, no para apelar a ningún tipo de reconocimiento -como Omar Cabezas en La montaña y Canción de amor- sino con la idea - típicamente testimonial- de que la experiencia personal, directa e inmediata, es la que mejor y más justamente expresa la historia de lo ocurrido. La paciente impaciencia, en efecto, tiene menos el carácter de una autobiografía sobre la trayectoria de una vida, que el de unas memorias, en las que lo individual se encuentra laxamente fusionado con lo colectivo y con la historia.

Tampoco en este texto Borge olvida a Carlos Fonseca, a quien sigue siempre de cerca en el entrelazado permanente en el que se encontraron las vidas de ambos. Borge escribe sobre su compañero y amigo consciente de que éste ya no podrá hacerlo por sí mismo. Significativamente La paciente impaciencia, como el testimonio anterior, termina no con el triunfo sandinista, acerca del cual el autor pudo haberse extendido, sino con la muerte de Carlos Fonseca, ocurrida cuando Borge se encontraba aún guardando prisión.

A diferencia de Omar Cabezas, que escribió del mismo modo que hablaba y desde la perspectiva de un subordinado, Borge escribe con conciencia de su autoridad jerárquica y con la propiedad que el dominio del oficio de escribir le permite. Borge, de hecho, no se desempeña como un escritor casual: se muestra como un conocedor de la literatura, cuida la calidad de su escritura, reúne información diversa que le sirve de base para su exposición y argumentación, y evidentemente, su texto es el resultado de una detenida y planificada elaboración. A esto se debe la densidad de información y la complejidad de construcción del libro. Borge sigue de una forma simultánea distintos hilos narrativos: las experiencias personales, la historia del Frente Sandinista, la convergencia entre la historia literaria nicaragüense y la revolución -de especial interés para él- y el contexto internacional en el que se desarrolló toda la experiencia revolucionaria de su país.

Borge recoge recuerdos personales de los años de su infancia y juventud, de los años de fundación del Frente y las primeras acciones armadas, de los años de persecución y triunfos incipientes y de los años de su encarcelamiento. Sigue estos recuerdos atraído por su valor emotivo pero se preocupa por ir situándolos en el contexto de la historia objetiva.

El libro comienza con pasajes de su infancia en el seno de una familia de pequeños comerciantes en Matagalpa durante la década de 1940. Borge recrea imágenes de la vida provinciana: de los paisajes, de los personajes de la ciudad, de los amigos, de los parientes, etc. y los sitúa en el marco de los años inmediatamente posteriores a la muerte de Sandino y al estallido en Europa de la Segunda Guerra Mundial.

Su infancia la ve Borge como un tiempo de juego que acaba poco a poco con el despertar de la conciencia y con el descubrimiento del mundo de los adultos, los libros y la política. Desde el principio Borge otorga un papel privilegiado a los hechos que ocurren en el terreno de la conciencia, a las ideas y a los impulsos emotivos que moldean la personalidad y el comportamiento. Durante su infancia dice haber tenido experiencias imborrables con la lectura de libros de aventuras, de Madame Bovary y de Azul de Darío, experiencias de exaltación de la sensibilidad que promovieron en él una inclinación hacia lo romántico. Cuando a continuación de su infancia, Borge

recuerda episodios de su juventud en la Universidad de León, encuentra el germen de lo que después sería una conducta revolucionaria en el terreno de los descubrimientos ideológicos. Como ya lo había dicho en su testimonio anterior, fue un proceso de asimilación por parte de unos jóvenes provincianos del ideario de Sandino y del marxismo, bajo el liderazgo de Carlos Fonseca -quien fuera el descubridor de los libros que a su vez se convertirían en las fuentes del sandinismo. Borge habla de la dificultad de encontrar cualquier tipo de libro en la Nicaragua de esa época y especialmente sobre política o historia nacional. Dice que Fonseca, por ejemplo, debió traducir él mismo del francés los textos de marxismo. Para respaldar este punto de vista, cita uno de los ensayos que dejara escrito Fonseca en el que este reconocía que "el oscurantismo ideológico había retrasado la lucha popular" (p86).

La vida de los estudiantes en León, Borge la presenta sumida en las bebidas, el juego, los desórdenes y desmanes juveniles en la ciudad. Un ambiente del que no participaba Carlos Fonseca, que se dedicaba a publicar periódicos universitarios de contenido político y literario. No obstante, sería dentro de ese ambiente de gamberrismo, en el que se producirían las primeras manifestaciones de un anárquico anti-somocismo. En 1956 -en la propia ciudad de León- un joven poeta, Rigoberto López Pérez, daría muerte con un revólver y durante un baile,

al dictador Anastasio Somoza García. Este asesinato desencadenó una ola represiva en contra de los jóvenes anti-somocistas de la ciudad y Carlos Fonseca y Tomás Borge, junto con muchos otros líderes opositores del país, terminaron en la cárcel. Fonseca salió libre poco después pero Borge fue condenado a nueve años de prisión por haber tenido conocimiento del plan de asesinato y haberlo encubierto. En 1959, sin embargo, Borge salió de la prisión bajo libertad condicional, junto con otros jóvenes injustamente encarcelados, debido a las presiones y manifestaciones callejeras de los estudiantes universitarios. Habiéndole dado su casa de habitación por cárcel, Borge, sin embargo, huyó a Honduras donde fue de nuevo encarcelado por portar documentación falsa pero sólo permaneció poco tiempo detenido y viajó entonces a El Salvador y después a Costa Rica donde se unió a los grupos de nicaragüenses anti-somocistas que ya para esos años planeaban lo que sería el segundo intento de "invasión" de Nicaragua.

Con su encarcelamiento y liberación, se inicia para Borge un ininterrumpido peregrinaje que lo llevaría de un lugar a otro en una permanente labor conspirativa y revolucionaria. Vivió prácticamente 17 años de clandestinidad hasta que fue de nuevo encarcelado por Somoza en 1976.

La narración de su actividad revolucionaria y la del Frente Sandinista en general, Borge la lleva a cabo intentando

rescatar con objetividad una historia de la que él es uno de los testigos presenciales privilegiados. Borge narra los hechos de El Chaparral, la Campaña del Río Bocay, el desarrollo de las primeras acciones subversivas urbanas, el fracaso de Pancasán, la persecución y muerte de combatientes, como Julio Buitrago o Leonel Rugama, la preparación y ejecución del asalto a la casa de José María Quant Castillo y otras muchas actividades e interioridades del Frente (habla sobre las escuelas de entrenamiento militar, sobre las casas de seguridad, estrategias, criptografía, etc.).

La autocrítica es, como en los demás testimonios centroamericanos, una característica importante en el testimonio de Borge. Dado que buena parte de su actividad revolucionaria transcurrió durante la primera y malograda etapa guerrillera de la lucha, Borge se ve obligado a narrar, con conciencia del fracaso, estos hechos. Es particularmente importante su narración de la campaña del Río Bocay, en donde reconoce que la columna guerrillera simplemente sucumbió en la selva, derrotada por sus propios delirios de revolución y su debilidad.

Al tratar esta campaña, Borge recrea lo que era la vida guerrillera en su cotidianeidad desde un punto de vista semejante al que ya había aparecido en los testimonios de Mario Payeras y Omar Cabezas. Describe las vivencias más inmediatas

en la selva: la lluvia, las caminatas, el hambre y las enfermedades (especialmente las diarreas y la lepra de montaña). Según Borge, se trató de una campaña -la del Río Bocay- directamente financiada por el Che Guevara y mal conducida por el nicaragüense Noel Guerrero. En las montañas, apenas fueron capaces de avanzar, se desorientaban a cada momento y uno de los guerrilleros murió ahogado al cruzar un río. En las poblaciones, los indígenas no entendían de qué les hablaban cuando se referían a la Reforma Agraria y ni siquiera sabían quién era el presidente del país, menos aún que fuera un dictador. Cuando finalmente consiguieron salir de la selva, sin que hubiera mediado combate alguno, la apariencia de la columna era más bien -dice Borge- la de unos "náufragos", "locos, escapados de su camisa de fuerza" (p209).

A pesar de estas autocríticas, Borge no llega a renegar de su idealismo revolucionario, al contrario, considera que ésa es una de las más importantes conquistas del sandinismo. Borge encuentra que en la persecución de los ideales, la lucha revolucionaria se encuentra con los esfuerzos más nobles del espíritu humano. Borge no llega a plantearlo en estos términos, sin embargo, en una serie discontinua de capítulos que atraviesa todo el texto, Borge se ocupa de la convergencia de la literatura y la revolución en Nicaragua, de la aproximación de los guerrilleros a la poesía y de los escritores a la lucha

revolucionaria: una convergencia que no es otra si no la de los idealismos.

En estos sucesivos capítulos, Borge repasa la obra de los autores nacionales más representativos, comentándola con profundidad y propiedad y señalando cómo poco a poco la literatura nicaragüense llegó a identificarse con la lucha revolucionaria.

Esta serie de reflexiones se inicia con la referencia a Pablo Antonio Cuadra, un poeta conservador -a quien Borge compara con Virgilio por su condición de rico y contemplativo campesino. Cuadra es el punto de partida lejano de la literatura nicaragüense de este siglo. Su importancia no reside en que se haya vinculado con la revolución -lo que nunca hizo pues en cierto modo era un superviviente refinado de la sociedad terrateniente del pasado- sino que estriba -según Borge- en haber simplemente cultivado la poesía como un bien desinteresado y civilizador, lo cual representó por sí mismo un aporte valioso a la literatura y la sociedad nicaragüenses. En otro capítulo Borge se refiere al caso diferente del poeta José Coronel Urtecho, de la misma familia que Cuadra, de la misma generación y líder del movimiento de Vanguardia, quien habiendo sido un partidario de los Somoza y funcionario de su gobierno, renegó en la última etapa de su vida, de su anterior conservadurismo y se pasó del lado de los guerrilleros.

De la generación de 1940, Borge recuerda a Carlos Martínez Rivas, autor de una poesía de "rebeldía metafísica" que con el tiempo pasaría a hacer una poesía de rebeldía social al entrar en contacto con la revolución. Se ocupa con detenimiento de Ernesto Cardenal, un poeta al que el propio Borge invitó a comprometerse con el sandinismo y quien a pesar de mantener siempre una independencia ideológica, brindó su apoyo al movimiento. Borge recuerda el poema a Marilyn Monroe de Cardenal -personaje a quien Cardenal presentara como víctima del capitalismo-; recuerda la comuna de la Isla de Solentiname que se convertiría en símbolo de la Nicaragua revolucionaria donde, junto al trabajo pastoral y social, Cardenal promoviera las artes y de donde saldrían destacados combatientes.

Con respecto a los autores de las generaciones más jóvenes, Borge subraya el hecho de que iniciaron su literatura con una clara conciencia de los tiempos modernos que les tocaron en suerte y en su mayoría directamente comprometidos con el sandinismo. Entre ellos Sergio Ramírez, Gioconda Belli y especialmente Leonel Rugama, un poeta guerrillero como Roque Dalton, que buscó fundir los descubrimientos vanguardistas con la temática revolucionaria y que muriera en combate -según Borge- antes de haber logrado plenamente su obra literaria.

Borge señala cómo incluso autores de otras latitudes se solidarizaron con la experiencia revolucionaria nicaragüense,

como Gabriel García Márquez o Julio Cortázar que llegaron a ser amigos personales de los sandinistas.

Por parte de los guerrilleros, dice Borge, la atracción por la poesía y la literatura representó un fenómeno común. Su caso, en este sentido, no le parece excepcional. Si él desde su infancia se declara un amante de la literatura -de inclinaciones incluso románticas que confiesa no haber abandonado- puede dar fe de que sus compañeros no lo fueron menos. Parte del cargamento que los guerrilleros llevaban a la montaña -señala- fueron siempre obras literarias: Neruda o Vallejo, por ejemplo, Onetti o Borges, etc. Menciona el caso de Carlos Fonseca que durante una estadía en Costa Rica hizo un trabajo sobre Darío, de quien encontró un poema inédito.

Para Borge, esta aproximación entre la literatura y la revolución se explica por el utopismo. Según él, la guerra no conlleva necesariamente la negación de los ideales humanistas, por el contrario, piensa que sobre todo la guerra revolucionaria es una continuación de la política, entendida como el esfuerzo por transformar positivamente la sociedad, aunque un esfuerzo llevado a cabo por otros medios ⁸⁹. Los guerrilleros, reconoce Borge, fueron y siguen siendo insensatos y aventureros pero en el fondo de su empresa se encuentra esta necesidad de llevar a cabo una utopía imposible sin la guerra:

"Para nosotros era imposible enfrentarnos a la dictadura somocista organizándonos como partido político. No lo permitían las circunstancias, ni los gobiernos vecinos, ni otros partidos de izquierda o de derecha. Por otra parte, éramos locos, aventureros, sentimentales, anarquistas, pequeñoburgueses, insensatos, mesiánicos, según afirmaban el quincenario, el semanario, el diario y la muchacha que entornaba los ojos en la pantalla de televisión. No había más remedio que la continuación de la política por otros medios" (p558).

Cuando en 1976 Borge es apresado por la fuerzas de seguridad de Somoza, ya se había venido produciendo al interior de las filas del sandinismo un relevo generacional. Durante un largo tramo de su testimonio, Borge va siguiendo las muertes de sus compañeros, al mismo tiempo que relata la forma en que fue comunicando su propia formación militar -que recibiera en Cuba- a los nuevos combatientes, en las distintas escuelas de entrenamiento que dirigió. Los meses inmediatamente anteriores a su captura, Borge había entrenado a las escuadras que poco después asaltarían la casa de José María Quant Castillo. Durante su prisión moriría Carlos Fonseca, con lo cual se cumpliría el relevo de la generación de los fundadores del FSLN, de quienes Borge se convertiría en el único superviviente.

Este acento puesto en el relevo generacional, muestra la intención típica del género testimonial de valorizar el esfuerzo colectivo por encima del individual. En la cárcel, Borge no puede asistir más que como un espectador a la lucha

sandinista que siguió su curso liderada por los nuevos y más jóvenes comandantes. Como en otros testimonios centroamericanos, Borge relata las duras condiciones que vivió como preso político en la cárcel; narra las extremas huelgas de hambre a que debió recurrir para conseguir mejorar su situación de reclusión. Sus memorias terminan, sin embargo, con el relato de unos años en los que Borge se entrega a la lectura con una disponibilidad de tiempo que nunca antes había tenido, mientras afuera los triunfos sandinistas comienzan a ser cada vez más alentadores. Borge interrumpe su discurso con la muerte de Carlos Fonseca y con ello deja por fuera deliberadamente, el relato de su liberación y el de su papel de comandante general durante las ofensivas finales sandinistas que concluirían con el triunfo contra Somoza.

5.1.2 Testimonios populares

Los testimonios populares no se cuentan en la misma cantidad que los de dirigentes revolucionarios, lo cual es indicativo de las dificultades que debieron superarse para su aparición. No obstante, además del testimonio de Rigoberta Menchú, que se considera uno de los más importantes para la fundación del género, apareció un número considerable de testimonios de este tipo -aunque más breves- en distintas obras colectivas y recopilaciones. Estos testimonios, como se ha dicho antes, recogen la experiencia de obreros, campesinos y también combatientes, que no ejercen por sí mismos la escritura y que han requerido por tanto de la presencia de un intermediario para su realización. Suelen ser, por otra parte, versiones escritas de grabaciones orales. A diferencia de los testimonios de dirigentes revolucionarios, el asunto de estos testimonios no es predominantemente militar, sino que se ocupan sobre todo de la denuncia de la violencia y la represión, y del proceso de incorporación popular a la lucha social.

5.1.2.1 Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense hoy (1980) Margaret Randall (ed.). ⁹⁰.

Uno de los primeros libros que incluyó testimonios populares fue el de Margaret Randall Todas estamos despiertas.

Testimonios de la mujer nicaragüense hoy (1980) en el que se reúnen entrevistas con mujeres de todos los sectores de la sociedad nicaragüense que habían participado en la revolución: campesinas, obreras, religiosas, dirigentes sandinistas de alto rango y combatientes de menor graduación. En las entrevistas se subraya el aporte decisivo de la mujer al triunfo contra Somoza y se recrean las múltiples vías por las que las mujeres se unieron a la lucha revolucionaria: a través de organizaciones de acción católica, del Partido Socialista, de sindicatos o como consecuencia de la represión en el campo.

Uno de los testimonios populares más representativos de este libro, es el de Amada Pineda, una campesina que relata la trayectoria de su participación y la de su familia en la lucha nicaragüense. Esta mujer narra lo que fue la vida en el campo, las durezas del trabajo y la muerte de sus hijos pequeños en la pobreza durante los años de dictadura; relata cómo comenzó a participar junto a su esposo en un sindicato agrario durante la década de los sesenta, un sindicato que casi inmediatamente después fue brutalmente perseguido por la Guardia Nacional. Como consecuencia de ello, Amada Pineda fue capturada y salvajemente golpeada y violada como otras mujeres de su aldea por una patrulla militar. En su testimonio, el relato de estos atropellos ocupan un lugar privilegiado, por cuanto ella los considera como los sucesos que marcaron su incorporación decidida a la lucha: "Los del gobierno siempre pensaban que

reprimiendo nos iban a meter miedo. Y lo que nos metieron fue mas coraje" (p124).

Amada Pineda y su marido se afiliaron al Partido Socialista (comunista) de Nicaragua y después pasaron a colaborar con el Frente Sandinista. Cuando estalló la guerra, uno de sus hijos mayores combatió y murió en Masaya, mientras la propia Amada luchó en las trincheras de Managua.

El otro grupo de testimonios, especialmente representativo de este libro lo ofrecen las mujeres soldados. Margaret Randall las llama "las compas" o compañeras "de verde olivo"; combatientes de las filas armadas del Frente Sandinista. Estos testimonios tratan de establecer cuál fue la situación de las mujeres en los campamentos y campañas armadas en donde los hombres eran la mayoría. Estas mujeres dicen que en el desempeño militar el trato y las exigencias fueron igualitarios, tanto para hombres como para mujeres, no así, sin embargo, en la vida cotidiana, en la que la igualdad era teórica y salían a relucir prejuicios machistas. Estos prejuicios, señalan, eran más fuertes en los combatientes, cuanto menos tiempo de formación revolucionaria habían tenido. Uno de los pasajes emblemáticos del libro, es el de una combatiente que en los últimos momentos de la lucha recibió la responsabilidad de dirigir la evacuación de un poblado. Esta mujer debió imponer su autoridad militar por la fuerza a los

hombres, a pesar de encontrarse en un avanzado estado de embarazo.

"Caminamos como 14 horas, me acuerdo -yo pensé que iba a abortar en el camino pero dichosamente no... Yo iba de responsable de unas 40 personas y no era fácil por mi estado y porque íbamos con compañeros heridos que se movilizaban en camillas. Además llevábamos una serie de gente que no era militante, que había tomado las armas a última hora, y ante la realidad del repliegue pues se atemorizaron. Hubo los que iban rapidísimo. No comprendían que teníamos heridos, que los iban mojando, golpeando... Yo me enojé a tal grado que estuve a punto de darles un balazo en una pierna; lograr un poco de disciplina aunque cargáramos con otro herido. En un momento dado cruzamos un río y yo les tuve que decir 'compañeros, cuando se pasa un río hay que hacerlo de uno en uno porque la Guardia puede estar emboscada' Y todo el mundo pasaba en aquel molote horrible. Lo duro en esa situación fue que [había] hombres que no eran militantes y no tenían la costumbre de reconocer la autoridad tanto del hombre como de la mujer... El militante ya había superado esos prejuicios dentro de la organización. Pero cuando uno tenía que cargar con gente que no tenía una militancia, que no había crecido en ese sentido, era más difícil. De todos modos, con esas dificultades logré imponer mi autoridad..." (pp30,31)

El enfoque de la situación de la mujer dentro del proceso revolucionario, es uno de los asuntos más característicos de los testimonios populares. La mayoría de los testimonios de este tipo son de mujeres, incluido el de Rigoberta Menchú y las novelas testimonio de Manlio Argueta cuyos personajes protagonistas también lo son. La narrativa testimonial, abierta en principio a la expresión de los más débiles parece haber favorecido en este caso a las mujeres por su doble condición de explotadas económicamente y oprimidas sexualmente.

El hecho de que en este testimonio se enfocara especialmente la situación de la mujer, se debió en gran medida sin duda, a la investigadora-intermediaria. Este libro está concebido y construido ciñéndose a la línea testimonialista trazada por Miguel Barnet en Biografía de un Cimarrón, de acuerdo con la cual se investiga una problemática social basándose en las experiencias y las declaraciones directas de los testigos. En este tipo de testimonios se puede encontrar en el investigador-intermediario, un punto de partida y una responsabilidad en cuanto a la planificación y elaboración de la obra, que -como se ha visto antes- no aparece en los auto-testimonios.

En este caso, evidentemente, uno de los puntos de partida más importantes de Margaret Randall fue el de investigar la doble problemática de la opresión económica y sexual de la mujer y su papel en el contexto de la revolución nicaragüense.

Los testimonios de mujeres incorporadas dentro de la organización armada, suelen tratar el problema de la compatibilidad de la lucha político-militar con la lucha por una liberación femenina integral, en un proceso que ya en los campamentos se mostraba difícil aunque idealmente orientado hacia fines igualitarios.

Los testimonios de mujeres no combatientes, muestran el aporte silencioso de quienes fueron al mismo tiempo las cabezas de

familia y el soporte de la insurrección. De acuerdo con sus testimonios, las mujeres campesinas y especialmente las madres solas o abandonadas, debieron enfrentar no únicamente la pobreza secular en que se debatían sus familias sino también la represión y la persecución. En sus testimonios, estas mujeres hablan de haber apoyado con su trabajo y sus cortos bienes a los insurgentes, de haberlos ocultado y alimentado, y de haber tenido que sufrir además la muerte de sus maridos y sus propios hijos en la lucha.

5.1.2.2 Ser madre en Nicaragua. Testimonios de una historia no escrita (1988) Roser Solá y María Pau Trayner (eds.) ⁹¹.

Una recopilación importante de este último tipo de testimonios la ofrecieron Roser Solá y María Pau Trayner en el libro Ser madre en Nicaragua en el que aparecen entrevistas con mujeres campesinas que perdieron a sus maridos e hijos durante la revolución y la contra-revolución en ese país. Las autoras, dos cooperantes españolas, trabajaron con la organización de 'Madres de Héroe y Mártires de Matagalpa' y elaboraron este libro a partir de entrevistas con 42 mujeres de la región. Los testimonios giran en torno a dos asuntos principales: la situación de la mujer bajo las condiciones de extrema pobreza y represión durante los tiempos de la dictadura de Somoza, y

las repercusiones políticas, ideológicas y afectivas de la muerte de sus familiares en la guerra.

En estos testimonios no se recogen versiones globalizadoras sobre la lucha revolucionaria sino fundamentalmente recuerdos personales circunscritos a vivencias muy particulares. Más que referirse a la represión somocista, en términos generales, estas mujeres recuerdan el episodio específico en que su familia sufrió el atropello de la Guardia. Los testimonios son todos distintos, en cuanto a los casos de atropellos que narran y sin embargo son semejantes y se repiten una y otra vez en cuanto que en el fondo denuncian toda la represión.

"Murió el mayor [de mis hijos] capturado por la Guardia... lo agarraron y lo llevaron a pescozón y pescozón hasta un comando que era una hacienda, pues... Allí lo llevaron a mi hijo mayor. De ahí lo desaparecieron. Y cuando llegué a preguntar por mi hijo: '¿Qué le hicieron a mi hijo -les dije yo a la Guardia- pa' dónde le dieron?' 'Tu hijo está en Managua... Anda ve a ver a tu hijo, hija de la gran puta. ¿Por qué les pasa esto? -decía el Guardia- porque Ustedes nunca trabajan, hijos de puta, sólo viven robando, sólo viven comiendo vacas y por eso ustedes, por caballos, por no sé qué... se mueren' Yo llorando les dije: 'Pues está bueno que no me den cuenta de mi hijo...' Y después ya se desapareció y jamás le volví a ver hasta el día de hoy".
(p27)

Las autoras de esta recopilación de testimonios observan con asombro que el impacto recibido por la muerte de familiares, en lugar de hacer decaer a estas mujeres las fortaleció: a

aquellas que no eran revolucionarias las transformó y a las que ya lo eran las reafirmó en sus convicciones:

"Una nueva fecundación se [produce] -dicen las autoras- y estas madres preñadas ahora por sus propios hijos [muertos por la represión] dan a luz a un nuevo ser, a una mujer comprometida, valerosa, entregada, revolucionaria, abierta a Nicaragua y al mundo". (p91)

Las propias mujeres campesinas declaran en sus distintos testimonios este proceso:

"En realidad el objetivo -dice una de ellas- es seguir adelante, porque toda mi familia la mató la Guardia. Mi marido también, y desde ese tiempo siempre nosotros seguimos adelante con el proceso de la revolución porque ese es nuestro ideal: que unos caen y otros siguen, y que los que luchamos si no lo alcanzamos nosotros, otros serán los llamados pues" (p23).

La gestación de una actitud revolucionaria a partir de la represión, es una situación que se repite en los testimonios populares y que aparece también en las novelas testimonio de Manlio Argueta.

5.1.2.3 Ejecuciones extrajudiciales en gran escala en zonas rurales bajo el gobierno del General Efraín Ríos Montt (1982)

Amnistía Internacional (ed.).⁹²

Otra fuente importante de testimonios populares se encuentra en la documentación sobre violación de Derechos Humanos en la

región. La intensificación de los conflictos armados y de la represión a partir de mediados de la década del setenta en Centroamérica, atrajo a distintos organismos internacionales como Amnistía Internacional, American Watch, y delegaciones especiales de la Corte Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (OEA), de la Organización de Naciones Unidas (ONU), del Congreso de los Estados Unidos, etc. que junto con las organizaciones nacionales encargadas por velar por el respeto de estos derechos, levantaron una amplia documentación sobre los atropellos militares y gubernamentales en contra de la población civil. Los representantes de estos organismos se entrevistaron directamente con las víctimas de la represión y con testigos presenciales y observadores para elaborar sus informes. Desafortunadamente, muchos de estos documentos circularon sólo de una forma restringida al interior de los foros de Derechos Humanos o en los juicios de la Corte Interamericana, y raras veces las palabras directas de los testigos se reprodujeron textualmente en publicaciones de amplio tiraje pues privó la práctica del resumen y del informe sumario que hizo perder la singularidad discursiva de las declaraciones. No obstante, algunos de estos informes representan auténticas recopilaciones de testimonios directos. Uno de los más divulgados y conocidos fue el publicado por Amnistía Internacional con el título de Ejecuciones extrajudiciales en gran escala en zonas rurales bajo el gobierno del general Efraín Ríos Montt (1982). En este

documento se reproducen textualmente las declaraciones de una gran cantidad de testigos presenciales de la ofensiva represiva del ejército y el gobierno guatemaltecos de ese año, que costó la vida a miles de personas.

El propósito de este informe fue probar y denunciar que el ejército estaba aplicando la estrategia de "tierra arrasada" (quema de aldeas y cosechas y masacres de campesinos) para acabar con la insurrección. En el texto aparecen las declaraciones de periodistas, de religiosos, de miembros de la Cruz Roja y sobre todo, las declaraciones de los propios campesinos sobrevivientes y refugiados en México. Se reproducen también documentos internos del ejército y del gobierno, y declaraciones de militares inconformes con las acciones de su propia institución que ratificaban las denuncias de la población civil.

Este texto, y la generalidad de los que se elaboraron para ser presentados en foros jurídicos de Derechos Humanos, se encuentran despojados de la ideología y la propaganda características de los testimonios revolucionarios. Aspiran a la imparcialidad y pretenden limitarse a constatar hechos. En este sentido, podría decirse que persiguen apoyarse en una testimonialidad pura, no obstante, es evidente que al buscar condenar un Estado represivo persiguen también una finalidad política y que las declaraciones de los testigos, aunque

carentes de una ideología explícita se encuentran necesariamente condicionados por la situación de violencia en que se produjeron.

En los testimonios de campesinos que sufrieron la represión - como en el testimonio de Rigoberta Menchú- son patentes las huellas de una psicología del horror. Según sus declaraciones, estos campesinos presenciaron el asesinato en masa de hombres, mujeres, ancianos y niños en sus aldeas; fueron alcanzados ellos mismos por los disparos o los machetazos del ejército o vieron los cadáveres quemándose en piras o amontonados en fosas colectivas.

En el texto se reproducen testimonios de niños, lo cual es indicativo de la intención de dar a conocer una versión desideologizada de los hechos. En estos casos se parte del supuesto de que los relatos que ofrecen los niños no se encuentran influenciados por las visiones de mundo y la conciencia política ya formada características de los adultos.

"Un niño de 10 años de la región de Huehuetenango [...] describió la matanza que se llevó a cabo en su aldea como sigue: 'Ví la masacre que cometieron en mi aldea. Estaba allí una noche que vino un grupo de hombres. Primero escuchamos los camiones. Llegaron los hombres, llevaban armas. Vinieron a sacar a todos de sus casas y escuché en la noche cómo lloraba la gente y todo lo ocurrido. Pedían ayuda, que alguien los ayudara. Pero nadie pudo por temor. Luego en la mañana fuimos a ver la calle. Todos fueron arrojados allí, tras haber sido muertos a tiros. Había sangre en toda la calle. Posteriormente, cuando íbamos a

San Ildefonso, vimos mujeres desnudas en el camino, muertas por lo soldados. Había muchas. No sé cuántas, más de 30. Luego en la tarde vimos alrededor de 25 personas muertas. Se las estaba sepultando sin ataúd y sin ropa. Temíamos que nos fueran a matar a nosotros también. Por eso vinimos a México" (p64).

Otros testimonios son de personas que sobrevivieron heridas a la represión y que fueron atendidas en los campos de refugiados por las brigadas médicas internacionales. El valor de verdad de estos relatos, viene dado por la evidencia verificable de los maltratos sufridos por los propios declarantes. Vale señalar que en estos casos fueron generalmente los miembros de las brigadas médicas y observadores de los campos de refugiados quienes recogieron los testimonios. Puede ponerse como ejemplo, el caso de una joven kekchí de 17 años de la aldea de Chirrenquiché, Cobán quien fue violada y herida, y la mayor parte de su familia muerta por el ejército:

"Los soldados llegaron, nos fuimos a una montaña, allí encontramos troncos, piedras y allí nos escondimos. Un grupo de soldados entraron por atrás, entraron atrás de nosotros. a tres compañeros los agarraron, los llevaron hasta el monte, los amarraron en el monte, con machete y cuchillo los mataron. Allí se murieron.

Entonces dije, 'aquí no hay guerrilleros'. Entonces preguntaron 'quién es su papá' y no dije quién es, y por eso me machetearon, me violaron, me dejaron tirada, me machetearon mi cabeza, toda una mano, mi pecho.

Cuando amaneció fui a buscar mi casa... mis papás y otros hermanos estaban en la casa [muertos]. Los soldados dijeron ellos son guerrilleros, hay que matarlos. Mi hermano Ramos vio cómo mataron a mi papá, mi mamá, mis hermanos, mi hermanito de un año, los ametrallaron el ejército cuando llegó a la aldea. Sólo mi hermano Ramos y yo estamos vivos.

Los compañeros nos están dando inyecciones, medicinas, no podemos ir al hospital de Cobán y pienso que nos van a matar" (p63).

Por su parte los testimonios de los campesinos adultos son más elaborados y precisos, y muestran una mayor fuerza persuasiva. En la aldea de San Francisco, una tropa de 600 soldados capturó a casi todos los habitantes, asesinó a las mujeres y niños en la iglesia y a los hombres y ancianos en el Juzgado de Paz; después fueron quemados los cadáveres y toda la aldea. Uno de los sobrevivientes relata así el asesinato de los ancianos:

"Los sacaron y los acuchillaron. Los apuñalearon y los cortaron como si fueran animales mientras reían al darles muerte. Los mataron con un machete que no tenía dientes. Colocaron a un hombre en una mesa, y le abrieron el pecho, pobre hombre, y aún seguía vivo, y comenzaron a degollarlo. Ay, ay, gritó. Lo degollaron lentamente. Sufrió mucho. Estaban cortando a la gente bajo las costillas y la sangre salía a borbotones mientras los soldados reían" (p66)

La reunión de testimonios como estos, provenientes de más de 20 aldeas de cuatro departamentos del país (Quiché, Chimaltenango, Huehuetenango y Sololá), comprobó en el informe, las afirmaciones de Amnistía Internacional de que durante el gobierno de Ríos Montt se había aplicado la estrategia de "tierra arrasada" con un costo humano aproximado de dos mil víctimas sólo en los meses comprendidos entre marzo y junio de 1982.

El informe aportó también datos fidedignos acerca de la intención deliberada del gobierno de desencadenar con estas acciones una guerra psicológica en el campo, que mermara el apoyo a la subversión. Si algunos testimonios de campesinos parecen distorsionados o alterados por el horror, esto no es casual pues justamente, según Amnistía Internacional, el ejército buscó provocar este efecto en la población. Amnistía Internacional cita en su informe, un documento del gobierno titulado "Plan Nacional de Seguridad y Desarrollo" en el que los militares, después de reconocer su incapacidad numérica y logística para vencer la insurrección en todos los frentes que para entonces se encontraban activos, se inclinaban por desencadenar una "acción psicológica a todo nivel" (p71).

Como este informe de Amnistía Internacional, el testimonio de Rigoberta Menchú recogió también una denuncia de los campesinos que fueron víctimas de esta oleada de represión.

5.1.2.4 Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia
(1983) Elizabeth Burgos Debray (ed.) ⁹³.

Como se ha visto antes, la crítica literaria internacional censuró en el testimonio de Rigoberta Menchú la intervención de la intermediaria Elizabeth Burgos Debray y llegó a hablarse de que en episodios particularmente cruentos -como el asesinato

del hermano Menchú- la propia testimoniante había recurrido a la 'invención literaria'. Visto en su contexto, sin embargo, este testimonio resulta muy semejante al de los demás campesinos guatemaltecos que sufrieron los ataques del ejército en esa época. De hecho, las escenas de represión que aparecen en este texto, son tan violentas como las que se vieran en los otros testimonios. Por otra parte, aunque la intermediaria reconoce haber organizado, corregido y re-elaborado el testimonio, la crítica no ha tomado en consideración que los discursos testimoniales sobre la represión, como el de Rigoberta, ya circulaban en Guatemala y en toda la región como parte de las historias orales y cotidianas de los campesinos alcanzados por el conflicto armado. En las propias organizaciones populares de base, se había desarrollado esta práctica testimonial. Las modificaciones de la intermediaria Elizabeth Burgos Debray, fueron hechas, por tanto, sobre la base de un tipo de discurso colectivamente gestado y pre-existente. En este sentido, no se ha tomado en cuenta que la propia Rigoberta Menchú se identifica a sí misma en su texto como una testimoniante de profesión que durante su adolescencia fue catequista (p72) y en su juventud propagandista de la lucha popular:

"Así era cuando andaba por todos lados. Bajaba a la costa también, pero con una tarea política: a organizar a la gente y al mismo tiempo darme a entender contando mi pasado, contando lo que causaba mi historia, las causas de todo el dolor que sufríamos. Lo que causaba la pobreza.

Cuando uno conoce su trabajo y ya tiene una responsabilidad trata de hacerlo lo mejor que se puede..." (p188).

De consiguiente, Rigoberta no era sólo una representante de su comunidad sino una dirigente y una testimoniante calificada - esa es una de las razones que explica que su texto resultara más extenso y completo que el de otros campesinos. Por tanto, parece justificado reconocer que cuando Rigoberta se entrevista con Elizabeth Burgos Debray en París, ésta última se limitó en gran medida -como dice ella haber hecho- a convertir en libro un discurso propio de la entrevistada, un discurso que en su mayor parte había sido previamente elaborado y brindado a otras personas, en otras circunstancias.

No obstante, en la línea de los cuestionamientos que la crítica literaria hiciera a este texto, pueden identificarse efectivamente, algunas libertades tomadas por la intermediaria Elizabeth Burgos Debray que carecen de fundamento en el testimonio original o que lo contradicen. Por ejemplo, la presentación de Menchú como un modelo ejemplar de los indígenas de todo el continente: "por la boca de Rigoberta -dice la intermediaria- se expresan actualmente los vencidos de la conquista española" (p9), suposición que en ningún momento de su discurso Rigoberta pretende asumir. Igualmente, resultan ajenos los epígrafes del Popol Vuh y de las novelas indigenistas de Miguel Ángel Asturias que preceden cada

capítulo; y resulta una negación de las singularidades discursivas del texto original, la supresión absoluta del voseo -la forma pronominal de tratamiento ordinaria en Centroamérica- que por ultracorrección gramatical fue sustituida por el tuteo.

Otras injerencias de la intermediaria, sin embargo, parecen haber favorecido el desarrollo del testimonio. Al menos 11 de los 33 capítulos presentan en el libro un claro carácter etnográfico, producto muy probablemente del interés de la entrevistadora -una profesional de esta disciplina- en la vida cultural de las comunidades indígenas de Guatemala. Es evidente, que aunque Rigoberta contesta con emoción a las preguntas sobre las costumbres, creencias y prácticas rituales de su comunidad, estos elementos responden más a un plan de indagación etnográfica que a un discurso político. Incluso los títulos de esos capítulos se ajustan a los modelos regulares de las monografías etnográficas: "XXVIII. Sobre la muerte" o "X. Ceremonias de casamiento. Leyes de los antepasados", etc.

La información que Rigoberta ofrece sobre la cultura de las comunidades indígenas, sin embargo, se encuentra integrada y subordinada al propósito testimonial del libro. De acuerdo con las tendencias modernas de la etnografía y con las características del género testimonial, la informante no constituye un objeto del discurso sino su sujeto. Rigoberta habla de su comunidad, de sus modos de vida y sus valores a

partir de su propia experiencia y como un prerequisite de la lucha política. Estas informaciones, como las que se refieren a la situación de pobreza y explotación o a la represión, representan la base de los argumentos en torno a la reivindicación social y al derecho de autodeterminación cultural que persigue el testimonio. En términos generales, por tanto, el texto subordina a la intencionalidad política sus demás componentes autobiográficos, etnográficos y sociológicos.

El texto en sí, recoge la narración de Rigoberta sobre su vida y la de su familia como miembros de una comunidad indígena del Quiché, en el contexto de la lucha social y la represión. En su relato, Rigoberta recorre su infancia que transcurrió profundamente influida por la vida ritual de la aldea; narra los primeros viajes como jornaleros temporales a las tierras bajas, las condiciones de explotación inhumana en las fincas de café y algodón, y el inicio de las presiones de los terratenientes y el ejército por despojarlos de sus parcelas en el altiplano. La defensa de sus tierras vendría a ser el motivo de la incorporación progresiva de la familia Menchú y de su comunidad a la lucha social. Rigoberta narra este proceso que iniciara su padre como líder de la aldea y que los llevaría con el tiempo a integrarse en las organizaciones campesinas y a ser víctimas de la represión.

La familia Menchú, según el relato de Rigoberta, llegó al altiplano en calidad de desplazados, como otros campesinos indígenas, en busca de tierras vírgenes durante la década de 1960. En la montaña, desmontaron parcelas donde sembraron maíz y otros granos en pequeña escala. Dado que la tierra nunca llegó a producir lo suficiente, pronto se vieron obligados a desplazarse de nuevo pero ahora sólo temporalmente a las tierras bajas durante los períodos de cosecha de café o algodón. Para Rigoberta, los años de su infancia se repartieron entre el altiplano y las fincas, en un movimiento permanente.

Esta situación de eternos desplazados, común a los campesinos de Centroamérica, sería planteada para el caso salvadoreño por Manlio Argueta en sus novelas.

Mientras el altiplano representó para Rigoberta un hogar en el que nunca permanecía lo suficiente, las fincas cafetaleras y algodonerías representaron un lugar hostil donde llegó a sufrir en carne propia el despotismo y los castigos de los patrones y capataces. Rigoberta narra cómo los indígenas eran transportados en camiones cerrados, más propios para ganado que para seres humanos; cómo dormían apiñados en barracas casi a la intemperie sin asistencia médica de ningún tipo; y cómo recibían una paga miserable y una alimentación pobre a cambio de un trabajo extenuante. Los excesos de la explotación alcanzaban también a los niños que eran obligados a trabajar -

cuando tenían capacidad para hacerlo como Rigoberta- a cambio de una paga inferior aún a la de los adultos y sufrían también la mala alimentación, más grave en el caso de los niños lactantes cuyas madres se agotaban en los campos. Rigoberta narra con dramatismo la muerte de los niños en las fincas, en particular la de dos hermanos suyos: uno muerto por desnutrición y otro intoxicado por la fumigación de los cafetales.

En estas secciones del testimonio, en las que Rigoberta denuncia la explotación, se trasluce también una protesta contra lo que podría reconocerse como un proceso de proletarización del campesino indígena. De pequeño propietario, el campesino pasaba a asumir en las fincas la condición de asalariado, en un proceso que consecuentemente llevaba a la deculturación, al desarraigo de las formas de vida y a la pérdida de valores y costumbres tradicionales. La migración a las fincas representaba el abandono de las aldeas y la ruptura con las relaciones y prácticas comunales. En los campos de trabajo los indígenas eran una mano de obra indiferenciada; se veían obligados a ladinizarse, a aprender el español, por cuanto que al proceder de distintos grupos étnicos, hablaban distintas lenguas.

La condición del indio se revela como la de uno de los grupos más desfavorecidos de la sociedad: explotados económicamente

y oprimidos culturalmente -víctimas de una doble subordinación, comparable en eso al caso de las mujeres campesinas que antes se ha comentado. Rigoberta señala que poco a poco esta situación se fue haciendo más clara para las comunidades indígenas y años después, cuando se habían sumado a las organizaciones populares y al movimiento campesino, asumieron la especificidad de sus demandas -con respecto a las de los demás campesinos no indígenas- al lanzar su lucha contra dos frentes simultáneamente: contra la injusticia social y contra el irrespeto a la autodeterminación cultural.

"...es cuando se da a conocer [nuestra] organización como Comité de Unidad Campesina, que defiende los derechos de los campesinos. Nuestros objetivos eran exigir un salario justo a los terratenientes. Exigir que nos respeten como comunidades; que nos den los buenos tratos que merecemos como personas y no como cualquier animal; [y] que respeten nuestra religión, nuestras costumbres, nuestra cultura, ya que muchas aldeas del Quiché no podían celebrar sus ceremonias porque eran perseguidos o se les consideraba como subversivos o comunistas" (p186).

En los capítulos de naturaleza etnográfica, que aparecen especialmente cuando se relatan los años de infancia pero que se intercalan a lo largo de todo el testimonio, las referencias de Rigoberta a la cultura se acompañan de una defensa de los valores tradicionales. Rigoberta, siguiendo su propio proceso de integración a la comunidad, narra lo que son las ceremonias de nacimiento, la vida familiar, la educación de las niñas, las ceremonias de siembra y cosecha, las fiestas, etc. Narra lo que

es la vida cotidiana de los indígenas, describe las labores del campo, el cultivo del maíz, las labores domésticas, la fabricación de tortillas y de tejidos, los juegos, las oraciones, los entierros. Intenta reconstruir lo que son las concepciones de mundo y la religión de los indígenas, y destaca ante todo los valores de solidaridad y de ayuda mutua que son los que le otorgan cohesión a la comunidad -unos valores de tendencia contraria a los del individualismo y la competencia de la sociedad circundante.

"Así nos reunimos y platicamos... no se pierde el tiempo porque hay que hablar cosas de la comunidad. Por ejemplo, un vecino necesita una casita porque ya sale su hijo aparte. Entonces cómo vamos a hacer para ayudarlo, quiénes son los que se van a ir a ayudar, a quién le toca el turno. Hay siempre algo en común... Esto implica que tenemos que dar tiempo a atender a la comunidad en cualquier cosa. Implica que tenemos que dar tiempo a nuestras ceremonias, nuestras celebraciones indígenas... Pero toda la comunidad está dispuesta a hacerlo" (p112).

Siguiendo las palabras de Rigoberta, se deduce que el indígena se forma como persona en su integración a la comunidad a través de la educación autóctona, de los ritos que acompañan su vida y de las instancias de gobierno colectivo a que se somete; de este vínculo con la comunidad depende su sobrevivencia material y el sustento cultural de su personalidad; rotos esos vínculos, la comunidad se desarticula y el individuo queda a merced de la sociedad.

"Nosotros estamos acostumbrados en la comunidad a vivir como hermanos, entonces sería triste para el indígena si se va solo" (p98).

Rigoberta vive la experiencia de desarraigo de su comunidad cuando en su adolescencia y antes de haber aprendido suficientemente el español, viaja a la ciudad a emplearse como trabajadora doméstica de una familia de clase media. En este tiempo Rigoberta dice haber experimentado una soledad hasta entonces desconocida para ella y haber sufrido nuevas formas de explotación y de humillación de parte de sus patrones.

Pocos meses después de su llegada a la ciudad, Rigoberta abandona su trabajo de sirvienta cuando su padre, don Vicente Menchú, cae en las cárceles por defender las tierras de la aldea. Entonces Rigoberta pasa a ocupar un lugar de liderazgo y a incorporarse más en las luchas reivindicativas campesinas.

Durante varios años, don Vicente Menchú se había empeñado en defender las parcelas de los vecinos de la aldea que para mediados de los años setenta les habían comenzado a disputar los terratenientes de la zona. Engañado por abogados y autoridades, y atacado por los terratenientes, don Vicente -según Rigoberta- descubrió poco a poco la problemática agraria que afectaba no sólo a su aldea sino al país en general. En la cárcel, conoce a un prisionero político que le orienta estratégica e ideológicamente, y una vez en libertad, don

Vicente se une al movimiento campesino organizado. Es a partir de entonces que se produce la rápida incorporación de la familia Menchú y de toda la aldea a las luchas de reivindicación popular.

En esos años, a finales de la década del setenta, las guerrillas habían re-emprendido sus acciones y el ejército había respondido atacando a las comunidades -un proceso en parte narrado por Mario Payeras en su testimonio. Rigoberta evita mencionar contacto alguno con las organizaciones armadas del movimiento subversivo, pero es evidente que gracias a su colaboración fue que su aldea como muchas otras del país comenzaron a entrenarse en estrategias de autodefensa para protegerse de los ataques del ejército. Rigoberta, de regreso en la comunidad se convirtió en una de las más activas promotoras de estas estrategias.

Para amortiguar en lo posible las agresiones del ejército, los indígenas montaban un sistema de vigías y unas rutas de escape a zonas más seguras en las montañas. Además disponían para defenderse de trampas de caza y de armas caseras como machetes y piedras.

"Me acuerdo que los indígenas hicimos una ceremonia antes de empezar todas nuestras medidas de autodefensa. Una ceremonia de comunidad donde pedimos al dueño de toda la naturaleza, que es el dios único para nosotros, que nos ayude y que nos dé permiso a tocar cualquier cosa de la

naturaleza para defender nuestra vida... hubo mucho sentimentalismo [...] porque pensábamos, depende de nuestra comunidad, depende de nuestra autodefensa si salen dos o tres, cuatro o cinco de nuestra comunidad asesinados o secuestrados o torturados. Después de eso fue cuando al siguiente día, todos los de la comunidad trajeron una idea para defenderse. Unos traían piedras, otros traían machetes, otros traían palos, otros instrumentos de trabajo. Las mujeres con sal, con agua caliente... A mí me fascinaba todo eso... (p152, 153).

"Teníamos hondas que impulsan una piedra lejos y cuando uno mide bien donde va la piedra llega al lugar que uno desea. Teníamos machetes, piedras palos, chile, sal. Todo lo que se trata de nuestras armas populares pero no teníamos armas como las que tiene el ejército" (p162).

Si en las secciones de naturaleza etnográfica del testimonio, son notorios los estímulos aportados por la entrevistadora, en estas secciones sobre la lucha popular salta a la vista la previa maduración de los episodios narrados y el interés y la emoción personal de Rigoberta al contarlos. En estas secciones puede apreciarse con claridad, la singularidad popular del testimonio, sus recursos expresivos y constructivos y el logro de un discurso político e histórico articulado más allá de las alteraciones gramaticales y de las vacilaciones y repeticiones características de la oralidad.

Con estas estrategias de autodefensa, los miembros de la aldea consiguieron evitar más de una vez los ataques del ejército. En cambio, en otras aldeas, los líderes eran secuestrados y asesinados. Con el tiempo, Rigoberta pasaría a enseñar la

autodefensa en otras comunidades vecinas y después en otras regiones.

En 1978, la organización campesina en que participaba don Vicente Menchú, el Comité de Unidad Campesina (CUC) salió de la clandestinidad e intentó obtener el reconocimiento jurídico del gobierno. En lugar de eso, el ejército respondió con una persecución más encarnizada de los dirigentes. Don Vicente, entonces, no pudo regresar más a la aldea pues le buscaban para matarle. Poco después, en 1979, fue secuestrado y asesinado el hermano menor de Rigoberta, catequista y líder de la comunidad como todos los Menchú. Fueron las escenas de este asesinato las que se harían famosas en el testimonio de Rigoberta, por la brutalidad del ejército que manifiestan y por los elementos de aparente 'invención' que en ellos ha encontrado la crítica.

Patrocinio Menchú tenía 16 años de edad y realizaba trabajos de evangelización y organización campesina cuando fue capturado por el ejército acusado de ser un agitador subversivo. Según el relato de Rigoberta -anteriormente resumido en este estudio- su hermano y otros campesinos fueron brutalmente torturados y después ajusticiados públicamente en el pueblo de Chájul. Rigoberta cuenta que su familia y ella misma consiguieron llegar a Chájul el día del castigo pero sin haber podido salvar a su hermano. Según Rigoberta todo el pueblo pudo ver cómo el ejército bajó a los jóvenes con visibles señas de maltratos de

camiones, mientras un oficial arengaba en su contra mostrando las marcas de cada una de las torturas que habían sufrido y amenazando a los campesinos de ser ése el destino de todo aquel que colaborara con la subversión.

"Entonces vienen los soldados y cortan con tijeras la ropa desde los pies hasta arriba y quitan la ropa encima de los cuerpos torturados. Todos llevaban diferentes torturas... El capitán se concentró en explicar cada una de las torturas. Esto es perforación de agujas, decía. Esto es quemazón con alambres... Había unas tres personas que parecían vejiga. O sea inflados, inflados. Y decía él que 'esto es precisamente de algo que les metemos al cuerpo y duele. Lo importante es que ellos sepan que esto duele y que no es fácil de tener un cuerpo como el que llevan'. El caso de mi hermanito, estaba cortado en diferentes partes del cuerpo. Estaba rasurado de la cabeza y también cortado de la cabeza. No tenía uñas. No llevaba las plantas de los pies. Los primeros heridos echaban agua de la infección que había en su cuerpo. Y el caso de la compañera, la mujer... le habían rasurado sus partes. No tenía la punta de uno de sus pechos y el otro lo tenía cortado. Mostraba mordidas de dientes en diferentes partes del cuerpo. Estaba toda mordida la compañera. No tenía orejas. Todos no llevaban parte de la lengua o tenían partida la lengua en partes. Para mí no era posible concentrarme, de ver que pasaba eso. Uno pensaba que son hermanos y que qué dolor habían sentido esos cuerpos de llegar hasta un punto irreconocible. Todo el pueblo lloraba, hasta los niños. Yo me quedaba viendo a los niños, lloraban y tenían un miedo. Se colgaban encima de sus mamás. No sabíamos qué hacer" (p203).

Según Rigoberta, el ejército había obligado a los pobladores a presenciar el escarmiento con la advertencia de que quien ahí no estuviera, habría de ser considerado subversivo. Después de un largo parlamento por parte del capitán, quien le decía a los campesinos que debían conformarse con sus pobreza y que de lo contrario al ejército le sobrarían armas para matarlos, el

propio capitán ordenó que los prisioneros fueran quemados. El pueblo, según Rigoberta, vio prenderse el fuego y sin embargo reaccionó muy lentamente, sin poder creer lo que veían, de modo que cuando se movilizaron para apagar las llamas, ya fue tarde.

"El pueblo levantó sus armas [machetes y piedras] y corrió al ejército. Inmediatamente salieron. Porque lo que se temía allí era una masacre. Llevaban toda clase de armas. Incluso los aviones encima volaban. De todos modos, si hubiera habido un enfrentamiento con el ejército, el pueblo hubiera sido masacrado. Pero nadie pensaba en la muerte. Yo en mi caso no pensaba en la muerte, pensaba en hacer algo, aunque fuera matar a un soldado. Yo quería mostrar mi agresividad. Muchos del pueblo salieron inmediatamente a buscar agua para apagar el fuego y nadie llegó a tiempo. Muchos tuvieron que ir a acarrear el agua -el agua está en un sólo lugar donde todo el mundo va- pero quedaba muy lejos y nadie pudo hacer nada. Los cadáveres brincaban. Aunque el fuego se apagó, seguían brincando los cuerpos. Para mí era tremendo aceptarlo. Bueno, no era únicamente la vida de mi hermanito... Yo decía, esto no es posible y allí fue precisamente donde a mí, en lo personal, se me concretiza mi fe de decir, si es pecado matar a un ser humano ¿por qué no es pecado lo que el régimen hace con nosotros?" (p205).

Antes han quedado suficientemente expuestos los cuestionamientos y reparos de parte de la crítica, al relato de estos sucesos. Las investigaciones de campo de David Stoll demostraron que había elementos de juicio suficientes para presuponer que no todo en este relato se ajustaba a los hechos, especialmente la cremación de las víctimas. Estas investigaciones, como el propio Stoll reconoce, son todavía insuficientes y mientras esto sea así, no será posible determinar si existe alteración de la verdad ni en qué grado.

No queda la menor duda, sin embargo, que más allá de las alteraciones voluntarias o involuntarias que la informante haya podido hacer en su testimonio, éste descansa sobre una base de hechos reales: Stoll comprobó que Patrocinio Menchú y otros líderes de la zona fueron torturados y ejecutados por el ejército, y una gran cantidad de documentos provenientes de otras fuentes -como el Informe de Amnistía Internacional que antes se ha comentado- corroboran que acciones semejantes fueron llevadas a cabo para atemorizar a la población campesina y que constituyeron incluso una estrategia contrainsurgente del ejército ampliamente aplicada en Guatemala.

La muerte de Patrocinio bajo esas graves circunstancias, trajo consigo -según Rigoberta- la desmembración definitiva de la familia Menchú. Después de estos hechos, la madre y el padre se marcharon a distintos lugares en Guatemala a cumplir con tareas de las distintas organizaciones populares a que pertenecían; sus hermanos y hermanas hicieron igual. Dos de sus hermanas, como otros jóvenes de la aldea, se unieron a la guerrilla. Rigoberta prefirió la vía de la lucha no violenta y siguió los pasos de su padre dentro del Comité de Unidad Campesina.

En 1980, don Vicente Menchú murió con otros campesinos, obreros y estudiantes cuando las fuerzas de seguridad guatemaltecas incendiaron la sede de la Embajada de España en la capital. Las

organizaciones populares se habían tomado esa embajada para denunciar internacionalmente los atropellos y asesinatos del ejército en el campo. Según Rigoberta su padre se encontraba ahí por ser uno de los líderes del Comité de Unidad Campesina. Las fuerzas de seguridad desdeñaron cualquier repercusión internacional y del mismo modo como quemaban aldeas de campesinos en las montañas, lanzaron bombas incendiarias contra la sede de la embajada. En esa acción murieron 39 personas entre quienes se encontraban también funcionarios del gobierno español. A raíz de eso España rompió relaciones diplomáticas con Guatemala.

Unos meses más tarde murió la madre de Rigoberta después de ser capturada y torturada por el ejército en un campamento cercano a la aldea. Su cuerpo fue abandonado en las cercanías del lugar con la intención de capturar a sus hijos cuando fueran a recoger el cadáver. Rigoberta y sus hermanos -según el relato- se vieron imposibilitados por ello de sepultar el cuerpo de su madre.

Después de 1980, todos los hermanos Menchú sobrevivieron en la clandestinidad pues eran buscados como enemigos del gobierno. Rigoberta se refugió en un convento de monjas y después huyó al exilio.

La historia de los Menchú, tal como es narrada por Rigoberta, es la del camino que los condujo desde la aldea y los modos de vida tradicionales -encerrados dentro de su cultura y subordinados a los terratenientes- hasta la disgregación del grupo familiar y la incorporación de sus miembros a la lucha popular.

Sin proponerse ofrecer un análisis de la incorporación de las clases populares a la lucha social en Guatemala, Rigoberta ofrece con su testimonio un ejemplo de este tipo de trayectoria que no resulta muy distinta en los fenómenos de fondo que se mencionan -explotación, represión, lucha- de las de otros testimonios populares y otras interpretaciones del proceso. Para el caso salvadoreño, como podrá apreciarse más adelante, Manlio Argueta caracterizó esta trayectoria de una forma semejante. En sus novelas se muestra también el paso de la situación de dominación ancestral a la de reivindicación; la forma en que los abusos y agresiones de los terratenientes y el ejército provocan la reacción de los campesinos. Un proceso, por otra parte, en el que los cambios más decisivos ocurren en la conciencia de los subordinados. Es persuasivo, en este sentido, el episodio en que Rigoberta narra su paso de niña a mujer, por cuanto lo interpreta fundamentalmente como un fenómeno de conciencia, en el que descubrió -según su parecer- las miserias de sus padres, de su familia y de los demás pobres.

"Desde ese tiempo, no sé, pero yo me sentía desgraciada en la vida porque pensaba qué sería de la vida cuando uno fuera grande. Pensaba en toda la niñez, en todo el tiempo que había pasado... Completamente se me cambiaron todas las ideas ¿qué voy a hacer? Muchas veces decía yo, me dedicaré quizás a trabajar en el altiplano, aunque pase hambre pero no bajaré a la finca, ya que yo le tenía un odio a la finca... Me acordaba de todos los momentos de mi madre, a quien yo veía sudar y trabajar y nunca se arrepentía. Seguía trabajando... Eso me daba tanta cólera... (p150)

"Entonces, ante eso, pues yo me sentía muy inútil y cobarde de no poder hacer nada por mi madre, únicamente cuidar a mi hermanito y así es cuando a mí me nació la conciencia, pues" (p55).

Más adelante, cuando Rigoberta se ha incorporado a la lucha de las organizaciones populares, su comprensión del fenómeno de la pobreza y de la violencia se vuelve más amplia, y no sólo comprende la situación de su familia y la aldea sino la de los campesinos en todo el país:

"Nuestros enemigos no eran únicamente los terratenientes que vivían cerca, ni mucho menos únicamente los terratenientes que nos habían obligado a trabajar violentamente y no nos pagaban bien. No nos estaban matando ahora sino [que] nos estaban matando desde niños, desde pequeños, a través de la desnutrición, el hambre, la miseria" (p142).

No es extraño por tanto que si la propia Rigoberta destaca estos cambios ideológicos, la intermediaria Elizabeth Burgos Debray se haya hecho eco de esta idea para subtitular el libro. En este sentido, el testimonio de Rigoberta narra no sólo una vida sino la historia de la gestación de una actitud, reivindicadora y rebelde.

5.2 Las novelas testimonio de Manlio Argueta

Las novelas testimonio de Manlio Argueta son también un claro ejemplo del intento de hacer oír -en este caso a través de la literatura de ficción- la versión de los hechos que ha tenido el pueblo que ha realizado y sufrido la guerra.

Estas novelas -como se ha dicho antes- constituyen una formulación particular del modelo más general de la narrativa testimonial. En ellas el escritor se repliega sobre sí mismo e intenta que sea la voz popular la que narre los acontecimientos. El escritor constriñe su lenguaje particular para convertir en materia de su libro las experiencias y el lenguaje de unos personajes populares.

En estas novelas, como en los testimonios antes vistos, los pobres ofrecen su verdad, una verdad que contradice el discurso oficial que tradicionalmente ha prevalecido y que explica el porqué de su participación en los procesos revolucionarios. En estas novelas aparecen también realidades que el resto de la sociedad ha preferido ignorar o que han sido acalladas por los gobiernos. Los personajes narran hechos y situaciones que evidencian los graves problemas en que se debaten sus vidas: el hambre, las enfermedades, los padecimientos cotidianos; denuncian los atropellos de los terratenientes y del ejército y, en general, todo lo que les ha empujado a sumarse a la lucha

revolucionaria. Los personajes suelen ver de una forma particular esta lucha, vinculada a sus esfuerzos por sobrevivir en una sociedad hostil.

En Un día en la vida (1980) y Cuzcatlán donde bate la Mar del Sur (1986) Argueta abandona a los estudiantes guerrilleros que habían protagonizado sus anteriores novelas para ocuparse de la vida de aquellas familias campesinas que desde mediados de los años setenta se vieran involucradas en la lucha social. Su narrativa -como la de Claribel Alegría que antes se comentara- pasa de los modelos del individualismo hacia las formas más solidarias del género testimonial.

Las dos novelas tratan sobre el despertar de la conciencia popular. Un día en la vida recoge la experiencia de los campesinos en el momento crucial en el que se incorporaban por primera vez a las organizaciones populares, circunstancia que el ejército intentaba acabar a sangre y fuego. Cuzcatlán donde bate la Mar del Sur cubre un período de tiempo mucho mayor, reconstruye desde la perspectiva de los campesinos lo que fuera su historia a lo largo del siglo veinte, desde los años de mayor sumisión a los dueños de las haciendas, hasta su participación en la lucha revolucionaria.

Antes, cuando se ha considerado en este estudio la naturaleza de la ficción, se ha visto cómo los teóricos hablaban de un

límite entre los textos históricos y los ficcionales traspasado el cual todo el universo referencial del texto se veía afectado. Un día en la vida y Cuzcatlán, en efecto, traspasan ese límite y presentan personajes y situaciones que remiten metafóricamente a la realidad. Esto incide en que resulten menos directas y explícitas aunque más sugestivas que los testimonios, y en que estén menos preocupadas por ofrecer datos, fechas, o nombres concretos que en ofrecer una representación persuasiva de la realidad.

5.2.1 Un día en la vida (1980) ⁹⁴

En Un día en la vida, una abuela joven, Guadalupe Fuentes ⁹⁵, habla sobre lo que es la vida de una familia campesina un día que comienza como cualquier otro y que sin embargo acaba con dolor e ira. La novela consigue hacer cristalizar el fluir de conciencia de este personaje. La voz y las palabras de doña Lupe que van haciendo ver su mundo interior y sus preocupaciones: la secular desesperanza que comienza a resquebrajarse con la prédica de nuevos sacerdotes y la represión que se cierne sobre sus aspiraciones reivindicativas.

La familia de esta novela participaba desde hacía algún tiempo, en una organización cristiana de campesinos, lo que había provocado el que hubieran comenzado a sufrir el acoso del

ejército. Un hijo de doña Lupe había sido asesinado y los demás hombres de esa pequeña aldea de Chalatenango habían comenzado a abandonar sus casas por temor a ser capturados; por el día trabajaban en las fincas de café y por las noches dormían escondidos en el monte.

La novela en grandes tramos se asemeja mucho a una denuncia, a una declaración ante un tribunal en el que se le brindara la oportunidad de hablar a las víctimas de un Estado represivo - como en los informes de las organizaciones de derechos humanos. Pero también se asemeja mucho a un documento sobre la cultura y la situación social de los campesinos en el que ellos mismos describieran desde su punto de vista lo que es su vida, sus trabajos, sus penas, sus creencias y sus costumbres.

En su monólogo doña Lupe va incorporando su entorno vital, la realidad material y espiritual de una familia campesina cualquiera. Los espacios de la pobreza son vistos con los ojos de sus habitantes: la choza de varas, el camastro, el fogón, el perro, las gallinas, los cerdos, el paisaje.

"Después de mucho tiempo acostados en el mismo lugar nos enamoramos de todos los espacios, de una mancha de caca de buey, de una figurita en el techo de paja. Lo que más me gusta es espiar el cielo cuando la noche se está escapando. Cosa de todos los días. Por un huequito se asoma el lucero de la mañana. Lo conozco por lo grandote que es, por lo cholotón. Se apaga y se enciende pispileando. Al principio no lo veo, es hasta que llega al huequito, pues, que los

luceros al igual que la luna y el sol caminan en el cielo."
(p8)

La aldea en que vive la abuela Lupe se llama El Kilómetro porque se encuentra a esa distancia del pueblo. Es un asentamiento relativamente nuevo aunque la familia había vivido siempre por los alrededores. La provisionalidad y la dificultad de arraigarse en una tierra que debería pertenecerles se resumen en ese nombre vacío y despersonalizado de la aldea.

La carretera forma parte importante de su cotidianeidad, lo mismo que el polvo y los viajes en los maltrechos autobuses. Hay significativos pasajes en la novela dedicados al alimento diario de los pobres, a la tortilla de maíz y los frijoles; otros que hablan de sus enterramientos simples y tristes o de sus perros -inseparables compañeros en la miseria- o de los pájaros o de la lluvia o del cielo.

En especial, la novela centra su atención en el mundo interior de los campesinos. Sus sufrimientos y sus sueños, sus miedos, sus mitos.

Doña Lupe se reconoce a sí misma crédula y miedosa. A pesar de los esfuerzos de su marido José por hacerla pensar de un modo más objetivo, ella no había dejado de ver las cosas a través de los mitos y las leyendas tradicionales. Estas creencias encierran la verdad para los campesinos o traducen

simbólicamente su experiencia de la vida. De una forma oscura, los seres reales y los imaginarios se ven envueltos en una misma atmósfera de dolor y desconcierto en nada ajena al sentir vital del campesino.

La muerte, por ejemplo, es un mundo de sufrimiento en todo parecido al mundo de los vivos.

"Cuando las ánimas andan sueltas, es mejor amarrar al chucho a un palo de jocote o de madrecao porque si no se agarran a mordidas y el que lleva las de perder es el chucho. Si está amarrado la cosa cambia porque entonces las ánimas creen que es un hermano de sufrimiento y no lo atacan. Tiene que ser en un jocote o en un madrecao."
(p105)

Ciertos seres han sido mitificados y aparecen como mensajeros de la maldad o de una ira incomprensible. Es el caso de animales como el gavilán o la lechuza -depredadores de los pollos tiernos- que la abuela asocia con los militares. También aparecen los duendes -El Cadejo-, mujeres de ultratumba -La Siguanaba-, y otros personajes de viejas leyendas que acechan permanentemente la vida humana y de los que incluso José, el más avanzado en ideas de la familia, no consigue a veces sustraerse a su influjo.

Dichos, proverbios y canciones populares aparecen esporádicamente en el monólogo de doña Lupe. No por ello la novela es folclorista. No hay una visión idílica del campesino

aunque tampoco se eluden los contenidos ingenuos de su tradición. Precisamente lo que la novela busca reflejar es el momento en que la conciencia tradicional comienza a cambiar, el momento en que nuevas ideas y nuevos puntos de vista comienzan a surgir sin que todavía se haya producido una superación definitiva de los anteriores.

Doña Lupe, a partir de las enseñanzas de los nuevos sacerdotes de la aldea y de lo que José su marido -instruido en la organización campesina- le ha transmitido, ha ganado una perspectiva crítica sobre la condición de los pobres. No ha perdido del todo sus creencias antiguas ni el respeto a las autoridades pero comienza a creer en la necesidad de una justicia terrena y en los derechos de los que trabajan. Lejos del folklorismo, su monólogo saca a la luz las imágenes nada idílicas de la miseria que padecen. Al hilo de la denuncia de la Iglesia tradicional, dice doña Lupe:

"Antes cuando venían los curas a dar misa a la capilla del desvío nos daban nada más esperanzas... y cuando le decíamos al cura que nuestros hijos estaban muriendo por las lombrices nos recomendaba resignación o que quizás no le dábamos la purga anual a los cipotes. Y por más purgas que se les da siempre se mueren. La cantidad de lombrices es tanta que se los van comiendo por dentro y llegan a arrojarlas por la boca y la nariz. El padre nos decía tengan paciencia, recen sus oraciones y traigan su limosnita..." (p22)

Como mujer y como madre, afecta especialmente a doña Lupe la desnutrición y la muerte por parásitos de los niños -suyos o

ajenos. Las lombrices y el hambre se convierten en un leitmotiv de la novela.

"...mi penar son los pequeños, pues uno puede privarse de los frijoles y comer tortilla con sal, pero a los cipotes no le puede faltar su comidita, por lo menos cuajada o requesón con frijoles. Aunque últimamente no alcanza. Por ellos vale la pena sacrificarse. Y sin embargo son los que más hacen sufrir. Si no hay para la comida, uno se desespera. 'Y hoy qué les voy a dar'. Y no se diga si se enferman... (p53)

En estas condiciones no es extraño que prevalezca una desesperanza secular. El monólogo de doña Lupe, a pesar de su espíritu animoso, recae una y otra vez en el pesimismo.

Concebir la existencia como una condena y el orden de cosas como algo irremisible resulta también una herencia de la tradición y una enseñanza sólidamente cimentada por la vieja iglesia católica.

"...los muertos dejan de sufrir pero los vivos seguimos en este valle de lágrimas..." (p101)

El propio título de la novela se hace eco de esta desesperanza pero sugiere al mismo tiempo su final. Se trata de "un día en la vida" pero no de un día más. Lo que ocurre en ese breve tiempo romperá definitivamente con el estado de sumisión tradicional.

Cuando despunta el día, doña Lupe inicia sus labores cotidianas con renovados ánimos. Su marido José había llegado clandestinamente a dormir y a visitar a los hijos. Antes de amanecer había regresado al monte y a los trabajos en la finca de café cercana.

La situación en la aldea y en todo Chalatenango era tensa debido al acoso del ejército. Había habido una manifestación en el Banco Agrícola de la capital en la que habían participado gentes de la aldea afiliados a la Federación Campesina -una organización cristiana- y ahora el ejército les perseguía. Varios de los dirigentes habían sido asesinados o desaparecidos, entre ellos el propio hijo de doña Lupe, Justino, y Helio Hernández el marido de su hija.

La manifestación frente al Banco Agrícola se organizó como una protesta por el alto precio de los insecticidas y los abonos. A pesar de la pequeñez de los motivos de la protesta, el ejército tomó la acción como una escandalosa rebeldía y reprimió la manifestación con una brutalidad desmedida.

María Romelia, una niña de 13 años vecina del lugar, cuenta cómo vivió los sucesos ocurridos ese día de la manifestación.

"Entonces se oyó un grito de que corriéramos. Y corrimos... Entonces venían ocho radio-patrullas detrás. después comenzaron a disparar y me pegaron un raspón de bala en el

brazo izquierdo... En eso vimos un bus de la 38 y mi primo me gritó: mirá allí dice Chalate... Entonces nos vinimos, cuando sentimos el helicóptero (sic.) que venía detrás de nosotros. Entonces si el bus se paraba también se paraba el helicóptero... Allí llegamos a un retén de la policía de Hacienda. Entonces sí, nos dijeron que nos apiáramos, que nos iban a registrar. Lo cual que pusimos las manos en el bus con las manos abiertas, cuando ya nos habíamos apiado; pero no nos registraron. Ahí empezaron a tirar. Entonces nos metimos debajo del bus. Entonces nos tiraron allí abajo. Yo sentía cómo me zumbaban las balas cuando nos tiraban con sus fusiles... Recuerdo que mi primo Arturo no se movía para nada, más creo que estaba muerto..." (pp37,38)

Aquí, como en los testimonios populares antes comentados, el comportamiento del ejército resulta incomprensible e injustificable. Días después comienzan a perseguir en las aldeas a los líderes de la protesta. El primero en caer es Justino, el hijo de doña Lupe. Su cabeza es encontrada clavada en un poste.

Los pobladores de la aldea, desconcertados ante este hecho de insólita crueldad, reaccionan según las formas tradicionales y deciden dar un ejemplar castigo a los militares que cometieran ese asesinato. Los apalean, los obligan a enterrar el cuerpo y a hincarse y rezar una oración. Después los dejan libres. Este castigo, que habría sido útil en otros tiempos, sólo sirve ahora para avivar más aún la furia de los militares locales que se sienten humillados. Capturan poco después a Helio Hernández y a otros campesinos.

María Pía -la hija de doña Lupe y esposa de Helio- relata así su captura.

"El venía de dormir del monte y se encontró con [los guardias]. Venía con Emilio Ramírez. Este cayó rápido. Helio logró correrse pero se manió en unos bejucos y se cayó al suelo. Ahí le cayeron cinco guardias dándole culatazos en todas partes... en las orejas, en la espalda, culatazos y puntillazos con las botas que hasta la saliva se les salía a los guardias de las ganas con que les daban." (pp63,64)

El salvajismo de los guardias se debe a un desprecio irracional contra los pobres que en gran medida les había sido inculcado en los cuarteles. Al menos eso se desprende de las palabras de uno de ellos que se reproducen también en la novela.

Las nuevas técnicas psicológicas de preparación para la guerra, que habían sido puestas en práctica por los asesores militares norteamericanos, produjeron un tipo de Guardia que en su ignorancia confundía su pertenencia al ejército con una suerte de privilegio de casta superior que debía resguardar de la amenaza de los civiles. Es alguien que había sido instrumentalizado para odiar al mismo pueblo del que provenía.

"...la verdad es que nosotros no somos iguales a la demás gente, eso no puede existir aquí, pues ¿cómo vamos a ser iguales a los civiles que tienen grandes inclinaciones por el comunismo? Nosotros preferimos lo extranjero porque lo extranjero no viene a joder, casi siempre viene a hacer el bien. Mientras que el guanaco [salvadoreño], con sólo ser guanaco se considera con derecho a cagarse en uno. Así es que nosotros no le damos agua; y si hay que matar, matamos

al guanaco, porque el guanaco tiene una gran característica: ser un hijuelagranputa. No es que yo me quiera cagar en mi raza, sino que es la verdad y por la verdad murió Cristo. El día que los civiles guanacos logren llegar a la presidencia de la república, olvídense, nos cuelgan de los huevos a todos nosotros... Porque lo importante, nos dice el gringo, no es que ustedes estén aquí por la paga o por la buena comida que se les dé, sino por convicción, ustedes son los soldados de dios, los salvadores de este país maldito que tanto amor le tiene al comunismo..." (p136)

Antes, particularmente en los testimonios de madres que sobreviven a la muerte de sus hijos y familiares, se había visto expresarse con violencia a los militares. Aquí, recreado su discurso por la ficción se consigue ofrecer una explicación de su actitud.

Según transcurre la mañana, los recuerdos de doña Lupe y estas voces de otros personajes van reconstruyendo los acontecimientos recientes. Para doña Lupe resulta claro que lo que ha pasado en el fondo es que en los pobres como ella ha nacido una esperanza, la conciencia de unos derechos por los que hay que luchar, y que eso no les ha gustado a los guardias que quieren mantenerlos en un mismo estado de postración:

"Nos quieren meter a punta de machete y balazos la resignación para nuestras miserias, hay una clase de pobreza que ellos entienden, la pobreza de espíritu que creen poder meterla con sus fusiles. Y como no pueden, inventan sus crueldades (p203)

Lo más importante ocurrido hasta entonces, según ella, había sido la llegada de los nuevos curas. El espíritu social que animara a la Iglesia desde la década del sesenta tuvo una incidencia decisiva en Chalatenango.

"...los curas fueron cambiando. Nos fueron metiendo en movimientos cooperativistas, para hacer el bien al otro, a compartir ganancias... Todo fue mejorando aquí. También cambiaron los sermones y dejaron de decir misa en una jerigonza que no se entendía... Ahora todo es serio en la misa pues los padres comenzaron a abrirnos los ojos y oídos. Uno de ellos repetía siempre: para ganarnos el cielo primero debemos luchar por hacer el paraíso en la tierra... Era más bonito así. Saber que existe algo llamado derecho. Derecho a medicinas, a comida, a escuela para los hijos. Si no hubiera sido por los curas no averiguamos la existencia de esas cosas que le favorecen a uno. Ellos nos abrieron los ojos, nada más. Después nos fuimos solos, con nuestras propias fuerzas..." (pp24-32)

El discurso de doña Lupe reconstruye un momento importante en la historia del movimiento popular salvadoreño. A partir del trabajo progresista de la Iglesia en el área rural y de la formación de pequeñas asociaciones cristianas, se creó en 1965 la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FECCAS). La importancia de esta organización derivó de haber sido abiertamente ilegal y de haber contradicho el anacrónico texto de la Constitución Nacional de 1950 que prohibía todo tipo de asociación gremial en el campo. Esta federación rompió de hecho con el sometimiento a ultranza de los campesinos y se convirtió en una de las semillas de la lucha revolucionaria en ese país⁹⁶. La reacción del ejército contra esta organización fue la

represión violenta, de la que da buena cuenta la novela de Argueta.

Cerca del medio día llegan a la casa de la abuela dos guardias preguntando por su nieta Adolfina, quien en ese momento no se encuentra pues ha ido a comprar alimentos. Adolfina es hija de Helio y María Pía y ha llegado a refugiarse donde su abuela después de la captura de su padre. Además Adolfina había participado tan sólo unos días atrás en la famosa toma de la Catedral de San Salvador de 1975 y se esperaban represalias
97.

Adolfina se había cruzado con los guardias en el camino pero ellos no la habían reconocido. La abuela, a pesar de lo que había sufrido con la muerte de su hijo y de que lo natural sería que odiara a los guardias, los trata sin embargo con amabilidad. Se dice a sí misma que por muchas que sean sus crueldades no se dejará envenenar el alma. Teme además por lo que quieran de su nieta y trata de no empeorar la situación.

Cuando Adolfina llega con los hijos pequeños de doña Lupe, los guardias le dicen simplemente que necesitan que reconozca a un herido. Doña Lupe no permite que lleven a la muchacha y les dice que traigan el herido. Varias horas después aparecen de nuevo los guardias en un jeep militar. Ha caído otro de los dirigentes de la Federación. Apenas puede sostenerse en pie,

ha perdido un ojo, tiene desfigurado el rostro y ensangrentado todo el cuerpo. Adolfina no lo reconoce, se trata, sin embargo, de José el propio marido de doña Lupe.

"Fue hasta que estuvo cerca que me di cuenta que eras vos, que tenías la cara cubierta de sangre que se asomaba un guiñapo de uno de los ojos, un guiñapo que alguna vez había visto estas cosas que le estaban rodeando; porque era un ojo de fuera, era un ojo de fuera el que traía... Sos vos José porque ese ojo no se parece a ningún otro. Sos vos, de eso estoy segura, aunque te me ocultés." (p197)

Por un momento doña Lupe parece rendirse ante el dolor de ver a su marido muriendo. Reconocerlo, sin embargo, habría significado echar encima de su nieta y sus hijos la violencia de los guardias. Su silencio en ese instante representa un gesto de coraje.

"Y dios me iluminó la mente... Yo vi que no había otra salida. Y por eso abriste los ojos cuando yo ya te había negado porque ya había hecho lo más difícil, sentí como un saludo... No te he fallado, José. Yo comprendí que estabas despidiéndote cuando abriste tu ojo, y además saludándome, que te sentías orgullosa de mí, al verme de pie, con el brazo echado en los hombros de tu nieta. Y me acordé. Me estoy acordando que me habías dicho: cuando yo me muera, dejame así con los ojos abiertos porque quiero verlo todo, por dónde camina uno los primeros pasos de la otra vida..." (p199)

El día termina sin que doña Lupe le confiese a nadie su sufrimiento por José. Algo, sin embargo, ha cambiado en su interior. Ese dolor ha sellado ya definitivamente cualquier

posibilidad de volver atrás. En lugar del llanto o la resignación, muestra una dureza y un coraje nuevos.

Doña Lupe pasa a ocupar el lugar de su marido. Es ella ahora la que luchará por la familia.

Al final, doña Lupe ha contado no sólo la muerte de José y sus familiares sino la historia de los pequeños pero consecutivos y decisivos pasos del pueblo hacia la lucha revolucionaria: la historia del despertar de su conciencia, del descubrimiento de sus derechos, del surgimiento de sus incipientes organizaciones reivindicativas y de la violencia irracional de que han sido objeto. La muerte de su marido, le revela a doña Lupe lo único que le faltaba por reconocer: que los guardias eran los enemigos y que su familia y los demás campesinos de la aldea se encontraban implicados de hecho en una guerra.

5.2.2 Cuzcatlán, donde bate la mar del sur (1986) ⁹⁸

En Cuzcatlán son las voces de cuatro generaciones de una familia campesina las que reconstruyen la historia social del siglo.

Los hombres y mujeres de esta familia narran la experiencia de unas décadas en las que se han visto empujados de un lado a

otro, en las que han padecido el hambre y la explotación, en las que han sido despojados de sus tierras y han tenido que emigrar buscando trabajo. Es la historia de unos tiempos de sufrimientos que desembocaron en la lucha, en un presente de guerra en el que ahora viven.

Cuzcatlán es el nombre indígena de El Salvador y quiere decir "tierra de preseas, de riquezas y de frutos". La novela, se hace eco de este nombre para hacer ver la paradoja de un pueblo que, sin embargo, no ha podido disfrutar de los dones de esa tierra.

"Hacia ya quinientos años. Eramos las víctimas de la civilización que llegaba de los barcos. Perseguidos en [la] propia tierra, exterminados, explotados." (p43)

La novela posee un diseño en espiral. Comienza en el presente y vuelve a él más o menos regularmente mientras va poco a poco reviviendo el pasado. Es un diseño que se ajusta a la espiral de violencia social que han vivido los campesinos.

De una generación a otra los miembros de la familia de esta novela han sufrido de diversas maneras el acoso de la injusticia social. Empujados por la necesidad de sobrevivir han pasado de una formas de vida a otras, de unos trabajos a otros. Pasan de los obrajes de añil a las fincas cafetaleras; de las minas y del campo a las fábricas. Pero en cada vuelta de la

historia han ido cambiando también sus formas de pensar y sus actitudes, y de sufrir pasivamente han pasado a la lucha.

El monólogo interior de Lucía es el punto de partida de la narración. Va en un autobús hacia una zona controlada por los guerrilleros a rendir declaración contra un Cabo del ejército que ha caído prisionero y es responsable de la muerte de unos familiares suyos. El Cabo Martínez había dejado la aldea hacía mucho tiempo y había regresado a ella sólo para hacer daño, valido de su uniforme. Ahora en manos de los guerrilleros espera su justo castigo.

Para Lucía son unos días difíciles pues vive en la clandestinidad separada de sus hijos y ha visto morir a su esposo recientemente en un enfrentamiento con la Guardia Nacional. Ella y su esposo eran dos obreros a quienes su participación en los sindicatos los hizo objeto de la persecución del ejército. Ahora ella trabaja lejos de su familia, donde nadie la conoce, utiliza un seudónimo y colabora con la guerrilla. Se esconde como tantos otros salvadoreños para mantenerse con vida.

Esta novela está situada en un momento histórico más adelantado que Un día en la vida, cuando los obreros ya se han familiarizado con la lucha y se encuentran plenamente integrados en la mecánica de la insurgencia.

El monólogo de Lucía en el bus, es el presente de la narración. A partir de ahí, la historia empieza a dar cabida a las palabras de sus antepasados, de sus bisabuelos, sus abuelos y sus padres.

A principios del siglo Emiliano recuerda la muerte de Catalina después de dar a luz una niña. Trabajaban en un obraje de añil y las emanaciones tóxicas producidas por la fabricación del colorante habían deteriorado los pulmones de ella que por eso no había podido sobrevivir al parto. La niña que entonces naciera se llamó Beatriz y llegaría a ser la abuela de la familia.

Beatriz siendo todavía adolescente se casó con Eusebio, un jornalero de temporadas que recorría las fincas de café para conseguir el sustento. Ella le perderá cuando en una ocasión él se vaya a trabajar a unas minas y no vuelva. De su matrimonio le quedarán tres hijos que a pesar de su corta edad le ayudarán a salir adelante. Con las enseñanzas del abuelo Emiliano aprenden a fabricar metates -morteros de piedra para moler maíz- y crían cerdos. En una carreta los dos jóvenes, Pedro y Manuel, se aventuran por los caminos a vender sus mercancías y conocen el país. Pero antes de que se hubieran convertido en hombres, la Guardia se los lleva a hacer el servicio militar. Beatriz no los vuelve a ver nunca y se queda

solamente con Jacinto, el hijo más pequeño, y su anciano padre Emiliano.

Para entonces corre ya la década de 1950 y la Guardia vuelve a presentarse en la aldea y les desaloja de sus tierras. Se ven obligados en consecuencia a irse a la falda de los cerros cercanos.

Más tarde Jacinto se casa con Juana y tienen dos hijas, Toña la mayor y Lucía, quienes dejan muy temprano la casa de sus padres y se convierten en obreras de una fábrica textil de la ciudad. Lucía, convertida ahora en sindicalista clandestina, apenas puede acercarse a su familia.

La trayectoria de esta familia se muestra -como se puede apreciar- hecha de desgarramientos, jalonada por las muertes y las separaciones, acosada por el ejército y las necesidades.

En todo momento hay rupturas lastimosas. El dolor es permanente. Es como si la Historia se hubiera empeñado una y otra vez en desmembrar la familia.

El caso de Emiliano es tal vez el más dramático. Su mujer muere de parto cuando todavía eran muy jóvenes y el amor era intenso.

"Cada palada de tierra que caía sobre el cajón de tablas de pino que guardaba los restos de Catalina, llenaba de tierra negra los ojos de Emiliano. Agachó la cabeza para que no lo vieran llorar... 'Que Cata no se vaya al cielo'. Que se quedara bajo la sombra fresca del palo de mango. Ella estaría junto a él, mientras estaba en la corta de añil, o mientras labraba el metate para la piedra de moler. Guardadita en su corazón que sería, desde ese momento en que caían las paladas de tierra, una jaula de pájaros con la voz de Catalina." (p31)

Beatriz también da por muerto a su marido Eusebio en las minas. De haber podido él habría regresado. Ya sola Beatriz, intenta verle en las caras de sus niños. Después ellos también son arrancados del núcleo familiar. Y las hijas de Jacinto también tienen que irse a la ciudad y, amenazadas por la guerra, deben separarse a su vez de sus hijos.

La historia se repite. La familia es siempre más frágil que el mundo que le rodea; los trabajos son tan duros que mueren en ellos; el hambre los amenaza y les persigue la Guardia: deben moverse. Lo que va quedando de la familia son girones y ello gracias a un ejercicio permanente de sobrevivencia.

El hambre de hecho es una preocupación siempre presente. Un tatarabuelo de Lucía murió por esa causa y, décadas después, ella sigue considerando que vivir consiste poco menos que en librarse de eso, en alimentarse y mantenerse sanos:

"Vivir -piensa ella- es una cosa: mantener el cuerpo libre de enfermedades, no morirse de hambre ni de diarrea." (p11)

Al hambre se debe que los alimentos sean considerados como objetos religiosos. La tortilla de maíz es el pan que ha entregado Dios a los hombres y la mujer que la hace es la Virgen María.

"En la piedra se tritura el maíz cocido de cada día. El pan nuestro de cada día. La tortilla es la comida eterna, hasta los últimos minutos en que llega la muerte... La tortillera... es la Virgen de los pobres. Desde hace siglos es así" (pp 119,120).

Si el hambre y otras preocupaciones tan primarias no han desaparecido, poco podría esperarse que la familia hubiera progresado en el transcurso de los años. Como antes, las mujeres siguieron viendo morir a sus niños de desnutrición: La madre de Lucía en la década de 1960 enterró a sus primeros tres hijos por esa causa.

Pero si las durezas de la subsistencia y de la vida material no cambiaron apenas, las mentalidades sí lo hicieron, y radicalmente. Por duros que hubieran sido los trabajos que se habían ido viendo obligados a aprender, representaron para ellos el descubrimiento de nuevas formas de vida y de nuevas expectativas.

La familia, aunque parezca inverosímil, recorre en menos de un siglo el trecho que separa al feudalismo del capitalismo.

Los obrajes de añil eran un remanente de las formas de producción coloniales. Emiliano y Catalina estaban unidos a las propiedades del añilero como los indios a las haciendas y las minas de los conquistadores españoles. Esa forma de servidumbre se rompe con el trabajo libre asalariado. Eusebio, el marido de Beatriz, se mueve por toda la región como un jornalero de temporadas en las cortas de café, hasta que muere en las minas. Ello contribuye al desmembramiento de la familia pero la movilidad comienza a asegurarles la sobrevivencia.

Los hijos de Beatriz recurren a esa movilidad cuando se aventuran con la carreta como comerciantes. Jacinto, el único que se queda con Beatriz, aprende a combinar el trabajo asalariado en la hacienda con la fabricación de los metates. Sus hijas, Antonia y Lucía llegan a ser obreras industriales y sindicalizadas, plenamente integradas ya a las formas de producción típicamente capitalistas.

No hay una evolución uniforme en los modos de vida pues, por ejemplo, nunca la familia deja de fabricar las piedras de moler maíz. Pero en su conjunto, la historia del siglo vivido los ha ido incorporando a formas económicas más complejas y los ha ido haciendo cambiar no sólo en el trabajo sino también en sus formas de pensar.

Por otra parte, como en el testimonio de Rigoberta Menchú, la historia de la familia conduce a su desintegración que se ve compensada, sin embargo, por su integración a la lucha.

Para Emiliano, convertido ya en un viejo venerable, el siglo se divide en dos con la aparición de los guerrilleros. La gente de antes, dice, era sumisa y resignada, ahora "los muchachos" -que es como nombran coloquialmente a los guerrilleros- han acabado con el temor a los patrones y los poderosos, y han enseñado que los pobres tienen unos derechos por los que hay que luchar.

"...fíjese, en nuestros tiempos los problemas eran distintos, siempre nos maltrataban pero nosotros no levantábamos una mano, éramos demasiado buenos, demasiado dejados y pacientes. Ahora los muchachos sacan la cara por nosotros los viejos, los que hemos dejado la sangre en estas tierras... Con los muchachos es distinto, ellos saben para qué sirven los años fuertes que tienen y que de otra manera no se van a terminar las injusticias. Hay tantas muertes, es cierto, pero es el precio de haberse rebelado contra tanta injusticia. Dígame usted si no es justo que se vayan al monte. Antes nos andaban persiguiendo en las casas y uno tenía que ir a dormir afuera, aguantarles los desmadres que hacían. Y si bien es verdad que nosotros no sólo agachábamos la cabeza, sino que estábamos aprendiendo, cada golpe nos enseñaba. Lo cierto que ahora es completamente distinto... Yo he vivido muchos años, pero mis nietos apenas han visto la vida. ¿Deben morir como morían todos los niños que hemos visto en estos lugares? Yo creo que no, deben tener esperanzas de una vida mejor, diferente a la que hemos tenido nosotros. Antes sólo nos salvábamos los más fuertes, o los que teníamos el favor de Dios; pero eso no es justo, nadie debería morir abandonado..." (p215)

Si a principios del siglo todavía se creía que Dios había legitimado el orden social y que los patronos representaban los deseos divinos, ahora los jóvenes tienen clara conciencia de que la sociedad se ordena en una contienda permanente en la que las posibilidades de mejorar las condiciones de vida de los pobres dependen de su acción unida y organizada.

Sesenta años atrás uno de los hombres de la familia pensaba que "al cielo se irían los dueños de la tierra, sus capataces, sus patronos, porque eran ellos los más cercanos emisarios de Dios en la tierra" (p31). Lucía, en cambio, piensa que en la unidad está la fuerza del pueblo:

"No se sabe en qué momentos vamos a caer en manos de las autoridades. Ellos son fuertes. Quizás más fuertes que nosotros porque ellos no se andan escondiendo ni poniéndose seudónimo. Nosotros sí, tenemos que andar buscando formas de sobrevivir. Aunque sí tenemos una gran ventaja: que trabajamos organizadamente. En eso los superamos a ellos. La conciencia pues."(p15)

En el transcurso del siglo, la familia ha visto crecer la espiral de la violencia.

En los primeros años fueron sólo testigos de los atropellos en el campo, después fueron desalojados ellos mismos de sus tierras y últimamente, en medio de la guerra, la muerte los ha alcanzado en carne propia.

En 1932 presenciaron las matanzas de campesinos. El levantamiento comunista de ese año justificó el asesinato indiscriminado. Entonces vieron como los muertos, mal ocultos a flor de tierra, eran desenterrados por los cerdos. Durante la década de 1940 en que la sociedad civil intentó sacudirse la dictadura militar y se produjeron manifestaciones de protesta en las ciudades, presenciaron también la muerte de inocentes ⁹⁹.

Por primera vez fueron afectados por la violencia, cuando la Guardia los sacó de sus parcelas a las orillas de la laguna de Apastepeque. Eran unas parcelas que habían sido abandonadas por los terratenientes cuando estos comenzaron el cultivo del café en los cerros y los volcanes. Después de pasadas varias décadas y cuando las tierras habían vuelto a ser fértiles, los terratenientes regresaron para desalojarlos.

Se repite con ellos una historia que ya era vieja para los desposeídos de Cuzcatlán: con la conquista española los indios habían sido desplazados de los mejores valles a los cerros, después de la independencia los criollos cafetaleros habían expulsado a los campesinos de los cerros y ahora en pleno siglo veinte los volvían a sacar de los valles. Seguían siendo extraños en una tierra que debería pertenecerles.

Ya en el presente son tres muertos los que cuenta la familia. Primero cae el marido de Lucía en una acción armada al intentar colaborar con la guerrilla. Después el viejo Emiliano en un ataque del ejército a la aldea en que vivían. Y por último, a consecuencia de este mismo suceso, también muere la abuela Beatriz.

La muerte del marido de Lucía ocurrió en unas circunstancias que revelan la situación de los pobres bajo las condiciones de la guerra. Los dos esposos viajaban en un autobús que fue detenido en plena carretera por la Guardia. En las cercanías se encontraban los guerrilleros y la Guardia quería usar a los pasajeros del autobús como un señuelo para tender una emboscada. Según su plan, los guerrilleros al ver en peligro a los pasajeros saldrían de sus escondites para intentar ayudarles sin saber que un mayor número de Guardias se ocultaba por toda la zona esperando sorprenderlos. Al darse cuenta de la situación, el esposo de Lucía dispara a propósito su arma contra uno de los militares y aunque él mismo cae muerto provoca un tumulto que pone evidencia la emboscada.

Literalmente, estas escenas en la novela revelan a un pueblo atrapado entre dos fuegos: el de los guerrilleros que luchan en su nombre y el de la Guardia que, carente de escrúpulos, está abiertamente en su contra.

Una situación semejante es la que se produce en las aldeas: son atacadas éstas por el ejército como una forma de atacar a los guerrilleros.

Se sabe que los "muchachos", los guerrilleros, se encuentran en las montañas y que bajan a las aldeas a comprar maíz y otros alimentos. El ejército despliega grandes maniobras para destruirlos y no lo consigue. Se castiga entonces a los pobladores por colaborar con ellos, queman las aldeas, persiguen a los jóvenes campesinos y les matan salvajemente.

La escena en que la Guardia se lleva a los hombres de las aldeas se ha convertido ya en el horror de los campesinos.

"Por el camino real se los llevan. No queda tiempo ni hay fuerzas para decir adiós. En esos momentos ni siquiera se piensa en despedirse. No hay fuerzas para llorar ni para oponerse. Algún día será distinto. Ahora no. Usted se imagina lo que se siente, cuando se sabe que quizás ya no se volverá a ver a la persona querida. Uno piensa: 'Es posible que ya aparecerá por ahí, ya lo soltarán'. Esperanzas... Van por el camino real, van dejando un ladrido de perros... Los milagros ya no existen, mire, pues otro día aparecen colgados de los cercos de alambre, con las manos cortadas o con la cabeza separada del cuerpo..." (p219)

La guerra ha llegado a un punto en el que ya no hay prisioneros. La Guardia se limita a matar.

Dice Lucía:

"[Ahora] no existen cárceles. Persona que cae en manos de la ley es gente muerta... ya no tienen complejo de culpa."(p11)

El viejo Emiliano muere cuando un destacamiento militar llega a quemar las cosechas de la aldea. Forman en una fila a todos los ancianos, mujeres y niños y los interrogan mientras las milpas de maíz arden en los alrededores. Un Cabo sirve de edecán al Capitán a cargo del destacamiento y hostiga a los campesinos. Emiliano reconoce al Cabo, es Pedro Martínez el hermano de Jacinto, el que muchos años atrás había sido llevado por la Guardia para hacer el servicio militar. Es su nieto que ha regresado a la aldea para maltratarlos. El viejo se indigna y le golpea. El Capitán al ver una agresión contra uno de sus hombres dispara en el acto contra el anciano.

La guerra ha conseguido trastornar la familia. El Cabo Martínez ha traicionado a la gente de su propia sangre.

La muerte del viejo Emiliano, hace enloquecer de ira al propio Cabo Martínez que regresa una y otra vez a la aldea no a pedir perdón sino a maltratar y matar con más crueldad aún a los pobladores. Ahora él mismo ha caído prisionero de los guerrilleros y será juzgado.

Lucía llega al campamento guerrillero para testificar en contra de su propio tío. En lugar de vengarse, sin embargo, le

perdona. Lucía no pide para él otro castigo que el dejarlo con vida y que su condena sea el remordimiento por lo que ha provocado.

Lucía piensa -como la abuela Lupe de Un día en la vida- que el enemigo ha conseguido hacerles mucho daño y destruirles muchas cosas pero no el alma. El alma es lo que les ha permitido sobrevivir hasta entonces:

"...nuestros enemigos no supieron estas cosas y nos hicieron mierda por siglos y siglos, nos golpearon, nos hirieron y le echaron sal a las heridas para que sintiéramos dolores desconocidos, nos decapitaron y clavaron nuestras cabezas en estacas, exhibiéndolas, para escarnio de quienes se atrevieran a expresar su calidad humana. Nos colgaron en los árboles de los parques. Delante de los hijos y las madres nos violaron y nos sacaron las entrañas. Nos acribillaron con arcabuces y mosquetes, con helicópteros y aviones, nos destrozaron con bombas y nos quemaron con fósforo blanco. Querían extinguir nuestros cuerpos y nuestras almas." (pp276,277)

De su experiencia, sobre todo ahora en tiempos de guerra, los pobres como Lucía no pueden sacar otra conclusión sino que quieren acabar con ellos, que para los poderosos los pobres sobran en El Salvador y que si han sido atacados de formas tan inhumanas es porque les quieren exterminar como si de una maldición se tratara.

"Nos cortaron las manos. Nos sacaron los ojos... ¿Qué buscan dentro de nuestros cuerpos, qué quieren descubrir, qué les asusta, qué les preocupa...?" (p277)

Los pobres han descubierto que es su sola presencia la que provoca la ira contra ellos, pues, mientras existan, serán una amenaza para los poderosos. Aunque los pobres hasta ahora han sido tratados como extraños en su propia tierra, esa tierra a final de cuentas les pertenece y tarde o temprano les será devuelta.

"Ellos vienen. Nosotros estamos aquí. No nos vamos a ir. Aquí vivimos. Es nuestra tierra. Nuestros volcanes, ríos, montañas, lagos, aves del paraíso. A nosotros no nos sacan de aquí. Sólo muertos." (p277)

Después de un siglo de vagar de un lado a otro ha nacido con toda claridad en una de las últimas generaciones de la familia, la conciencia de pertenencia a la tierra y la necesidad de reivindicarla.

Las novelas testimonio de Manlio Argueta, materializan un discurso que por diversas razones no habrían podido lograr los pobres. Si los intermediarios de las demás narraciones testimoniales auxilian a los obreros y campesinos, Argueta en estas novelas intenta decir lo que éstos habrían dicho de haber podido. Sus textos son acusados de suplantación, pero indudablemente expresan y desarrollan de una forma más completa e integradora una ideología popular que evidentemente existe en el tejido social -como lo demuestran las conexiones con otros testimonios.

La injerencia del autor, se traduce en una articulación del discurso sobre unos ejes temáticos que revelan una argumentación situada más allá de la historia narrada. Tres componentes temáticos articulan estas novelas: uno que puede calificarse de antropológico en la medida en que el discurso de los pobres recrea con especial atención los modos de vida, los valores, las creencias, los trabajos y la cultura en general de los pobres; otro sociológico en cuanto que la experiencia de los personajes revela su situación en el contexto de la sociedad y los cambios ideológicos que se han producido en ellos; y un último componente político en tanto que sus palabras actúan como una denuncia de la violencia a que han sido sometidos y como una demanda de justicia.

Desde el punto de vista testimonial, es evidente la intención de dejar constancia de los hechos, de mostrar al lector lo que es la vida del pueblo salvadoreño y lo que ha sufrido, de dar fe de unos acontecimientos que por cruentos o inverosímiles que resulten han ocurrido y han sido padecidos en carne propia por la gente.

Desde un punto de vista sociológico, los personajes de Un día en la vida y Cuzcatlán lo que descubren son sus propios intereses de clase. Como el testimonio de Rigoberta Menchú, estas novelas muestran la transformación de los explotados, el paso de una clase en sí, a una clase para sí. Es decir, la

transformación de colectividades sujetas a los roles sociales impuestos, a colectividades que luchan de forma consecuente por sus intereses económicos y políticos.

Notas al Capítulo Cinco

1. DALTON, Roque Miguel Mármol. Los sucesos de 1932. San José, EDUCA, 1972.

2. MARTÍNEZ, Ana Guadalupe Las cárceles clandestinas de El Salvador San Salvador (?), s.e., 1978. Esta obra carece de datos de edición por el carácter clandestino de su publicación.

3. CARPIO, Salvador Cayetano Secuestro y capucha (1979) 4a ed. El Salvador, s.e., 1980

4. ARGUETA, Manlio Un día en la vida (1980) 2a ed. San José, EDUCA, 1981; BORGE, Tomás Carlos, el amanecer ya no es una tentación La Habana, Casa de las Américas, 1980; RANDALL, Margaret Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense de hoy México, Siglo XXI editores, 1980.

5. Entre 1981 y 1983 tres testimonios de autores centroamericanos ganaron consecutivamente el Premio Casa de las Américas de Cuba en esa rama. Fueron premiados el de Mario Payeras, el de Omar Cabezas y el de Rigoberta Menchú. En 1989 volvería a recaer ese premio en la obra de otro centroamericano La paciente impaciencia de Tomás Borge.

6. Se entiende como sujetos subalternos también a los subversivos. Los testimonios de militantes revolucionarios provienen de sujetos subalternos y subversivos en cuanto que son escritos en contra del poder hegemónico.

7. BEVERLY, John "Anatomía del testimonio" Revista de Crítica literaria Latinoamericana Año 13, n.25, Lima 1987 p12; YUDICE, George "Testimonio y concientización" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, n.36, 1992 p208.

8. BARNET, Miguel "La novela testimonio: socio-literatura" en Revista Unión, VIII, número 1, 1969. Se cita por la versión que aparece en Canción de Rachel Barcelona, Edit. Estela 1970 pp125-150; Biografía de un cimarrón La Habana, Academia de ciencias de Cuba, 1966.

9. BEVERLY, John Op.Cit. p10

10. SKŁODOWSKA, Elzbieta "Miguel Barnet: hacia la poética de la novela testimonial" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 14, n.27, Lima, 1988, p137.

11. Id. p140

12. BARNET, Miguel "La novela testimonio..." Op.Cit. p134.

13. Id. p131

14. Id. p138

15. RANDALL, Margaret "¿Qué es y cómo se hace un testimonio" (1979) Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, n.36, Lima, 1992 pp21-29

16. Id. p23

17. ACHUGAR, Hugo "Historias paralelas/historias ejemplares: la historia y la voz del otro" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, n.36, Lima, 1992 p53

18. Id. p57

19. BEVERLY, John Op.Cit. p919.

20. BARNET, Miguel Op.Cit. p135

21. Id. p135

22. BEVERLY, John Op.Cit. p13

23. Id.

24. ACHUGAR, Hugo Op.Cit. p56

25. SOMMER, Doris "Sin secretos" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, n.36, Lima, 1992 p141

26. YUDICE, George "Testimonio y concientización" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, n.36, 1992 p225

27. JAMESON, Frederic "De la sustitución de importaciones literarias y culturales en el Tercer Mundo: el caso del testimonio" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, n.36, p130

28. Id.

29. SKLODOWSKA, Elzbieta Op.Cit. p141

30. VERA LEÓN, Antonio "Hacer hablar: la transcripción testimonial" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, n.36, Lima 1992 p195

31. Id. p190

32. SKLODOWSKA, Elzbieta Op.Cit. p142

33. SKLODOWSKA, Elzbieta "Testimonio mediatizado: ¿Ventriloquia o heteroglosia? (Barnet/Montejo; Burgos Menchú)" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 19, n.38, 1993 p88

34. La crítica deconstructivista del testimonio ha partido principalmente de los medios académicos universitarios norteamericanos donde estas teorías han ganado importante auge en los últimos años. Como señala Antonio García Berrio el deconstructivismo plantea que "el lenguaje tal y como queda a nuestra disposición después de siglos de impregnación del pensamiento metafísico, es un vehículo negativo para la expresión y comunicación rigurosa de significados, de manera que el 'logocentrismo' viene a significar el obstáculo fundamental del pensamiento directo y puro..." El deconstructivismo orienta la crítica hacia las "deficiencias y las simetrías forzosas que encuentra en los textos" y hacia los supuestos "falaces e ideológicos" del discurso. GARCÍA BERRIO, Antonio Teoría de la literatura Madrid, Cátedra, 1989 pp256-257. Ver cita 69 de este capítulo.

35. SOMMER, Doris Op.Cit. p151

36. BEVERLY, John "Introducción" [número especial sobre el testimonio] Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, n.36, 1992 p8

37. SOMMER, Doris Op.Cit. p148

38. Id.

39. YUDICE, George Op.Cit. p213

40. SOMMER, Doris Op.Cit. p148

41. ACHUGAR, Hugo Op.Cit. p62

42. Id. pp 51,54

43. Id. p56

44. Id.

45. SKLODOWSKA, Elzbieta "Miguel Barnet: hacia la poética de la novela testimonial" Op.Cit. p143

46. VERA LEÓN, Antonio Op.Cit. p184

47. La referencia a la investigación de David Stoll ha sido tomada de la "Introducción" de John Beverly al número 36 de la Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, n.36, Lima, 1992 p14.

48. BEVERLY, John "Introducción" Op.Cit. p14

49. ZIMMERMAN, Marc "El otro de Rigoberta: los testimonios de Ignacio Bizarro Ujpan y la resistencia indígena en Guatemala" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, n.36, Lima 1992 pp229-242

50. Id. pp233-239

51. Se hace referencia en este trabajo a los estudios de ALBALADEJO, Tomás Semántica de la narración: la ficción realista Madrid, Taurus, 1992; MARTÍNEZ BONATI, Felix La ficción (su lógica y ontología) Murcia, Universidad, 1992; y al compendio general de GARCÍA BERRIO, Antonio Teoría de la literatura Madrid, Cátedra, 1989.

52. GARCÍA BERRIO, Antonio p334

53. Id. pp335,336

54. ALBALADEJO, Tomás Op.Cit. p46

55. Tomás Albaladejo señala que "a pesar de los problemas que el concepto de realidad y la delimitación misma plantean, el conocimiento del mundo, la comprensión y asimilación de la cultura y el sentido común permiten que tengamos una concepción suficientemente fijada de lo que constituye la realidad efectiva y, por consiguiente, de lo que es o puede ser realidad no efectiva, de la que forma parte la realidad ficcional. Esta es construida artísticamente en la literatura como realidad diferenciada de la efectiva y sostenida por la obra literaria;

como explica Fernando Lázaro Carreter, no se trata, pues, de una reproducción del mundo real efectivo, sino de la creación de un mundo propio. El lenguaje en el texto literario establece en efecto su propio mundo, aunque este mundo no es construido solamente por el lenguaje, dada la presencia en él de una 'experiencia referencial.' Op.Cit pp47-48.

56. MARTÍNEZ BONATI, F. Op.Cit. p104; GARCÍA BERRIO, A. Op. Cit p346

57. Id

58. MARTÍNEZ BONATI, Felix Op.Cit. p106, 109

59. GARCÍA BERRIO, A. Op.Cit. p345

60. Id. p349

61. ALBALADEJO, T. Op.Cit. pp55-56

62. GARCÍA BERRIO, A. Op.Cit. p351

63. ALBALADEJO, T. Op.Cit. pp55-56

64. Las novelas históricas, según Albaladejo, aunque su objetivo sea reconstruir la vida de personajes o hechos reales, deberán ser consideradas como ficciones verosímiles y no como documentos históricos pues su primer plano de referencia está dominado por el principio de la ficción Op.Cit. p56.

65. ALBALADEJO, Tomás Op.Cit. p62 Es importante señalar que desde la perspectiva semiótica que adopta Albaladejo, la realidad efectiva se presenta como un 'modelo de mundo', como una representación producto de la discursivización. En otras palabras, la realidad efectiva existe para todo hablante como una representación de esa realidad en gran medida mediatizada por el lenguaje.

66. SKLODOWSKA, Elzbieta "Miguel Barnet..." Op.Cit. p145

67. BEVERLY, John "Anatomía del testimonio" Op.Cit. p11

68. SKLODOWSKA, Elzbieta "Miguel Barnet..." O. Cit. p146

69. El deconstructivismo que aplica Sklodowska, aunque muy sugestivo en cuanto al conocimiento de la naturaleza del texto testimonial, se encuentra ligado a lo que García Berrio llama "la negatividad deconstructiva total". Esta tendencia crítica, en su desconfianza de la posibilidad del lenguaje para representar la realidad, conduce a la desconfianza global del hecho literario. Op. Cit. p270.

70. SKLODOWSKA, Elzbieta "Miguel Barnet..." Op. Cit. p146.

71. Con este concepto se busca subrayar el carácter de autoría individual que singulariza a las novelas. La literatura de autor podría diferenciarse de la literatura anónima y de tradición oral de carácter colectivo.

72. CORNEJO POLAR, Antonio "El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 4, nos.7-8, Lima 1978 pp7-21; "El discurso de la armonía imposible (El Inca Garcilaso de la Vega: discurso y recepción social)" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 19, n.38, Lima 1993 pp73-80.

73. DALTON, Roque (Ed.) Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador. San José, EDUCA, 1972.

74. CARPIO, Salvador Cayetano Secuestro y Capucha San José, EDUCA, 1979.

75. Se carece de datos concretos sobre la primera impresión del texto de Cayetano Carpio pero en la edición citada se reproduce un documento fechado en 1966 donde se constata que dicho texto había salido entonces a la luz pública en El Salvador. Dalton pudo conocer el testimonio de Cayetano Carpio antes de elaborar el de Mármol y especialmente antes de escribir su novela Pobrecito poeta que era yo... donde Carpio aparece incluido como un personaje secundario y se hacen referencias a pasajes mencionados por éste último en su testimonio.

76. Horacio Castellanos Moya narra estos hechos en su novela La diáspora que se estudiará más adelante.

77. Resalta el hecho de que efectivamente Carpio no llama a la lucha armada en la primera edición del testimonio pero en cambio, sí lo hace en la siguiente de 1979 a través de unas palabras preliminares.

78. MARTÍNEZ, Ana Guadalupe Las cárceles clandestinas de El Salvador San Salvador, 1978. En este libro no aparece el nombre de la editorial por tratarse aparentemente de una edición clandestina.

79. Según Horacio Castellanos Moya, este prólogo fue escrito por el Comandante Joaquín Villalobos. CASTELLANOS MOYA, Horacio "De historia, ficción y lenguaje. (A propósito de un prólogo reeditado)" en Recuento de incertidumbres. Cultura y transición en El Salvador San Salvador, Eds. Tendencias, 1993 p63.

80. BORGE, Tomás Carlos, el amanecer ya no es una tentación... La Habana, Casa de las Américas, 1980.

81. En su testimonio Borge expresa que no se considera un autor literario y que se parece tanto a un escritor "como García Márquez a un vendedor de frigoríficos"; Retamar replica en el prólogo que en ese caso "habría que preguntarle a García Márquez qué frigoríficos vende" Op. Cit. p8.

82. PAYERAS, Mario Los días de la selva La Habana, Premio Casa de las Américas, 1980.

83. CABEZAS LACAYO, Omar La montaña es algo más que una inmensa estepa verde La Habana, Casa de las Américas, 1982.

84. CABEZAS, LACAYO, Omar Canción de amor para los hombres Managua, Edit. Nueva Nicaragua, 1988 p557

85. Ibid

86. ALEGRÍA, Claribel y D.J. Flakoll No me agarran viva. La mujer salvadoreña en lucha. San Salvador, UCA Editores, 1987.

87. DÍAZ, Nidia Nunca estuve sola San Salvador, UCA Editores, 1988.

88. BORGE, Tomás La paciente impaciencia (1989) 4ta ed. Managua, Edit. Vanguardia, 1990.

89. Op.Cit. p61

90. RANDALL, Margaret (Ed.) Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense de hoy México. Siglo XXI, 1980.

91. PAU TRAYNER, María; SOLA, Roser (Eds.) Ser madre en Nicaragua. Testimonios de una historia no escrita. Barcelona, Edit. Icaria, 1988.

92. AMNISTÍA INTERNACIONAL "Ejecuciones extrajudiciales en gran escala en zonas rurales bajo el gobierno del general Efraín Ríos Montt" (1982) en Guatemala. Crónica de las violaciones de los derechos humanos Madrid. Amnistía Internacional, 1987, pp58-80.

93. BURGOS DEBRAY, Elizabeth (Ed.) Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia (1983) México, Siglo XXI, 2a ed. 1986.

94. ARGUETA, Manlio Un día en la vida (1980) 2a ed. San José, EDUCA, 1981 Premio Nacional de Novela de El Salvador.

95. El autor ha manifestado públicamente que esta novela surgió de conversaciones personales con una líder del movimiento popular salvadoreño que lleva al parecer el mismo nombre. En este sentido, Argueta, como Barnet en sus novelas ha literaturizado el testimonio real.

96. ARMSTRONG, Robert y Janet S. Rubin El Salvador. El rostro de la revolución San Salvador, UCA Eds. 1989 pp72, 73, 77

97. Esta toma de la Catedral, narrada con amplitud en esta novela, se produjo como protesta por la masacre de estudiantes ocurrida el 30 de julio de 1975. En ella participaron organizaciones campesinas, obreras, magisteriales y estudiantiles. Nunca antes se había ocupado una iglesia y por primera vez se unieron en una plataforma revolucionaria, organizaciones de distintos sectores. Se formó entre todas ellas el Bloque Popular Revolucionario, lo que constituyó, como se ha señalado en el capítulo histórico de este trabajo, un momento importante para todo el movimiento social centroamericano. ARMSTRONG, R. y J.S. Rubin Op. Cit. p77.

98. ARGUETA, Manlio Cuzcatlán donde bate la mar del sur. Tegucigalpa, Edit. Guaymuras, 1986.

99. En 1944 se produjo una importante huelga contra el régimen del General Castañeda Castro y la población civil desafió, aunque tímidamente, las armas del ejército. ARMSTRONG, R. y Janet S. Rubin Op. Cit. p42

6. NOVELAS DISIDENTES

Las dos novelas disidentes que se han escrito en Centroamérica han roto la relativa homogeneidad de la narrativa revolucionaria. Los compañeros (1976) de Marco Antonio Flores y La diáspora (1989) de Horacio Castellanos Moya, sin llegar a negar la revolución ni lo esencial de los hechos históricos, han ofrecido una perspectiva que contrasta con la visión positiva de los procesos armados que fuera predominante en las novelas de guerrilleros y en la narrativa testimonial.

Estas novelas, como se decía al principio de este trabajo, aunque surgidas desde el interior de las luchas revolucionarias, presentan su lado oscuro. Esto supone, desde el punto de vista de los propósitos discursivos, una ruptura pues si los demás textos se escribieron en contra del silencio oficial, estos se escribieron en contra de los silencios de los propios revolucionarios.

Se trata de dos novelas marginales con respecto al vasto conjunto de la narrativa revolucionaria pero importantes por la singularidad de su propuesta narrativa. Los compañeros surgió en los años de derrota y confusión de las primeras

guerrillas guatemaltecas a finales de la década del sesenta y expresa la visión de quienes entonces huyeron de la lucha y se refugiaron en el exilio. Los personajes jóvenes e impulsivos de esta novela se encuentran muy próximos a los que aparecen en las obras de los autores de "la Onda" en México¹ y en la narrativa de los novísimos. A pesar de que el relato trata de cómo estos personajes dejan de ser unos "contestatarios del poder", siguen siendo unos veinteañeros, universitarios que viven intensamente la política y que buscan comunicar su particular experiencia dentro de los contextos de violencia de esos años.

La diáspora apareció más de una década después, cuando los enfrentamientos en El Salvador habían desembocado en una guerra que se empantanaba. Los personajes que ahora abandonan la lucha siguen siendo jóvenes pero de una generación que había madurado en el transcurso mismo del proceso armado. Esta novela continúa por el camino abierto por Los compañeros pero aprovecha nuevos vínculos con la literatura disidente de Europa del Este, particularmente con la obra de Milan Kundera². En cierto modo, La diáspora surge del clima ideológico que precedió tanto las negociaciones de paz salvadoreñas como la caída del muro de Berlín y lo que se ha llamado el fin de la guerra fría³.

En Los compañeros las críticas contra la lucha revolucionaria son erráticas y caóticas, en cambio en La diáspora son más

precisas y equilibradas, congruentes con el temperamento de los personajes y con los distintos momentos históricos en que aparecieron. Ambas novelas, sin embargo, coinciden en presentar la imagen de una empresa revolucionaria que se desnaturalizaba, que dejaba de ser la lucha por la justicia social que al principio se pretendía, para convertirse cada vez más en una guerra como cualquier otra, en una simple disputa por el poder plagada de acciones ciegas. Las novelas denuncian la veleidad de unos dirigentes instalados cómodamente lejos de los conflictos o lucrándose de ellos, la inconsciencia de unos combatientes utilizados como peones y el ejercicio de una violencia que llegaba a no distinguirse muchas veces de la violencia criminal o institucional. Particularmente, estas novelas sacan a relucir que en el bando revolucionario se habían cometido asesinatos por intereses políticos personales, por venganzas o por capricho.

No obstante, estas novelas son ambiguas. Los propios personajes, aunque enjuician la lucha revolucionaria, no son ellos mismos hombres muy virtuosos. Como revolucionarios, encubrieron o incurrieron en las mismas faltas que censuran; como desertores, que es en lo que se convierten, ceden en realidad a arraigados impulsos desleales y egoístas. Tampoco son unos personajes que hayan superado los conflictos que para ellos supuso la deserción: juzgan y se auto-inculpan; rompen con la lucha revolucionaria por considerar que se había

extraviado de sus fines pero se reconocen a sí mismos responsables en parte de ese extravío. Son novelas, por tanto, que hacen públicos los atropellos y arbitrariedades cometidos en nombre de la revolución pero que no dejan de tener como legítimos los ideales de esa revolución.

Allan Swingewood, basado en un estudio de la literatura soviética⁴, ha señalado que en la narrativa disidente, el discurso revolucionario es enfrentado como discurso hegemónico⁵ pero desde posiciones ideológicas que no son necesariamente unívocas. Las perspectivas disidentes, señala, suelen provenir de los dos extremos del espectro político: de una crítica de derechas, simplemente enemiga de la revolución, o de una crítica de izquierdas que censura las aberraciones que frustran el proyecto revolucionario.⁶

Como modelo ejemplar del primer tipo -dentro de la narrativa europea- Swingewood presenta las novelas que él llama "anti-utópicas", es decir, aquellas narraciones de anticipación del futuro en las que se intentó probar la deshumanización y el totalitarismo a que podían conducir las ideas socialistas. Novelas como Nosotros de Evgení Zamyatin, muy semejante a Un mundo feliz de Aldous Huxley o a 1984 de George Orwell, anticiparon el "sueño socialista" para negarlo en su conjunto y defendieron, en cambio, los beneficios de la sociedad burguesa, afirmando la libertad del individuo como un fin

supremo.⁷

Las novelas del segundo tipo, Swingewood las llama de "la revolución traicionada", en el sentido de que tratan de la tergiversación de los principios originales de la revolución. Presenta como modelos ejemplares aquellas novelas escritas por antiguos revolucionarios que protestaron contra el despotismo stalinista. Novelas como Oscuridad al medio día de Arthur Koestler o El caso del camarada Tulayev de Victor Serge que denunciaron el terrorismo de estado a que había conducido el principio de que "el fin justifica los medios", y que abogaron, en cambio, por un paso adelante, por un socialismo real y auténticamente democrático.⁸

Swingewood reconoce aún un tercer tipo de novelas disidentes, situado en términos generales entre los extremos opuestos de los dos anteriores. Se trató de unas novelas que no se adscribieron ni a una tendencia ideológica ni a otra sino que demandaron por encima de todo la libertad de expresión.⁹ Swingewood pone como ejemplos, las novelas de Alexander Solzenitzin Un día en la vida de Ivan Denisovich o Primer Círculo que denunciaron la situación de los disidentes políticos en los campos de trabajo o en las cárceles especiales y que reclamaron el derecho a ejercer un pensamiento independiente y a decir la verdad sin importar las implicaciones políticas o sociales que ello trajera consigo.

Estas novelas, sin embargo, partieron no de un rechazo absoluto del socialismo, al que reconocieron sus progresos, sino de la necesidad de denunciar sus errores y sus abusos. Swingewood las llama "trágicas" porque nacen de una exigencia del "todo o nada", de la negativa a comprometer bajo ninguna circunstancia valores universales.¹⁰

Bajo este modelo, que no excluye coincidencias con ambos extremos ideológicos y que se encuentra dominado más por el propósito expresivo que por una clara intencionalidad política, es que mejor pueden comprenderse las novelas disidentes centroamericanas.

Estas novelas se conceden el derecho de ir en contra de una imagen positiva de la lucha revolucionaria y de ejercer una libre discrepancia, en nombre de la "verdad", pero esto supone dar la razón en un momento a los antagonistas y en otro a los partidarios de la revolución.

Los compañeros y La diáspora son novelas de una crítica de izquierdas cuando sostienen que los revolucionarios frustran en la práctica los fines con que originariamente se iniciara la lucha. Entonces su discurso proviene de unos ex-revolucionarios preocupados por la pureza de la revolución, no parecen alegar que la lucha debiera detenerse sino señalar dónde pierde su curso y su sentido. Pero poseen también

elementos de una ideología de derechas o pro-burguesa cuando los propios personajes buscan volver a la sociedad contra la que antes luchaban, cuando su abandono de las filas revolucionarias conlleva su resignación, o cuando ceden a sus impulsos egoístas. Los personajes de estas novelas desertan porque quieren salvar sus vidas personales y ser libres, porque quieren recuperar su libertad individual -esa libertad que representa uno de los principios fundamentales del pensamiento burgués.

Es en este sentido que estas novelas incorporan un discurso esencialmente crítico e inédito en la narrativa revolucionaria centroamericana. Rompen con el discurso que habría sido conveniente para los revolucionarios pero no para ofrecer una alternativa coherente, no para proponer un paradigma de acción política sino simplemente para expresar su propio discurso, para mostrar unos hechos antes ideológicamente neutralizados o no suficientemente considerados.

En Hispanoamérica, estos textos podrían situarse entre las novelas mexicanas que también se llamaron de "la revolución traicionada" y las novelas anti-revolucionarias cubanas. Como esas novelas mexicanas, las centroamericanas censuran los hechos de la revolución pero no desde una posición conservadora sino con la mirada puesta en los fines e ideales incumplidos.

En la tradición que atravesando un sinnúmero de autores, va de Mariano Azuela en Los de abajo (1916) a Agustín Yáñez en Al filo del agua (1947) y que llega a Carlos Fuentes en La muerte de Artemio Cruz (1962) y las propias obras de novísimos como Jorge Ibargüengoitia en Los relámpagos de Agosto (1964) o Arturo Azuela en El tamaño del infierno (1972), la revolución mexicana, como es sabido, ha sido dramáticamente evaluada y censurada por haber frustrado las expectativas que despertara, no porque hubiera llegado muy lejos sino por demostrar que había servido de muy poco.¹¹

Significativamente, sin embargo, en las novelas disidentes centroamericanas, la lucha que se cuestiona no está agotada sino aún en curso ¹², lo cual incide en el sentido global de los textos. Mientras en algunas novelas mexicanas se suele presentar la imagen de una revolución degradada pero sin dejar de albergarse el secreto deseo de una auténtica revolución ¹³, en las novelas disidentes centroamericanas la lucha antes deseada es la que se desvirtúa en el presente y la que sufre los cuestionamientos, las deserciones y las rendiciones.

No obstante, a pesar de la incertidumbre de las novelas disidentes centroamericanas, éstas tampoco resultan anti-revolucionarias, como las que sí se escribieron contra el régimen socialista cubano. Como señala Seymour Menton, novelas como Perro mundo (1972) de Carlos Alberto Montaner o Los dioses

ajenos (1971) de Luis Ricardo Alonso fueron esencialmente "anticomunistas" y "antifidelistas", partieron del supuesto de que la revolución debía dar marcha atrás y restituirse el estado de cosas anterior ¹⁴. En tal sentido, las novelas disidentes centroamericanas no fueron reaccionarias, ni su propósito fue defender la sociedad burguesa. Aunque evidentemente, el abandono de las armas supone la búsqueda de una reinserción en esa sociedad. De una forma persuasiva, la reinserción de estos personajes que no consiguen romper del todo con su pasado revolucionario, resulta conflictiva. En sentido estricto, estas novelas coinciden con el pensamiento burgués al reivindicar los personajes su libertad individual - contraria a los valores de solidaridad pregonados por los revolucionarios- pero parecen reivindicar esa libertad como una condición innata e inalienable del ser humano.

Desde el punto de vista narrativo, estas novelas vuelven a responder al modelo individualista de la novela burguesa. Incluso privilegian la expresión de experiencias no ya sólo individuales sino de excepción como son las de los desertores.

Dentro de la tipología de Bajtin, dejan de ser "novelas de prueba", como lo fueran las novelas de guerrilleros, en el sentido de que en ellas no hay una acción central frente a la cual se constata la entereza o el material de que están hechos los personajes. Más exactamente, en Los compañeros y La

diáspora -donde los revolucionarios se convierten en desertores- hay una transformación de los personajes como producto de sus encuentros y desencuentros con los hechos históricos.

Bajtin llama a este tipo de narraciones "novelas de desarrollo" y las considera una variante particular del Bildungsroman -o novelas de formación. En estas novelas -señala- se produce una modificación del personaje, una "educación" pero no sobre el fondo de una realidad estable sino precisamente a partir de las transformaciones de esa realidad. El personaje "es una unidad dinámica", "el tiempo penetra en el interior del hombre, forma parte de su imagen cambiando considerablemente la importancia de todos los momentos de su vida y su destino" ¹⁵.

Las novelas de guerrilleros, aquellas en las que se produce una conversión revolucionaria, podrían considerarse novelas de formación, pero aunque en ellas se produzca una educación, el mundo mismo no se modifica. En las novelas disidentes, sin embargo, en las que la propia lucha revolucionaria cambia para desnaturalizarse, los personajes se transforman "junto con el mundo" ¹⁶.

En las novelas de desarrollo, señala Bajtin, la *experiencia* es la escuela del personaje; la narración suele trazar el camino que lleva "desde un idealismo juvenil e iluso, hacia la

madurez... [o] la resignación" ¹⁷. Los cambios del personaje, sin embargo, vinculados como lo están a los cambios de la realidad social, suelen tener que ver con algo más que la esfera de "lo privado", atañen no sólo a una biografía particular sino "al espacio de la existencia histórica" ¹⁸. En las novelas disidentes, en efecto, los protagonistas aprenden de su *experiencia* pero este aprendizaje se produce porque acaecen unos hechos que tienen consecuencias no sólo para sus trayectorias personales sino para el fenómeno revolucionario en su conjunto.

Comparados con los personajes de las novelas de guerrilleros, puede decirse asimismo que los de las novelas disidentes dejan de ser héroes problemáticos para ser más unos héroes negativos. El desafío de la sociedad, del que derivaba la situación definitoria de los guerrilleros, deja de ser central para los protagonistas de estas novelas que son propiamente unos desertores. La materia narrativa no descansa ya en el enfrentamiento con los órganos represivos del estado sino en los enfrentamientos y desacuerdos de los revolucionarios entre sí. Por lo demás, en lugar de ser idealistas, los jóvenes de Los compañeros y La diáspora, son pesimistas, víctimas del desánimo y el escepticismo, y adoptan en general una actitud de impotencia con respecto a una empresa que hasta hace poco era la suya.

Atendiendo a unas cualidades semejantes, Hellen von Ssachno¹⁹ definió como negativos a los personajes de las novelas disidentes soviéticas. Según esta autora, frente al optimismo, a la seguridad, a la confianza en el orden y a las representaciones idealizadas de la felicidad humana de la literatura del realismo socialista, resurgió con este personaje en la literatura soviética de mediados del siglo XX, el escepticismo, la infelicidad, la angustia existencial y el pesimismo del viejo personaje atormentado de la literatura rusa del siglo XIX:

"El redescubrimiento del pesimismo, de la nostalgia, del dolor primitivo y existencial [...] representa la protesta contra lo irresuelto e insoluble de la existencia humana. Al mismo tiempo denota una duda honda [...] en toda imagen y representación idealizadora, duda en la capacidad de felicidad del hombre... Después de la muerte de Stalin se produce un tímido regreso hacia ese elemento natural, maternal; y es la joven generación la que se enfrenta con la tarea de expulsar a sus héroes de los invernaderos de la dicha y de establecerlos en la zona intermedia de la sensibilidad para el dolor. Así se inicia en la literatura soviética la era de los pájaros de mal agüero y de las malas sombras, como una variante más moderada del 'lischni tchelovek', del hombre superfluo"²⁰.

Von Ssachno reconoce dos tipos de héroe negativo en la literatura disidente soviética, unos personajes que "son mártires de su propio orden social"²¹, como los protagonistas de las obras de Alexander Soljenitzin, y otros que siendo más jóvenes unen a su pesimismo y escepticismo una actitud contestataria. En novelas de finales de la década del cincuenta

y principios del sesenta como Continuación de la leyenda (1957) de Anatoli Kuznezov o Billete para las estrellas (1961) de Vassili Akssinov, señala la autora, los personajes muestran una "propensión a las influencias occidentales" -a la música rock, al jazz, a las formas de vestir, etc.- que traduce "una especie de protesta social anarquista o de *beatnik* soviético". Estos jóvenes -añade- "se debaten entre el individualismo y el colectivismo" y "saborean como anarquistas el concepto de libertad [aunque] no son capaces de dominarlo moralmente"²². Evidentemente, los personajes de las novelas disidentes centroamericanas se encuentran más próximos a este segundo tipo que al primero, es decir, más próximos a la figura del arbitrario y escéptico anarquista que a la del mártir.

Al considerar el perfil de estos personajes, debe tenerse presente además, el hecho de que no sólo muestran cualidades negativas sino también cualidades incorrectas o socialmente censuradas. A diferencia de algunas de las novelas de guerrilleros y de algunos de los textos testimoniales, Los compañeros y La diáspora no presentan en absoluto modelos de conducta ejemplares y alientan en cambio cierto rechazo de parte del lector hacia los personajes. En realidad no sólo son personajes negativos sino anti-héroes, en el sentido de que sus proezas devienen en anti-proezas, y sus propósitos en despropósitos.

Estos personajes practican su individualismo a contramano de la moral, incurren lo mismo en la delación que en el crimen. Reconocen su egoísmo, su cobardía, su volubilidad, su impulsividad o cualquier otra de las debilidades que el movimiento califica de "pequeño burguesas" y en su defensa argumentan tan sólo que sus faltas son "humanas". En cierto modo, parecen preguntarse hasta qué punto esas debilidades no son comportamientos naturales, puede que hayan reaccionado a sus impulsos de una forma irracional o inmoral pero no creen haber podido actuar de otra manera. Parecieran aceptar que como cualquier otro hombre mucho de lo que son y de lo que han hecho ha escapado a su voluntad.

La mayor parte de las faltas de estos personajes -excluido el asesinato-, son en realidad transgresiones menores de una moral convencional o de las "buenas costumbres". Sin embargo, la presencia dominante de estos héroes negativos o anti-héroes en un contexto no menos decepcionante, hace de estas novelas, narraciones sobre un mundo en el que los grandes y pequeños valores e incluso la moral superior a la que en última instancia se apela, han quedado por fuera como idealizaciones inalcanzables. En este sentido, son novelas de desilusión y de nostalgia por una inocencia y un mundo perdidos.

6.1 Los compañeros (1976) de Marco Antonio Flores ²³

Los compañeros narra la vida de unos jóvenes que al despuntar la década de 1960, se involucraron en la naciente revolución guatemalteca y fracasaron: algunos fueron asesinados por las fuerzas militares y otros huyeron al exilio. Es una novela catártica en la que los personajes exorcizan su memoria y sus tormentos de conciencia con la intención de encontrarle una explicación a esos hechos, todavía recientes, que trastornaron sus vidas.

Las palabras de los personajes traslucen la experiencia de una generación compulsiva e irresponsable, víctimas en parte de su sociedad y de los agitados tiempos que les tocó vivir pero víctimas sobre todo de su propia inconsciencia, de sus actitudes irreflexivas y arbitrarias. Se trata de unos jóvenes que bien pudieron morir en un prostíbulo o en una cárcel clandestina. Inconformistas y contestatarios, permanentemente inadaptados y huyendo de sí mismos, sus arrebatos violentos de hecho los conducen lo mismo a la revolución y al desafío de la muerte que a la fuga. La mayoría acaban en el exilio, como simples trashumantes, incapaces de comprometerse al final con nada, ni con la lucha que han abandonado ni con un proyecto de vida personal.

Su pecado capital, según piensan, es haberse involucrado en la

revolución y haberla echado a perder, y con ella sus vidas. Reconocen que su fracaso se debe, en gran medida, a no haber sido más que "pequeños burgueses metidos a revolucionarios".

La novela en su conjunto parece una especie de estridente autocrítica, un "mea culpa" -hecho ante el altar de la Historia o de la revolución. No obstante, a pesar de que estos jóvenes reconocen sus faltas no se sienten menos responsables del fracaso que sus dirigentes. En cierto modo, actúan como portavoces de una crítica más general que involucra al movimiento revolucionario por entero. La novela incluye -como se ha dicho antes- una abierta censura a la práctica de la lucha revolucionaria, al extravío del uso de la violencia y a la irresponsabilidad de los dirigentes nacionales y extranjeros que los incitaron a tomar las armas. Hay un propósito claro de desenmascarar falacias y falsos mitos revolucionarios tanto como de denunciar oportunismos e inmoralidades. Aunque, por otro lado, tampoco deja de estar presente la denuncia de la irracional represión institucional.

Estructuralmente la novela se presenta como un collage de monólogos interiores, que provienen de los distintos personajes de un grupo de amigos, "los compañeros", en distintos momentos de su peripecia. Viene a ser un conjunto de instantáneas verbales cuyos ecos llenan un extenso espacio de tiempo: desde 1942 hasta 1969. El lenguaje es violento, vulgar y procaz. Son

las palabras, los giros y las obscenidades propios de esos jóvenes urbanos que son sus protagonistas. Los personajes se reconocen por sus apodos: El bolo, Chucha flaca, El patojo, El rata, y van apareciendo cada uno en un instante detenido en el tiempo.

El bolo es el personaje más irresponsable y también el más atormentado de todos. Su discurso inicial se sitúa en el año de 1962, cuando desciende de un avión mexicano en La Habana. Después se sabrá que entonces llegaba a la isla por haber sido escogido junto con otros guatemaltecos "revolucionarios" como beneficiario de una beca de estudios del régimen cubano. Sus palabras fluyen dominadas por la inmediatez del instante. Se ha oído la orden de abandonar el avión y él piensa atribulado en sus maletas, en un prendedor de la corbata que ha perdido, en el insoportable calor, en la música tropical que escucha y en los bailes con que les dan la bienvenida los cubanos. Por momentos su mente vuelve al pasado y revive dolorosamente la despedida de su madre. Una despedida que cobra matices de dramática liberación. Huir de la sobreprotección a que lo tuvo sometido su madre desde niño, había sido uno de los principales motivos que lo había llevado a la revolución y que ahora lo llevaba a Cuba. Lo importante para él, era conquistar su libertad individual, de ahí que el recuerdo de la despedida de su madre le resulte una incómoda carga moral.

"Las lágrimas eran un río interminable lleno de cheles y mocos. Desde que yo me acuerdo estaba llorando. Desde que la dejó mi padre... Ahora sus lágrimas huelen a cera pero también huelen a soledad, a vejez, a desamparo. Ahora se quedará sola para siempre. 'Madre déjame vivir'... la tomé de los hombros y crujieron. Sus blusas siempre estaban limpias, almidonadas, con mangas anchas y abombadas: crujían. Cuando la tomé de los hombros las mangas crujieron. No te vayas a atrever. No me obligue mamá, estoy dispuesto a todo. Llamo a la policía. Llámela, pero déjeme pasar. Te maldigo. Está bueno. Mirá que te maldigo. Soltó el llanto y bajó la cabeza, vi sus primeras canas. No las había visto nunca. Suavemente la empujé a un lado y le besé las primeras canas. Abrí la puerta y levanté la valija..." (pp20-21).

El egoísmo y la evasión de responsabilidades son sólo dos de las cualidades que distinguen a El bolo. Este personaje, tiene una mala idea de sí mismo. Se ve como un engendro incontrolable, caprichoso, agresivo. En gran medida tal vez ello se deba a haber sido un niño mimado. Le remuerde la conciencia el herir y violentar a los demás y, sin embargo, se resiste a evitarlo. Una de sus manías de baja educación es escupir permanentemente. El bolo ve en ello el gesto de su indolencia. Cuando recién entra en las instalaciones del aeropuerto cubano, escupe inconscientemente y mancha con su saliva la pared blanca. Advierte que está escupiendo al país que le acoge. Inmediatamente recuerda el daño que le ha hecho a su madre y antes que ceder a la vergüenza o al remordimiento vuelve a escupir:

"Al inclinarme para tomar [el portafolio] surgió la mancha ante mis ojos. Una mancha detenida por el tiempo como prueba del castigo emprendido por mí contra mí, contra todo

lo que era, contra todo lo que había sido siempre: el haragán, el escupidor, el que arruinaba las paredes con sus sucios gargajos... Marcas antiquísimas que señalan mi paso, mi paso conquistador de los zócalos de paredes". (pp17-18)

El bolo, sin embargo, no es muy distinto del resto de sus amigos. Tras los demás personajes se percibe también un cierto fondo de desagradable vileza.

Cinco años más tarde, una noche de 1967, quienes hablan son Chuchaflaca, un subversivo que huye de Guatemala, y El rata, un amigo y ex-compañero de colegio que le ayuda a escapar aún a riesgo de verse comprometido. Pasan toda la noche en el automóvil de El rata pues Chucha flaca ya no tiene una casa donde esconderse. La policía anda tras él por toda la ciudad y no puede solicitar tampoco el auxilio de otros subversivos pues ha planeado escaparse a México en un avión al día siguiente con dineros de la organización. Su situación emocional y moral es crítica. Piensa en su país, en la causa que está traicionando y en la insostenible situación a que lo condujera su participación activa en el movimiento armado. Su decisión de huir puede que sea indigna y cobarde pero también la siente como definitiva e irrevocable.

"Volcanes taladrados por la pólvora y la violencia. Hoy me baño en el torrente de lava de tu vientre y huiré para siempre. Me llevaré en el rostro el color de tu quemadura. Después ya podré morirme de extranjero, ajeno a tus raíces. Pero huiré. Me iré de aquí. Tengo que hacerlo. La muerte ronda mis pestañas. Seguiré huyendo como siempre: de mis

padres, del colegio, de los maestros, de la facultad, de la policía, de mí. Ahora estoy condenado a muerte y tengo que huir otra vez..." (p26)

Para Chucha flaca huir significa negarse a sí mismo pero parece no poder o no querer evitarlo; es el resultado de una reacción irresponsable e instintiva ante el cansancio y el miedo a morir.

"Antes era más alegre conspirar, ahora la cosa es para largo: así uno se aburre, se cansa, se decepciona, se asusta. Prejuicios pequeñoburgueses, dice el encargado. Pero yo ya estoy hasta el gorro, agotado, cansado. Cada año que pasa me agoto más. Los nervios ya no me dan. Siempre huyendo. Siempre controlando el carro que viene atrás. Y al que va adelante. Y al que nos rebasa. De cualquiera puede venir la ráfaga de ametralladora. Y en la noche no se puede dormir. Dejo la pistola bajo la almohada, lista, martillada..." (p32)

A pesar de la traición que planea, Chucha flaca ha sido hasta entonces un cumplido combatiente y ha arriesgado con valor su vida. Su labor ha sido apreciada por la organización, incluso más de lo que él hubiera querido. Le atormenta precisamente el saber que ha ejercido una violencia anárquica, no siempre con un sentido político. En una ocasión asesinó con un disparo en pleno rostro a un policía de caminos, no porque fuera absolutamente preciso sino porque en esos días habían asesinado a un compañero y buen amigo suyo y la necesidad de venganza le resultó irrefrenable.

"¿Qué voy a querer ahora? Tal vez sólo dormir una noche completa sin sobresaltos, sin pensar en el chonte al que le di candela en su pura cara... Pum, sonó el cuarenticincazo; sólo vi que el casco nazi voló por el aire y el chonte comenzó a rodar. Arranqué como loco el panel" (p34)

Este tipo de violencia es censurada por el propio movimiento subversivo, pero con facilidad suele ser tolerada.

"Compañero, cuando no es necesario matar al enemigo, es asesinato hacerlo/ Pero yo iba cargado de propaganda y la licencia estaba vencida, fue culpa de Servicios que no me la había renovado y si el chonte me hubiera llevado a la Sargentía de Tránsito la cosa se hubiera puesto muy jodida; por eso hice uso de mi independencia operacional, de mi criterio de combate /Considero que el enfoque del compañero fue acertado, queda relevado de toda responsabilidad. La muerte del policía era necesaria..." (p35)

Durante esa noche previa a su partida, Chucha flaca y El rata recorren sin parar una y otra vez las calles de la ciudad hasta que el automóvil se calienta y se ven obligados a detenerse. El rata, que es un bebedor y mujeriego empedernido piensa que una noche de juerga como las que solían celebrar cuando eran estudiantes podría ser una salida conveniente a la pesadillesca noche que les ha tocado pasar. Para él cualquier oportunidad es buena para librarse de su opresiva esposa. Él era uno de los pocos del grupo que nunca se había comprometido con la subversión y llevaba la vida que en condiciones normales les hubiera tocado a todos: la de un asalariado de clase media, casado y con familia, que se pasaba los fines de semana en las cantinas. No obstante, esa noche Chucha flaca estaba agotado

y después de la primer cerveza, se duerme dentro del automóvil. Nada ocurre hasta el amanecer y entonces se dirigen al aeropuerto. El rata le da a su amigo todo el dinero que lleva y Chucha flaca se va a México.

Más reconcentrado e intenso es el monólogo de El patojo que aparece recurrentemente en distintos capítulos. Este joven agoniza en una cárcel de la policía donde es brutalmente torturado. La conciencia del personaje fluye siguiendo recuerdos lejanos o inmediatos desligándose o evadiéndose del sufrimiento.

Antes de este presente narrativo, se había tenido noticia de que este personaje había caído muerto heroicamente en combate, de acuerdo con la versión oficial del movimiento subversivo. No obstante, esa no era la verdad. El patojo, aunque ciertamente había sido un valiente guerrillero, en realidad había sido atrapado en un trivial escándalo de cantina: estando borracho había comenzado a dar vivas a las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Guatemala) lo que provocó el que en pocos minutos el ejército cercara el local y le capturaran.

El mismo es, por tanto, en gran medida responsable de la situación en que se encuentra. Para mayor ironía, el soldado que lo apresa y que después le golpea sin piedad es un indígena, un hombre de los humildes, uno de aquellos por los

que en principio él se ha metido a revolucionario. Sin duda, el indígena ha sido debidamente mentalizado por sus superiores, pero ello no evita que El patojo sufra en carne propia las contradicciones de la lucha.

"El culatazo que me dio el cuque en la puerta del bar, me volteó de plano. Ya no sentía el pecho ni las costillas, el soldado: indio cabrón: cara de maya, tenía un ñeque de mula, patadón de yegua en brama, cada culatazo me bamboleaba la tierra. ¿Cómo haría para mover la tierra de ese modo? Las nubes se ponían de todos colores, rosas, celestes, blancas, moradas. Daba como si en ello le fuera el sexo, la vida, el alma/ comuniste maldite/ Todo comenzó a ponerse negro, negro como su jeta y no dejaba de pegar y de insultarme/ comuniste maldite/ Todo negro, negro, hondo, hondo..." (p50)

La versión que se ofrece de la muerte de El patojo constituye una de las desacralizaciones más importantes de la figura del guerrillero que aparecen en esta novela. Se alude a un personaje histórico, al guatemalteco Julio Roberto Cáceres, conocido también por el apodo con el que se nombra al personaje, a quien el movimiento armado consideraba y considera un héroe de la revolución. Amigo personal de Ernesto Che Guevara -quien le dedica un elogioso pasaje en sus memorias²⁴- El patojo había sido rodeado de un aura de leyenda. La forma en que en esta novela se narra su captura y su muerte -pateado y torturado por un indio- contradice escandalosamente la versión oficial del movimiento y pone de manifiesto un rechazo radical a las mentiras y a las falsas idealizaciones de los revolucionarios.

Es evidente, por otra parte, que en la novela se asume que sólo la verdad puede en realidad hacer justicia a la memoria de El patojo. De hecho, la historia tal como aparece en la novela, contada en principio sobre la base de hechos ciertos, resulta más elogiosa que la ficticia. Aún siendo verdad que fuera atrapado en una cantina y que no hubiera muerto en combate, su muerte en la sala de torturas es por sí misma heroica. A pesar de los castigos sufridos, El patojo no ofrece a sus interrogadores información alguna. Puede que sea muy pequeño, como dice su apodo, puede que haya sido siempre un irresponsable y un indisciplinado, pero su moral, a diferencia de la de sus amigos, es firme.

"Aguantaré. Aún cuando sigan pegando igual, con todo el ñeque, con todo el odio, con todas las ganas de sus manos, de sus pies, de sus culatas, aguantaré..." (p49)

Consecuente hasta el final con su forma de ser, El patojo, en el último momento con vida, escupe a su interrogador. No obstante, tratándose del único de los personajes verdaderamente leal a la revolución, su muerte supone una dramática pérdida de esperanzas.

El patojo, junto con El bolo, Chucha flaca, El rata y los demás jóvenes que aparecen en el resto de la novela, conformaban un grupo de compañeros que se habían iniciado como revolucionarios en la Universidad. Habían sido estudiantes que participaban en

las manifestaciones, distribuían propaganda y eran perseguidos por el ejército en una especie de juego peligroso e irresponsable. Desde entonces les venía su gusto por las borracheras y los escándalos. En un momento dado, varios de ellos habían recibido becas para estudiar en Cuba -como el caso de El bolo. Una vez allá, sin embargo, fueron presionados por los cubanos para que abandonaran los estudios universitarios y se integraran en los campos de entrenamiento de guerrilleros, con el fin de que pasaran a engrosar las filas de combatientes de la naciente revolución guatemalteca. Algunos de ellos, sin embargo, entre los que se llegó a contar El bolo, se negaron a participar y huyeron. Los más valientes, como El patojo y Chucha flaca, aceptaron el compromiso y regresaron a Guatemala a luchar. Tiempo después, pasado el episodio de Cuba y cuando ya la lucha en Guatemala llevaba varios años, el incipiente movimiento subversivo es perseguido a muerte por todo el país. Es en ese momento en el que se sitúa la captura y muerte de El patojo y la huida a México de Chucha flaca con dineros de la organización. Es igualmente en ese momento, donde se sitúa el punto medio de la acción, a partir del cual, por tanto, se articula el antes y el después de la narración.

Cuando Chucha flaca huye del país, se encuentra en México con un grupo de exiliados guatemaltecos. Derrotados y amargados, estos exilados se emborrachan en catárticas reuniones en las que se lanzan acusaciones entre sí y se echan en cara el

fracaso de la empresa armada: arremeten contra el Partido Comunista al que acusan de corrupto o contra Cuba por haber inducido a la lucha armada; se recriminan sus propios vicios pequeño burgueses o critican el uso de la violencia y el sometimiento incondicional del individuo que exige la revolución.

"Lo que sucede es que el hombre necesita satisfacciones personales. Necesita realizarse personalmente... No todos los revolucionarios podemos ser combatientes, la revolución se puede hacer de diferentes maneras. No sólo matando se hace la revolución. El Partido debió comprender eso a tiempo y no ensartarnos a todos en la lucha armada. Fue un error fatal aceptar la presión de los aventureros. Ya ven, ¿de qué sirvió? ahora todos ellos están muertos y nosotros bien pisados en el exilio...

"...los del Comité Central del Partido tenían carro particular y chofer y ciento cincuenta maracandacas mensuales y viajes de diplomáticos para ellos y sus familiares cada año... Así quién no se hace revolucionario... Yo me cansé... por eso me vine, quiero tener mi mujer, mis hijos, mi carrera, y que ningún cerote me esté diciendo lo que tengo que hacer...

"...Todo eso se dice fácilmente ahora bola de pequeñoburgueses resentidos, ¿por qué no alegaron allá?

... No me vengas ahora con babosadas, todo estaba podrido...

"...la culpa de todo este desbarajuste la tienen los cubanos de mierda. ¿Qué tenían que meterse donde no les iba ni les venía? Según Fidel iba a ser otro Bolívar. Regular Bolívar resultó el cabrón; sólo embrocó a un chingo de gente y después se lavó las manos..." (pp67-74)

Como antes se ha dicho, la novela refleja la situación que se vivió en los tiempos inmediatamente posteriores al año crítico de 1967. La muerte de muchos guerrilleros, la desarticulación

de los grupos armados y la huida en desbandada que provocara la contraofensiva del ejército hizo pensar en el fracaso definitivo de las guerrillas guatemaltecas. Después -como se ha visto- resurgirían nuevas organizaciones revolucionarias, alguna formada incluso en México -como el Ejército Revolucionario de los Pobres sobre el que Mario Payeras brindara su testimonio. La mayoría de los exilados de la novela, sin embargo, son de los que renegaron de la lucha y no volvieron a ella. De hecho, según se muestra en la obra estuvieron prontamente dispuestos a reasumir un estilo de vida y una condición de clase que a su juicio nunca debieron abandonar. La causa de que la empresa revolucionaria fracasara -manifiestan estos exilados-, se debió al intento de llevarla a cabo contando con jóvenes de extracción "pequeñoburguesa" que por su forma de ser estaban predestinados a malbaratarla:

"...no sé cómo fuimos nosotros a dar al Partido, lo que sucedió es que tenemos mucha sensibilidad social/

"siempre engañándonos, lo que pasó es que no teníamos nada que hacer ...siempre anduvimos en las nubes buscando soluciones sociales a problemas personales, nuestra clase nació frustrada /y Fidel quiso hacerla revolucionaria de contrabando, se olvidó de Lenin/, castrada en sus proyecciones más positivas, nacimos cuando nuestra clase estaba en decadencia y estamos pagándolo, ése es el precio de nuestra generación /y toneladas de sangre,/ casi todos nuestros muertos eran gente resentida y frustrada,/ ellos creían que estaban haciendo la Revolución, y lo que estaban intentando era salvarse ellos mismos adquiriendo un poder que no nos pertenece..." (p91)

No se trata pues, de que la revolución no tenga sentido sino

de que ellos no eran los más idóneos para llevarla a cabo. Salidos de la clase media, sus intereses nunca coincidieron con los de la revolución.

"...hay que comprender de una vez por todas que ésta no es nuestra revolución sino la de los desharrapados, la de los miserables, ellos tienen que hacerla y ellos deben poseer el poder, nosotros poco podemos hacer para ayudarlos..."
(p91)

Como se ha dicho antes, por tanto, estos personajes sin negar que la revolución debiera hacerse, optaron por dejarla en manos de quienes a su juicio debían ser los protagonistas.

Una vez fuera de Guatemala la vida de los demás personajes es vacía y oscura. Chucha flaca en México se confunde con los demás exilados. Su situación es a medias la de un refugiado político y a medias la de un simple emigrante. Se encuentra con la soledad, con la falta de dinero, con el trato poco hospitalario del gobierno mexicano, con los interminables trámites e inconvenientes para conseguir un trabajo, y en su fuero interno debe sobrellevar la amargura de ser un traidor y los malos recuerdos de quienes han huido de la revolución.

Chucha flaca está forzado a sobrevivir en México pues para él es ya imposible regresar a su país. Allí ha sido condenado a muerte por sus enemigos y por sus amigos, lo busca el ejército por subversivo y también el movimiento guerrillero que exige

que pague con su vida el dinero que robó para huir.

En un capítulo *sui generis* los guatemaltecos exilados en México aparecen transfigurados en animales mitológicos y personajes fantásticos. Es un conjunto de retratos insólitos, vinculados a los sobrenombres de cada uno, que muestran la vida que estos personajes llevaban fuera de su país. 'Lince', por ejemplo, es una mujer que se atormenta por el recuerdo de una cobardía suya que le costó la vida a sus compañeros en una acción armada.

"Sueña que cuando se escapó de la jaula, los dos compañeros le entregaron una ametralladora y le dijeron que los esperara. Ella no pudo esperarlos... entonces a ellos los mataron y los enterraron en un tronco de un árbol. En las noches, los ojos de Juan se le abren dentro de sus sueños y ella grita desesperada" (p222).

Otro de ellos, 'El Látigo' es un intelectual de los que huyó sólo por miedo. Ahora manifiesta con fervor que va a regresar a la lucha aunque en los hechos sigue sin hacer nada y se complace con la vida que lleva.

"...jefe indio de fuerte complexión pero corazón muy blando. Dejó su tribu porque estaba en guerra perpetua y él era un pacifista nato. Extendió su tienda al lado de Coyoacán y allí jura todos los días que en una próxima luna va a enfurecer y volverá tonante a desenterrar el hacha de la guerra, que se pintará el rostro con achiote y tomará parte activa en la matanza. Sin embargo, él sabe que de esto no hay nada cierto. Cada día se aleja más de la guerra porque estudia arduamente el pensamiento de los griegos: sibaritas, parranderos, onanistas, pacifistas y maricones. Entonces se sienta a la puerta de su tienda y fuma en la pipa de la paz su poco de marihuana" (p220)

Como para este personaje también para los demás, los ímpetus revolucionarios se diluyen en el exilio. La nueva situación, aunque representa en cierto modo una vuelta a la sociedad burguesa, no es placentera, sin embargo, para ninguno. Hacen esfuerzos desesperados por salir de sus penurias económicas y no pueden olvidar el pasado.

El bolo, tras la secuencia que abre la novela, reaparece después de que ha escapado de Cuba y vaga por Europa de una ciudad a otra. Desde París, en donde se encuentra en este nuevo presente narrativo, recuerda su salida de la isla caribeña y su nueva huida, esta vez de la lucha revolucionaria y del amor de una mujer. Traicionó a la revolución al evadir el compromiso de convertirse en un guerrillero y traicionó a Tatiana por miedo a dejar de ser libre. Ahora ha conquistado la libertad, pero se le ofrece como una libertad sin sentido. Se mueve por un continente extraño, como un apátrida, víctima de la soledad y de los remordimientos.

Tatiana era una joven revolucionaria cubana de quien había terminado enamorándose. Asustado por sus propios sentimientos y por la posibilidad de un matrimonio, El bolo había huido de ella y de sus demás compromisos argumentando falsas obligaciones revolucionarias. Ahora, El bolo reconoce su error, su cobardía para comprometerse incluso con el amor:

"...nunca lo pensé bien y ahora me doy cuenta, lo único que me interesaba eras tú" (p157).

Pero su amor es ya imposible. Tatiana se había enamorado de un luchador de la revolución y él no lo era ni estaba, dispuesto a serlo:

"Yo no soy un revolucionario. Yo no me fui por eso. Me fui porque me hiciste un revolucionario... por quedar bien contigo, por no defraudarte me fui y aquí me tienes, sentado en un café del Boulevard Saint Michel bebiendo vino y recordándote. Soy un tráfuga. No quiero volver a mi país... no puedo morirme para ti, no puedo llegar a ser pura literatura porque tu eres para mí lo mejor que he vivido..." (p157)

Al reconsiderar la trayectoria de su vida, El bolo se da cuenta -como Chucha flaca- de que siempre ha estado huyendo. Huyó cuando lo perseguían los militares, huyo cuando quiso ser revolucionario, huyó de su madre y de Tatiana. Ahora se da cuenta, sin embargo, que su permanente huir lo ha conducido a la nada.

"Pasé por la revolución en el aire de la nada. Durante cinco años viví huyendo, escondiéndome, cambiando de casa, de nombre, de facultad. Cuando murió mi abuela fue lo último que me recomendó, que ya no me metiera en bochinchas, que se iba con esa preocupación. Cuando cerró los ojos y me apretó la mano y no volvió a abrirlos, juré que le iba a hacer caso. Pero a los dos meses estaban los compañeros exigiéndome un trabajo de organización. Tenía que hacerlo. Soy un revolucionario. Era un revolucionario. No se puede hacer la revolución por control remoto. Desde París o Madrid. La revolución se hace con las armas, con la organización, con la propaganda. Pero tenía los nervios destrozados. Por eso pedí la beca para La Habana. Hubiera

sido un buen técnico, pero la necedad de los cubanos de embarcar a todo el mundo. Ellos me tienen como lo que soy, cola de judas, de un lado a otro. Y todos los compañeros han muerto..." (pp192-193)

En Europa El bolo llega a atravesar profundas crisis de conciencia. En una de esas crisis escribe una dramática carta a los dirigentes del movimiento subversivo de su país solicitando formalmente su reincorporación a la lucha. Como respuesta recibe una carta falsamente amistosa donde se le rechaza; se le invita a seguir siendo un intelectual y a encontrar por sí mismo la salida a su confusión. Sus antiguos compañeros se vengan de él mostrando un heroísmo y un sentido de la existencia del que sólo pueden gozar -desde su punto de vista- quienes entregan su vida por una causa justa como la revolución.

"Viajá -dice la carta- pisá, chupá, tirá tu conciencia a la mierda que aquí estamos nosotros muriéndonos para que vos podás escribir, para que todos aprendan a escribir y a comer bien, y a tener casa y trabajo y estar alegres, sin miedo. Quedá con Dios que no hay, así que quedate solo pero contento y pachanguero como siempre..." (p201)

El camino de regreso a la revolución está definitivamente cerrado para El bolo, lo mismo que para Chucha flaca. Los últimos pasajes de la novela muestran al primero emprendiendo un nuevo viaje. Va en un ferry que atraviesa de noche el Canal de la Mancha y lee una y otra vez la carta de los compañeros subversivos en la que lo rechazaban.

El bolo y los demás jóvenes de la novela, no tienen más cabida en la revolución. Sus arrebatos voluntariosos, sus intereses egoístas y sus actitudes innobles, acaban por malograr su idealismo. Pero más allá de la experiencia particular de cada uno de los jóvenes, la novela sugiere que lo que conduce al vacío a los personajes, lo mismo que al fracaso o a la desnaturalización de la lucha revolucionaria, reside en el fondo de los individuos, bajo la forma de una insatisfacción permanente y de unos impulsos incontrolables. La individualidad inexorable de estos personajes, es atribuida a la clase media "pequeño burguesa" pero vinculada necesariamente a la naturaleza humana. De ahí que la aventura de estos personajes cobre el carácter de un destino irremediable.

6.2 La diáspora (1989) de Horacio Castellanos Moya ²⁵

Casi quince años después de Los compañeros, La diáspora volvió a ocuparse de la experiencia de los desertores. De nuevo son los individualismos, el cansancio y la desilusión los que mueven a los jóvenes abandonar la lucha armada. Pero esta nueva generación de desertores resulta menos impulsiva y atormentada que la anterior. Los personajes de La diáspora están más curtidos en los trajines de la lucha. Ahora no se teme por el fracaso de las guerrillas, por el contrario, éstas se han convertido en una empresa armada con fuerza y vida propias. Lo

que los personajes de esta novela denuncian, es una guerra cada vez más irracional y deshumanizada, cada vez menos distinta de cualquier otra y en la que el parentesco con el enemigo, aunque indeseado, es cada vez mayor.

No se trata ya de guerrillas improvisadas sino de una empresa sofisticada y de gran envergadura que mueve grandes cantidades de hombres y de dinero e importantes intereses personales. Como en casi todas las guerras, la moral y los principios son ignorados. Los dirigentes se disputan con virulencia el poder mientras una tropa, que es la que encara la lucha, ejerce una violencia muchas veces ciega. La novela muestra unos de los hechos que mejor revelan la degradación de la contienda: los asesinatos suscitados entre los propios revolucionarios. Estos crímenes, que antes fueran sólo tangencialmente aludidos ²⁶, se encaran como unos de los más graves y contradictorios de cuantos se cometieran al cobijo de la lucha revolucionaria.

A diferencia de Los compañeros, La diáspora es una novela breve, de lenguaje escueto, casi periodístico. A través de un narrador objetivo y con un estilo incisivo esta novela registra las pequeñas y grandes traiciones que, desde el punto de vista de los desertores, han ido vaciando de contenido la lucha armada.

En el texto se reconoce explícitamente la deuda con la

literatura de Milan Kundera, particularmente con La broma. En efecto, como en esta novela y en las demás de este autor checo, que se encuentran firmemente afincadas en la argumentación disidente, las arbitrariedades cometidas por los oficiales de la revolución llegan a cobrar las proporciones de un error histórico ²⁷.

La acción se desarrolla en la ciudad de México, en la que coinciden por unos días un grupo de personajes vinculados con la revolución salvadoreña. En esa ciudad, donde tradicionalmente han huido los desertores, también han instalado los revolucionarios uno de sus centros de operación y paradójicamente unos y otros -revolucionarios y desertores- se reúnen ahí como si entre ellos no hubieran mayores diferencias. De hecho, la novela sugiere que los traidores de la revolución se encuentran tanto dentro como fuera de la lucha revolucionaria.

Juan Carlos es uno de los personajes que ha abandonado las filas de la revolución. Cuando comienza la novela, acaba de dejar su cargo en los "comandos de finanzas" del movimiento y ha llegado a México con la intención de conseguir el estatuto de refugiado por parte de la ACNUR (Agencia Centroamericana de las Naciones Unidas para los Refugiados). Hasta entonces Juan Carlos había estado radicado en Nicaragua, lejos de los combates, pero trabajando como intermediario en la consecución

de fondos económicos con gobiernos amigos y organizaciones internacionales para proyectos de desarrollo social en las zonas ya liberadas. Según sus propias palabras se había salido de la revolución por un exceso de "fiscalización" por parte de los elementos de seguridad del movimiento y por "asco" ante las irregularidades e incluso los crímenes que habían ocurrido. Su trabajo con los patrocinadores internacionales lo obligaba frecuentemente a ofrecer explicaciones y justificaciones de situaciones que él mismo consideraba imperdonables. Una vez en México, le explica a Gabriel -un profesor salvadoreño exilado y amigo suyo- que el movimiento está perdiendo su capacidad de raciocinio y de rectificación al negar a los militantes el ejercicio de la crítica.

"La consigna en este momento -le confiesa indignado- es la incondicionalidad total, cualquier crítica es sospechosa. Cerrar filas significa someterse" (p22).

Una serie de encuentros con otros amigos y conocidos ocupan a Juan Carlos en México mientras tramita su estatuto de refugiado -con el que espera poder establecerse en Canadá. Quiere para sí mismo un destino ideal: poco trabajo, bastante dinero y disfrute de un ocio del que se ha visto privado hasta entonces y que considera suficientemente ganado. Es decir, un aprovechamiento, lo más holgado posible, de los beneficios de la antes largamente denigrada sociedad burguesa.

La novela presenta a través de sutiles observaciones como éstas, los dobleces en la moralidad de los personajes. En el caso de Juan Carlos, estos dobleces se extienden hasta sus actos más cotidianos. Dado que no tiene dinero, decide sin inmutarse robar en los super-almacenes para hacer regalos a sus amigos. Considera estos pequeños robos como justas "recuperaciones" de lo que el sistema capitalista le arrebató a los pobres.

A diferencia de Juan Carlos, Quique es un revolucionario convencido que sólo se encuentra temporalmente radicado en México. En realidad es un combatiente raso que llevaba ya bastantes meses en ese país y que para su alegría había recibido por fin la orden de regresar a luchar a El Salvador. Si Juan Carlos es un representante de los cuadros calificados o intelectuales de la revolución, Quique representa a la tropa y a los cuadros armados. De poca inteligencia, disciplinado y agradecido, no le atemoriza morir y le seducen más bien los halagos del heroísmo y cierto oscuro placer por la violencia.

Quique había llegado a México huyendo, después de duros ataques del ejército. Nunca se encontró del todo cómodo en esa ciudad pues en realidad él mismo se consideraba un "animal de monte". En El Salvador, Quique había participado en distintas misiones y enfrentamientos hasta que en 1981 tomó parte, como jefe de una escuadra, en la gran ofensiva que el movimiento

revolucionario realizara a nivel nacional. Esta movilización de las tropas guerrilleras, sin embargo, fue precipitada. La alta comandancia lanzó a luchar a unos combatientes todavía insuficientemente armados y con deficiencias tácticas que los condenaban a fracasar en un combate de esa escala. La fuerte contraofensiva del ejército no pudo ser repelida y muchos combatientes murieron y otros como Quique partieron en desbandada. La novela no excusa en ningún momento la precipitación de los dirigentes revolucionarios y en cambio pareciera llamar la atención hacia los intereses ocultos y en todo caso irracionales o inhumanos que habrían estado detrás de la decisión de una movilización como ésta, de la que previamente se sabía que conduciría al sacrificio infructuoso de hombres.

En México Quique había sido colocado como ayudante en el centro de información que el movimiento había instalado allí. En esta oficina se recogían y procesaban todos los datos sobre la guerra salidos de El Salvador y se ofrecían a la prensa y a las agencias internacionales. La oficina era dirigida por El Negro, un joven mexicano de gustos refinados, que manejaba una importante cartera de fondos y que se encontraba en estrecha relación con la cúpula dirigente. Este centro de información revela cuan compleja se había vuelto la guerra, que ahora se libraba también en los frentes de la comunicación, pero revela especialmente cómo una vez echada a andar, la empresa

revolucionaria daba cabida a múltiples formas de parasitismo.

En esta oficina Quique fue empleado primero como un simple recadero y guardián nocturno pero en reconocimiento a su dedicación y al empeño con que aprendió a manejar el teletipo, fue después ascendido a operador de la máquina. Con evidente ironía y sin concesiones a su origen campesino ni a su poca educación, este personaje es repetidas veces presentado en la novela como un hombre -que sin él saberlo- es siempre utilizado por los demás. Después de dos años como refugiado, como se ha dicho, Quique se entusiasma con la idea de regresar a El Salvador. Hace los últimos trámites, se dispone a comprar una buena navaja y unas botas. Y se despide de su amor platónico, Elsa, la teletipista de Managua con quien desde hace tiempo mantenía clandestinas y románticas conversaciones a través de la máquina. Sin ocultarlo, disfruta, anticipadamente de su llegada a El Salvador y de sus futuros combates.

Entre los personajes que se encuentran también en México está El turco, un músico que como Juan Carlos había desertado de la revolución. En su caso, había dado la espalda a la lucha hacía ya algunos años, hastiado de las imposiciones políticas y la dureza dogmática de sus superiores. Antes había formado parte de los cuadros culturales del movimiento, había cantado y tocado música popular y de protesta en recitales nacionales e internacionales con relativo éxito. Sus presentaciones habían

atraído gente y contribuido a agenciar fondos para el movimiento. Pero los dirigentes habían censurado siempre sus malas costumbres, sus excesos con el alcohol y la marihuana, y habían intentado disciplinarlo. El resultado había sido su deserción definitiva.

Comparado con Juan Carlos, El turco es mucho más conflictivo, anárquico e individualista. Es una encarnación del espíritu caprichoso e insumiso de los artistas. De hecho, El turco tenía su propia teoría con respecto al movimiento y su deserción. Si el movimiento funcionaba como una máquina -decía-, el problema no radicaba en acomodar forzosamente a los individuos como él, sino por el contrario en transformar toda la máquina de modo que fuera ésta la que se ajustara a la más feliz realidad de los individualismos.

"...lo que pasa es que en un aparato, en una maquinaria, aunque un tornillo funcione bien, si el todo no está diseñado para eso, de nada sirve..." (p36)

Ahora repudiaba las "canciones pendejas", "puestas de moda por los cubanos", que antes había cantado. Una vez en México había formado una banda de jazz. Su separación del movimiento había constituido para él una auténtica liberación ideológica. Ya no pensaba volver a El Salvador ni mucho menos a las filas revolucionarias. Su futuro sería el de un artista emigrante y la música sería ahora su patria.

El último personaje importante de la novela es Jorge Kraus, un exilado argentino y "profesional de las revoluciones latinoamericanas y tercermundistas", que es probablemente quien representa más nítidamente el oportunismo de quienes viven de la violencia y las muertes de los demás. Es un presunto corresponsal de guerra, que antes había estado en Angola, en Etiopía y en Nicaragua, pero que en realidad había ido a esos lugares interesado en rentabilizar las experiencias revolucionarias de esos países a través de libros sensacionalistas que de hecho había convertido en éxitos editoriales.

La novela, sin embargo, focaliza a Kraus en un momento difícil de su carrera. Su "ego desproporcionado" había provocado su expulsión del periódico en que trabajaba y en poco tiempo se había encontrado sin empleo, sobrellevando a penas su tren de vida con un programa radial y sin poder iniciar otra aventura periodística medianamente lucrativa. Con la esperanza de resolver su situación, primero había intentado convencer a los palestinos de que le financiaran un reportaje sobre Beirut, pero había fracasado. Luego lo había intentado con los vietnamitas y había vuelto a fracasar. Descubrió entonces la revolución centroamericana y la suerte había comenzado a sonreírle de nuevo. Ya había sacado incluso un primer libro sobre la región cuando se produjeron dos muertes al interior del movimiento revolucionario salvadoreño en las que había

descubierto de inmediato todos los ingredientes de un *best seller*. Se trataba de las muertes "fratricidas" de altos dirigentes revolucionarios producto de sus enconadas rivalidades.

Estos acontecimientos, que suscitan la actitud poco escrupulosa de Kraus, ya habían sido traídos a colación antes en la novela por Juan Carlos a quien, en cambio, le habían afectado personalmente, y constituyen por tanto -como se dijera al principio- uno de los asuntos centrales de la obra.

En 1983 Cayetano Carpio, viejo líder -como antes se viera- y dirigente máximo de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), una de las organizaciones guerrilleras más importantes de El Salvador, ordenó la muerte de la también comandante 'Ana María' -Mélida Anaya Montes. Días después el propio Carpio se suicidó al ser descubierta su implicación en el crimen. Estos hechos históricos²⁸ mejor conocidos como "los sucesos de abril" pusieron en precario la imagen de la lucha rebelde al sacar a la luz las profundas y mezquinas contradicciones internas que la dividían. La novela en realidad no recrea largamente estos hechos sino que consigue con habilidad colocarlos en el corazón de la trama a través de sucintas referencias. De hecho el autor se vale de la reproducción tan sólo de fragmentos aparentemente periodísticos de estos sucesos para incluir su descripción en la obra.

La forma en que es presentado el asesinato de la comandante Anaya Montes, hace resaltar la crudeza del crimen y revela la inhumana violencia de que había sido capaz el movimiento revolucionario.

"Madrugada del 6 de abril de 1983, ciudad de Managua: Mélida Anaya Montes, de 56 años de edad, más conocida como la comandante Ana María, segunda en el mando de una de las más poderosas organizaciones guerrilleras de El Salvador, es salvajemente asesinada. Su cuerpo presenta ochenta y dos picahielazos, el brazo derecho quebrado y un navajazo que le rebanó prácticamente el cuello..." (p117)

Las noticias añaden las reacciones, en un principio falsamente piadosas, de Cayetano Carpio y después los detalles de su suicido. Se transcriben también los comunicados oficiales que ocho meses después ofrecían la versión definitiva de la organización revolucionaria, donde se acusa al propio Carpio de haber sido el principal promotor del asesinato.

Estas muertes que debieron haber bastado para que los revolucionarios hicieran un alto y reconsideraran la orientación de la lucha armada, no parecieron interesar, sin embargo, casi a nadie. Después de un revuelo sin trascendencia la guerra había continuado su curso.

En la novela, por ejemplo, Quique apenas se da por enterado de lo ocurrido y no entiende por qué habría de dársele mayor importancia a dos simples muertos, cuando en el frente morían

diariamente muchos más. Los de la oficina de prensa, como los dirigentes del movimiento, prefieren no revolver el asunto. A Jorge Kraus tampoco le interesa verdaderamente lo ocurrido pues para él se trata sólo de un buen argumento para un libro.

Juan Carlos y en cierto modo Gabriel son los únicos que se toman en serio el significado moral de estos acontecimientos.

Para Juan Carlos se trató en realidad del principal motivo de su desertión. Para él, ambos comandantes eran mitos vivos, próceres revolucionarios cuya larga tradición de lucha los había convertido en los "ancianos sabios" del movimiento. Sus escandalosas muertes lo habían dejado desamparado, socavada su fe y en medio de un caos sin sentido.

"...cuando comprendió que Marcial y Ana María estaban irremisiblemente muertos, Juan Carlos experimentó una desoladora sensación de orfandad, de desamparo. También fue víctima de un sentimiento de culpa, de pecado (porque los Caínes estaban dentro de ellos). Se trataba de una enorme conspiración metafísica, que había movido fuerzas incontrolables, insospechadas, y de pronto los había transformado de inmaculados ángeles revolucionarios en vulgares seres humanos, tan criminales como sus adversarios." (p124)

Para Juan Carlos es el mal el que ha arraigado dentro de los revolucionarios. Es una fuerza interior e irracional la que les ha llevado a morir en una sórdida riña y a trastornar todo el sentido de la lucha.

Tal vez, como se decía antes, estas muertes sean las más graves que hayan ocurrido en el movimiento revolucionario pues, como advierte Juan Carlos, descabezaron la lucha armada, cayeron dos líderes y con ellos los ideales. Pero estos crímenes no fueron los únicos, antes se habían cometido asesinatos igualmente contradictorios y la lucha armada había seguido siempre adelante. En la novela se recuerda el asesinato del poeta Roque Dalton por sus compañeros de guerrilla. Para Gabriel, un representante de la primera generación de desertores, de mayor edad que Juan Carlos, ese crimen que ocurriera casi diez años atrás, fue lo que le llevó a alejarse del movimiento armado y de su país:

"En ocasiones, Gabriel trató de imaginarse lo que el poeta sintió al saber que sus propios camaradas, aquellos a quienes les había entregado su vida, se disponían a asesinarlo como a cualquier perro traidor. Entonces Gabriel experimentaba escalofríos y lo asaltaba la idea de que todo era una broma macabra, el colmo de lo grotesco, una tragedia de trascendencia universal." (p146)

Esta sensación de desengaño y de vacío constituyen la dimensión dominante de la novela. Los asesinatos de los revolucionarios a manos de los propios revolucionarios son lo que provocan la huida definitiva de estos desertores. Para ellos esas muertes representaron tragedias en todo el sentido de la palabra. Como en las grandes obras trágicas, el destino era lo que había terminado empujando a los revolucionarios a acabar con sus vidas en vulgares actos de sangre. Ahora, pasados los años,

Gabriel se ha endurecido, se ha curtido en la desilusión y se encuentra próximo al cinismo. A diferencia de Juan Carlos, al enterarse de los sucesos de abril, en lugar de deprimirse, se siente reafirmado en las razones que lo llevaron a separarse de los "animalizados sujetos" del movimiento:

"...la muerte de los dirigentes más bien le produjo cierto regocijo íntimo, morboso." (p149)

La lucha armada seguiría su curso, inconsciente de las contradicciones que crecían en su interior. Gabriel disfruta con esta negación progresiva que en algún momento terminaría siendo absoluta.

De hecho, como se decía antes, las muertes de los dirigentes representan muy poco o nada para el resto de los personajes de la novela. El libro que piensa escribir Jorge Kraus es probablemente el gesto más frívolo. Kraus concibe el proyecto de su obra en unas playas de Yucatán, en unas vacaciones con su novia. Piensa escribir un libro perfecto y cuida cada detalle. De una forma elocuente, en la novela se muestra una conversación en la que, entre risas, Kraus discute con su novia el posible título:

"...ella propuso que buscaran la parodia de una obra maestra, algo así como Crimen y suicidio en El Salvador. A Jorge le pareció fantástico. Sin embargo, creía necesario un subtítulo. Ella afirmó que éste podría ser "Relato de

una purga revolucionaria". No, dijo Jorge, la palabra "purga" era espantosa, sonaba a purgante, a enfermedad intestinal. Mejor si el subtítulo fuera "Intimidaciones de una pugna revolucionaria." Se carcajearon de la ocurrencia. Por ese rumbo llegarían a "Las implicaciones sexuales de la lucha revolucionaria..." (p137)

En cierto modo todos traicionan a la revolución, comenzando por los propios dirigentes; para los falsos revolucionarios como Jorge Kraus, la guerra ya no significa nada, como no sea algo con lo que ganarse la vida. En el caso de Quique, éste regresará a El Salvador a combatir, pero de la única forma que sabe: sin conciencia moral y contribuirá necesariamente a conquistar tanto triunfos militares como a desnaturalizar la lucha. El instinto y la dureza que hacen de él un efectivo y fiel combatiente, son justamente lo que, en un sentido más general, está transformando la revolución idealista en una guerra deshumanizada.

Quique había ingresado en la guerrilla por vengarse de un sargento que le había humillado. Vistos su valor y su firmeza a la hora de empuñar las armas, Quique fue asignado a los comandos de ajusticiamiento. Sus misiones consistieron en matar a sangre fría a delatores y enemigos. Este tipo de ejecuciones fueron realizadas de hecho por el movimiento armado. Desde luego se justificaron entonces argumentando que una delación ponía en peligro la vida de muchos combatientes y que se trataba de situaciones excepcionales propias de una guerra ²⁹.

Pero Quique es algo más que un combatiente normal. Sus ejecuciones eran de una brutal violencia y le causaban un placer especial. La humillación de que fuera objeto la tenía presente en cada una de sus misiones:

"...soñaba con la posibilidad de pegarle un tiro al sargento" (p80)

La mente primaria de Quique es además alimentada por delirios de heroísmo. Una noche poco antes de su partida sueña que agentes del ejército salvadoreño asaltan la oficina de prensa de México donde él era el único guardián y que la defiende hasta la muerte. Su sueño es muy semejante a una película de acción al estilo norteamericano, en la que él fuera el protagonista.

Juan Carlos, llegará a convertirse de simple desertor en delator. Tampoco él es un personaje ejemplar. Su deserción se había debido a razones morales, pero una vez fuera del movimiento él mismo se envilece. En México, desde su primera visita a la sede de la ACNUR, Juan Carlos se sintió vigilado y le pareció reconocer a alguno de los matarifes de los comandos de seguridad del movimiento revolucionario; después comprobó que quienes lo seguían no eran salvadoreños sino agentes mexicanos. Un día es detenido ilegalmente y bajo presión facilita datos del movimiento a sus captores. Se

reserva la información vital pues le queda algo de lealtad a la causa que ha dejado atrás, pero frente al riesgo de perder su vida no duda en confesar y escoge aquello que sin dañar a toda la organización le permite vengarse de sus antiguos enemigos dentro del movimiento. Años atrás no habría confesado una palabra y habría resistido las peores torturas, ahora ofrece fácilmente los seudónimos de los compañeros que más "detesta".

Ninguno de sus amigos en México, se entera de este episodio. La policía mexicana lo deja en libertad, sano y salvo. Juan Carlos, sin embargo, toma conciencia de su deterioro moral:

"Así se convierte uno en canalla" concluye para sí mismo.
(p64)

El único momento en que todos los personajes de la novela se encuentran juntos es en la fiesta de despedida de Quique que se celebra en casa de El negro -el director de la oficina de prensa. La despedida es sólo un pretexto. se trata de una fiesta a secas, con mucha bebida, del tipo de las que los cuadros revolucionarios en México celebraban regularmente en compañía de los amigos solidarios de El Salvador.

Esta fiesta es vista a través de los ojos de El turco que llega borracho y drogado. Ese día El turco había renunciado a su

trabajo como pianista en un bar. Incluso atender a las órdenes del patrón le había resultado humillante. En la fiesta, El turco hace gala de su infernal personalidad, de sus bajezas y sus cinismos. Mientras se divierte, prorrumpe en insultos, en agresiones personales y críticas al movimiento. Entra en la fiesta como un torbellino, saludando a gritos con impropiedades y obscenidades. Lo primero que hace es echar a la gente a bailar y a continuación se abalanza sobre la comida y la bebida. Merodea de un grupo a otro con la intención de llevarse una mujer a la cama a toda costa. En las conversaciones que sostiene, lanza ataques virulentos contra los incondicionales de la revolución mientras que halaga melosamente a las mujeres que pretende.

De los dirigentes de la revolución dice que "la mayoría lo único que buscan es una tajadita de poder para refocilarse como cerdos" (p162). A los combatientes duros que como Quique trabajan en la agencia de noticias los ve como engendros grotescos "mongólicos" y "quasímodos" (p158-9). A una pro-revolucionaria, integrante de uno de los comités de solidaridad con El Salvador en los Estados Unidos, le dice que los norteamericanos como ella únicamente buscan "purgar su complejo de culpa, su mala conciencia"(p165). Y trata de "indios y topados de la cabeza" a unos revolucionarios guatemaltecos que asisten a la fiesta. Incluso lo que piensa de sus amigos es burlesco. Del tímido Juan Carlos que rechaza

las insinuaciones de Carmen -la esposa de un amigo común- y que no deja de cavilar sobre la moral de la revolución, dice que es un poco tonto y de reacciones lentas. Y de El negro, que siempre lo ha ayudado y que lo ha invitado a la fiesta, dice sin miramientos que es un hipócrita, que esconde bajo la apariencia de buen samaritano y honesto revolucionario una "sonrisa de seminarista pervertido" (p162) Su intervención más violenta, sin embargo, es contra el argentino, Jorge Kraus, quien en medio de una conversación comentaba su próximo libro sobre los sucesos de abril. El turco le lanza una irónica advertencia. Le dice que si llega a entrar en los círculos de poder del movimiento corre el riesgo de que lo maten. Le anticipa que eso no es una dirección política o militar sino simplemente un nido de criminales. Sus palabras crean una situación embarazosa que él, sin embargo, se esfuerza en ignorar. Recuerda con humor negro el asesinato de la comandante Ana María y el arma homicida:

"Les dije -dice El turco- que yo no estaba bromeando, debían cuidarse sobre todo en fiestas, pues el picahielo es el arma nacional de los salvadoreños, nuestro oráculo, el instrumento a través del cual resolvemos los más peliagudos conflictos políticos, emocionales, educativos y sexuales. Les conté que en San Salvador, cuando un niño se porta mal, la madre le advierte que si no hace caso 'el loco del picahielo' se lo llevará..." (p166)

El cinismo de El turco es comparable al de Gabriel pero su comportamiento es más excéntrico y degradado. El mismo acepta

considerarse como un "lumpen-disidente" mientras en el fondo se adivinan su amargura y su frustración.

Cuando termina la fiesta, El turco ha conseguido emborracharse definitivamente y ha seducido a Carmen. Acaba la noche, sin embargo, vomitando, solo y recogido en posición fetal en la esquina de una cama.

Al final, la novela ha contado también la historia de un libro nunca escrito. Jorge Kraus no podrá llevar a cabo su proyecto debido a que la alta comandancia del movimiento decidió de forma unánime cerrar el acceso a todo tipo de información. El libro de Kraus habría sido superfluo porque habría estado sometido a la versión oficial de los sucesos que el movimiento le ofreciera y porque habría sido escrito con una morbosidad efectista, la que le asegurara convertirlo en un *best seller*. El verdadero libro sobre la muerte de los comandantes habría requerido de "una pluma genial", "como la de La broma" de Kundera -según observara Juan Carlosque- que desentrañara toda la verdad. Se podría pensar que ese libro no escrito es la propia novela que el lector tiene en sus manos, como en efecto se sugiere. Pero esta auto-referencia encierra una autocrítica. Juan Carlos, como el lector y como el propio autor, no sabrán nunca la verdad sobre los 'sucesos de abril' porque solo disponen de las breves noticias de la prensa. De ahí precisamente que se eche en falta una "pluma genial". Al

finalizar la novela, el problema central sigue sin resolverse pues nada nuevo se sabe sobre los intereses ocultos o las razones que estuvieron detrás de aquellas muertes.

La novela asocia este ocultamiento de la verdad con otro hecho también contradictorio. El movimiento armado ha enterrado en secreto los cuerpos de las víctimas de sus actos más inhumanos. No se ha hecho saber, por ejemplo, donde reposan los restos de Roque Dalton ni de Cayetano Carpio.

"La revolución salvadoreña tiene una manera peculiar de devorar los cadáveres de sus grandes hombres controvertidos: a escondidas." (p143)

Esta imagen de una revolución que "devora sus hijos y oculta sus cadáveres" se impone, finalmente, como el resumen emblemático de la novela.

Notas al Capítulo Seis

1. Margo Glantz calificó como "literatura de la onda" las obras de autores como Gustavo Sáinz en Gazapo (1965) o José Agustín en De perfil (1966) que incorporaron las experiencias y el universo cultural de los jóvenes de la década del sesenta en la narrativa mexicana. RAMA, Ángel Novísimos narradores hispanoamericanos 1964/1980 México, Marcha Eds., 1981 pg16. Los vínculos de Marco Antonio Flores con la narrativa de "la onda" han sido señalados repetidas veces, por ejemplo por José Mejía en el prólogo a la segunda edición de Los compañeros. Debe tomarse en cuenta que el propio Marco Antonio Flores se exilió en México en 1968. José Mejía escribe: "...al leer este libro uno piensa en Cabrera Infante y en José Agustín, tal vez un poco en Manuel Puig, y otro poco en Gustavo Sáinz". MEJIA, Jose "Prologo" de Los compañeros 2a ed. Guatemala, Ed. Oscar de León Palacios/Palo de Hormigo, 1992 p15.

2. Más adelante se comenta la relación entre la obra de Kundera y La diáspora.

3. El fin de la guerra fría supuso un cambio no sólo en el mapa político sino en el clima ideológico con el que se encuentra conectada La diáspora. La obra de Milan Kundera, con la que La diáspora, a su vez, guarda explícita conexión, tuvo una especial difusión a nivel mundial durante la década del ochenta, particularmente La insoportable levedad del ser que fue llevada incluso al cine. De alguna forma la popularidad de la obra de Kundera coincidió con el famoso ensayo de Fujiyama sobre "El fin de la historia", con la *perestroika* de Mijail Gorbachov, con el derrumbe de la antigua Unión Soviética y en general con los años de "la caída de las ideologías", como fuera reconocido este período por la prensa internacional. Las luchas revolucionarias en Centroamérica y su enfriamiento, no están desvinculados de estos hechos, como lo prueban tanto las negociaciones de paz en El Salvador y en Guatemala, como el retroceso de los sandinistas en Nicaragua. El clima histórico de derrota del socialismo en que se escribe y publica La diáspora es por ello radicalmente distinto del de animosidad y confusión revolucionarias de finales de la década del sesenta y principios del setenta, cuando apareció Los compañeros y cuando el triunfo de la revolución en Cuba contagiaba la vida política del continente.

4. SWINGWOOD, Allan Novela y revolución México, FCE, 1988.

5. El discurso revolucionario vale como un discurso del poder no sólo en las sociedades socialistas sino al interior de los movimientos revolucionarios. En este sentido, es enfrentado como hegemónico por las novelas disidentes centroamericanas.

6. Ibid pp 217, 266, 314

7. Id. pp298, 304.

8. Id. pp314, 317, 331.

9. Id. p384 y ss.

10. Id. 384, 386, 393 y 409.

11. PORTAL, Marta Proceso narrativo de la revolución mexicana Madrid, Eds. Cultura Hispánica, 1977; TREJO, Fuentes Ensayos sobre novela mexicana México, UNAM, 1987.

12. Marta Portal ha subrayado el hecho de que pueden distinguirse dos grandes etapas en la narrativa de la revolución mexicana: la primera en la que incluye a los autores que fueron contemporáneos a los hechos y cuyas novelas fueron fundamentalmente episódicas, y una segunda de aquellos autores que no vivieron la revolución y cuyas obras fueron esencialmente críticas. A partir de la década del cuarenta, señala Portal, las novelas de la revolución fueron obras que evaluaron hechos no vividos, o del pasado: "...a partir de Yáñez -señala- la novela mexicana es ya la otra novela de la revolución mexicana..." Op. Cit. pp34, 39.

13. Leopoldo Zea señala incluso la situación paradójica de que autores jóvenes, que no vivieron los hechos de la revolución, la juzguen con respecto a sus propios deseos de revolución: "...la novelística contemporánea, la que aún enfoca a la revolución, lo hace a partir del punto de vista e intenciones de sus críticos. Lo que al parecer ha sido traicionado, interrumpido o detenido, es una supuesta revolución socialista e inclusive marxista que no estaba aún en la mente de los autores de la revolución". ZEA, Leopoldo "Prólogo" a PORTAL, Marta Proceso narrativo de la revolución mexicana. Op. Cit. p13.

14. MENTON, Seymour Prose fiction of the cuban revolution University of Texas Press, Austin 1975 pp215, 216 y ss. Dentro de las novelas escritas en contra de la revolución cubana se cuenta una cuyo autor es el guatemalteco Carlos Manuel Pellecer que podría considerarse como una obra precursora de las novelas disidentes centroamericanas por cuanto recoge una censura del comunismo. No obstante, el asunto y la trama de Útiles después de muertos (1966) son estrictamente cubanos -los personajes más importantes son figuras históricas de la revolución cubana como Joaquín Ordoqui, Carlos Rafael Rodríguez o Blas Roca-, los hechos narrados son también acontecimientos históricos de esa revolución -como el intento de asesinato de Fulgencio Batista en 1957- y el propósito principal de la obra es denunciar la gradual toma de

posiciones de poder de los comunistas en el gobierno revolucionario de la isla. En este sentido, a pesar de ser la obra de un autor centroamericano, esta no se encuentra más próxima a las novelas disidentes del istmo que el resto de las novelas anti-revolucionarias cubanas. Cfr. MENTON, Seymour Op. Cit. p268.

15. BAJTIN, Mijail Estética de la creación verbal México, Siglo XXI, 1982 p212.

16. Ibid p214.

17. Ibid p213.

18. Ibid p215.

19. SSACHNO, Helen von Literatura soviética posterior a Stalin Madrid, Guadarrama, 1968. p50

20. Id. p336

21. Id. p375.

22. Id. p316.

23. FLORES, Marco Antonio (Guatemala, 1937) Los compañeros Joaquín Mortiz, México, 1976 237p.

24. GUEVARA, Ernesto Che "Pasajes de la guerra revolucionaria" en Obra Revolucionaria 6ta ed. México, Eds. Era, 1974 p282

25. CASTELLANOS MOYA, Horacio (Honduras, 1959) La diáspora San Salvador, UCA Editores, 1989 184p Premio Nacional UCA Editores 1988.

26. Como antes se ha señalado Manlio Argueta aludió al asesinato de Roque Dalton en su novela Caperucita en la zona roja aunque sólo de una forma tangencial. Mario Payeras, narró igualmente en Los días de la selva el ajusticiamiento de un revolucionario por los mismos revolucionarios y dejó entrever una velada crítica - como Argueta- pero en definitiva sin encarar estos hechos con la dureza con la que lo hace Castellanos Moya en esta novela.

27. En el caso específico de La broma, Kundera narra la historia de un joven personaje que comete el desliz de expresarse negativamente del régimen socialista en una carta amorosa. Sus opiniones eran en realidad "una broma". No obstante, la carta cae en manos de los censores y el joven es recluido en un campo de trabajo para su reeducación, lo cual estigmatizará al personaje y arruinará por completo su vida. La leve transgresión, que en

realidad no lo era, revela la monstruosidad del régimen. De una forma comparable en La diáspora las transgresiones -unas leves y otras graves- de la ética y los principios revolucionarios, terminan por hacer descubrir a los personajes que se encontraban al cobijo de una empresa por completo desnaturalizada. Ver nota 3 de este capítulo.

28. Estas muertes estuvieron ligadas a una seria disputa dentro de las FPL (Fuerzas Populares de Liberación) por el control de la estrategia política de esta organización. Cayetano Carpio se oponía a la vía de negociación con el gobierno, mientras Mélida Anaya Montes encabezaba una facción que disientía y era proclive al diálogo. En 1983, la estrategia del diálogo se impuso a la de Carpio en un encuentro del Comando Central de la organización, lo que convirtió a Anaya Montes en líder de hecho de las FPL y motivó finalmente su asesinato. El investigador Robert S. Leiken señala: "Less than three months later, 'Ana María' was repeatedly and grotesquely stabbed to death by Cayetano Carpio's comrades. According to an official communiqué of the FPL, Cayetano himself, resentful at his 'political and moral defeat' in the Co-Cen [Comando Central] meeting became 'the principal initiator responsible for the assassination...'." Cuando la responsabilidad de Carpio fue establecida, se rumoró que Tomás Borge, el líder sandinista, sugirió al líder salvadoreño la vía del suicidio como una forma de saldar el asunto al interior mismo de las FPL. LEIKEN, Robert S. "The Salvadoran Left" en LEIKEN, Robert S. (ed.) Central America. Anatomy of Conflict New York, Pergamon Press, 1984 pp 5-12, 5-13.

29. Justificaciones sobre las ejecuciones revolucionarias se pueden encontrar en las entrevistas a comandantes. Por ejemplo, en las que se reproducen en PERALES, Iosu Chalatenango. Un viaje por la guerrilla salvadoreña Madrid, Edit. revolución, 1986. Mario Payeras en su libro de memorias antes comentado, Los días de la selva justifica también la ejecución del compañero por presumirse que era un traidor.

7. CONCLUSIONES

Los procesos revolucionarios centroamericanos pasarán a la historia, sin duda, como uno de los momentos más críticos que se han vivido en la región en los últimos tiempos, no sólo por el derramamiento de sangre que trajeron consigo sino porque han supuesto una profunda experiencia política e ideológica, moral e intelectual.

La narrativa revolucionaria ha acogido esa experiencia. En ella han sido evaluados y juzgados los acontecimientos históricos y en ella han encontrado expresión los sujetos implicados. Más que limitarse a narrar, los textos han estado comprometidos en consideraciones de fondo del fenómeno revolucionario, han sido sensibles a sus repercusiones y han participado en su evolución. De ahí que esta narrativa pueda verse efectivamente inserta dentro del proceso más amplio del pensamiento crítico que se gesta en las regiones del Tercer Mundo y se orienta hacia la liberación nacional y la justicia social.

El caso centroamericano revela particularmente la importancia de los procesos ideológicos -en ellos incluidos los procesos

literarios- en el acontecer histórico de las sociedades. A pesar de desenvolverse dentro de unos patrones de evolución económica y social semejantes a los de otros países periféricos y subdesarrollados, Centroamérica desemboca en la violencia no sólo como consecuencia de los factores inversos que trajera consigo el impulso hacia el "desarrollo", sino por haberse producido un cambio ideológico a favor de la tesis de la lucha armada que desencadenó en última instancia los procesos revolucionarios. Como se ha visto antes, la historia social del siglo veinte en Centroamérica fue al mismo tiempo la historia del crecimiento de las sociedades y la historia del crecimiento de los problemas sociales. No fueron los más pobres, sin embargo, los primeros en tomar las armas. Fueron representantes de las clases medias con alguna formación intelectual - estudiantes, profesionales, miembros de los partidos políticos de izquierda- los que encabezaron estos movimientos por una radical transformación social.

La narrativa revolucionaria, como se ha visto, acompañó este primer paso y los demás que dio la lucha social. Los textos participaron en el drástico replanteamiento y reorientación de la lucha que la convertiría en una guerra popular. No sólo rebatieron el discurso oficial sino que entonces y después ofrecieron importantes reflexiones e información valiosa, que devolvió al movimiento la experiencia ganada o que obligó a reconsiderar sus limitaciones o sus extravíos.

La historia literaria de este siglo muestra cómo la narrativa centroamericana llegó a situarse en el seno de los problemas sociales. Ha sido un proceso que del modernismo al costumbrismo, y del regionalismo a la novela bananera y a la narrativa revolucionaria, ha supuesto una aproximación de los textos a la sociedad y al mismo tiempo una inclusión de la nación y sus problemas en el espacio de la literatura. Un proceso que ha estado dominado particularmente por un esfuerzo de renovación, por una creativa reactualización de las interpretaciones y formulaciones de los textos con respecto a la tradición y con respecto a las transformaciones de la realidad social. En la narrativa revolucionaria se ha visto cómo los textos surgen de esta encrucijada entre el proceso histórico y los textos precedentes. El discurso literario, en este sentido, no se muestra como un producto espontáneo de la realidad, sino gestado entre los órdenes de la experiencia y la representación, entre lo ocurrido y lo interpretado, entre los hechos y la tradición textual. En buena medida, como ha quedado expuesto, la singularidad irrepetible de los textos de esta narrativa, tanto como sus generalidades arquetípicas se explican en el más amplio encuentro entre la historia social y la historia literaria.

Si a principios de siglo los puntos de referencia literarios del discurso narrativo centroamericano estuvieron situados primordialmente en la tradición europea, con el surgimiento del

realismo social, sin romperse con los anteriores, esos puntos de referencia comienzan cada vez más por situarse en primer término en la propia tradición literaria hispanoamericana. La narrativa revolucionaria del istmo muestra haberse desenvuelto dentro de unas coordenadas comunes a la evolución de la narrativa del continente, una evolución que desemboca desde mediados de la década del sesenta en lo que se ha conocido como el *post-boom*. La narrativa revolucionaria centroamericana, como se ha visto, ha estado conectada con las tendencias contestatarias, hiperrealistas, coloquialistas y testimonialistas de esta nueva etapa de la literatura hispanoamericana.

Las novelas de guerrilleros, que son las primeras en conformar un grupo homogéneo dentro de la narrativa revolucionaria centroamericana, como se ha dicho, presentan y evalúan el sujeto subversivo. Las novelas devuelven el espesor vivencial de esa experiencia, los conflictos de un sujeto pequeño burgués que se transforma en revolucionario, de un hijo de su sociedad que rechaza su sociedad. Estos textos muestran cómo lo nuevo -lo revolucionario- se gesta en la matriz de lo viejo -en la sociedad burguesa que se cuestiona. Novelas como Trágame tierra de Lizandro Chávez Alfaro o El Valle de las hamacas de Manlio Argueta, trazan con claridad la trayectoria que lleva a los jóvenes del seno de las familias tradicionalmente acomodadas o de las universidades a la lucha armada en las montañas;

novelas como Una grieta en el agua de David Escobar Galindo o Los demonios salvajes de Mario Roberto Morales se detienen en considerar los graves conflictos psicológicos y morales de los jóvenes revolucionarios; en tanto que novelas como La mujer habitada de Gioconda Belli o Album familiar de Claribel Alegria recrean desde el punto de vista femenino, los procesos ideológicos y afectivos de conversión revolucionaria. Desde otras perspectivas El árbol de los pañuelos de Julio Escoto y Timbucos y Calandracas de Jorge Eduardo Arellano establecieron paralelismos históricos con respecto a situaciones y personajes del pasado, mientras que novelas como Pobrecito poeta que era yo... de Roque Dalton enfocaron específicamente la situación de los intelectuales en el contexto revolucionario.

Evidentemente, con el paso del tiempo y a medida que estos textos se fueron escribiendo, ciertos tópicos se fueron repitiendo. Sorprenden al leerlos en forma reunida sus reincidencias en torno a asuntos clave como las contradicciones de clase, el espontaneísmo, las limitaciones personales o las vacilaciones y temores. Unas reincidencias que no pueden desligarse de las condiciones de represión y muerte del momento histórico, ni tampoco del individualismo de fondo tras los textos y tras la propia experiencia guerrillera.

Las novelas de guerrilleros dominan el panorama de la narrativa revolucionaria durante las décadas del sesenta y el setenta,

cuando la lucha armada se abría paso bajo el acoso de los ejércitos gubernamentales. A partir de 1980, cuando la participación popular convierte en guerras las luchas revolucionarias, las novelas de guerrilleros son relevadas en cantidad por las narraciones testimoniales que amplían y transforman el panorama narrativo.

Estos textos, aunque menos conflictivos en términos psicológicos, son igualmente dramáticos en cuanto a los acontecimientos sociales que revelan. La incorporación de los discursos concretos de obreros, campesinos y combatientes ilumina con nueva información las luchas de liberación ya sea desde las experiencias de la opresión como en el testimonio de Rigoberta Menchú o desde la confrontación armada como en los de Tomás Borge.

La crítica literaria acogió estos textos como un nuevo tipo de narración autobiográfica surgida en el Tercer Mundo y que vino a rivalizar con las formas narrativas de producción de subjetividad burguesa. Más allá de los límites de una aventura personal, estos textos narraron una aventura colectiva en la que la individualidad del sujeto se abre a una dinámica plural, no como una despersonalización sino como el acceso a una nueva identidad en la que el yo se funde dialécticamente con el nosotros. Como se ha dicho antes, los textos se ocupan de los procesos revolucionarios a partir de las experiencias directas

e inmediatas de los protagonistas. Mucha de la riqueza reflexiva y expresiva de textos como Los días de la selva de Mario Payeras o La paciente impaciencia de Tomás Borge la deben a este encuentro de lo individual con la experiencia social, encuentro que en testimonios como La montaña es algo más que una inmensa estepa verde o Canción de amor para los hombres de Omar Cabezas, cobra al mismo tiempo un carácter festivo y crítico.

Algunos estudiosos, a partir de un enfoque deconstructivista, han señalado el riesgo de estos textos -ya sea por su intencionalidad política o por las fusiones colectivas que suponen- de perder de vista, alterar o transfigurar los acontecimientos concretos que narran para resolverlos en un simple discurso político y afectivo. Otros estudiosos y los autores mismos, sin embargo, destacan justamente el valor factográfico y dialógico de los mismos, su confrontación con los hechos y su naturaleza plural, como una estrategia textual con más garantías de flexibilidad y credibilidad que los discursos monológicos. Como ha quedado expuesto, sin embargo, por la estructura genérica de estos textos no es posible determinar la calidad ni el valor de los discursos concretos. De ahí que pueda considerarse la narrativa testimonial como un modelo alternativo de discurso con las mismas posibilidades de acierto o error que cualquier otro modelo documental o autobiográfico.

Las novelas testimonio de Manlio Argueta, Un día en la vida y Cuzcatlán donde bate la mar del sur particularmente censuradas por la función de intermediario del autor y por la mediatización de los discursos y los hechos concretos a través de la ficción, apelan a este principio según el cual no es la modalidad sino el discurso mismo el que debe ser juzgado. Estas novelas que se acogen al modo de la ficción autorial, universalmente reconocido, coinciden -como se ha visto- en asuntos centrales con los testimonios populares directos, de tal forma que más que de una falsificación o una suplantación pueden considerarse justamente como el resultado de una de esas alianzas típicas del género entre el escritor y las clases populares.

En un sentido contrario al de la fusión revolucionaria, en las novelas disidentes -que conforman el último grupo de textos de esta narrativa- la discusión en torno a los avatares de la lucha armada y a sus implicaciones ideológicas, conducen a la ruptura. Como se ha dicho antes, estas novelas sin ser anti-revolucionarias se rebelan contra el discurso revolucionario: sacan a relucir aquellos hechos que extraviaban o desnaturalizaban la lucha y que habían sido silenciados por los propios revolucionarios. En Los compañeros de Marco Antonio Flores y La diáspora de Horacio Castellanos Moya, el individuo vuelve a encontrarse solo, enfrentado a las ideologías y sin hallar un camino cierto. Los personajes se debaten entre los

impulsos de su individualidad y el peso de su anterior compromiso social, entre el rechazo de los descarríos de la lucha armada y la conciencia de la necesidad de transformar la sociedad.

El cese de los enfrentamientos armados a que se asiste en el presente en Centroamérica y su traslado a la arena política indican que se cierra un capítulo en la historia social del istmo. No obstante, aunque no pueda preverse del todo lo que ocurrirá a partir de ahora, parece razonable suponer -como se decía al principio de este estudio- que el agotamiento de la empresa armada no conllevará necesariamente el fin de las iniciativas anti-coloniales ni de los movimientos de emancipación en la región. Más probable es que se asista a nuevos ensayos y nuevas propuestas políticas de desarrollo y justicia social por parte de los sectores preocupados aún porque las estructuras de las sociedades respondan efectivamente a las necesidades nacionales y a mitigar la miseria.

Para la narrativa revolucionaria, el cese al fuego marca también un límite, no porque vaya a dejar de escribirse sobre estos acontecimientos, sino porque al terminar la coincidencia temporal entre los textos y los años de lucha armada activa, se inaugura necesariamente una nueva etapa en la que los discursos provendrán desde puntos de vista históricos nuevos,

distanciados en el tiempo de las confrontaciones violentas y conectados con nuevas situaciones políticas y sociales.

En todo caso, la continuidad del pensamiento crítico, más allá del capítulo revolucionario, hace que sea razonable esperar también nuevas o inéditas formulaciones narrativas que de él se desprendan. Hasta ahora, la narrativa revolucionaria muestra haber conocido una variada gama de tipos de textos; muestra haberse mantenido vinculada a la más actual narrativa hispanoamericana y a corrientes narrativas norteamericanas y europeas, y haber contribuido a la gestación de modelos textuales. Inserta dentro del *post-boom*, ha contribuido a conquistar un nuevo lugar en el espacio de las letras al discurso narrativo de los sujetos y naciones de las regiones pobres del mundo.

Constituye un acontecimiento singular en este proceso, el que para ofrecer una justa apreciación del fenómeno narrativo, sea forzoso ahora para los estudios literarios considerar textos no ficticios como los que constituyen buena parte de la narrativa testimonial. Los críticos estiman que en los tiempos actuales se asiste a una transformación global de los paradigmas literarios que afecta tanto la producción como la recepción de los textos. Una transformación que se encuentra vinculada con la necesidad más radical, y no ajena a motivaciones políticas, de conquistar un lugar apropiado para

los discursos ignorados o semiolvidados de relevancia histórica y cultural del continente. De ahí que, por ejemplo, pueda verse coincidir en los estudios literarios hispanoamericanos contemporáneos, el abordaje de las narrativas testimoniales con el de los textos históricos narrativos de la época colonial. Walter Mignolo y Rolena Adorno, al reflexionar sobre las implicaciones de estos estudios señalan este cambio en el terreno de las disciplinas literarias: "La noción de literatura se reemplaza por la de discurso -señala esta última autora- porque el concepto de la literatura se limita a ciertas prácticas de escritura, europeas o eurocéntricas, mientras que el discurso abre el terreno del dominio de la palabra y de muchas voces no escuchadas." ¹

Más allá del contexto hispanoamericano, el cambio en los paradigmas literarios y la reivindicación de éstas literaturas antes marginales, se asocian con el fenómeno más general de la posmodernidad, en el sentido de que esas literaturas que han supuesto la emergencia de nuevas razones y de nuevas voces en el espacio de la cultura escrita, desde los tiempos actuales o desde otros tiempos, y desde regiones periféricas y subdesarrolladas, confrontan el discurso de ese abstracto sujeto central hegemónico (europeo-occidental-capitalista) con la intención de provocar una reestructuración en el orden conceptual y en última instancia material sobre el que descansan las relaciones de convivencia global.

Como señala Jean François Lyotard, un movimiento de liberación -del tipo en el que ha estado implicada la narrativa centroamericana contemporánea- no es necesariamente un signo seguro de emancipación de la humanidad, como tampoco lo es la apertura de un nuevo mercado, pero es sin duda expresión de esa rebeldía característica de la época actual ante el sentido de la historia universal, ante la razón como la razón del poder y ante el sujeto hegemónico excluyente que se autoerige como beneficiario del orden. Como señala Lyotard, la posmodernidad surge de la "irreparable sospecha de que la historia universal con seguridad no conduce 'hacia lo mejor'... o más bien que la historia no necesariamente tiene una finalidad universal" y que de consiguiente debe ser replanteada y el futuro interrogado desde los distintos sujetos y las distintas culturas ².

Es ilustrativo al respecto el hecho de que el proceso seguido por la narrativa revolucionaria centroamericana coincida entre 1967 y 1992 con el otorgamiento de dos premios Nobel significativos para la región: el de Miguel Ángel Asturias, que patentizó un reconocimiento a la labor literaria y humanística de la élite intelectual que protagonizó el *boom*, y el de Rigoberta Menchú, conocida universalmente por su testimonio -típicamente representativo del *post-boom*- que supuso la legitimación, en el quinto centenario de la conquista de América, de las luchas de liberación de los pueblos indígenas y oprimidos del continente. El que el premio de Menchú no fuera

literario no impide apreciar el estrecho vínculo entre el proceso social y el proceso textual a que responde: una conjunción de procesos que ha llevado en la práctica a traspasar las fronteras convencionales de la literatura para hacer valer una propia historia y una propia verdad. Evidentemente, si las luchas de liberación por sí mismas y a través de sus textos conquistan cada vez una acogida internacional más atenta, esto se debe entre otras cosas a que la convivencia global se sigue jugando en buena medida todavía en las regiones del Tercer Mundo.

Notas al Capítulo Siete

1. ADORNO, Rolena "Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos" en Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año XIV, No. 28, Lima, 1988 p11. Walter Mignolo fue el que propuso que estamos presenciando la emergencia de un paradigma nuevo en el terreno de las disciplinas literarias en "La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)" en Dispositivo volumen 10, números 28-29, 1986 pp137-161.

2. "La modernidad, -señala Lyotard- al menos desde hace dos siglos, nos ha enseñado a desear la extensión de las libertades políticas, de las ciencias, de las artes y de las técnicas. Nos ha enseñado a legitimar este deseo porque este progreso -decía- habría de emancipar a la humanidad del despotismo, la ignorancia, la barbarie y la miseria. La república es la humanidad ciudadana. Este progreso se encara actualmente bajo el más vergonzoso de los nombres: desarrollo. Pero ha llegado a ser imposible legitimar el desarrollo por la promesa de una emancipación de toda la humanidad. Esta promesa no se ha cumplido. El perjurio no se ha debido al olvido de la promesa, el propio desarrollo impide cumplimentarla. El neoanalfabetismo, el empobrecimiento de los pueblos del Sur y del Tercer Mundo, el desempleo, el despotismo de la opinión y, por consiguiente, el despotismo de los perjuicios amplificados por los *media*, la ley de que es bueno lo que es 'perforante' todo eso no es la consecuencia de la falta de desarrollo sino todo lo contrario. Por eso, ninguno se atreve a llamarlo progreso." LYOTARD, Jean-François La posmodernidad (explicada a los niños) Barcelona, Gedisa, 1987 p110.

8. BIBLIOGRAFÍA

8.1. Narrativa de los procesos revolucionarios centroamericanos 1960-1990.

ALEGRÍA, Claribel Album Familiar (1982) 2a ed., San José de Costa Rica, EDUCA, 1984.

ALEGRÍA, Claribel Despierta, mi bien, despierta San Salvador, UCA Eds. 1986.

ALEGRÍA, Claribel y D.J.Flakoll No me agarran viva. La mujer salvadoreña en lucha San Salvador, UCA Editores, 1987

AMNISTÍA INTERNACIONAL (ed.) "Ejecuciones extrajudiciales en gran escala en zonas rurales bajo el gobierno de General Efraín Ríos Montt" Guatemala. Crónica de las violaciones de los derechos humanos. Madrid, Amnistía Internacional, 1987.

ARELLANO, JORGE EDUARDO Timbucos y Calandracas Managua, Ediciones Primavera Popular, 1982.

ARGUETA, Manlio El Valle de las Hamacas (1970) 2a edición San José, Costa Rica, EDUCA, 1976. 158 pgs.

ARGUETA, Manlio Caperucita en la zona roja La Habana, Premio Casa de las Américas, 1977. 217 pgs.

ARGUETA, Manlio Un día en la vida (1980) 2a ed. San José EDUCA, 1981.

ARGUETA, Manlio Cuzcatlán donde bate la Mar del Sur, Tegucigalpa, Edit. Guaymuras, 1986. 285 pgs.

BARRIENTOS, Alfonso Enrique El Desertor Guatemala, Eds. Círculo Literario no. 3, 1961. 385pgs.

BELLI, Gioconda La mujer habitada Managua, Edit. Vanguardia 1988. 338 pgs.

BORGE, Tomás Carlos, el amanecer ya no es una tentación La Habana, Casa de las Américas, 1980.

- BORGE, Tomás La paciente impaciencia (1989) 4a ed. Managua, Editorial Vanguardia, 1990.
- BURGOS, Elizabeth (ed.) Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia (1983) México, Siglo XXI Editores, 2a ed. 1986.
- CABEZAS LACAYO, Omar La montaña es algo más que una inmensa estepa verde La Habana, Premio Casa de las Américas, 1982. 255 pgs.
- CABEZAS LACAYO, Omar Canción de amor para los hombres libres Managua, Edit. Nueva Nicaragua, 1988, 520 pgs.
- CARPIO, Salvador Cayetano Secuestro y capucha (1979) 4a ed., El Salvador, s.e., 1980.
- CASTELLANOS MOYA, Horacio La diáspora San Salvador, UCA Editores, 1989. 184 pgs.
- CHÁVEZ ALFARO, Lizandro Trágame Tierra México, Editorial Diógenes, 1969. 282 pgs.
- DALTON, Roque (Ed.) Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador. San José, EDUCA, 1972.
- DALTON, Roque Pobrecito poeta que era yo... (1976) 4a ed. San José, EDUCA, 1989. 476 pgs.
- DIAZ LOZANO, Argentina Eran las doce... y de noche México, Costa Amic Editores, 1976. 181 pgs.
- DÍAZ, Nidia Nunca estuve sola San Salvador, UCA Editores, 1988.
- DOBLES, Fabián En el San Juan hay tiburón San José Costa Rica, Edit. L'Atelier, 1967. 112 pgs.
- ESCOBAR GALINDO, David Una grieta en el agua Segundo Premio Centroamericano de Novela Breve "Rafael Osejo, San José, Costa Rica, 1971. 68 pgs.
- ESCOTO, Julio El árbol de los pañuelos (1972) 3a ed. San Pedro Sula, Honduras, 1991.
- FLORES, Marco Antonio Los compañeros Joaquín Mortiz, México, 1976. 237 pgs.
- GUARDIA, Gloria El último juego San José Costa Rica, EDUCA, 1977. 197 pgs.
- MARTÍNEZ, Ana Guadalupe La cárceles clandestinas de El

Salvador, San Salvador, 1978.

MORALES, Mario Roberto Los demonios salvajes, Guatemala, Premio Centroamericano 15 de Septiembre, Departamento de Publicaciones de la Dirección General de Cultura y Bellas Artes, 1978.

MORALES, Mario Roberto El esplendor de la Pirámide San José, Costa Rica, 1986.

PAU TRAYNER, María y Roser Solá (eds.) Ser madre en nicaragua. Testimonios de una historia no escrita Edit. Icaria, Edit. Nueva Nicaragua, Barcelona, 1988.

PAYERAS, Mario Los días de la selva La habana, Premio Casa de las Américas, 1980. 115 pgs.

RAMIREZ, Sergio ¿Te dio miedo la sangre? (1977) Barcelona, Edit. Argos de Vergara, 1983. 281 pgs.

RANDALL, Margaret (ed.) Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense de hoy... México, Siglo XXI Editores, 1980.

8.2. Bibliografía General

AA. VV. CENTRAL AMERICA PROSE FICTION BIBLIOGRAPHY HANDBOOK OF LATIN AMERICAN STUDIES University of Florida Press Gainesville Vols.23-40, 1961-1978, University of Texas Press, Austin, vols.42-48, 1980-1986.

AA. VV. Panorama Actual de la literatura latinoamericana, Madrid, Edit. Fundamentos, 1971.

AA. VV. La política de Reagan y la crisis en Centroamérica, San José, EDUCA, 1982.

ABDEL-MALEK, Anouar "Cultura y creación intelectual" en GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (Coord.) Cultura y creación intelectual en América Latina México, 2a ed. Siglo XXI eds., 1989, pgs. XIV-XVII.

ACEVEDO, Ramón Luis "Imagen de El Salvador en tres novelas salvadoreñas" Cruz Ansata número 2, Central Bayamon, 1979, pgs. 93-109.

ACEVEDO, Ramón Luis La novela centroamericana. Desde el

Popol Vuh hasta los umbrales de la novela actual Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1982.

ACEVEDO, Ramón Luis "La novela centroamericana actual: una trilogía representativa de la cosecha del '88" Centroamericana Bulzoni Editori número 2 Milán, 1991.

ACHUGAR, Hugo "Historias paralelas/ historias ejemplares: la Historia y la voz del otro" Revista de Crítica literaria latinoamericana año 18, no. 36, Lima, 1992, pgs. 49-71

ADORNO, Rolena "Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos" en Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año XIV, no. 28, Lima, 1988 pgs. 11-27.

AGENCIA EFE 1985/1986 Madrid, Espasa Calpe, 1985.

ALBALADEJO, Tomás Semántica de la narración: la ficción realista Madrid, Taurus, 1992

ALBIZUREZ PALMA, Francisco Diccionario de autores guatemaltecos Guatemala, Tipografía Nacional, 1984.

ALEGRÍA, Claribel y D.J.Flakoll Nicaragua: la revolución sandinista. Crónica política 1855-1978 México, Ed.Era, 1982.

ALEGRÍA, C. y D.J.Flakoll "La Encrucijada Salvadoreña" Presente 2a Etapa números 144 a 151, enero-diciembre Tegucigalpa, 1989.

AMAYA AMADOR, Ramón Prisión verde (1950) Tegucigalpa, Editorial Universitaria, 1990.

AMNISTÍA INTERNACIONAL Guatemala. Crónica de las violaciones de los derechos humanos. Madrid, Amnistía Internacional, 1987.

AMOROS, Andrés Introducción a la novela contemporánea Madrid, Cátedra, 1976.

ARELLANO, Jorge Eduardo Panorama de la literatura nicaragüense 5ta ed. Managua, Edit. Nueva Nicaragua, 1986.

ARIAS, Arturo Literatura y sociedad durante la revolución guatemalteca, 1944-1954 La Habana, Casa de las Américas, 1979.

- ARIAS, Arturo "Contexto teórico-metodológico para un estudio de la narrativa centroamericana" Imaginaria Revista de literatura números 4 y 5, Tegucigalpa, 1987, pgs. 14-17.
- ARMSTRONG, Robert y Janet S. Rubin El Salvador. El rostro de la revolución 4a ed., San Salvador, UCA Editores, 1976.
- ASTURIAS, Miguel Ángel Viento fuerte 3a ed., Buenos Aires, Ed. Losada, 1962.
- ASTURIAS, Miguel Ángel El Señor Presidente 5ta ed. San José, EDUCA, 1984.
- ASTURIAS, Miguel Ángel Los ojos de los enterrados 2a ed. Buenos Aires, Ed. Losada, 1961.
- ASTURIAS, Buenos Aires, Papa verde Buenos Aires, Losada, 1954
- BAEZA FLORES, Alberto "Radiografía del escritor centroamericano" Mundo Nuevo números 51-52, sep-oct 1970, pgs. 53-60.
- BAHR, Eduardo El narrador en Honduras y sus contradicciones fundamentales Primer Encuentro de Escritores de Honduras, Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Tegucigalpa, 1971.
- BAJTIN, Mijail Estética de la creación verbal. México, SXXI, 1982.
- BARNET, Miguel "La novela testimonio: Socio-Literatura" Revista Unión VIII, no. 1, 1969.
- BARNET, Miguel Biografía de un cimarrón La habana, Academia de ciencias de Cuba, 1966.
- BENEDETTI, Mario Benedetti "La cultura del hombre de acción y la creación intelectual" en GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (Coord.) Cultura y creación intelectual en América Latina 2a ed., México, Siglo XXI eds., 1989, pgs. 130-140.
- BEVERLY, John "Anatomía del testimonio" Revista de crítica literaria latinoamericana Año 13, no. 25, Lima, 1987, pgs. 7-16.
- BEVERLY, John "Introducción" [número especial sobre el testimonio] Revista de Crítica Literaria latinoamericana Año 18, no. 36, 1992, pgs. 7-18.
- BEVERLY, John y Marc Zimmerman

Literature and Politics in the Central America Revolutions
Austin, University of Texas Press, 1990.

- BOGANTES, Claudio y Ursula Kuhlmann "El surgimiento del realismo social en Centroamérica 1930-1970" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana número 17, Lima, 1987, pgs. 39-64.
- BOOTH, John The end and the beginning. The Nicaraguan Revolution Colorado, Westview Special Studies on Latin America and the Caribbean, 1982.
- BRUSHWOOD, J.S. México en su novela. Una nación en busca de su identidad. México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- BRUSHWOOD, J.S. La novela hispanoamericana del siglo XX una vista panorámica México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- BUENO, Salvador "Ideologías, literatura y sociedad en la revolución guatemalteca" Revista Casa de las Américas Año XX, número 120, La Habana, 1980, pgs. 171-175.
- CABRERA, Roberto "El artista en la sociedad centroamericana" Revista Alero mayo-junio, Guatemala, 1975, pgs. 64-68.
- CAMACHO, Daniel y Manuel Rojas (Coordinadores) La crisis centroamericana San José, EDUCA, 1984
- CANEPA, Gina "Literatura femenina latinoamericana y los presupuestos metodológicos de A. Losada" ACTAS Asociación de Estudios de Literaturas y sociedades de América Latina, Geissen/New Chatel, 1986, pgs. 69-80.
- CARIAS, Marcos La década de los setenta Tegucigalpa, Universidad Nacional Autónoma de Honduras, 1981.
- CARR, Robert "Representando el testimonio": notas sobre el cruce divisorio primer mundo/ tercer mundo, Revista de Crítica Literaria latinoamericana Año 18, no. 36, Lima, 1992, pgs. 74-94.
- CASTELLANOS MOYA, Horacio Recuento de Incertidumbres. Cultura y transición en El Salvador San Salvador, Ediciones Tendencias, 1993.
- CEA, José Roberto "Algunos problemas de la creación" Revista Alero, mayo, Guatemala, 1971, pgs. 14-16.
- CEA, José Roberto "Escribir en un país dependiente" Revista Alero, mayo-junio, Guatemala, 1975, pgs. 69-73.

- COLL, Edna Índice informativo de la novela hispanoamericana
Tomo II Centroamérica Puerto Rico, Edit. Universitaria,
1976.
- COLLAZOS, Oscar, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa
Literatura en la revolución y revolución en la
literatura, Siglo XXI, 1970.
- CORNEJO POLAR, Antonio "El indigenismo y las literaturas
heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural" Revista
de crítica literaria latinoamericana Año 5, ns. 7-8,
Lima, 1978 pgs. 7-21.
- CORNEJO POLAR, Antonio "Los sistemas literarios como
categorías históricas, elementos para una discusión"
Revista de crítica literaria latinoamericana Año 15,
no. 29, Lima, 1989, pgs. 19-24
- CHASE, Alfonso Narrativa contemporánea de Costa Rica San
José, Ministerio de Cultura, 1975.
- CHÁVEZ ALFARO, Lizandro "Nación y narrativa nicaragüense"
Revista Casa de las Américas Año XX, número 120, La
Habana, 1980 pgs. 69-73.
- DALTON, Roque y otros El intelectual y la sociedad México
Siglo XXI, 1981.
- DALTON, Roque Recopilación de textos sobre Roque Dalton La
Habana. Casa de las Américas, 1981.
- DELLEPIANE, Angela "La novela del lenguaje" en BLEZNICK,
Donald W. Variaciones interpretativas en torno a la
nueva narrativa hispanoamericana Santiago de Chile,
Helmy F. Giacomani Ed. 1972, pgs. 63-75.
- DORFMAN, Ariel Imaginación y violencia en América Latina
Barcelona, Anagrama 2a ed. 1972.
- ESCOTO, Julio "Tres asaltos sobre la novela hondureña"
Revista Crítica número 10 La Nación Internacional 24-30
de mayo, San José C.R., 1984, pgs. 11-13
- FALLAS, Carlos Luis Mamita Yunai, San José, Imprenta Soley y
Valverde, 1941.
- FERNÁNDEZ MORENO, César (Coordinador) América latina en su
literatura México, Siglo XXI editores, 1972.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto "Algunos problemas teóricos de la
literatura hispanoamericana" Revista de Crítica

literaria latinoamericana Año 1, no. 1, Lima, 1975,
pgs. 7-37

FINKIELKRAUT, Alain La derrota del pensamiento Barcelona,
4ta ed. Ed. Anagrama 1988

FLORES, Lauro "Ideología y cultura en la autobiografía
chicana" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana
Año 18, no. 36, Lima, 1992.

FLORES, Marco Antonio "La difusión del libro en
Centroamérica" Revista Alero octubre, Guatemala 1971
pgs. 21-35.

FLORES, Marco Antonio "Una generación de poetas en el
contexto de la violencia" Revista Alero diciembre,
Guatemala, 1970.

FRANCO, Jean "Memoria, narración y repetición: la narrativa
hispanoamericana en la época de la cultura de masas" en
Más allá del boom, literatura y mercado México, Marcha
Editores, 1981, pgs. 111-129.

FRANCO, Jean "Si me permiten hablar: la lucha por el poder
interpretativo" Revista de Crítica Literaria
Latinoamericana Año 18, no. 36, Lima, 1992, pgs.
109-115.

GALICH, Franz "El proceso narrativo guatemalteco posterior a
Miguel Ángel Asturias" Tzolkin año I, Vol. I número 21,
Guatemala, 1987.

GALICH, Manuel y Arqueles Morales "Nueva literatura
guatemalteca" en Panorama de la literatura
hispanoamericana Madrid, Edit. Fundamentos, 1971, pgs.
39-58.

GÁLVEZ ACERO, Marina La novela hispanoamericana
contemporánea, Madrid, Taurus, 1987.

GARCÍA BERRIO, Antonio Teoría de la literatura Madrid,
Cátedra, 1989.

GARCÍA MONGE, Joaquín. "El Moto" Obras escogidas, 2a ed.,
San José, 1981.

GARRELS, Elizabeth "Resumen de la discusión" Más allá del
boom, literatura y mercado México, Marcha Editores,
1981 pgs. 281-326.

GOLDMANN, Lucien Para una sociología de la novela Madrid,

Edit. Ayuso, 1975.

GONZÁLEZ, José y Antonio Campos Guatemala. Un pueblo en
lucha Madrid, Edit. Revolución, 1983.

GONZÁLEZ, Paulino "Las luchas estudiantiles en Centroamérica
1970-1983" en Movimientos Populares en Centroamérica
(Coordinador Daniel Camacho y Rafael Mejívar). San
José, EDUCA, 1985.

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (Coord.) Cultura y creación
intelectual en América Latina México, 2a ed. Siglo XXI
eds., 1989.

GONZÁLEZ DAVISON, Fernando El escritor y los problemas
socioeconómicos Encuentro de Escritores de Guatemala,
Guatemala, 1988.

GRACIERENA, Jorge "Creación intelectual, estilos
alternativos de desarrollo y futuro de la civilización
industrial" en GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (Coord.)
Cultura y creación intelectual en América Latina
México, 2a ed. Siglo XXI eds., 1989, pgs. 1-24.

GUARDIA, Gloria Aspectos de la creación novelística
centroamericana Primera Feria Centroamericana del libro
hispanoamericano, 1979.

GUEVARA, Ernesto Che "Pasajes de la guerra revolucionaria"
en Obra Revolucionaria 6ta ed. México, Eds. Era, 1974.

GUTIÉRREZ, Joaquín Puerto Limón (1950) 2a ed. San José,
1968.

HARNECKER, Marta Pueblos en armas Managua, Edit. Nueva
Nicaragua, 1985.

HARNECKER, Marta La revolución social: Lenin y América
Latina Buenos Aires, Contrapunto, 1986.

HARSS, Luis Los nuestros Buenos Aires, Edit. Sudamericana,
1980.

HOLLOWELL, John Realidad y ficción. El nuevo periodismo y la
novela de no ficción México, Noema Editores, 1979.

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLÍTICOS PARA AFRICA Y AMÉRICA LATINA
Tercer Mundo Madrid, IEPALA, 1991.

JAMESON, Frederic "De la sustitución de importaciones
literarias y culturales en el tercer mundo" Revista de

- Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, no. 36, Lima, 1992, pgs. 117-133.
- JARA, René y Vidal Hernán Testimonio y literatura Minneapolis, Institute for the Study of Ideologie and Literature, 1986.
- JONÁS, Susanne Guatemala. Una historia inmediata México, Siglo XXI Editores, 1976.
- JONHSON, David "The North American in Sandinista Novel" Annals of Southeastern Conference on Latinamerica Studies West Georgia College Carrollton, no. 8, mar. 1977, pgs. 30-37.
- LEIKEN, Robert S. (ed.) Central America. Anatomy of Conflict New York, Pergamon Press, 1984.
- LOSADA, Alejandro "Los sistemas literarios como instituciones sociales en América Latina" Revista de Crítica literaria latinoamericana Año 1, no. 1., Lima, 1975, pgs. 39-60.
- LOSADA, Alejandro "Articulación, periodización y diferenciación de los procesos literarios en América Latina" en Revista de Crítica Literaria Latinoamericana número 17, Lima, 1983, pgs. 7-64.
- LOSADA, Alejandro "La historia social de la literatura latinoamericana" Revista de Crítica literaria latinoamericana Año 11, no. 24, Lima, 1986 pgs. 21-29
- LUKACS, G. "Teoría de la novela" en El alma y las formas y la teoría de la novela, Barcelona, Eds. Grijalbo, 1970.
- LYOTARD, Jean-François La posmodernidad (explicada a los niños) Barcelona, Gedisa, 1987.
- MARCOS, Juan Manuel De García Márquez al post-boom Madrid, Orígenes 1986.
- MARTÍNEZ BONATI, Felix La ficción (su lógica y ontología) Murcia, Universidad, 1992
- MEJIA, Jose "Prologo" a FLORES, Marco Antonio Los compañeros 2a ed. Guatemala, Ed. Oscar de León Palacios/Palo de Hormigo, 1992.
- MENEN DESLEAL, Alvaro "Las actuales letras salvadoreñas" en Panorama de la literatura Latinoamericana, Madrid, Edit. Fundamentos, 1972, pgs. 67-78.

- MENTON, Seymour Historia crítica de la novela guatemalteca Guatemala, Edit. Universitaria, 1960
- MENTON, Seymour "La narrativa centroamericana 1960-1970" Nueva Narrativa Hispanoamericana vol.2 número 1, enero 1972.
- MENTON, Seymour Prose fiction of the cuban revolution University of Texas Press, Austin 1975
- MENTON, Seymour La narrativa de la revolución cubana Madrid, Playor, 1978
- MIGNOLO, Walter "La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)" en Dispositio volumen 10, números 28-29, 1986, pgs. 137-161.
- MONTEFORTE TOLEDO, Mario El escritor y la política Encuentro de Escritores de Guatemala, Guatemala, 1988.
- MORALES, Mario Roberto "La novela centroamericana contemporánea" Tragaluz número 11, mayo, Tegucigalpa, 1986, pgs. 25-27.
- MORALES, Mario Roberto "La nueva novela guatemalteca y sus funciones de clase: la política y la ideología" Tragaluz número 11, mayo, Tegucigalpa, 1986 pgs. 21-24
- MORALES, Mario Roberto "La nueva novela guatemalteca: expresión cultural de las capas medias" Centroamericana Bulzoni número 2, Milán, 1991.
- MORALES SARAIVIA, José "Mínimo marco teórico para una historia social de las literaturas latinoamericanas" Revista de Crítica literaria latinoamericana Año 15, no. 30, Lima, 1989 pgs. 141-182.
- MORAN, Fernando Novela y semidesarrollo Madrid, Taurus, 1971.
- NAVARRO, Desiderio "Eurocentrismo y antieurocentrismo en la teoría literaria de América Latina" Revista de Crítica literaria latinoamericana Año 7, no. 16, Lima, 1982, pgs. 7-26.
- ORTEGA, Julio Relato de la utopía. Notas sobre narrativa cubana de la revolución Barcelona, 1973
- OSSES, Esther María La novela del imperialismo en Centroamérica Maracaibo, Universidad de Zulia, 1986.

- PERALES, Iosu Chalatenango. Un viaje por la guerrilla salvadoreña Madrid, Edit. Revolución, 1986.
- PICADO GÓMEZ, R. "Literatura, ideología y crítica. Notas para un estudio de la literatura costarricense" Repertorio Americano Año V, número 4, jul-ago-sep Costa Rica, 1979, pgs. 1-27.
- PORTAL, Marta Proceso narrativo de la revolución mexicana Madrid, Eds. Cultura Hispánica, 1977.
- QUIJADA URIAS, Alfonso "Sobre El Valle de las Hamacas" Cultura número 55, ene-mar, San Salvador 1970.
- RAMA, Ángel "El boom en perspectiva" en AA. VV. Más allá del boom. Literatura y mercado Marcha Eds. México, 1981 pgs. 51-111.
- RAMA, Ángel Novísimos narradores hispanoamericanos 1964/1980 México, Marcha Eds. 1981.
- RAMA, Ángel Transculturación narrativa en América Latina México, Siglo XXI Eds. 1982.
- RAMIREZ, Sergio "La narrativa centroamericana actual" en Antología del cuento centroamericano San José, EDUCA, 1973.
- RAMIREZ, Sergio (Selección, introducción y notas) Antología del cuento centroamericano San José, EDUCA, 1973.
- RAMIREZ, Sergio "Seis falsos golpes contra la literatura centroamericana" en Balcenes y volcanes y otros ensayos y trabajos Buenos Aires, Editorial Nueva América, Col.Nueva Nicaragua, 1985, pgs. 119-138.
- RANDALL, Margaret "¿Qué es y cómo se hace un testimonio" (1979) Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, no. 36, Lima, 1992, pgs. 21-29.
- RODRÍGUEZ CORONEL, Rogelio "La novela de la revolución cubana en sus primeros años" Novela de la revolución y otros temas La Habana, Edit. Letras Cubanas, 1983.
- ROSENTHAL, Gert "Principales rasgos de la evolución de las sociedades centroamericanas desde la post-guerra" en Centroamérica. Crisis y política internacional 2a ed., México, Siglo XXI editores, 1985.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto Proceso y contenido de la novela hispanoamericana Madrid, Gredos, 1953.

- SCHULZ, Donald y Douglas Graham (eds.) Revolution and Counterrevolution in Central America Reality Boulder and London, Westview Press, 1984.
- SEPULVEDA, Mélida El tema del canal en la novela panameña Caracas, Universidad Andrés Bello, 1975.
- SKARMETA, Antonio "Al fin y al cabo, es su propia vida la cosa más cercana que cada escritor tiene para echar mano" en AA.VV. Más allá del boom. Literatura y mercado Marcha Editores, México, 1981, pgs. 263-286.
- SKLODOWSKA, Elzbieta "Miguel Barnet: hacia la poética de la novela testimonial" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 14, no. 27, Lima, 1988, pgs. 137-149.
- SKLODOWSKA, Elzbieta "Testimonio mediatizado: ¿ventriloquia o heteroglosia? (Barnet/Montejo; Burgos/Menchú Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 19, no. 38, Lima, 1993 pgs. 81-90
- SOMMER, Doris "Sin secretos (sobre el testimonio de Rigoberta Menchú) Revista de Crítica Literaria latinoamericana Año 18, no. 36, Lima, 1992 pgs. 135-144
- SOMMERS, Joseph "Literatura e ideología: el militarismo en las novelas de Vargas Llosa" Revista de crítica literaria latinoamericana Año 5, no. 10, Lima, 1979, pgs. 9-39.
- SOSNOWSKI, Saúl "Lectura sobre la marcha de una obra en marcha" en "La visión de los novísimos" Más allá del boom, literatura y mercado Marcha Eds., México, 1981, pgs. 191-236.
- SOTO-HALL, Máximo El problema 2a ed. Guatemala, Imprenta El Nacional, 1911.
- SSACHNO, Helen von Literatura soviética posterior a Stalin Madrid, Guadarrama, 1968.
- SWINGWOOD, Allan Novela y revolución México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- THOMAS, Hugh Cuba. La lucha por la libertad 1762-1970 México, Eds. Grijalbo 1974 3vols.
- TIRADO, Manlio La crisis política de El Salvador, México, Ediciones Quinto Sol, 1980
- TORRES, Edelberto "Literatura nicaragüense" Panorama de la

literatura hispanoamericana Madrid, Fundamentos, 1971
pgs. 199-114.

TORRES RIVAS, Edelberto Crisis del poder en Centroamérica San José, EDUCA, 1981.

TREJO, Fuentes Ensayos sobre novela mexicana México, UNAM, 1987.

YUDICE, George "Testimonio y concientización" Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año 18, no. 36, 1992
pgs. 207-227.

VERA LEON, Antonio "Hacer hablar la transcripción testimonial" Revista de Crítica literaria latinoamericana Año 18, no. 36, Lima, 1992, pgs. 181-190.

WERSHOW, Irwing R. "The contemporary novel of Central America" The Caribbean. The Central America Area Edit. A Curtis Wilgus, Florida University Press, 1961, pgs. 213-261.

ZAVALA, Magda La novela centroamericana hacia el fin del siglo: 1970-1985 Tesis inédita, Louvain-la-Neuve, 1991.

ZEAL, Leopoldo Conciencia y posibilidad del mexicano México, Edit. Porrúa, 1952.

ZIMMERMANN, Marc "El otro de Rigoberta: Los testimonios de Ignacio Bizarro Ujpan y la resistencia indígena en Guatemala" Revista de Crítica literaria latinoamericana Año 18, no. 36, Lima 1992 pgs. 229-234.

8.3. APENDICE:

Índice Bibliográfico de la Novela centroamericana de 1960 a 1990.

8.3.1 Bibliografías

AA. VV. CENTRAL AMERICA PROSE FICTION BIBLIOGRAPHY HANDBOOK OF LATIN AMERICAN STUDIES University of Florida Press Gainesville Vols.23-40, 1961-1978, University of Texas Press, Austin, vols.42-48, 1980-1986.

AA. VV. Panorama Actual de la literatura latinoamericana, Madrid, Edit. Fundamentos, 1971.

- ACEVEDO, Ramón Luis La novela centroamericana. Desde el Popol Vuh hasta los umbrales de la novela actual Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1982.
- ALBIZUREZ PALMA, Francisco Diccionario de autores guatemaltecos Guatemala, Tipografía Nacional, 1984.
- ARELLANO, Jorge Eduardo Panorama de la literatura nicaragüense 5ta ed. Managua, Edit. Nueva Nicaragua, 1986.
- COLL, Edna Índice informativo de la novela hispanoamericana Tomo II Centroamérica Puerto Rico, Edit. Universitaria, 1976.
- CHASE, Alfonso Narrativa contemporánea de Costa Rica San José, Ministerio de Cultura, 1975
- ESCOTO, Julio "Tres asaltos sobre la novela hondureña" Revista Crítica, número 10, La Nación Internacional 24-30 de mayo, San José C.R., 1984, pgs. 11-13.
- GALICH, Franz "El proceso narrativo guatemalteco posterior a Miguel Ángel Asturias" Tzolkin año I, Vol. I, número 21, Guatemala, 1987.
- GALICH, Manuel y Arqueles Morales "Nueva literatura guatemalteca" en Panorama de la literatura hispanoamericana Madrid, Edit. Fundamentos, 1971, pgs. 39-58.
- MENEN DESLEAL, Alvaro "Las actuales letras salvadoreñas" en Panorama de la literatura Latinoamericana, Madrid, Edit. Fundamentos pgs. 67-78
- MENTON, Seymour "La narrativa centroamericana 1960-1970" Nueva Narrativa Hispanoamericana vol.2 número 1, enero 1972.
- MORALES, Mario Roberto "La novela centroamericana contemporánea" Tragaluz número 11, mayo, Tegucigalpa, 1986, pgs. 25-27.
- MORALES, Mario Roberto "La nueva novela guatemalteca y sus funciones de clase: la política y la ideología" Tragaluz número 11, mayo, Tegucigalpa, 1986, pgs. 21-24.
- MORALES, Mario Roberto "La nueva novela guatemalteca: expresión cultural de las capas medias" Centroamericana Bulzoni número 2, Milán, 1991.

RAMIREZ, Sergio "La narrativa centroamericana actual"
en Antología del cuento centroamericano 3a ed. San
José, EDUCA, 1982.

SALINAS, Manuel y Rigoberto Paredes Literatura hondureña.
Tegucigalpa, Eds. Paradiso, 1985.

TORRES, Edelberto "Literatura nicaragüense" Panorama de la
literatura hispanoamericana Madrid, Fundamentos, 1971,
pgs. 199-114.

8.3.2 Costa Rica

ARCE, Luis Enrique
El lupanar San Isidro de El General, Costa Rica, Eds.
Tríptico, 1987. 54pgs.

ARGUELLO, Carlos Luis
El mundo de Juana Torres San José, Edit. Costa Rica,
1987.

BARAHONA, Dorelia (1959)
De qué manera te olvido México, Novaro, 1990.

CANAS, Alberto (1920)
Aquí y ahora San José, Edit. Costa Rica, 1965. 284pgs.
Feliz año, Chaves Chaves Buenos Aires, Edit. Cuarto
Poder, 1975.

Una casa en el barrio del Carmen San José, Edit. Costa
Rica, 1976.

La soda y el ferrocarril. San José, Edit. Costa Rica,
1983. 96pgs.

CERDEÑO, Rodolfo (1950)
El cuarto mundo San José, Camaleón,
1984.

CORTES, Carlos (1962)
Encendiendo un cigarrillo con la punta del otro Heredia,
Edit. Universidad Nacional, 1986.

CHASE, Alfonso (1945)
Los juegos furtivos San José, Edit. Costa Rica, 1968.
Las puertas de la noche San José, Edit. Costa Rica,
1974, 152 pgs.

DOBLES, Alvaro (1923)

El manchao San José Edit. Costa Rica, 1977. 308pgs.

Bajo el límpido azul. San José, Edit. Costa Rica, 1979.

DOBLES, Fabián (1918)

Los leños vivientes (1962) 2a ed. Edit. Costa Rica, 1979. 200pgs.

En el San Juan hay tiburón San José, Edit. L'Atelier, 1967, 112pgs.

Aguas turbias San José, Edit. Costa Rica, 1983.

Los años, pequeños días San José, Edit. Costa Rica, 1990.

DUNCAN, Quince (1940)

Hombres curtidos San José, Cuadernos de Arte Popular, 1971.

Los cuatro espejos San José, Edit. Costa Rica, 1973. 163pgs.

La paz del pueblo San José, Edit. Costa Rica, 1978. 193pgs.

Final de calle San José, Edit. Costa Rica, 1979. Premio Editorial Costa Rica 1978.

Kimbo San José, Educa, 1989.

DURAN AYANEGUI, Fernando

Tenés nombre de arcángel San José Eds. Guayacán, 1988. 122 pgs.

ELIZONDO ARCE, Hernán (1921)

Memorias de un pobre diablo San José, Edit. Costa Rica, 1964. 268 pgs.

La calle, el jinete y yo San José, Edit. Costa Rica, 1975.

Muerte al amanecer San José, Edit. Costa Rica, 1982.

Adiós Prestiño San José, Edit. Costa Rica, 1985.

FERRETO, Adela

Novela de Paquito San José, Editorial Costa Rica, 1983.

GARRO, Joaquín

Los pasos cotidianos San José, Edit. Costa Rica, 1979.

GONZÁLEZ, Luisa

A ras de suelo San José, Eds. Revolución, 1970.

GUTIÉRREZ, Joaquín (1918)

Murámonos Federico San José, Edit. Costa Rica, 1973. 228 pgs.

Te acordás hermano La Habana, Casa de las Américas, 1978. 218 pgs. Premio Casa de las Américas 1978.

HURTADO, Gerardo César (1949)

Irazú San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1972.

Así en la vida como en la muerte San José, EDUCA, 1975. 284 pgs.

Los parques San José, Edit. Costa Rica, 1975. 150 pgs.

Los vencidos San José, Edit. Costa Rica, 1977. 241 pgs. Premio Editorial Costa Rica 1976.

JIMÉNEZ, Otto (1918)

Árbol criollo Cartago, Irazú, 1964.

El no iniciado San José, Edit. Costa Rica, 1974.

MENJIVAR OCHOA, Rafael

Historia del traidor de nunca jamás San José, EDUCA, 1985.

MIRANDA, Alicia (1952)

San Isidro San José, Edit. Costa Rica, 1980.

Las huellas de abril San José, Guayacán, 1989.

MORA RODRÍGUEZ, Virgilio (1935)

Cachaza San José, Edit. Universitaria Costa Rica, 1977. 158 pgs.

De su historia hace mucho... San José, EDUCA, 1985 71 pgs.

NARANJO, Carmen (1930)

Los perros no ladraron San José, Edit. Costa Rica, 1966. 457 pgs.

Memorias de un hombre de palabra San José, Edit. Costa Rica, 1969.

Responso por el niño Juan Manuel San José, Eds. Conciencia Nueva, 1971. 192 pgs.

Diario de una multitud San José, EDUCA, 1974. 297 pgs.

Sobrepunto San José, EDUCA, 1985.

El caso 117.720 San José, Edit. Costa Rica, 1987.

PACHECO, León (1900-1979)

Los pantanos del infierno San José, Lehmann, 1969.

PINTO, Julieta (1922)

El sermón de lo cotidiano San José, Edit. Costa Rica, 1977. 105 pgs.

La estación que sigue al verano 1969. Cit en RAMIREZ, S. 1982 p45.

RIVAS RIOS, Hugo (1954-1992)

Esa orilla sin nadie San José, Eds. Guayacán, 1988. 209 pgs.

ROSSI, Anacristina (1952)

María la noche Barcelona, Lumen, 1985.

ROVINSKI, Samuel (1932)

Ceremonia de casta San José, Edit. Costa Rica, 1976. 167 pgs.

SÁNCHEZ, José León (1929)

La isla de los hombres solos San José, Imp. Tormo, 1964. 252 pgs.

Picahueso San José, Lehmann, 1971.

A la izquierda del sol Barcelona, Novaro, 1972.

Los gavilanes vuelan hacia el sur San José, Universidad Autónoma de Centroamérica, 1981.

Campanas para llamar al viento México, Grijalbo, 1989.

Tenochtitlan México, Grijalbo, 1989.

SOLIS BOLAÑOS, Hernán (1948)

Sexto, no exterminar San José, Edit. Costa Rica, 1984. 92 pgs.

SOTO, Rodrigo (1962)

La noche de los tiburones San José, Lehmann, 1977.

Siempre hay un nuevo día San José, Lehmann, 1983.

La estrategia de la araña s.l. (¿San José?), EDUCA, 1985
150 pgs.

Juegos de pobres San José, Edit. Costa Rica, 1987.

SUÑOL, Julio (1932)

Siempre hay un nuevo día San José, Edit. Lehmann, 1979.
202 pgs.

VALVERDE, César (1928)

La feliz inocencia San José, Edit. Costa Rica, 1982. 113
pgs.

VALLBONA, Rima de

Noche en vela San José, Edit. Costa Rica, 1967. 239 pgs.

Las sombras que perseguimos San José, Edit. Costa Rica,
1983.

8.3.3 El Salvador

ALEGRÍA, Claribel (1924)

Juego de espejos Fragmento de novela inédita aparecida
en REPERTORIO número 16, junio, 1970.

El detén Barcelona, Lumen, 1977. 76 pgs.

Album familiar San José, EDUCA, 1982. 61 pgs.

Despierta, mi bien, despierta San Salvador, UCA Eds.
1986.

ALEGRÍA, Claribel (1924) y Darwin J. Flakoll

Cenizas de Izalco Barcelona, Seix Barral, 1966.

ALLWOOD PAREDES, Juan

Osicala San Salvador, Edit. Espacta, 1984. 279 pgs.

ARGUETA, Manlio (1935)

El valle de las hamacas Buenos Aires, Edit.
Sudamericana, 1970. 158 pgs.

Caperucita en la zona roja La Habana, Casa de las

Américas, 1977. 217pgs.

Un día en la vida (1980) 2a ed. Madrid, Alfaguara, 1980.

Cuzcatlán, donde bate la mar del sur Tegucigalpa, Guaymuras, 1986. 285 pgs.

ARMIJO, Roberto

El asma de leviatán San Salvador, UCA Editores, 1990.

BALAGUER, Carlos

Si la muerte nos dejara otra primavera San Salvador, 1980.

CASAMALHUAPA, Amparo

El angosto sendero San Salvador, Tipografía Ungo, 1971. 148 pgs.

CASTELLANOS MOYA, Horacio

La diáspora San Salvador, UCA Editores, 1989. 184pgs.

CEA, José Roberto (1939)

El solitario de la habitación 5. Guión 3. San Salvador, Ministerio de Educación, Dirección General de Cultura, 1970. 33 pgs.

CRUZ, Norman

Durante el reino de los centauros 1960. Cit. en MENTON, S. 1972 p124.

DALTON, Roque (1933-1975)

Pobrecito poeta que era yo... San José, EDUCA, 1976.

ESCOBAR GALINDO, David (1944)

Una grieta en el agua San José, Ministerio de Cultura, 1972. 68 pgs.

La estrella cautiva San Salvador, Edit. Ahora, 1985. 75 pgs.

GONZALEZ MONTALVO, Ramón (1909)

Barbasco San Salvador, 1960.

LINDO, Hugo (1917)

El anzuelo de Dios (1956) 2a ed. San Salvador, Ministerio de Educación, Dirección General de Publicaciones, 1962. 255 pgs.

Justicia Señor Gobernador 1960. Cit. en MENTON, S. 1972, p124.

Cada día tiene su afán 1965. Cit. en RAMÍREZ, S. 1982,

p 39.

MENEN DESELEAL, Alvaro
Hacer el amor en el refugio atómico San José, EDUCA,
1972.

RUTILIO QUEZADA, José
Dolor de patria El Salvador, Clásicos Roxil, 1983. 307
pgs.

SALARRUE (Seudónimo de Salvador Salazar Arrué 1899-1975)
La sed de Sling Bader San Salvador, Ministerio de
Educación, 1971. 123 pgs.

Catleya luna San Salvador, Ministerio de Educación,
1974. 197 pgs.

SORTO, Manuel
Operación amor San Salvador, Edit. Universitaria, 1980.
63 pgs.

8.3.4 Guatemala

ALBIZUREZ PALMA, Francisco
Casa de curas y otras locuras Guatemala, Edit. Rin 78,
1982. 177 pgs.

ARDON, Enrique
Monseñor y Josefina Guatemala, Tipografía Nacional,
1972. 199 pgs.

AREVALO, Teresa
Emilia Guatemala, Landívar, 1961. 142 pgs.

ARIAS, Arturo (1950)
Después de las bombas México, Joaquín Mortiz, 1979. 195
pgs.

Itzam Na La Habana, Casa de las Américas, 1981. 297 pgs.

Jaguar en llamas Guatemala, Ministerio de Cultura y
Deportes, 1989.

ASTURIAS, Miguel Ángel (1899-1974)
Los ojos de los enterrados Buenos Aires, Edit. Losada,
1960.

Mulata de tal Buenos Aires, Edit. Losada, 1963. 280 pgs.

Maladrón Buenos Aires, Edit. Losada, 1969.

Viernes de dolores Buenos Aires, Edit. Losada, 1972. 314 pgs.

BARRIENTOS, Alfonso Enrique (1921)

El desertor Guatemala, Círculo Literario, 1961. 385 pgs.

Ancora en la arena Guatemala, Tip. Nacional, 1972. 298 pgs.

CARDOZA Y ARAGON, Luis (1904)

El río. Novela de Caballería México, 1987. Cit. en GALICH, F. 1987 p 168.

CARRILLO, Raúl (1930)

Lo que no tuvo nombre 1974 Cit en ALBIZUREZ P., F. 1984.

CIFUENTES, Edwin

Carnaval de Sangre en mi ciudad 1968. Cit en ALBIZUREZ P., F. 1984.

Jesús Corleto 1971. Id.

El pueblo y los atentados 1978. Id.

COJULUN BENDOYA, Carlos

El sendero de los búcares 1977. Cit en ALBIZUREZ P., F. 1984.

Violencia 1978 Id.

Enriqueta, el amor de una madre 1979. Id.

CONTRERAS VELEZ, Alvaro

¡A la orden de Usted General Otte! Guatemala, Edit. Prensa Libre, 1966. 232 pgs.

El blanco que tenía el asma negra Guatemala, Edit. Prensa Libre, 1966. 232p.

CHEVES, Amalia (1896)

Metal noble 1966. Cit en ALBIZUREZ P., F. 1984.

DAR LEE, Irina

Rosaura Guatemala, Artemis, 1988. 112 pgs.

ESTRADA, Hugo (1936)

Veneno tropical 1966. Cit en ALBIZUREZ P., F. 1984.

- FERGUSON, Gloria
La herencia del abuelo 1962. Cit en ALBIZUREZ P., F. 1984.
- FLORES, Marco Antonio (1937)
Los compañeros México, Joaquín Mortiz, 1976. 237 pgs.
- GARCÍA ESCOBAR, Carlos René
La llama del retorno Guatemala, Edit. RIN-78, 1984.
- GUERRERO, Ulises René (1943)
Los otros 1969. Cit en ALBIZUREZ P., F. 1984.
- JUÁREZ PAZ, Rigoberto
Retorno del sueño de los tiempos. Quinto relato contra el olvido. Guatemala, Sofarma, 1988. 65 pgs.
- LEMUS NAJERA, William
Una carta imaginaria de un hombre imaginario en el lecho marinero de la playa Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, 1987. 78 pgs.
- LION, Luis de
El tiempo principia en Xibalbá Guatemala, Edit. Serviprensa Centroamericana, 1985.
- LÓPEZ VALDIZON, José María (1929)
La sangre del maíz Guatemala, Eds. Nuevo Día, 1966. 197 pgs.
- MENDIZABAL, Julio
El señor D'Oregano Guatemala, Artemis, 1988. 72 pgs.
- MONTEFORTE TOLEDO, Mario (1911)
Llegaron del mar México, Edit. Joaquín Mortiz, México, 1966. 235 pgs.

Los desencontrados México, Joaquín Mortiz, 1976. 190 pgs.
- MONTENEGRO, Juan de Dios
La máscara Guatemala, Edit. San Antonio, 1968. 112 pgs.
- MONTERROSO, Augusto (1921)
Lo demás es silencio (1978) Barcelona, Plaza y Janés, 1985.
- MORALES, Mario Roberto
Los demonios salvajes s.l. (¿Guatemala?) Dirección General de Cultura y Bellas Artes, 1978.

El esplendor de la Pirámide San José, EDUCA, 1986.

PAZ Y PAZ, Leonor

La mujer del pelo largo Guatemala, Edit. Landívar, 1969.
202 pgs.

PAZ Y PAZ, Roberto (1927)

La inteligencia 1967. Cit en ALBIZUREZ P., F. 1984.

PELLECER, Carlos Manuel (1920)

Útiles después de muertos 1966. Cit en ALBIZUREZ P., F.
1984.

El cantar de las tinieblas Guatemala, 1986.

PERDOMO, José Luis

El tren no llega Managua, Edit. Nueva Nicaragua, 1983.

PÉREZ MALDONADO, Raúl

La sangre no es azul Chichicastenango, Guatemala, Edit.
San Antonio, 1964. 277 pgs.

PÉREZ PANIAGUA, Roberto

Los trece cielos Guatemala, Edit. Cultural
Centroamericana, 1971. 181 pgs.

RADFORD, Luis N.

Rancho de Manaco (1965) 2a ed. Guatemala, Pineda Ibarra,
1966. 318 pgs.

Las cartas de la Meches 1965. Cit en ALBIZUREZ P., F.
1984.

RODRÍGUEZ, Blanca Luz de

Los brutos Guatemala, Unión Tipográfica, 1969. 314 pgs.

RODRÍGUEZ CHÁVEZ, Elisa

Oro de cobre Guatemala, Edit. San Antonio, 1965. 210
pgs.

RODRÍGUEZ MACAL, Virgilio (1916-1964)

Guayacán Guatemala, Edit. José Pineda Ibarra, 1962. 560
pgs.

SOLORZANO, Carlos (1922)

Los falsos demonios México, Joaquín Mortiz, 1966. 217
pgs.

Las celdas México, Joaquín Mortiz, 1971. 218 pgs.

VALIENTE RODRÍGUEZ, Oscar

La niña santa de la frontera Guatemala, Imp. Arte, 1988.

Los tres hermanos valientes. Intrépidos en la selva petenera Guatemala, Imp. Arte, 1988. 110 pgs.

VAZQUEZ, Miguel Angel

La semilla del fuego 1976. Cit en ALBIZUREZ P., F. 1984.

ZEA RUANO, Rafael (1911)

Las barbas de don Rafay 1960. Cit en ALBIZUREZ P., F. 1984.

Donde la niña Aermilia 1962. Id.

Luto Guatemala, Edit. San Antonio, 1963. 122 pgs.

8.3.5 Honduras

ARITA VILLEDA, Samuel

Las cosas de mi general Tegucigalpa, SECTUR, 1984.

BECERRA, Longino

Cuando las tarántulas atacan Tegucigalpa, Baktún, 1987. 266 pgs.

BUESO ARIAS, Juan Ángel

La rosa del trapiche San Pedro Sula, Edit. Antunez, 1964. 57 pgs.

CARIAS, Marcos (1938)

La memoria y sus consecuencias Tegucigalpa, Edit. Nuevo Continente, 1977.

Una función con móviles y tentetiesos Tegucigalpa, Edit. Guaymuras, Tegucigalpa, 1980. 357 pgs.

CASTILLO, Roberto

El corneta Tegucigalpa, Guaymuras, 1981.

DÍAZ LOZANO, Argentina (1909)

Fuego en la ciudad México, B Costa-Amic Ed., 1966. 201 pgs.

Eran las doce... y de noche: un amor y una época México, B Costa-Amic, 1976. 181 pgs.

Ciudad errante: el hombre sin edad México, Costa Amic Eds. 1983.

ESCOTO, Julio (1944)

El árbol de los pañuelos (1972) 2a ed., Decada, 1983.

Días de ventisca, noches de huracán San José, Edit.
Nueva Década, 1980 139 pgs.

Bajo el almendro, junto al volcán San Pedro Sula, Centro
Editorial, 1988. 170 pgs.

FIALLOS AGUILAR, Guillermo

El itinerario del destino Tegucigalpa, Industrias
Gráficas Tulín, 1987.

FORTUNA, José

La piel oscura del amanecer Tegucigalpa, Edit.
Universitaria, 1989.

FUNES, Matías (1910-1970)

Oro y miseria o las minas del Rosario Tegucigalpa,
s.e., 1966. 237 pgs.

El serio: novela de humorismo y crítica Tegucigalpa,
Imprenta Calderón, 1969.

GAMERO PAGOAGA, Blanca Ondina

Solo soy un niño Tegucigalpa, Graficentro, 1988.

GOMEZ, León A. (1928)

El puente sobre el río Bermejo Tegucigalpa, Editorial
Universitaria, 1987.

Las tristezas de Apolinario Sangría Tegucigalpa,
Imprenta Calderón, 1989.

GRANADOS CORTES, Leónidas

La embrujada (1986) 2a ed. Tegucigalpa, Edit. Saber,
1990.

MURILLO RUIZ, Manuel de Jesús

Treinta años de silencio Tegucigalpa, CETTNA, 1987.

OQUELI, Arturo (1885-1953)

Silbando al viento Tegucigalpa, SECTIN, 1976. 140 pgs.

OVIEDO, Jorge Luis

Como mi general no hay dos Tegucigalpa, Editores
Unidos, 1989.

La gloria del muerto Tegucigalpa, Editores Unidos,
1987.

La turca Tegucigalpa, Editores Unidos, 1988.

PINEDA, Manuel de Jesús

Seña del abismo Tegucigalpa, Guaymuras, 1988. 121 pgs.

QUESADA, Roberto

Los barcos Tegucigalpa, Baktún, 1988.

ROSA, Marco Antonio

La estrella de Belén Tegucigalpa, Imprenta Calderón, 1969.

SÁNCHEZ VALLADARES, J. Wilfredo

Ticante Tegucigalpa, Corporación Editora Nacional, 1983. 221 pgs.

TROCHEZ, Raúl Gilberto

Marejada Servicopix, 1978.

VELASCO, Ana María

Los hijos naturales Tegucigalpa, 1969.

8.3.6 Nicaragua

ABAUNZA SALINAS, Ramiro

Un general sin estrellas León, Imprenta Hospicio, 1974. 238 pgs.

ARELLANO, Jorge Eduardo (1946)

Timbucos y calandracas Managua, Eds. Primavera Popular, 1982.

BELLI, Gioconda (1948)

La mujer habitada Managua, Edit. Vanguardia, 1988. 338 pgs.

Sofía de los presagios Managua, Edit. Vanguardia, 1990.

CALERO OROZCO, Adolfo

Eramos cuatro Managua, 2a ed., s.e. 1978. 126 pgs.

CHAMORRO C., Pedro J.

Jesus Marchena 1975. Cit en ARELLANO, J.E., 1986 p 139.

Richter 7 1976. Cit en ARELLANO, J.E., 1986 p 139.

CHÁVEZ ALFARO, Lizandro (1929)

Trágame tierra México, Edit. Diógenes, 1969.

- Balsa de serpientes México, Edit. Joaquín Mortiz, 1976. 159 pgs.
- GUIDO, Clemente
Sangre y fuego Managua, Eds. Nicarao, 1971. 133 pgs.
- GUTIÉRREZ, Pedro Rafael
Una ciudad para Lena 2a ed. Managua, Edit. San José, 1974. 151 pgs.
- MENDIETA ALFARO, Róger
La piel de la vida Managua, Edit. Impresiones Técnicas, 1987. 193 pgs.
- RAMIREZ, Sergio (1942)
Tiempo de fulgor Guatemala, Edit. Universitaria de San Carlos, 1970. 248 pgs.
- ¿Te dio miedo la sangre Caracas, Monte Avila Editores, 1977.
- Castigo divino Managua, Edit. Nueva Nicaragua, 1988. 456 pgs.
- ROJAS, Blanca
Los verdaderos días Managua, Eds. Presencia, s.a. (196¿?). 168 pgs.
- ROMAN, José
Maldito país Managua, Edit. El pez y la Serpiente, 1979. 202 pgs.
- Los conquistadores 1967 Cit. en ARELLANO, J.E., 1986 p 136.
- SILVA, Fernando (1927)
El comandante Managua, Edit. Cultural Centroamericana, 1969.
- El vecindario 1976. Cit en ARELLANO, J.E., 1986, p 140.

8.3.7 Panamá

- AGUILERA, Fito
Rosca S.A. Panamá, Edit. Futuro, 1963. 348 pgs.
- ARROYO, Justo
Dedos... México, Novaro, 1971. 165 pgs.

- Dejando atrás al hombre del celofán Panamá, Inst. Nac. de Cultura y Deportes, 1973.
- El pez y el segundo San José, EDUCA, 1979.
- Geografía de mujer Panamá, Grupo Edit. Encuentro, 1982. 161 pgs.
- BELEÑO, Guillermo E.
Novela absurda Panamá, Eds. Evirgisto Velasco, 1966. 324 pgs.
- BELEÑO, Joaquín (1922)
Gamboa road gang. Los forzados de Gamboa Panamá, Ministerio de Educación, 1960. 219 pgs.
- BRITTON, Rosa María
El ataúd de uso Panamá, M. Arosamena, 1983. 303 pgs.
- CAMARANO DE SUCRE, Yolanda
La doña del Paz Panamá, Imp. Nacional, 1966. 190 pgs.
- Los Calpelli Panamá, Talleres de la Estrella, 1967. 274 pgs.
- CANDANEDO, César
La otra frontera Panamá, Talleres de la Estrella, 1967. 235 pgs.
- CANTON, Alfredo
Juventudes exhaustas Panamá, Ministerio de Educación, 1963. 662 pgs.
- Nalu-Nega Panamá, Editorial de la Nación, 1971. 297 pgs.
- CHANGMARIN, Carlos F. (1922)
Elguerrillero transparente: Victoriano Lorenzo Panamá, Eds. Instituto Nacional de Cultura, 1982. 101 pgs.
- CHUEZ, Enrique (1938)
Las averías San José, EDUCA, 1972. 144 pgs.
- La casa de las sirenas pálidas Panamá, Edit. Signos, 1983. 104 pgs.
- FERGO, Tony
Qué pobres somos los ricos Panamá, Litho-Impresora Panamá, 1973. 100 pgs.
- FERRER VALDEZ, Manuel
La muerte de la ópera en la selva Panamá, Inst. Nacional

de Cultura, 1975. 153 pgs.

GUARDIA, Gloria

Tiniebla blanca Madrid, Gráficas Edime, 1961.

El último juego San José, EDUCA, 1977.

LAGUNA NAVAS, Jorge

Cuando la selva coja viento s.l. (¿Panamá?) Imp. Géminis, 1976. 138 pgs.

PITTY, Dimas Lido

Estación de navegantes Panamá, Inst. Nacional de Cultura, 1975. 252 pgs.

SINAN, Rogelio (1904)

La isla mágica Panamá, Instituto Nacional de Cultura, 1979. 658 pgs.

TEJEIRA, Gil Blas

Pueblos perdidos Panamá, Impresora Panamá, 1962. 218 pgs.

TORRES, Saúl Trinidad (1937)

Marcha forzada Panamá, Instituto Nacional de Cultura y Deportes, 1973.